

UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

el caso de los dedos luminosos

ERLE STANLEY GARDNER

La enfermera de noche Nellie Conway termina contratando los servicios del abogado Perry Mason por solo un dólar. Afirma que Nathan Bain le ha pedido que le dé unas píldoras envenenadas a su segunda esposa, Elizabeth Bain, a quien ella cuida por la noche debido a que se había roto la espalda en un accidente de coche y se hallaba confinada en la cama de su habitación.

Pero la cosa no termina aquí, fiel a sus sentimientos y siguiendo las instrucciones de Perry Mason, Nellie llama a Mason la siguiente noche para decirle que Nathan Bain la está arrestando por robo y que Nathan tiene pruebas de que ella ha robado una valiosa pieza de la caja de joyas de su esposa.

Naturalmente, será Mason quien se ocupe de defenderla. Sin embargo, sus contactos con Nellie y Nathan no terminan ahí. En torno a ellos ocurre un asesinato y surgen nuevas pistas a investigar, y, para mayor sorpresa, Mason se tendrá que ocupar de la defensa de una tercera persona.

Las complicaciones iniciales del caso harán que Perry Mason se sienta algo irritado y no pare de dar vueltas al caso. Solo con la confianza y la ayuda de sus socios, Della Street y Paul Drake, desentrañará el misterio y, resolverá el asesinato.

La frustración del acusador oficial, el fiscal Hamilton Burger, mientras intenta ganar el juicio, es patente. Pero las tácticas de Perry Mason harán que se muerda la lengua y se ponga aún más nervioso, lo cual provoca las risas del público.



Erle Stanley Gardner

El caso de los dedos luminosos

Perry Mason - 37

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Fiery Fingers*
Erle Stanley Gardner, 1951
Traducción: María del Refugio Contreras

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

En toda la tierra no hay probablemente ocupación mental tan fascinadora como la de descubrir claves y después explicarlas, y esto es una realidad por lo que se refiere a todo el trabajo detectivesco, igual que lo es para la Astronomía.

Un detective, por ejemplo, encuentra un trozo de fósforo, con la cabeza sin quemar y rota, caído sobre el piso de la escena de un crimen. ¿Es una clave o es sólo un pequeño pedazo de trivialidad?

Quizá el detective deducirá de eso que el criminal tenía la costumbre de encender los fósforos valiéndose del dedo gordo; y que este fósforo en particular, era ligeramente defectuoso y por lo tanto la cabeza se rompió saltando en lugar de encenderse en llama.

Pero después, cuando el asesino es detenido, el detective descubrirá que este hombre quería simplemente tener un pequeño palillo con el cual podría empujar una llave fuera de la cerradura en una puerta y había roto la cabeza del fósforo para utilizar la otra parte de madera en sus propósitos.

Y así tantas otras cosas. Cuando un hombre cree que ya tiene una explicación para dar cuenta de alguna clave física, es en extremo posible que acabe descubriendo que sus conclusiones, aunque sean brillantes y lógicas, son completamente inexactas.

Pero si ocurre que esas claves han sido descubiertas por un funcionario de la Policía del Estado de Massachusetts, no hay mucha posibilidad de una brillante pero errónea deducción.

Porque esas claves son enviadas al laboratorio del doctor Joseph T. Walker, científico toxicólogo, y en general especializado en toda clase de técnicas detectivescas, quien tiene una extraordinaria habilidad para separar el buen trigo mental de la imaginativa cizaña, y las respuestas que da son siempre acertadas.

Por ejemplo, supongamos el caso de un abrigo abandonado y

recogido por cualquier transeúnte casual en una carretera de Massachusetts, el cual ocurre que observa manchas de sangre en esa prenda, y entonces, vea usted lo que sucede.

Los ojos penetrantes del doctor Walker hacen un examen del abrigo, que es diferente del examen ordinario, porque él sabe una docena de cosas que hay que buscar, cosas que nunca se le ocurren al hombre común.

Cierto pequeño agujero en ese abrigo, por ejemplo, puede ser de significación menor hasta que, fotografiándolo con infraluz, el doctor arranca de allí manchas de pólvora, demostrando que es un agujero hecho por una bala. Utilizando rayos X suaves, encontrará también partículas de fragmentos metálicos en ese sobretodo, y con un espectroanálisis de esos fragmentos, determinará el fabricante de la bala en cuestión.

O quizá cierta huella peculiar, que es visible sólo bajo un ángulo especial de luz transversal cuando es fotografiada propiamente, asumirá la forma de un círculo perfecto, indicando que la persona que llevaba vestido el sobretodo puede haber sido golpeada por un automovilista que huyó. El cerco del faro del automóvil que lo atropelló, dejó su huella circular marcada en el sobretodo; mientras tanto, un examen microscópico revelará con toda posibilidad las partículas minúsculas de cristal del faro, que pueden ser lo bastante evidentes para proporcionar una clave muy importante.

Un posterior examen del tejido del sobretodo, puede llegar a revelar una substancia que no sea más grande que la punta de un alfiler, la cual el doctor Walker examinará inmediatamente bajo un poderoso microscopio. Y entonces anunciará que esta substancia es una pequeña partícula de pintura arrancada de un automóvil que iba manejado por el chófer culpable y fugitivo. Luego, el doctor Walker anunciará que el automóvil estaba pintado de un color azul pálido cuando salió de la fábrica, que después fue pintado de negro solemne y finalmente cubierto con otra pintura que en este caso era rojo vivo.

Yo he observado al doctor Walker mientras trabajaba en su laboratorio. He mirado por encima de su hombro mientras él estaba descubriendo cosas que el hombre medio ni siquiera hubiera pensado en buscarlas, y después el doctor ha traducido esas cosas en claves que, evaluadas propiamente, han llevado, en incontables

ocasiones, a la detención y convicción de un criminal.

Cuando conocí al doctor Walker, fue en uno de esos cursos de estudios de investigación criminal, dados por la capitana Frances G. Lee, en la Escuela Médica de Harvard. Desde entonces, he tenido ocasión de visitar su laboratorio varias veces. Y cada vez que hago eso, lo encuentro entregado a algún fascinante problema criminal, en el que su sentido común, su extraordinaria agudeza mental y su maravillosa técnica y experiencia, descubren las más lógicas y más inesperadas conclusiones, igual que un mago echa mano a un sombrero de copa y saca de él un convincente, substancial y vivo conejo.

Claro es que el conejo ya estaba allí dentro, y desde el punto de vista del mago, el sombrero de copa era el sitio lógico para buscarlo.

Yo conozco muchos casos en los que la mente del doctor Walker, siguiendo claves físicas, igual que un perro policía sigue una huella con el olfato, ha llevado a criminales ante la Justicia, y conozco también algunos casos en que sus mismas cualidades mentales han sido utilizadas para impedir que hombres inocentes fuesen injustamente condenados.

Suavemente, modestamente y pasando inadvertido, el doctor Walker se dirige a su trabajo día tras día, dedicando su vida a la causa de la justicia práctica.

La sociedad necesita más hombres como el doctor Walker. El tiempo y el dinero empleados en las experiencias técnicas que hombres así precisan para hacerse ampliamente competentes, representan un provechoso empleo de los mismos por parte de la sociedad organizada.

Pero, hay algo más que el entrenamiento técnico, simplemente, que hace al doctor Walker el hombre que es.

Y es, que tiene una inquebrantable lealtad a sus ideales, un valor callado y una extraordinaria fe.

Y por todo esto, dedico este libro a un científico competente, a un verdadero amigo y a un hombre cuyo modelo de vida es una fuente de inspiración para los que están familiarizados con ello.

DOCTOR JOSEPH T. WALKER

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Perry Mason acababa exactamente de regresar a su oficina, después de un largo día en el Tribunal.

Della Street, su secretaria, colocó un montón de cartas sobre su mesa y le dijo:

—Estas están listas para que tú las firmes, y antes de que te vayas a casa, hay una cliente en la oficina a quien tendrás que ver. Yo le dije que creía que la recibirías si esperaba.

—¿Cuánto tiempo hace que espera? —preguntó Mason tomando la pluma de sobre la mesa y empezando a firmar las cartas que Della Street había mecanografiado, preparándolas para su firma.

—Más de una hora.

—¿Y cuál es su nombre?

—Nellie Conway.

Mason firmó la primera carta. Della Street, eficientemente, secó la firma, tomó la carta, la dobló y la deslizó inmediatamente dentro del respectivo sobre.

—¿Y qué es lo que desea? —preguntó Mason.

—No quiere decírmelo, pero afirma que es un asunto urgente.

Mason frunció el ceño, firmó la segunda carta y después dijo:

—Ya es tarde, Della. He estado en el Tribunal durante todo el día.

—Esta muchacha se encuentra en dificultades —le contestó Della Street con una tranquila insistencia.

Mason firmó la carta siguiente y después de hacerlo volvió a preguntar:

—¿Qué aspecto tiene?

—Tiene unos treinta y dos o treinta y tres años, silueta fina, cabello negro, ojos grises y el rostro impasible como el del jugador de póquer más perfecto que jamás hayas visto.

—¿No tiene expresión?

—Tiene un rostro de piedra.

—¿Y cómo sabes que se encuentra en dificultades?

—Pues lo adiviné por la forma en que actúa. Hay en ella una extraña tensión, y, sin embargo, su cara no la demuestra.

—¿Algunas señales de nerviosismo?

—Ninguna, exteriormente. Se sentó en una butaca y permaneció en la misma posición sin mover siquiera las manos o los pies y manteniendo su rostro absolutamente sin expresión alguna, moviendo los ojos un poquito, pero eso es todo. Ni siquiera lee algo, y se limita a estar sentada.

—¿Pero no está intranquila? —preguntó Mason.

—Igual que un gato sentado, acechando en un agujero de ratón y esperando a que éste salga. Yo no le he visto hacer ningún movimiento, pero tengo la impresión de que está sufriendo una tensión interna… esperando.

—Provocas mi interés —dijo Mason.

—Ya pensé que sería así —dijo Della Street lentamente.

Mason firmó bruscamente el resto de las cartas de aquel montón de correo, sin siquiera molestarse en echarles una mirada.

—Muy bien, Della, hazla pasar aquí. Voy a echarle una mirada.

Della recogió el correo, meneó la cabeza, salió al otro despacho exterior y regresó en seguida con la cliente.

—Nellie Conway, Perry —dijo Della, rígida.

Mason hizo seña a la mujer para que se sentase en una butaca confortable que tenía instalada en su despacho, en forma que haciendo que sus clientes estuviesen cómodos físicamente, él pudiese aliviarlos de su tensión emocional y hablasen a placer.

Nellie Conway no hizo caso de la señal de Mason y se sentó, en cambio, en una silla de madera menos confortable, moviéndose con un suave silencio, como si estuviera entrenada en no hacer ruidos innecesarios.

—Buenas tardes, señor Mason; gracias por recibirme. Yo he oído mucho sobre usted. Esperaba que hubiese llegado más temprano. Y ahora voy a tener que apresurarme porque tengo que estar en mi empleo a las seis en punto de la tarde.

—¿Trabaja usted por las noches?

—Soy enfermera.

—¿Enfermera titular?

—Una enfermera auxiliar. Trabajo en casos en los que las personas no pueden pagarse la hospitalización ni una enfermera titular. Trabajamos muchas más horas y desde luego hacemos cosas que una enfermera titular no haría, y también recibimos menos dinero.

Mason asintió con la cabeza.

Nellie Conway volvió sus ojos grises rápidamente para mirar a Della Street.

—La señorita Street es mi secretaria particular. Ella permanecerá aquí, asistiendo a esta entrevista, para tomar notas, si a usted no le importa; tiene que saber tanto sobre mis asuntos como yo mismo, con objeto de conservar las cosas coordinadas aquí en la oficina. Y ahora, ¿para qué quería usted verme?

Nellie Conway cruzó sus manos enguantadas, volvió su rostro triangular hacia Perry Mason y sin el más ligero cambio de expresión en la voz ni en los ojos, dijo:

—Señor Mason: ¿cómo haría una persona para impedir que se cometa un crimen?

Mason frunció el ceño:

—No lo sé.

—Se lo pregunto en serio.

Mason la miró con ojos interrogadores y después dijo:

—Muy bien. Esto está fuera de mi línea. Yo estoy especializado en defender gente que está acusada de crímenes y trato que mis clientes consigan por lo menos justicia, pero si usted realmente quiere saber la forma de evitar un asesinato, yo le diría que hay cuatro maneras.

—¿Cuáles son?

Mason levantó una mano y contó en sus dedos las cuatro maneras:

—Una —dijo él—: saca usted la presunta víctima de la zona de peligro.

Ella meneó la cabeza asintiendo.

—Dos —continuó Mason—: saca usted al presunto asesino del lugar donde él pueda tener cualquier contacto con la víctima.

Ella volvió a mover la cabeza.

—Tres: elimina usted todas las armas del crimen, lo cual es

bastante difícil de hacer.

—Hasta ahora todas han sido cosas difíciles —dijo ella—. ¿Cuál es la cuarta?

—La cuarta —contestó Mason— es la más fácil y la más práctica.

—¿Cuál es?

—Que vaya usted a la policía.

—Ya he ido a la policía.

—¿Y qué ocurrió?

—Se rieron de mí.

—¿Y por qué vino usted entonces a mí?

—Porque pensé que usted no se reiría también.

—Yo no me río —dijo Mason—, pero no me gustan las abstracciones. Mi tiempo es valioso. Aparentemente, usted tiene prisa. Yo también tengo prisa. A mí no me gusta eso de que un cliente me diga: «A quiere matar a B.». Vamos a la cuestión en sí, al grano.

—¿Cuánto me va a cobrar usted?

—Eso depende de lo pronto que usted deje de andar batiendo a ciegas en la maleza —contestó Mason.

—Yo soy una mujer que trabaja. No gano una gran cantidad de dinero.

—Por lo tanto, es en el interés de usted el que yo le cobre todo lo menos posible.

—Eso es exacto.

—Entonces —dijo Mason— hará usted mejor en decirme de lo que se trata con todo esto y hablar rápidamente.

—Y entonces, ¿cuánto me cobrará usted?

Mason miró a aquella cara impasible, a lo ancho de la mesa. Después miró divertido a Della Street. Sus ojos se volvieron otra vez a la cliente y se ablandaron en una sonrisa:

—Un dólar —le dijo— por el consejo que yo le dé, si usted me ha contado su historia dentro de los cuatro próximos minutos.

No hubo la más ligera señal de sorpresa en la cara de ella, que repitió solamente:

—¿Un dólar?

—Exactamente.

—¿Y no es eso extraordinariamente bajo?

Mason le hizo un guiño a Della Street y repuso:

—¿Cuál es su término de comparación?

Ella abrió el bolso y su mano enguantada sacó un monedero. Lo abrió, seleccionó un billete de un dólar doblado, lo sacó y lo puso sobre la mesa.

Mason no lo tocó. Sus ojos continuaban mirando a la mujer con curiosa sorpresa.

Ella volvió a cerrar el monedero, lo colocó en su bolso, cerró éste, lo puso sobre su regazo, cruzó las manos encima y dijo:

—Yo creo que el señor Bain quiere matar a su mujer. Y me gustaría evitarlo.

—¿Y quién es el señor Bain?

—Nathan Bain. Es un hombre de negocios. Puede que usted lo conozca.

—Yo no lo conozco. ¿Quién es su mujer?

—Elizabeth Bain.

—¿Cómo sabe usted todo esto?

—Utilizando mi poder de observación.

—¿Vive usted en la misma casa?

—Sí.

—Atiende usted allí a alguien?

—Sí. A la señora Bain. Elizabeth Bain.

—¿Y qué es lo que le ocurre a la señora Bain?

—Fue herida en un accidente de automóvil.

—¿Grave?

—Me temo que más grave de lo que ella cree. Ha sufrido una herida en la espina dorsal.

—¿Y puede caminar?

—No. Y quizá ya no vuelva a caminar nunca más.

—Continúe usted —dijo Mason.

—Eso es todo.

El rostro de Mason reveló fastidio.

—No, eso no es todo —dijo él—. *Usted* cree que él quiere matarla. Pero usted no es una adivinadora del pensamiento, ¿o sí?

—Algunas veces —fue la inesperada respuesta de ella, lanzada con voz tranquila.

—¿Y usted sabe todo eso leyendo su pensamiento?

—Bueno, no exactamente.

—¿Hay otras cosas más?

—Sí.

—¿Cuáles son?

—Nathan Bain quiere casarse con otra mujer.

—¿Qué edad tiene él?

—Treinta y ocho años.

—¿Qué edad tiene su mujer?

—Treinta y dos años.

—¿Y qué edad tiene la muchacha con quien quiere casarse?

—Unos veinticinco años.

—¿Y ella quiere casarse con él?

—No lo sé.

—¿Quién es ella?

—Es una mujer que tiene un departamento en la ciudad. No sé exactamente en dónde es.

—¿Y cuál es el nombre de ella?

—Su nombre es Charlotte. Pero no sé cuál es su apellido.

—Tengo que estar sacando toda la información de usted, como si le estuviera arrancando los dientes. ¿Y cómo sabe que él quiere casarse con ella? —preguntó Mason, irritado.

—Porque él está enamorado de esa mujer.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque se escriben. La conoció en una convención. La ama.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Y eso qué? Hay montones de hombres saludables, de treinta y ocho años de edad, que tienen ojos inquietos y disposición para el amor. Esa es una edad peligrosa. Pero regresan siempre a su hogar, si se les deja tranquilos y solos. Mas algunas veces no es así. Hay montones de divorcios, pero no hay montones de asesinatos.

Nellie Conway abrió su bolso:

—El señor Bain me ofreció quinientos dólares si yo le daba a su mujer cierta medicina.

Mason levantó una sorprendida y algo escéptica ceja, arqueándola:

—¿Está usted segura de lo que está diciendo, señorita Conway?

—Absolutamente segura. Tengo aquí la medicina.

—¿Por qué le dijo que quería que se la diese a su mujer?

—No me lo dijo. Dijo solamente que pensaba que esta medicina

sería buena para ella. A él no le agrada el médico de su mujer.

—¿Y por qué no?

—El médico era un viejo amigo de Elizabeth.

—¿Quiere decir que Bain está celoso?

—Así lo creo.

—Oiga —dijo Mason irritado—. Todo eso no tiene sentido ninguno. Si Bain quiere deshacerse de su mujer, mejor lo haría divorciándose de ella y dejándola casar con el médico que tratando de librarse de ella dándole un veneno. Si él quería… Vamos a ver lo que es esa «medicina».

Sin decir una sola palabra, ella le alargó un pequeño tubo de cristal que contenía cuatro tabletas del tamaño corriente de las de aspirina.

—¿Y tenía que darle usted todas estas tabletas de una vez?

—Sí, a la hora de dormir… cuando fuese a quedarse dormida, por la noche.

—¿Y él le pagó a usted ese dinero?

—Me dijo que me lo pagaría cuando yo le diese la medicina.

—¿Y cómo iba a saber que usted le había dado la medicina?

—No lo sé. Creo que él confía en mí. Yo no le mentiría.

—¿No le mentiría a él?

—A nadie. Yo no creo en la mentira. Eso sólo debilita el carácter propio.

—¿Y por qué no le dio él mismo esta medicina?

—Porque no puede entrar en su habitación.

—¿Y por qué no?

—Porque el doctor ha dicho terminantemente que no podía entrar allí.

—¿Quiere usted decir que un doctor le dice a un marido que no puede entrar en el cuarto donde…?

—Elizabeth odia el verlo. Se pone intranquila, casi histérica, cada vez que ve el rostro de su marido. Nos está prohibido hasta el mencionarle su nombre.

—¿Y por qué le odia de esa manera?

—Creo que realmente sabe ya que no podrá caminar más. El señor Bain iba conduciendo el auto cuando ocurrió el accidente. Ella cree que el accidente se pudo evitar.

—¿Usted cree que él trató deliberadamente de…?

—No ponga usted palabras en mi boca, señor Mason. Yo dije que la señora Bain cree que el accidente se pudo evitar.

La *expresión* facial de Mason era una combinación de exasperación y curiosidad.

—¿Yo entiendo que a usted no le agrada el señor Bain?

—Es un hombre muy fuerte y fascinante. Me gusta mucho.

—¿*Y usted le gusta* a él?

—Me temo que no.

—Entonces —dijo Mason—, ¿cómo es que se dirige a usted y ofrece pagarle quinientos dólares para que le dé un veneno a su mujer, poniéndose por tanto, a si mismo, enteramente en poder de usted, y dejando además un testigo que podría declarar contra él en el caso de que alguna cosa *le* ocurriese a su mujer…? Eso no tiene sentido… ¿Cómo sabe usted que eso es veneno?

—Tengo la sensación de que lo es.

—¿Y no sabe usted lo que es esa medicina?

—No.

—¿Le dijo el señor Bain lo que era?

—No, solamente dijo que era una medicina.

—¿Y por qué le dijo que quería que le diese esa medicina a su mujer?

—Dijo que pensaba que esta medicina haría que ella tuviese mejores sentimientos hacia él.

—Todo este asunto es absurdo —dijo Mason.

La mujer no respondió nada.

—¿Y fue usted a la policía?

—Sí.

—¿Y a quién vio usted allí?

—Fui a la policía y les dije que quería informar sobre un crimen, y entonces me enviaron a una habitación que tenía un letrero en la puerta que decía «Homicidios».

—¿Y qué fue lo que hizo usted? —preguntó Mason con curiosidad.

—Le conté a alguien de allí mi historia y él se rio de mí.

—¿Recuerda usted su nombre?

—Su nombre era Holcomb. Era un sargento.

—¿Y le mostró usted ese tubo?

—No.

—¿Por qué no?

—No llegué a ese punto.

—¿Y qué ocurrió?

—Le dije a él lo mismo que le acabo de decir a usted, que pensaba que el señor Bain quería asesinar a su mujer, y traté de decirle al sargento Holcomb por qué, pero él se rio de mí. Estaba con una gran prisa. Tenía que ir a algún lugar y entonces dijo…, bueno, me dijo una cosa desagradable.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Dijo que yo era una neurótica, pero no lo soy.

—¿Cuándo fue que el señor Bain le dio a usted esta medicina?

—Ayer.

—¿Y usted le dijo que se la daría a su mujer?

—Le hice creer que era posible que se la diese.

—¿Y usted lleva ese pequeño tubo desde entonces en su bolso?

—Sí.

—¿Lo ha llevado todo el tiempo con usted sacándolo a veces cuando usted quería extraer del bolso alguna cosa que estaba debajo?

—Así creo.

—En otras palabras —dijo Mason—, ¿ya no pueden quedar en él a esta hora huellas dactilares del señor Bain?

—No creo que queden.

Mason tomó el tubo, sacó el tapón, miró el contenido y después extendió una hoja de papel sobre la mesa y echó en éste las cuatro tabletas. Hasta donde la vista podía determinarlo, todas eran idénticas. Mason tomó una de las tabletas y volvió a poner las otras tres dentro del tubo.

—Della, dame dos sobres simples, por favor —dijo.

Della Street abrió el cajón de su mesa, sacó dos sobres y se los dio a Mason.

Mason cogió la tableta que había sacado del tubo, la puso en un sobre, pegó la solapa, escribió su nombre en el mismo borde, y después tomó el tubo que contenía las otras tres tabletas, lo colocó en el segundo sobre, lo pegó también, volvió a escribir su nombre y dijo a Nellie Conway:

—Escriba su nombre a través del cierre, de forma que parte del nombre quede por debajo de ese borde y la otra parte por encima,

lo mismo que hice yo.

Ella tomó la pluma y escribió el nombre en la forma que él había ordenado.

—¿Cuál es la dirección de Bain? —preguntó Mason.

—Paseo de Montecarlo, número 1925.

—¿Entra usted a trabajar a las seis de la tarde?

—Exacto.

—¿Y hasta qué hora trabaja usted?

—Hasta las ocho de la mañana.

—¿Y entonces qué ocurre?

—Viene una enfermera de día.

—¿Usted tiene el horario más largo?

—Porque la enfermera de noche no tiene tanto trabajo que hacer.

—¿Y por qué necesita ella una enfermera de noche? ¿Es que no duerme por la noche? En otras palabras, ¿no podía quedarse una enfermera al alcance…?

—La señora Bain es un poco difícil de manejar algunas veces.

—¿Por qué?

—Bueno, porque su mente está turbada. Ha estado preocupándose mucho y… Bueno, el hecho de que no quiera que su marido entre en su habitación… Y el doctor quiere que esté constantemente con ella una enfermera. Los gastos no significan nada para ellos.

—¿Quién es el que tiene el dinero?

—Ella.

—¿Bain se dedica a los negocios?

—Se gana la vida —dijo—. Pero la señora Bain es la que tiene el dinero. Su fortuna está separada de la de él. La señora Bain heredó. Ya la tenía cuando se casó. Es por el dinero que él se casó.

—¿Y sabe la señora Bain algo sobre esa otra mujer? —preguntó Masón.

—Ciertamente. Ahí es donde yo tuve mi primera información.

—¿Se la dio la señora Bain?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió ese accidente?

—Hace aproximadamente un mes. Estuvo en el hospital durante diez días y después la llevaron a su casa.

—¿Y usted ha estado trabajando allí desde entonces?
—Sí.
—¿Y quién más trabaja allí?
—La enfermera de día.
—¿Ha estado ella trabajando el mismo tiempo que usted?
—Sí.
—¿Y quién más?
—Un ama de llaves.
—¿Cuál es su nombre?
—Imogene Ricker.
—¿Cuánto tiempo lleva ésta trabajando allí?
—Oh, lleva trabajando allí mucho tiempo. Es muy afecta al señor Bain.
—¿Y la señora Bain está satisfecha de ella?
—Oh, sí.
—¿Y entra en la habitación de la señora Bain?
—Ciertamente. Algunas veces nos sustituye a las enfermeras.
—¿Qué edad tiene?
—Oh, no lo sé. Yo diría que tiene cerca de cuarenta años. Es una de esas mujeres extrañas, sombrías, que parecen estar en todas partes y en ninguna. Usted nunca sabe dónde va a aparecérsele. Me da miedo, señor Mason. ¿Ha visto usted esos dibujos de la casa embrujada, con esa mujer flaca sentada allí, con sus ojos negros y su expresión inescrutable? Bueno, pues es así.
—El punto a que yo quiero llegar —dijo Mason impaciente— es si el señor Bain tiene confianza en ella.
—Oh, yo creo que el señor Bain confía en ella implícitamente. Ha estado trabajando para él durante años. Ya trabajó para su primera mujer, y después que su primera mujer murió, se quedó con el señor Bain siempre, como ama de llaves…
—¿Cuánto tiempo hace que murió la primera mujer del señor Bain?
—No lo sé exactamente. Ha estado casado con Elizabeth Bain un poco más de dos años, o sólo dos años, y creo que él llevaba viudo tres años. Bueno, entre todo, creo que…, no sé, pero son unos cinco o seis años, ¿Por qué?
—¿Le ha parecido alguna vez a usted una cosa extraordinariamente improbable el que teniendo un ama de llaves

en la casa, a la cual el señor Bain conoce desde hace por lo menos tres años, y quizá mucho más tiempo, fuese a escogerla a usted, que le es totalmente extraña, y de buenas a primeras ofrecerle quinientos dólares para que envenenase a su mujer?

—Sí —dijo ella—. Se me ha ocurrido que eso era extraordinario.

—Extraordinario —dijo Mason— es una designación muy suave. ¿Se lleva bien con el ama de llaves?

—¿Cómo? ¡Ciertamente! Se hablan pocas veces. Es muy taciturna.

—¿Tendrá algún asunto romántico?

—Cielos, no. Es angulosa, flaca, con ojos negros…

—Entonces, ¿no hay razón de que la señora Bain esté celosa de ella?

—No sea tonto, señor Mason, esa mujer no tiene más atractivo sexual que…, que un gusano.

—¿Entonces, el ama de llaves podría entrar en el cuarto de la señora Bain a cualquier hora y darle una medicina?

—¡Oh, sí! Desde luego. Ya le dije a usted que nos ayuda a cuidarla cuando nosotras queremos unos minutos libres.

—Entonces, *¿por qué* habría de escogerla a usted el señor Bain?

—No lo sé, señor Mason. Yo sólo le estoy diciendo los hechos.

Mason sacudió su cabeza.

—Todo esto es absurdo. Voy a ponerme en contacto con el sargento Holcomb, de Homicidios, y ver sus reacciones. Usted guarde este sobre con la medicina. Yo me quedaré con el que contiene esta otra tableta. Podré ponerme en contacto con usted más tarde. ¿Tiene usted teléfono allí?

—Sí.

—¿Y se la puede llamar a usted?

—Oh, sí.

—¿Y cuál es el número?

—West 6-9841.

—Bueno —dijo Mason—. Mi consejo para usted es que guarde esas píldoras como prueba, que no se comprometa usted misma hablando con el señor Bain, y déjeme a mí que hable con el sargento Holcomb. Si él quiere investigar, puede hacerlo.

—No quiere. Piensa que estoy loca.

—La historia de usted contiene ciertos elementos de

improbabilidad —dijo Mason secamente.

—¿Podría llamarlo a usted más tarde, en la noche? —preguntó Nellie.

—No es muy fácil.

—Tengo la impresión de que puede ocurrir algo, señor Mason, cuando yo regrese allí. El señor Bain me va a preguntar si yo le di a su esposa la medicina y…, bien, si le digo que no lo hice, se va a disgustar y va a sospechar.

—Dígale que se la dio.

—Sabrá que no lo hice.

—¿Por qué?

—Porque su esposa estará todavía viva.

—Yo no comprendo esto. Es una historia completamente absurda y no tiene sentido alguno. Y sin embargo, *usted* parece estar completamente convencida —repuso Mason.

—Desde luego, estoy convencida, señor Mason.

—Le diré a usted lo que voy a hacer. Voy a darle el número de la «Agencia Privada de Detectives Drake».

—¿Y eso qué es?

—Tienen sus oficinas en este piso —dijo Mason—. Hacen la mayor parte de mi trabajo detectivesco. Lo arreglaré para ponerla en contacto con la «Agencia de Detectives Drake», y si alguna cosa de importancia sucediese, puede usted llamar allí. Ya saben dónde encontrarme.

—Gracias, señor Mason.

Della Street escribió el número de la «Agencia de Detectives Drake» en una tarjeta, se levantó de su mesa de secretaria y fue hasta Nellie Conway, entregándole la tarjeta.

—¿Tienen abierto de noche?

—Sí, tienen abierto las veinticuatro horas del día —dijo Della Street.

—¿Y les hablará usted referente a eso de que yo…?

—Yo les hablaré sobre usted —dijo Mason, y miró a su reloj de pulsera.

—Muchísimas gracias, señor Mason.

Se levantó de la silla, se detuvo mirando con atención el billete de un dólar que estaba sobre la mesa y pregunto:

—¿No me da un recibo?

Repentinamente, los ojos de Mason se entornaron.

—No iba a tratar de cargárselo a usted dos veces.

—Me gustaría tener un recibo. Yo soy muy estricta con mi contabilidad…

Mason, dirigiéndose a Della Street, dijo:

—Hazlo, por consulta, Della.

Della Street puso un recibo impreso en el carro de la máquina de escribir, movió ágilmente sus dedos sobre el teclado, después sacó el papel y se lo dio a Mason. Este firmó y lo alargó a Nellie Conway diciéndole:

—Aquí lo tiene usted, señorita Conway. ¿O es usted señora Conway?

—Señorita.

—Muy bien. Aquí tiene su recibo. Así nosotros tenemos su dólar y usted tiene el recibo, y quizá vuelva a necesitarme.

—Gracias, señor Mason. Buenas noches a los dos.

Se volvió y caminó con extraño movimiento cruzando la oficina.

—Puede usted ir por aquí —le dijo Della Street señalándole la puerta de emergencia que estaba abierta, en el pasillo.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Della Street levantó sus cejas en señal de interrogación hacia Perry Mason.

El abogado estaba sentado a su escritorio con el rostro endurecido y los ojos fijos, pensando.

—¿Y bien? —preguntó Della Street.

—¡Qué situación! ¡Qué plan! —dijo Mason.

—¿Qué quieres decir?

—Todo estaba bien. Yo estuve dejando que las cosas fuesen solas, escuchando medio dormido, hasta que pidió el recibo. ¿Por qué lo hizo?

—Me temo que no lo sé. Yo… Sea como sea, hizo de forma que solamente le cargases un dólar, jefe.

—Yo sabía que estaba sentada allí esperando a que yo le dijese diez o veinte dólares, y entonces pensé en hacer algún truco, creyendo que eso cambiaría su expresión al sorprenderla a muerte. Si llego a saberlo, le pido cien dólares para verla fuera de aquí.

—¿Por qué?

—Porque no quiero nada con ella —dijo Mason—. Estamos en un conflicto.

—No lo veo.

—Mira —dijo Mason—, suponte que le sucede alguna *cosa* a la señora Bain. Mira cómo la pequeña descarada ha puesto las cosas. Considera la posición en que nos puso. Estuvo en Homicidios. Me consultó a mí. Tiene un recibo del dólar para probarlo. Todos nosotros pensamos que está un poco chiflada. La despachamos como uno de esos casos de psicología neurótica y… Ponme con la Jefatura Superior de Policía. Déjame ver si podemos hablar por teléfono con el sargento Holcomb.

—Ya sabes que él odia que le hables, jefe.

—Tampoco mis sentimientos hacia él son muy cordiales —dijo Mason—, pero quiero comprobar esa historia y quiero hacer constar que yo llamé a Holcomb para hacer algo sobre esto. Vamos a robarle una página del libro de Nellie Conway, y le pasamos la moneda falsa a otro.

—Te comunicaré con él —dijo sonriendo Della. Se fue hacia el teléfono, miró su reloj y añadió—: Son las cinco y media. Probablemente se fue a su casa.

—Tenemos que conseguir hablar con él, sea como sea, y si no está allí, lo buscaremos por otro lado. Quizá sería mejor hablarle al teniente Tragg. El teniente Tragg tiene sentido común.

—Tú simpatizas con Tragg. Ese está siempre más dispuesto a escucharte.

—No me importa quién me escuche —dijo Mason—. Yo quiero tener mi camisa limpia. No me gusta nada este asunto. Ninguna parte de él me gusta, y cuanto más pienso en ello, menos me agrada.

Della Street miró hacia la centralilla y dijo:

—Creo que Gertie se fue a su casa, jefe.

—Comunica con él por mi teléfono privado —dijo Mason.

Della marcó un número y después dijo:

—Con la Sección de Homicidios, por favor… ¿Sección de Homicidios? Aquí es la oficina del señor Mason; quería hablar con el teniente Tragg, si está ahí, o con el sargento Holcomb; si él… ¿Querría ponerme con él, por favor…? Sí, el señor Mason está aquí… Sí, le pongo ron él.

Tomó el auricular y lo pasó a Mason diciéndole:

—El sargento Holcomb.

Mason se puso el auricular al oído y dijo:

—Hola… Hola… ¿Holcomb?

La voz de Holcomb era poco cordial al contestar:

—Hola, Mason, ¿qué le pasa ahora? ¿Tiene usted un cadáver?

—No lo sé —dijo Mason—. ¿Vio usted hoy a una mujer? ¿A una tal Nellie Conway?

—¡Esa loca! —dijo Holcomb.

—¿Qué quería?

—Diablos, no lo sé. Está loca. Habló sobre alguien que quiere asesinar a una persona, y yo le dije que como lo sabía, y me contestó que era por intuición, o algo por ese estilo, y yo le dije que estaba tratando de subirse al árbol equivocado y que no tenía ninguna prueba.

—¿Y qué es lo que le hace a usted pensar que no tiene ninguna prueba?

—No la tiene, ¿o sí?

—Yo creo que usted no oyó toda su historia.

—Diablos, Mason, no tengo tiempo para sentarme aquí todo el día a escuchar a un montón de insensatos… ¡Dios mío! Podría mostrarle a usted miles de cartas de histéricos que recibimos en el curso del mes que…

—Esta es una mujer extraña. Lo cual no quiere decir que… —repuso Mason.

—¡Diablos, si no quiere decirlo! —dijo Holcomb—. ¡Está loca!

—Bueno —dijo Mason—, estuvo aquí y trató de contarme su historia. Y pensé comunicársela a usted.

—Gracias —dijo Holcomb—. Usted la escuchó a ella, me telefoneó y me pasó el asunto. *Okay*, ¿y entonces qué?

—Yo solamente pensaba decirle a usted que la situación no me gusta.

—Hay tantas cosas que nosotros no gustamos de ellas. ¿Qué tal se siente usted con los impuestos, por ejemplo?

—A mí me gustan —dijo Mason.

—¡Vaya al diablo! —le replicó el sargento Holcomb.

—Ahora, espere un minuto —dijo Mason cautamente—. Esta mujer me explicó una extraña historia en una forma también extraña. Ella dijo que el marido de la señora a quien ella atiende como enfermera…

—Ya lo sé —interrumpió Holcomb— que él está enamorado de alguna otra y quiere que su mujer desaparezca. Entonces, uno le pregunta a ella cómo lo sabe, y ella dice que es por intuición.

—Y el marido quiere que ella le dé a su esposa cierta medicina y…

—¡Oh, qué tontería! —interrumpió Holcomb—. Yo le digo a usted lo que pienso. Creo que esta muchacha está tratando de comprometer al marido porque quiere desacreditarlo.

—Eso puede ser.

—Le apuesto a usted que es así. ¿Por qué el esposo iba a darle a ella la medicina para que se la diese a su esposa?

—Ella piensa que es veneno.

—Ya veo. Así pues, el esposo llama a una enfermera, la cual no simpatiza con él, y la hace ser testigo, de forma que puede crucificarlo. Ahora, yo le digo a usted algo más. Conozco algo sobre el fondo de este caso. Este muchacho para quien ella está trabajando, es bueno. La esposa es una histérica, neurótica, y esta pequeña trampa de la enfermera es…

—¿Sí? —Mason instigó cuando Holcomb dudó en continuar.

—Bueno. Yo no pienso decirle a usted *todo* lo que sé. ¿Es su cliente?

—Sí.

—Bien, Mason, espero que sea una cliente provechosa… que le dé una buena cantidad de negocios. —Y al decirlo, Holcomb bramaba con la risa.

—Bueno —dijo Mason—. Yo se lo he comunicado a usted.

—De acuerdo. Usted me pasó el asunto. Váyase al diablo, y adiós.

El sargento Holcomb aún reía cuando colgó el teléfono.

El rostro de Mason estaba sombrío cuando colgó el auricular.

—¡Maldito Holcomb! —dijo—. Se está volviendo inteligente. Ahora me acusa de tratar de pasarle el asunto.

—Bueno, ¿y qué estuviste haciendo si no? —preguntó Della Street, con un malicioso guiño en sus ojos.

—Pasándole el asunto. ¿Para qué otra cosa hubiera yo llamado a ese mamarracho? —sonrió Mason.

Capítulo 2

Paul Drake, jefe de la agencia de detectives Drake, avanzó con un paso tan tardo, que a un observador casual le hubiera parecido demasiado lento y tedioso; pero en realidad era un estilo estudiado del hombre que sabe desempeñar un prodigioso trabajo y llevar a cabo una gran misión sin parecer tener gran prisa por hacerlo.

Perry Mason le parecía a él a veces, un prestidigitador que puede tirar un plato y luego, cuando estuviera escasamente a unas tres pulgadas nada más del suelo, agarrarlo antes de que se rompiera, con un movimiento tan perfectamente oportuno, que pareciese casi ser premeditado.

Drake se arrellanó en la mullida butaca, encogió sus rodillas hasta los brazos de aquélla y con las manos detrás de su cabeza, miró a Mason con un marcado fastidio que en realidad era engañoso.

—¿De qué asunto se trata, Perry?

—Estoy metido exactamente en el problema más raro que he tenido en toda mi carrera.

—¿Cuál es?

—Una mujer vino a verme y me planteó este asunto completamente absurdo. Quería saber cuánto le iba a costar mi consejo, y exactamente por divertirme, le dije que un dólar.

—¿Y qué sucedió?

—Que pagó el dólar.

—Es mejor cargar un dólar y cobrarlo en el acto, que cargar cien dólares y no cobrar nada —dijo sonriendo Drake—. ¿Qué es lo que te importuna en este caso?

—Desearía no haberla visto nunca.

—¿Por qué no le devolviste el dólar y le dijiste que no podías hacer nada en su caso?

—Ahí está la cuestión Paul. Eso es lo que *creo* que ella quería que hiciese.

—Bueno, ¿qué te importa lo que *ella* quiera? Haz sólo lo que tú quieras hacer, y luego lávate las manos y déjalo.

—Hay algunas cosas en las cuales uno no puede lavarse las manos —dijo Mason—. No es fácil.

—¿Por qué no?

—Vino a verme con una historia completamente absurda, sobre una esposa que estaba en peligro; y que el marido trataba de convencerla a ella para que le diera un veneno a su esposa…

—Eso es fácil —dijo Drake—. Aconséjale que vaya a la Policía.

—Ya estuvo en la Policía, Paul.

—¿Qué hizo la Policía?

—Se rio de ella y la echó a patadas.

—Eso puede ser un precedente para ti. ¿Cuál es la historia completa?

Mason se la contó.

Cuando hubo terminado, Drake dijo:

—¿Qué quieres que haga yo, Perry?

Mason le dio a Paul Drake el sobre que contenía la tableta que había sacado del frasco que Nellie Conway le mostró.

—Vamos a averiguar qué es esto, Paul. *Puede* ser cianuro de potasio. Y entonces, si así fuese, yo llamaría a mi amigo el sargento Holcomb y le haría empezar a dar saltos igual que hace un gato para atrapar un pedazo de papel volando.

Drake sonrió.

—El caso es —continuó Mason— que nosotros solamente tenemos una tableta. Y si la usamos para el análisis…

—Está asegurada, Perry —dijo Drake—. Yo tengo un amigo que tiene entrada en un laboratorio de análisis relacionados con crímenes, y allí poseen uno de esos nuevos aparatos de rayos X difractores que usándolos obtienen un gráfico de la difracción molecular y de la substancia. No sé cómo trabaja. Todo lo que sé, es que funciona. Uno puede tomar un polvo desconocido y obtener una excelente idea de lo que es, en poco tiempo, poniendo únicamente una cantidad microscópica de él para hacer el trabajo.

—Muy bien —dijo Mason—. Quiero tener la seguridad de que la tableta se conservará; así, no queda ninguna posibilidad de

sustitución o pérdida. La he tenido dentro de un sobre cerrado y con mi nombre escrito encima. Ahora, te la doy. Ponla dentro de un sobre, cierralo, pon tu nombre encima, guárdala en tu posesión y…

—¿Y estáte preparado para declarar que ésa es la tableta que me diste lo mismo que tú estás preparado para declarar que ésa es la tableta que te dio Nellie Conway?

—Exactamente. ¿Cuánto va a costar el hacer ese análisis rápidamente? —preguntó Mason.

Drake dijo sonriendo:

—Bueno, ese hombre es tolerante. Siempre tiene en cuenta la capacidad del cliente para pagar. Todo lo que yo puedo hacer, es sugerirle que no te cargue más del veinticinco por ciento de lo que vas a cobrar por el caso entero, y eso probablemente le parecerá bien a él, y creo que dos monedas de veinticinco centavos no serán demasiado para ti, ¿eh, Perry?

Mason hizo ademán como si fuese a arrojarle indignado un libro al detective, y Drake se escabulló.

—¡Vete! —le gritó Mason—. Diablos, vete fuera de aquí a trabajar. ¿Cuánto tiempo tardarás en decirme lo que esta tableta contiene?

—Puede tenerlo hecho en una hora.

—Te diré lo que vamos a hacer, Paul. Della y yo iremos fuera y comeremos, para regresar luego a verte, y después llevaré a Della a su casa.

—¿Qué manera de hablar es esa? —dijo Della Street—. ¿Tú crees que una muchacha *nunca* tiene una cita?

—Perdóname —dijo Mason—. ¿Qué tienes que hacer esta noche, Della?

—Bueno —dijo ella modestamente—. En vista de la manera de hablar ahora, no tengo nada que no pueda cancelarlo en favor de un buen bistec medio pasado, con patatas horneadas a la Idaho, mucha mantequilla, unas tostadas de pan francés y una botella de vino tipo Chianti y…

—Basta —dijo Drake—. Me vuelves loco. Yo tengo que conformarme con un bocadillo de hamburguesa en una mano, y una taza de café en la otra.

—No te disgustes, Paul —dijo Mason sonriendo—. Eso es exactamente lo que ella *quiere*. Pero lo que *tendrá*, puede ser muy

diferente. La voy a llevar a un restaurante chino y pedir para ella un plato de arroz. Venga, Della, vamos a cenar.

Mason apagó las luces de la oficina y abrió la puerta para que saliese Della.

—Otro día pasado —dijo él.

Della Street, recogiendo el billete de un dólar que Nellie Conway le había dado al abogado, le dijo a Paul Drake:

—¡Y otro dólar ganado!

Capítulo 3

Hora y media más tarde, Mason y Della Street dejaban el ascensor y entraban con calma en la oficina de Paul Drake, cambiaron saludos con la muchacha de servicio de noche de la centralita, y luego se dirigieron al despacho particular de Drake.

—Todavía no tengo nada —dijo Drake—. Estoy esperando algo de un momento a otro.

—¿Cuánto de la tableta dices que usarán, Paul?

—No mucho. Ese muchacho tuvo una idea inteligente. Tiene un taladro fino como un cabello e hizo un agujero pequeño en el centro de la tableta, de forma que puede analizar esa parte sin estropear el resto. Tenía que realizar antes otro trabajo urgente y por eso se retrasa algo.

El teléfono sonó. Drake tomó el auricular y comentó:

—Probablemente es él.

Y dirigiéndose al teléfono:

—Hola… Sí, aquí Paul Drake… Muy bien, prosiga. —Al instante Drake advirtió con una mirada a Mason y después repuso—: Bien, espere un momento, por favor. No corte la comunicación. Voy a ver si tengo el número del teléfono donde puede encontrarse ahora.

Drake puso su mano encima del micrófono y dijo:

—Es tu amiga, la muchacha. Está muy excitada. Dice que quiere hablar contigo en seguida. Que es muy importante.

—Oh, oh —dijo Mason—. Esto sí que es bueno.

—¿Qué hago yo? Decirle a ella…

—No —dijo Mason—. Dile que acabo de salir de aquí y que tratarás de encontrarme.

Drake dijo al teléfono:

—Bueno, no sé dónde se encuentra en este momento. Tengo un número de teléfono al que puedo llamarlo más tarde. Si usted

puede… Oh, espere un minuto, alguien está en la puerta de la oficina ahora. Creo que oí la voz de Mason… ¡Oh, Mason…!

—¿Es Mason quien acaba de llegar? Bueno, dígale que quiero hablarle… Sí, dígale que tiene una llamada telefónica para él —oyó por el teléfono.

Drake esperó un par de segundos y luego añadió:

—Aquí viene él en este momento. Espere, no se vaya. Ya le digo que se ponga al teléfono.

Drake hizo un gesto a Mason, y éste agarró el teléfono que el detective le tendía, y dijo:

—Hola.

La voz de Nellie Conway llegaba a sus oídos llena de excitación.

—Oh, señor Mason, algo terrible, completamente terrible ha sucedido. Necesito verle a usted.

—¿Dónde? —preguntó Mason—. ¿En mi oficina?

—No, no. Yo no puedo salir de aquí. No estoy libre para ir. Por favor, ¿no puede usted venir? Es en el Paseo de Montecarlo, número 1925. Yo…, oh…

Con una exclamación y sin una palabra de despedida, ella colgó bruscamente el auricular, oyéndose el ruido que produjo desde el otro extremo de la línea.

Mason sonrió a Paul Drake y dijo:

—Bueno, creo que estaba en lo cierto, Paul.

—¿Qué?

—Que se está fraguando alguna cosa.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Drake.

—No es lo que *yo* voy a hacer —dijo Mason—. Es lo que *nosotros* vamos a hacer. Vamos, Della nos vas a llevar. Podremos llamarte en el caso de que alguien tenga que hacer alguna declaración.

—¿No quieres que yo espere por la llamada para saber lo que contiene esa tableta? —preguntó Drake.

—¡La tableta! —dijo Mason—. Será o cianuro o arsénico. Y todas las probabilidades son de que la señora Bain esté muerta ya. Vámonos, Paul, vamos a descubrir un cadáver.

—¿Y después, qué?

—Después —dijo Mason— trataré de desembrollarme de un compromiso muy turbio. Nellie Conway proclamará ante todos y cada uno, que ella me contó a mí toda la historia, mientras la

señora Bain estaba aún viva. Las gentes creerán que yo soy un abogado desastroso.

—No lo comprendo —dijo Drake—. Simplemente, no puedo ver en qué lugar va a dejar todo esto a tu clienta. Esto hace que ella parezca… Exactamente, ¿cuál es la situación de ella, Perry?

—Todo este pequeño juego —dijo Mason—, deja a Nellie Conway en una posición en que ella puede acusar al esposo de haberle administrado el veneno a su mujer mientras ella estaba de espaldas, después de haberse negado a ayudarlo. ¿No ves que la muchacha se proporcionó a sí misma una perfecta coartada? Ella va a la policía y trata de comunicarse con ellos, previniéndoles de un asesinato que se va a cometer. Mi cliente de cara impasible, se ha procurado una bonita coartada…, o al menos ella cree habérsela procurado.

—Quizá tuvo que hacer eso —dijo Drake.

—Para hacer de mí un chivo —gruñó Mason—. Venga, vámonos.

Capítulo 4

Della Street guió el auto de Mason hacia la esquina, desviándolo, entrando y saliendo en la espesura del tráfico. Conducía con rapidez y apenas ponía el pie en el freno para disminuir la velocidad, y también rara vez apretaba a fondo el acelerador, arreglándoselas, a pesar del denso tráfico, para conservar una marcha estable y veloz al mismo tiempo.

Paul Drake en el asiento de atrás, movió la cabeza lúgubremente.

—Algunas veces creo que es mejor que os conduzca yo a vosotros, Perry.

—¿Quejándote otra vez, Paul? —preguntó Della Street por encima del hombro.

—No es que me queje, fue solamente un comentario —dijo Drake.

—Paul no está acostumbrado a los buenos conductores, Della —intervino Mason—. El nunca protesta cuando voy conduciendo.

—¿Puede uno imaginarse semejante cosa? —exclamó Della Street.

—Es lo mismo que los taxis de París —dijo Mason—. Al principio, yo creía que corrían como demonios. Pero no. Sólo ponen una marcha y siguen siempre con ella. Los conductores franceses saben que si ponen el pie en el acelerador, gastan más gasolina, y también saben que ocurre lo mismo si ponen el pie en los frenos. Entonces, van a una velocidad fija de treinta millas por hora, y todo esto lo hacen sin importarles lo que encuentren por delante.

—¿Y crees que yo estoy haciendo lo mismo? —preguntó Della Street.

—¡Ni lo permita Dios! —interpuso Drake—. Tú has estado guiando a setenta kilómetros, y maldito si tomabas en cuenta nada.

Della Street, aflojando la marcha, dijo:

—Bueno, como te pongo allí en menos tiempo, así no sufres tanto, Paul. El Paseo de Montecarlo, debe de estar cerca de aquí. Está en la próxima…

—Aquí está —dijo Mason.

Della Street desvió el auto hacia la derecha. Todavía iba a demasiada velocidad y los neumáticos chirriaron cuando dobló la esquina.

Paul Drake hizo un gesto exagerado y puso las manos sobre sus ojos.

Della Street se dirigió hacia la grande y blanca casa de dos pisos y semisótanos que, con el césped, las amplías veredas y las vallas, daba la sensación de una casa de campo, aunque en realidad se encontraba a sólo treinta minutos del centro de la ciudad.

—¿Queréis que vaya yo con vosotros y lleve mi libro de notas? —preguntó Della.

—No. Drake vendrá conmigo. Nosotros nos presentaremos y declararemos por nosotros mismos… ¿Cómo dicen ellos, Paul?

—*En términos no inciertos* —aclaró Drake.

—Esa es la cosa —le dijo Mason—. Tú espera aquí, Della. Conserva el motor en marcha. Podemos necesitar ir a algún sitio de prisa.

—Naturalmente, como siempre, juego de policías y ladrones —dijo Della Street sonriendo—. Muchachos, no dejéis que nadie os venda gato por liebre.

—Trataremos de que así sea —prometió Mason; y con Paul Drake detrás, caminaron por el piso de cemento y se detuvieron en el pórtico de la casa, oprimiendo el botón del timbre en el lado de la puerta.

La luz del pórtico se encendió tan pronto como el tintineo del timbre fue oído y la puerta osciló abriéndose.

Un hombre bajo y que parecía lleno de ansiedad, dijo por la rendija de la puerta:

—Bien, ciertamente no les llevó mucho tiempo llegar aquí.

Mason le dijo con cautela:

—Pues no hemos violado ninguna ley al hacerlo con esta prisa. ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Sigan derecho, por aquí, por favor —les dijo el hombre. Y

volviéndose hacia ellos, les mostró el camino a través del vestíbulo de recepción y de un gran cuarto de estar.

Mason observó al hombre por detrás. La chaqueta era bien cortada pero demasiado pequeña. El hombre caminaba con pasos llenos de energía e impaciencia, sonando fuertemente sus tacones sobre el piso. Y al igual que muchos sujetos bajos y gordos, parecía moverse siempre alrededor de una atmósfera de ética y futilidad, tratando de olvidar su peso, debido a la gran prisa que parecía tener.

—Pasen por aquí —dijo por encima del hombro—. Este es el camino, por favor.

No se volvió para mirar atrás, mientras proseguía su marcha, levantando las cortinas que daban a un suntuoso cuarto de recibir, en donde todas las cosas daban la sensación de haber sido colocadas cuidadosa y sistemáticamente: un cuarto que irradiaba la huella de un artista decorador. Cada butaca se encontraba en el lugar apropiado, haciendo juego todo en general, en dibujo y color. Las cortinas habían sido corridas, tapando así las ventanas, pero era evidente que la vista daba hacia el Este, por la inmensa ventana en el centro del cuarto, con cómodas butacas y sofás turcos a los lados.

Nellie Conway se hallaba de pie cerca de un rincón. Sus ojos estaban ligeramente abiertos. En conjunto, su cara carecía de expresión alguna.

Un hombre alto y delgado, cuyo rostro tenía un rictus de amargura y que bien podía sufrir de úlceras, estaba de pie detrás de una de las aparatosas butacas, mientras sus brazos descansaban en el respaldo de la misma y un cigarrillo encendido pendía de un ángulo de su boca. Parecía estar ausente del cuarto, envuelto en la oscuridad de una egoísta melancolía.

Una mujer de edad incierta, alta, flaca y de rostro ceñudo, se encontraba de pie en el centro de la estancia. Esta parecía hecha a la medida para ella. Y bien podía haber sido su metódica y matemática mente la que hubiera arreglado y dispuesto los muebles con cuidadosa precisión y conservado todo arreglado.

Miró a Mason, y por un momento sus oscuros e inescrutables ojos se posaron, con ese movimiento silencioso, sobre Nellie Conway, que ahora se encontraba sentada, y poniéndole una mano sobre los hombros, le dijo:

—Creo que todo irá bien, querida. No tenga miedo. —Después, le dio a Nellie unas pequeñas palmaditas, se dio vuelta y salió fuera del cuarto.

—Señor Mason —dijo Nellie Conway.

—¿Eh? ¿Qué es esto? —preguntó el hombre gordo.

—Este es el señor Bain, mi patrón —dijo ella.

—¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Quién demonios es éste? —preguntó Bain.

Nellie Conway siguió hablándole a Mason sin prestar atención a Nathan Bain.

—El señor Bain es mi jefe —le explicó ella—. Acaba de cometer la temeridad de acusarme de ladrona. Este *caballero* que está a la derecha, es un detective privado que el señor Bain ha contratado para investigar en mi caso desde hace algún tiempo, sin tener la cortesía de permitirme que yo me enterase, y la policía creo que está para llegar de un momento a otro.

—¿Cómo es eso? —preguntó Bain volviéndose hacia Perry Mason—. ¿No son ustedes la policía?

El hombre que Nellie Conway había descrito como detective privado, dijo perezosamente y sin mover el cigarrillo de la posición en que lo tenía:

—Perry Mason, el famoso abogado criminalista. Y ese que está con él, es Paul Drake, el Jefe de la Agencia de Detectives Drake. La mayor parte del trabajo de Mason la hace él… Hola, Drake.

—No recuerdo conocerlo —dijo Drake.

—Jim Hallock.

—Oh, sí. Ahora lo recuerdo —dijo Drake sin cordialidad.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Mason.

—¿Qué demonios están ustedes haciendo aquí? —inquirió Bain —. Yo llamé a la policía.

—A mí me pareció que yo debía llegarme aquí para ver lo que sucedía.

—Bien, ¿y por qué está usted aquí?

—Fui llamado por la señorita Conway —contestó Mason.

—¿Por Nellie?

—Exactamente.

—¿Quiere usted decir que Nellie Conway le pidió a usted que viniera aquí?

—Eso mismo.

—¡Dios santo! ¿Y por qué?

—Porque —dijo Nellie Conway— estoy cansada de todo esto, de que me atropellen. Usted ha estado intentando forjar una acusación delictuosa contra mí y yo no estoy dispuesta a consentirlo. El señor Mason es mi abogado.

—¡Bueno, maldita sea! —dijo Bain, y se sentó bruscamente en una butaca que estaba a su lado, mirando después a Mason con ojos que parecían hallarse parapetados tras una barrera formada en su rostro por el exceso de grasas y adiposidades que proliferaban alrededor de aquéllos.

Jim Hallock cambió de postura sólo lo suficiente para quitarse el cigarrillo de la boca, sacudirlo sobre la alfombra lujosa y decir:

—Ella seguramente ha llamado a Mason, cuando dijo que iba arriba a ver cómo se encontraba la enferma, que estaba sola —le explicó a Bain.

—¡Mason! ¡Perry Mason contratado por una ladrona barata como ésta! —dijo Bain—. No puedo creerlo. Es absurdo.

—No me parece a mí así —le dijo a Bain, Hallock—. Usted es el que está siendo absurdo; yo creo en la alta calidad de los negocios de esa ladrona *barata*. Además no hemos probado aún nada y…

—Al diablo si no hemos probado cosa alguna todavía. Nosotros la sorprendimos robando. La sorprendimos en flagrante delito.

Hallock se encogió de hombros y dijo:

—Esto es lo que yo pensaba.

—Bien, ¿y no es así?

Hallock nada dijo; únicamente se levantó y poniéndose detrás de la rellena butaca y medio sonriendo, parecía pensar, recordando sin duda alguna broma:

—Creo que usted nunca vio a Mason en el Tribunal —le dijo.

—Yo no entiendo de eso —dijo Bain.

—Creo —dijo Mason— que si alguien explicara lo que ocurre, podrían aclararse las cosas.

—¿Está usted representando a Nellie Conway? —preguntó Bain.

—Todavía no —le dijo Mason.

—¿Cómo que no? Sí, usted lo está, señor Mason. Yo le pagué a usted con ese objeto. Tengo un recibo —interpuso Nellie.

—Eso fue por otro asunto —dijo secamente Mason—. ¿Qué es lo

que pasa aquí?

Hallock dijo a Bain:

—No necesita contestarle si no quiere. La policía vendrá. Y ellos tomarán por su cuenta el asunto.

Bain lo interrumpió agriamente:

—Le diré toda la historia si yo quiero. Todo ha sido tan repentino que no parece sino que yo estoy a la defensiva. Yo no tengo ninguna cosa que ocultar. Mi esposa está enferma, señor Mason. Nellie es la enfermera de noche. No es una enfermera titular, es únicamente una enfermera auxiliar. Últimamente hemos venido perdiendo, por desaparición, algunas joyas y algún dinero. Personalmente, yo sospeché de Nellie desde el primer momento. Pero, antes de hacer nada, consulté al señor Hallock a quien contraté como detective. Quería obtener *pruebas*. Yo soy demasiado cauto para ignorar que si hiciese una acusación falsa, eso me expondría a un proceso por daños y perjuicios. Un individuo de esta clase busca siempre las vueltas, buscando una brecha abierta para atacar.

—Creo que eso no es un juego limpio —dijo Nellie Conway.

Bain no prestó atención a eso y continuó:

—Hallock tuvo una sugestión muy práctica. Nosotros sacamos del joyero de mi esposa las verdaderas joyas y las sustituimos por imitaciones. Luego, pusimos en el joyero polvo fluorescente, de forma que si alguien lo tocaba, parte de ese polvo fluorescente se quedaría adherido a sus dedos. Entonces, tomamos el joyero del cajón del escritorio de mi esposa y lo dejamos encima, pareciendo que estaba allí dejado por olvido. Hicimos un completo inventario del contenido del joyero, señor Mason. Todas las joyas eran imitaciones, pero estaban en un lujoso joyero y nadie podía suponerse que no eran las auténticas.

»Esta tarde, Hallock y yo volvimos a hacer inventario del contenido del joyero. Nada faltaba en él. Anoche, cuando la enfermera de día se fue al terminar sus obligaciones, cotejamos una vez más el contenido del joyero. Todas las cosas estaban en su sitio.

»Hará aproximadamente una media hora, cuando Nellie vino aquí y preparó alguna leche malteada para mi esposa, permaneció aquí por largo tiempo. Con toda intención le dimos esa oportunidad de estar sola sin importunarla. Luego, cuando ella llevó la leche

malteada y caliente a mí esposa arriba, nosotros entramos e inventariamos de nuevo el contenido de la caja. Un colgante de diamantes, había desaparecido. Entonces llamamos a Nellie aquí abajo, apagamos las luces y encendimos una luz ultravioleta. Los resultados fueron exactamente los que habíamos previsto.

—No sé cómo esta substancia se adhirió a mis dedos —dijo Nellie.

—¿Hay un polvo fluorescente en sus dedos? —le preguntó Mason.

—Véalo por sí mismo —repuso Bain.

Y con la vanidad de un actor al representar una buena escena, se dirigió hacia la llave de la luz, apagándola con su dedo pulgar. En el acto, el cuarto quedó sumido en la oscuridad. Entonces, le dio a otra llave. Se produjo un zumbido y después de un segundo el cuarto fue iluminado por una luz ultravioleta.

—Enséñele al caballero sus manos, Nellie —ordenó Bain con sarcasmo.

Nellie Conway mostró sus manos. Las puntas de los dedos estaban llameantes con una luz que tenía un matiz azul verdoso, brillando extraordinariamente.

—Ahí lo tiene —dijo Bain—. Trate ahora de ridiculizar eso.

Apagó la luz ultravioleta y el cuarto volvió a la luz ordinaria.

Nellie Conway volvióse suplicante hacia Perry Mason y le dijo:

—¿Se da usted cuenta? Esto es todo una…, una parte de aquello otro sobre lo que yo le hablé a usted.

Nathan Bain preguntó a Mason:

—Permítame aclarar esto de una vez, por favor. ¿Está usted aquí representando a Nellie? ¿Es así, señor Mason?

—Ella me pidió que viniera.

—¿Y ese caballero que está con usted?

—Es el detective de Mason —interpuso Jim Hallock—. Se lo advierto a usted, Bain.

—No veo razón alguna para que ustedes dos, caballeros, se hayan inmiscuido en este asunto —dijo Bain—. Les suplico, pues, que se vayan.

—Tengo una pequeña duda —dijo Mason— de si la señorita Conway es mi cliente, Bain, pero no estoy particularmente impresionado con *su* actitud.

—Usted no tiene por qué estar impresionado con mi actitud. Esta mujer es una ladrona y…

—Espere un minuto —le interrumpió Jim Hallock—. Vamos a no entrar en conclusiones, señor Bain, ¿quiere usted? Han sido robadas una serie de joyas. Nosotros pedimos a la policía que investigase el asunto. Hay ciertas probabilidades de que la señorita Conway será llamada para explicarlo.

—Eso es —interpuso de prisa Bain—. Yo no la culpo antes de ser probado. Simplemente, puse una trampa para ella y…, ella recogió esa substancia en sus dedos. Hallock, sonriendo escépticamente, le dijo:

—Eso, ya está mejor, pero es demasiado tarde ya para que surta buen efecto.

Bain volvióse a Nellie Conway diciéndole:

—No veo qué es lo que usted piensa ganar con eso, Nellie. Después de todo, yo puedo ser benigno con usted, y si usted hace una restitución, yo…

Se calló al oír sonar el timbre, y después le dijo a Hallock:

—No los pierda de vista, Jim. —Fue hacia la puerta, y al caminar, sus cortas piernas parecían pistones automáticos. Un momento después, gritó—: Bien, aquí está la policía. Ahora veremos quién pone esto en claro.

La policía no necesitaba de presentación alguna. Bain, les había hecho en el pasillo de recepción un resumen de los acontecimientos, y seguido de dos agentes de uniforme, entraron todos en el cuarto e inmediatamente hicieron sentir su presencia.

—Muy bien —dijo uno de los hombres—. Prescindiremos del abogado y de su acompañante y veamos lo que esta muchacha tiene que decirnos por sí misma.

Mason dijo a Nellie Conway:

—Si eso es lo que ellos quieren, no diga usted una sola palabra. Ese polvo fluorescente es una substancia sutil, pero en realidad no *prueba* ninguna cosa. Es usado en casos de pequeños delitos para atrapar a una persona y llenarla de pavor ante la idea de ser sorprendida con eso pegado a sus dedos. Las personas, generalmente, se vuelven temerosas de repente y en esas circunstancias confiesan.

—Cállese —le dijo uno de los policías a Mason—. Bain quiere

que se vaya usted de aquí. Esta es su casa.

—Si él está intentando fraguar algo contra una persona inocente, le advierto que eso no tendrá valor alguno ante un Jurado.

Después, Mason continuó, hablándole a Nellie Conway:

—Ahora, piense bien lo que le estoy diciendo, a no ser que usted quiera colocarse en una posición difícil y…

—Eso es demasiado —gritó el policía, avanzando hacia Mason con aire agresivo.

Mason volvió sus ojos hacia el policía y le dijo:

—Estoy aconsejando a una cliente.

—Quiero que se vayan —dijo el señor Bain—. Estos señores no tienen nada que hacer en este asunto.

—Ya oyó usted lo que este hombre dijo: ¡Fuera!

—Un momento, yo estoy tratando de aconsejar a mi cliente —insistió Mason.

—Bueno, puede usted aconsejarla en otro sitio.

—Y —añadió Mason volviéndose hacia Nellie Conway— no deje que la engañen haciéndole creer que eso es algo serio. Lo más de que pueden acusarla, es de un pequeño hurto.

—¿Qué quiere usted decir con un pequeño hurto? —gritó Bain—. ¿Cómo es eso, si el colgante de diamantes de mi esposa estaba valorado en más de cinco mil dolares? Él es…

—Seguro —replicó Mason—, pero no se esté engañando a usted mismo. Recuerde que puso una imitación barata dentro del joyero. Y que fue precisamente la imitación la que desapareció. ¿Cuánto costará esa imitación?

—¿Cómo?… Yo… ¿Cómo sabe usted que no era el verdadero colgante?

—No entre en argumentaciones con él —le dijo uno de los policías—. Vamos, Mason, no se exceda. Usted puede aconsejar a su cliente después que ella se haya presentado en la Jefatura de la Policía.

—¿Podrá usted mantenerse callada? —preguntó Mason a Nellie Conway.

—Si usted me lo aconseja así, lo haré.

Los policías, agarraron a Mason y Paul Drake y los empujaron fuera de la puerta.

—No diga una sola palabra —le gritó cautamente Mason a Nellie

por encima del hombro.

—Vamos, pimpollo, lárguese —dijo el policía.

—¿Ni tampoco sobre…, sobre aquel otro asunto? —le gritó Nellie Conway a Mason.

—No hable con ellos sobre nada —gritó Mason ya de espaldas mientras el policía lo empujaba afuera.

—¿Y bien? —preguntó Della Street cuando Drake y Mason se acomodaron en el auto—. Pareció como si te hubieran echado agarrado por una oreja.

—Eso me ha puesto furioso —dijo Mason—. Y sólo por eso, voy a representar a Nellie Conway, y Bain se va a arrepentir de haberle ordenado a esos policías que nos echaran.

—¿Qué sucedió? —preguntó Della—. ¿Quién fue asesinado? ¿La esposa?

—No hubo asesinato alguno —dijo Mason—. Solamente un caso de hurto pequeño, y un agudo detective privado que hizo uso de polvos fluorescentes. Creo que les voy a dar una lección a ese par de…

—Concretando, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Della.

—Concretando —dijo Mason—, vamos a seguir a ese auto de la policía. Cuando ellos lleven a Nellie Conway a la cárcel, nosotros vamos a presentar fianza para sacarla libre.

—¿Y después, qué?

—Después —dijo Mason—, Paul Drake va a telefonearle a su amigo el químico. Nosotros confiamos en que al fin sabremos exactamente qué clase particular de veneno Nathan Bain estaba tratando de que Nellie le administrara a su esposa enferma. A partir de ese punto, en adelante vamos a ser como unos demonios actuando.

—¿Quieres decir que llamarás a la policía?

Mason, sonriendo, dijo:

—No. Yo representaré a Nellie Conway en un pequeño hurto, un caso que me encargo de él, solamente por darme el gusto de volver a interrogar al señor Nathan Bain.

—¿La llevarán a ella de aquí? —preguntó Della Street.

—¿Si ella sigue mi consejo y rehúsa hablarles, es muy posible que la lleven. Pero si logran que ella hable y explique las cosas, la situación puede ser algo diferente.

—No tenemos necesidad, realmente, de seguir a ese auto de la policía, Perry —dijo Drake—. Podemos dirigirnos a la Jefatura de la Policía directamente y esperarlos allí.

—¿Y si ellos la llevan a una estación de Policía distante, cómo sabremos donde la tienen? —le contestó Mason—. Ya lo han hecho así otras veces.

—En casos de asesinato —dijo Paul Drake.

—Pueden hacerlo en *este* caso también.

—Tonterías, tú nunca te has molestado con estas pequeñas cosas, Perry. Puede ser que ni la acusen siquiera.

—Los grandes alcornoques salen de las bellotas —contestó Mason con dureza.

—¿Quieres decir que…? —preguntó Drake.

—Quiero decir que Nellie ha planeado alguna cosa —dijo Mason —. La siento germinar.

Guardaron silencio por unos minutos.

—Pero nosotros no podemos seguir a ese auto de la policía sin buscarnos disgustos —puntualizó Drake—. Ellos emplean la sirena y…

—Nosotros podemos intentarlo —dijo Mason—. Yo no creo que vayan a quemar los puentes. Pueden intentar sacarle a Nellie las cosas en una forma agradable y amistosa camino de la cárcel. Y si ella…

—Aquí vienen —interrumpió Della Street.

—Vamos detrás, Della —le dijo Mason—. Deja que me ponga yo al volante. Esta puede ser la forma agradable de conducir que a Paul *realmente* le gusta tanto.

—Procura tener corazón, Perry —suplicó Drake.

Los policías, escoltando a Nellie Conway, se dirigieron hacia el auto. Uno de los policías se encaminó hacia donde estaba estacionado el auto de Mason y le dijo a este:

—No necesita usted andar merodeando, Mason. Bain nos va a seguir en su auto y va a presentar una denuncia. Él no quiere hablar con usted y nosotros no queremos que usted hable con él. Sea inteligente y váyase a casa.

—Ya soy inteligente —dijo Mason.

—Muy bien. Entonces váyase.

Mason miró hacia la acera y dijo:

—No lo veo.
—¿No ve el qué?
—La boca de agua para incendios.
—¿Qué boca?
—En la forma que usted me estaba ordenando que me fuera, me hizo pensar que me había estacionado enfrente de una boca de agua para incendios. Sin embargo, no la veo y me parece que no hay límites de estacionamiento en este…
—*Okay*, inteligente muchacho… Veremos adónde va usted a parar… —le interrumpió el policía, y se encaminó hacia su automóvil.
Minutos después, un auto rodaba saliendo hacia la carretera con las luces encendidas. El automóvil de la policía rodó calle abajo. El de Bain iba detrás y el de Mason a la cola del de Bain.
Cuarenta minutos más tarde, Nellie Conway estaba libre, bajo fianza de dos mil dólares que Mason había depositado.
Entonces, el abogado fue arriba, a la oficina de Homicidios, para ver al sargento Holcomb.
—Creo que descuida usted demasiado este asunto de la señorita Conway —le dijo Mason.
—Corrientemente piensa usted así. —El sargento Holcomb parecía estar meditando para su fuero interno.
—Ya se lo advertí a usted, para que analizara mejor el caso.
—Y lo analicé —dijo gruñendo Holcomb—. El hecho es que conozco todo lo relacionado con este asunto. Bain y yo nos hemos entrevistado y cuando él empezó a sospechar que Nellie Conway robaba dinero y joyas, me telefoneó y me preguntó qué le aconsejaba.
»He sido yo quien le dijo que buscara a Jim Hallock y que usara ese polvo fluorescente para atraparla con las manos en el fuego, y eso fue exactamente lo que hizo.
»Ella, evidentemente, se creyó muy lista. Al darse cuenta de que Bain la tenía bajo sospecha, decidió prepararse una coartada a sí misma acusando a Bain de tratar de asesinar a su esposa. En esa forma, él no trataría ya de perseguirla más.
»¡Y usted, el más inteligente de los abogados, cae derechito en la trampa!
Holcomb, echándose hacia atrás, reía.

—Para ser un hombre a quien uno supone sabedor de todo, ha cometido usted la cosa más absurda. Creyó esa pequeña historia y cayó en la trampa. ¡Ja, ja, ja!

—No esté usted demasiado seguro —replicó Mason—. El zapato puede estar en el *otro* pie. Cuando Bain supo que ella no le había dado el veneno a su esposa, decidió desacreditarla.

—¡Qué tontería! —dijo el sargento Holcomb—. Cuando Nellie se dio cuenta que estaba descubierta, fue cuando cocinó esa historia y adquirió algunas tabletas, fingiendo que Bain estaba tratando de hacer que ella se las administrara a su esposa. Personalmente, yo apuesto dinero a la par, de que todo eso son invenciones de ella para respaldar su historia y que ella agarró las tabletas del primer frasco que encontró en el cuarto de baño. Y creo que existen nueve probabilidades entre diez, de que esas tabletas sean de aspirina. Eso es lo que ellas me parecieron a mí.

»Demonios, Mason. Piénselo usted bien. ¿Cómo puede usted figurarse una cosa de estas? Bain sería completamente tonto si hubiera pretendido que su mujer tomase las tabletas de mano de una mujer a la que él estaba tratando de hacer detener por ladrona, y poniéndose así en poder de ella completamente.

Y Holcomb, echando su cabeza hacia atrás, parecía reventar de risa. Lentamente, se calmó lo bastante para decirle:

—No deje que esa pequeña descarada lo hipnotice con ese cuento y se gane sus simpatías. Mason. Si usted va a ser su abogado, haga que le pague sus honorarios en dinero y por adelantado.

—Muchísimas gracias —dijo Mason y se encaminó afuera.

Holcomb iba muerto de risa cuando lo seguía por el pasillo.

Mason se reunió a Della Street y regresaron a la oficina de Drake.

Paul Drake que había regresado en taxi, estaba esperándolos. Entregó a Mason un grabado de unas dieciocho pulgadas de largo, representado en un largo espacio de ondulantes líneas, subiendo éstas hasta la cúspide y después descendiendo hacia abajo en forma de ondas.

—¿Y eso qué es? —preguntó Mason.

—Esto es como hacen el análisis con esos nuevos aparatos de rayos X difractores. Y aquí está la nota del químico. Dice:

Querido Paul:

El grabado es muy característico. No existe duda alguna de que la tableta que usted me dio consiste en ácido acetilsalicílico. Adjunto le devuelvo la tableta remitida, con un pequeño agujero en el centro.

—¡Ácido acetilsalicílico! —exclamó Della Street—. ¿Y eso qué es?

—Eso —dijo Mason— es exactamente lo que el sargento Holcomb dijo que era.

—¿Bien, y qué es lo que dijo que era? —preguntó con impaciencia Della Street.

—Ácido acetilsalicílico —dijo Drake— es el nombre químico del ingrediente activo en la antigua y vulgar aspirina.

—Vámonos —dijo Mason—. Vámonos a casa. Todos necesitamos descansar… No puedo dejar el caso de Conway, ahora. Tengo que defenderla. Oye, Paul: cita a esa ama de llaves como testigo para la defensa. Eso le causará alguna preocupación a Bain. Este ha sido uno de esos días que no me gustan nada.

—Mejor será que te lleves la tableta contigo, Perry —observó sonriendo Drake—. Es buena para el dolor de cabeza.

Capítulo 5

Harry Saybrook, el fiscal auxiliar del Distrito, parecía fastidiado definitivamente de que un caso ordinario de un pequeño hurto, hubiera sido llevado ante un Jurado, y su fastidio se manifestaba en todas las cosas que decía o hacía.

Perry Mason, por su parte, se mantenía sereno, correcto, lógico y sonriendo con franqueza al Jurado.

El juez Peabody de vez en cuando, arqueaba extrañado sus cejas en dirección a Mason, cuando observaba la calma y complacencia con que el abogado criminalista se encontraba sentado, mientras James Hallock, el detective privado, testimoniaba que él había sido empleado por el señor Nathan Bain; que tenía entendido que habían sido realizados una serie de pequeños robos en la casa de Nathan Bain, y que para obtener pruebas, el testigo había puesto un polvo inactivo, que era fluorescente y de un vivido color azul verdoso, cuando se exponía a la luz ultravioleta. Que había puesto este polvo por todo el joyero que contenía ciertos artículos de joyería. El testigo amplió su testimonio diciendo que él se hallaba en la casa cuando la acusada, que estaba empleada como una enfermera auxiliar, había entrado a trabajar la noche del día diez. Explicó que había sido presentado a la acusada como un negociante conocido que le estaba vendiendo al señor Bain una mina de su propiedad.

El testigo dijo también que en compañía del señor Bain había hecho previamente un inventario de los artículos que contenía el joyero. Los artículos, por lo que él pudo ver, eran piezas de joyería. No había averiguado su valor. Más tarde, se le dio a entender que eran piezas de bisutería. No obstante, al hacer su primera declaración, el testigo se había contentado con hacer un tosco diseño de cada uno de los artículos del joyero y la descripción general de los mismos.

A la hora que la acusada había entrado a trabajar en la noche del día diez, él había examinado el joyero y había encontrado cada artículo, de los que había inventariado, intactos. Dos horas más tarde y a requerimiento del señor Bain, había hecho otro inventario del contenido del joyero y había encontrado que uno de los artículos, un colgante de diamantes y perlas, había desaparecido. Que bajo la sugerencia del señor Bain, había llamado a la acusada dentro del cuarto; que al dar la señal convenida, la luz ordinaria había sido apagada y sustituida por una poderosa luz ultravioleta, y que bajo la influencia de esa luz, los dedos de la acusada aparecían luminosos y de color azul verdoso.

Harry Saybrook, volviéndose al Jurado y moviendo la cabeza cuanto pudo, dijo:

—Entonces, ¿no ven ustedes, cuán simple es eso?

Cuando Saybrook se cercioró de que el Jurado se había dado exacta cuenta de la naturaleza destructora del testimonio de Hallock, se dirigió a Perry Mason, con algo de desafío en su voz y le dijo:

—Puede usted repreguntar, señor Mason.

En el estrado de los testigos, Jim Hallock se preparó para soportar el abusivo e insultante alud del interrogatorio que los abogados defensores acostumbran descargar sobre los jefes de agencias privadas de detectives.

—¿Cómo? —dijo Mason aparentemente con sorpresa—. No tengo preguntas que hacerle —y volviéndose hacia el Jurado, añadió con la mayor ingenuidad—: Creo que este hombre está diciendo la verdad.

—¿Qué? —exclamó con sorpresa Saybrook.

—Que yo creo que él está diciendo simplemente la verdad — replicó Mason—. ¿De qué se sorprende usted, señor fiscal?

—Nada, nada —dijo Saybrook bruscamente—. Llamaré a mi próximo testigo, Nathan Bain.

Nathan Bain se dirigió al estrado de los testigos, y preguntado por Saybrook, dijo su historia. Su esposa estaba enferma. Había sido necesario emplear a una enfermera de día y otra de noche. El caso no requería enfermeras titulares que trabajaran ocho horas, puesto que había un ama de llaves, quien podía echar una mano en alguna ocasión, y entonces Bain había empleado a dos enfermeras

auxiliares, una de día y otra de noche. La acusada era la enfermera de noche.

Poco después de haber empezado a trabajar las enfermeras, notó que habían empezado a desaparecer algunos objetos de la casa, tales como pequeñas cantidades de dinero, licores y varias joyas. Bain hizo constar que él no podía tener la seguridad de si aquello era algo más que una coincidencia, en lo que a la acusada se refería. Así, decidió ponerle una trampa. Tomó el joyero del escritorio donde su esposa generalmente lo guardaba, y adquirió artículos de imitación de aquellas joyas, los cuales había entonces puesto dentro del joyero. El testigo había consultado con James Hallock, el detective que acababa de declarar. Por sugerencia de Hallock, habían cubierto el estuche con un polvo fluorescente. Después, el estuche había sido dejado encima del escritorio en un sitio visible, pareciendo como si alguien inadvertidamente se hubiera olvidado de meterlo en el interior de aquél.

Después, Bain describió los sucesos de la noche del día diez, con particular detalle.

Perry Mason bostezó.

—¿Desea usted repreguntar a *este* testigo? —le preguntó Saybrook.

Mason dudó lo suficiente para que Bain creyese que había escapado sin ser repreguntado, y se estaba levantando de la silla de los acusados cuando Mason dijo:

—Un momento, señor Bain, tengo que hacerle una o dos preguntas a las cuales quiero que usted me conteste.

—Sí, señor —dijo el señor Bain.

—¿Cuándo fue puesto en el joyero ese polvo fluorescente, señor Bain?

—El día diez.

—¿A qué hora?

—Sobre las nueve de la mañana.

—¿La enfermera de día había ya entrado a trabajar?

—Sí, señor.

—¿Quién puso el polvo en el estuche?

—El señor Hallock.

—¿Y usted estaba de pie allí observándolo?

—Sí, señor.

—¿Y previamente había usted puesto aquellos artículos de bisutería dentro del joyero?

—Sí, señor.

—¿Qué clase de joyero era ése, señor Bain?

—Era un cofrecito en forma de baúl antiguo, cubierto con piel y adornado con incrustaciones de plata, y con las agarraderas de los lados de piel.

—¿De qué dimensiones?

—Era un joyero largo… Yo diría que de unas quince pulgadas de largo, por diez de ancho y de alto.

—¿Y era propiedad de su esposa?

—Sí, se lo había regalado yo por Navidad, hace un año.

—Y antes de haber puesto ese polvo fluorescente en el joyero ¿había hecho usted un inventario del contenido del mismo, en compañía del señor Hallock?

—Sí, señor. Lo hicimos juntos.

—Después, la bisutería o imitación de las joyas fue puesta en el cofrecito, y luego el cofrecito fue cubierto con el polvo. ¿Fue así?

—Sí, señor. Así fue.

—¿Y tuvo usted ocasión de examinar ese joyero o cofre durante el día, para comprobar si estaba en orden y ver si la enfermera de día había tomado alguna cosa de él?

—Sí, señor. Lo hice.

—¿Cuántas veces?

—Dos.

—¿Cuándo?

—Una a eso de las dos de la tarde, y otra a las seis, poco después que la enfermera de día había dejado el trabajo.

—Y luego, ¿usted lo examinó otra vez en la noche?

—Sí, señor.

—¿Cuántas veces?

—Dos.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente después que la acusada entró a trabajar. Entonces fue cuando comprobamos que nada faltaba, y después, la otra vez, dos horas más tarde…, que fue cuando descubrimos que uno de los artículos de joyería había desaparecido.

—¿Quién hizo el examen?

—El señor Hallock y yo.

—¿Quién abrió el joyero, señor Bain?

—Lo abrí yo.

—¿Quiere usted decir que dejó ese joyero encima del escritorio en un sitio visible y sin cerrarlo con llave?

—No, señor, estaba cerrado con llave.

—Y después, ¿estaba cerrado con llave?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿cómo pudo desaparecer nada de lo que contenía?

—El ladrón, o bien tenía un duplicado de la llave, lo que no era imposible, o bien lo abrió con una ganzúa, lo cual no era difícil.

—Ya comprendo. ¿Y el señor Hallock no tenía llave del joyero?

—No, señor.

—¿Usted tenía una llave?

—Sí, señor.

—¿Y su esposa tenía una llave?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿no estaba usted utilizando la llave de su esposa?

—No, señor.

—¿Cómo es que usted tenía una llave del joyero de su esposa?

—Simplemente como una cosa de precaución, señor Mason.

—Me temo que no le comprendo a usted.

—Las mujeres siempre pierden las cosas —dijo Bain, con tono de suficiencia—. Como cosa de precaución y para el caso de que mi esposa perdiese la llave de su joyero, yo solamente le di una cuando la obsequié con el estuche. La otra llave la tenía yo en un sitio seguro.

—Oh, ya veo —dijo Mason echando una rápida mirada a las cinco mujeres que formaban parte del Jurado—. Creyó usted que esa llave de reserva en poder de usted era una garantía contra el descuido de su esposa?

—Sí, señor.

—¿Por si su esposa, naturalmente, estuviera propensa a perder su propia llave?

—Bueno, yo pensaba que ella podía perderla.

—Según se expresa usted, yo creo que siente hacia las mujeres desprecio por su poca habilidad para guardar las cosas.

—Un momento, Señoría —gritó Saybrook y golpeó con el pie—.

El testigo no dijo nada de eso.

—Entiendo que sí lo dijo —le respondió Mason—. Quizá no con esas palabras, señor fiscal, pero…

—Si usted va a repreguntarle al testigo, use las palabras que él mismo emplea —dijo Saybrook.

Mason sonrió y movió la cabeza.

—No conozco ninguna regla de la ley que me exija hacer eso, señor Saybrook. Simplemente estoy haciéndole preguntas al testigo. El testigo puede corregirme si hay algo que sea erróneo. Ciertamente, entendí que su testimonio significaba que él sentía desprecio hacia las mujeres por su poca habilidad para confiarles responsabilidades, y creo que el Tribunal me hubiera llamado la atención si yo no estuviera en lo cierto.

—El testigo no dijo nada de eso —dijo Saybrook.

—Bueno, ahora —dijo Mason magnánimamente—, yo seré el primero en pedirle excusas si tomé en sentido erróneo las palabras de él. Es solamente retroceder unas pocas páginas en el relato, señor fiscal, y voy a pedir al Tribunal que el secretario lea el informe para ver lo que el testigo dijo exactamente.

Saybrook, súbitamente, se dio cuenta que la táctica de Mason había sido como un anzuelo que le había servido para obligarlo a él a convertir en argumento importante algo que por otra parte había pasado inadvertido y que ahora sólo servía para hacerlo resaltar ante el Jurado; entonces, dijo:

—Oh, bien, no vamos a perder más tiempo en eso. Retiro la objeción. El Jurado recordará lo que el testigo dijo y yo sé que no va a consentir que *usted* ponga las palabras en la boca del testigo…

—Nada de eso, nada de eso —dijo Mason—. Ahora estoy interesado en saber exactamente lo que el testigo dijo y yo le pediré disculpas si me confundí.

—Bueno, yo no quise decir eso —interpuso incómodo Bain.

—¿Usted no quiso qué? —preguntó Mason.

—Decir eso de que las mujeres no eran cuidadosas con las cosas.

—Creo que eso fue lo que usted dijo.

—Yo no dije ninguna de esas cosas.

—Bueno, ahora —dijo Mason— que sea leída la relación por el secretario del Tribunal.

El juez Peabody dijo:

—Muy bien, caballeros. Si ustedes se callan, el secretario puede leer esos testimonios conforme a sus notas.

Fue un momento de gran tensión dentro de la sala. Saybrook quería contener sus nervios, pasándose enérgicamente las manos por su ralo y negro cabello. No le gustaba el giro que estaban tomando los acontecimientos.

Bain, sentado rígido y erecto en el estrado de los testigos, esperaba a ser vindicado.

Mason, cómodamente en su silla, aguardaba con la respetuosa y atenta actitud del hombre que cree que la información que va a oír será de la mayor y más grande importancia.

El secretario del Tribunal dijo:

—Aquí está. Leeré las preguntas y las respuestas:

El señor Mason: —¿Cómo es que usted tenía la llave del joyero de su esposa?

Respuesta: —Simplemente como una cosa de precaución, señor Mason.

Pregunta: —Me temo que no le comprendo a usted.

Respuesta: —Las mujeres siempre pierden las cosas. Como cosa de precaución y para el caso de que mi esposa perdiese la llave de su joyero, yo solamente le di a ella una cuando la obsequié con el estuche. La otra llave la tenía yo en un sitio seguro.

Pregunta: —Oh, ya veo. ¿Creyó usted que esa llave de reserva en poder de usted era una garantía contra el descuido de su esposa?

Respuesta: Sí, señor.

Pregunta: —¿Por si su esposa, naturalmente, estuviera propensa a perder su propia llave?

Respuesta: —Bueno, yo pensaba que ella podía perderla.

Pregunta: —¿Según se expresa usted, creo que siente hacia las mujeres desprecio por su poca habilidad para guardar las cosas?

Bain se movió intranquilo en el estrado de los testigos cuando el secretario del Tribunal terminó la lectura.

—Yo creo que eso fue lo que usted dijo —observó Mason—. ¿No fue así?

—Bueno, yo no quería decir eso —lanzó Bain.

—Oh, ¿entonces usted dijo alguna cosa que no quería decir?

—Sí, señor.

—¿Bajo juramento?

—Bien, fue un lapsus de la lengua.

—¿Qué quiere usted decir con un lapsus de la lengua, señor Bain? ¿Dijo usted alguna cosa que no fuera cierta?

—Bueno, yo dije algo que… lo dije sin pensar.

—¿Sin pensar qué?

—Bien, estaba únicamente tratando de decir que mi esposa tiene el hábito de perder las cosas y…

—¿Y usted generalizó al manifestar que todas las mujeres lo tenían en general?

—¡Oh, Señoría! —interrumpió Saybrook haciendo que su voz sonara exasperada—. Seguramente esto es un asunto de menor importancia. Buen Dios, hemos estado demasiado tiempo machacando en eso. La pregunta está ya formulada y contestada en el informe *ad nauseam*.

—No lo creo así —dijo Mason—. Creo que es muy importante saber cuál es la actitud que este testigo pueda tener, no solamente hacia las mujeres en general, porque mi cliente es una mujer, sino que también estoy interesado particularmente en descubrir lo que habrá en lo hondo de su mente cuando declara al ser repreguntado que hizo declaraciones que no quería en realidad haber hecho. Me gustaría saber muchas *otras* cosas de su declaración que puedan ser inexactas.

—Nada en este testimonio es inexacto —gritó Saybrook.

—¿Quiere entonces decir usted que el testigo realmente cree que las mujeres son descuidadas e irresponsables? —preguntó Mason.

Algunos de los espectadores en la sala rieron. El juez Peabody, sonriendo también, dijo:

—Bueno, señor Mason, creo que usted ya ha hecho bien patente todo lo que quería.

—Pero, ciertamente, yo deseaba repreguntarle a este testigo para saber exactamente lo que él quería decir en lugar de lo que dijo, Señoría.

—Continúe —dijo el juez Peabody.

—¿Es eso lo único en su testimonio que no es exacto? —preguntó Mason.

—Eso no es inexacto.

—Oh, ¿entonces usted quería decir exactamente cada palabra que dijo?

—Sí, yo quería decirla —gritó Bain.

—Pues creo que usted lo logró así —dijo sonriendo Mason—. Ahora vamos a ser francos, señor Bain. Después que usted se dio cuenta de que su declaración podía ofender a alguna de las mujeres que forman el Jurado, trató de cambiarla, pero en realidad usted lo pensaba así. ¿No es un hecho eso?

—Señoría, objeto a esto —gritó Saybrook—. Esa no es una forma adecuada de repreguntar y…

—Eso revela la oblicuidad en la actitud del testigo —dijo Mason —, y refleja lo merecedor que es de crédito.

—La objeción queda rechazada. El testigo puede contestar —dijo el juez Peabody.

—¿No fue así? —preguntó Mason.

—Muy bien; si es esa la forma que usted quiere que sea, pues que sea así —replicó agriamente Bain.

—Vamos, vamos —dijo con suavidad Mason—. No es la forma que yo *quiero*, señor Bain. Yo únicamente trato de encontrar algo referente a sus procesos mentales. ¿Acaso hizo usted esa declaración distraído y sin considerar los posibles efectos y…?

—Muy bien, así lo hice. Y entonces, ¿qué?

—Nada, nada —dijo Mason—. Sólo trato de saber lo que su mente fragua y su actitud. Usted quería decir lo que dijo y dijo lo que quería decir, pero cuando se dio cuenta de que la observación había sido descortés, trató de hacerlo pasar como un lapsus de la lengua. ¿Está eso claro?

—Así fue.

—Entonces, realmente no fue un lapsus de la lengua, sino la verdad. ¿Es así?

—Así fue.

—¿Por lo tanto, no decía la verdad cuando dijo que había sido un lapsus de la lengua?

—Llámele un lapsus de la mente —le contestó Bain.

—Gracias —dijo Mason—. Ahora, volvamos a los hechos.

—Ya es tiempo —comentó Saybrook, y su tono mostraba extremo fastidio.

Mason le sonrió:

—Siento si le he molestado, señor fiscal.

—Ya está bien —manifestó el juez Peabody—. No se permiten

disputas entre abogados. Limite sus observaciones al Tribunal y las preguntas al testigo, señor Mason.

—Muy bien, Señoría —dijo animoso Mason—. Ahora usted quiere que el Jurado entienda, señor Bain, que usted abrió este cofrecito de las joyas y miró su interior poco después que la acusada entró a trabajar esa noche.

—Sí, señor. Lo hice.

—¿Tenía usted su llave?

—Sí, señor.

—¿Acaso le dijo usted a su esposa que tenía una llave extra?

—No, señor. No le dije nada.

—Sin duda —dijo Mason—. ¿Y por qué no?

—Objeto a esa pregunta por ser inadmisible, no ser importante y no hacer al caso y no constituir forma adecuada de repreguntar —dijo Saybrook.

—La objeción es sostenida —decidió el juez Peabody.

—Pero —dijo Mason—, usted tiene una llave del cofrecito de las joyas de su esposa y usted le ocultó eso cuidadosamente. ¿No es así?

—Eso no fue así —gritó Saybrook—. Señoría, el defensor está tergiversando el testimonio de este testigo. Nunca dijo una cosa semejante.

—Estoy preguntándole ahora —replicó Mason—. Puede contestar sí o no.

—La objeción es rechazada —dijo el juez Peabody—. Le permito contestar a esa pregunta. No obstante, pienso que hemos tratado ese asunto ya varias veces. Sin embargo, permitiré al testigo que conteste a esa pregunta.

Bain dudó.

—¿Sí o no? —preguntó Mason—. ¿Es un hecho o no lo es?

—Bueno, yo no le oculté rigurosamente esa información a mi esposa.

—Pero usted procuró que no se enterase —sugirió Mason.

—Sí, lo hice —dijo con violencia Bain.

—¿Quiere usted que el Jurado interprete que usted le ocultó la llave a su esposa con suma reserva, o bien que usted simplemente dejó pasar el tiempo sin mencionársela?

—Bueno… Sólo quería tener la llave extra, para darle una sorpresa en caso de que la perdiera y no pudiera encontrarla. Yo…

—Pero nunca la perdió, ¿o sí la perdió, señor Bain?

—Eso no lo sé.

—¿Y cree usted que se hubiera enterado si la hubiese perdido?

—Creo que sí.

—Entonces —dijo sonriendo Mason—, tengo que admitir que sus comentarios sobre la incapacidad de su esposa en esos asuntos, no fueron bien fundados.

—Protesto —gritó Saybrook—. Eso es…

—Se acepta la protesta —dijo el juez Peabody—. Creo que estamos yendo demasiado lejos en este asunto, señor Mason.

—Muy bien, Señoría —dijo Mason—. Tengo solamente un par de preguntas más.

Mason, cambiando su posición, giró la silla y echando una mirada a una de las mujeres que formaban parte del Jurado, dejó que su rostro mostrase una expresión suave y sonriente.

La mujer en seguida le devolvió la sonrisa.

—Ahora, vamos a ver, señor Bain —dijo Mason—: Usted abrió ese joyero y entiendo que cuando lo hizo, el señor Hallock estaba con usted.

—Sí, señor.

—¿Y ustedes se dieron cuenta de que había desaparecido alguna cosa?

—Sí, señor.

—¿Y el señor Hallock cotejó el contenido del joyero con su lista?

—Sí, señor.

—Ahora, ¿dígame cómo fue que el señor Hallock pudo hacerlo así sin tocar el joyero?

—Yo nunca dije que él lo hiciera sin tocarlo —contestó Bain—. No ponga usted palabras en mi boca.

—Oh, ¿entonces lo tocó?

—Supongo que sí. Naturalmente, tenía que haberlo tocado. Pero yo no digo que él lo hiciera o no.

—¿Pero todo lo más que usted ahora recuerda es que lo hizo?

—Pudo haberlo hecho.

—¿No sabe usted si lo hizo o no?

—Supongo que sí lo hizo.

—Entonces —dijo Mason— después que el polvo fluorescente fue puesto en el joyero, *usted* tocó el joyero y el *señor Hallock* tocó

el joyero.

—Sí.

—Entonces, es de presumir que usted y el señor Hallock tenían en esos momentos polvo fluorescente en sus dedos.

—Supongo que sí. Sí.

—Había tres personas en el piso de abajo de la casa. Las tres tenían en la punta de sus dedos el polvo fluorescente. Usted, el señor Hallock y la acusada. ¿Es así?

—Hallock y yo teníamos motivos para que hubiese polvo fluorescente en la punta de nuestros dedos. Pero la acusada no.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que tenían motivos de tenerlo?

—Que nosotros teníamos el derecho de tocar el joyero.

—Ciertamente —dijo Mason—, pero si usted iba a fiarse de la suposición de que el polvo fluorescente que apareciera en la punta de los dedos de una persona significaba que ese objeto de imitación de joyería había sido robado por ella, entonces usted, desde el momento en que el señor Hallock tenía también polvo fluorescente en la punta de sus dedos, podía igualmente creer que había robado aquel objeto de joyería imitada.

—Ciertamente que no.

—¿Por qué no?

—Porque él no podía hacerlo.

—¿*Cómo* lo sabe usted?

—Estaba allí con el propósito de prevenir el robo.

—Oh, vamos —dijo Mason—. No era con el objeto de prevenir el robo. Usted puso la imitación de joyas allí porque presentía que podría ser robado. Dejó el cofrecito de las joyas en un lugar donde claramente se viera. En otras palabras, usted preparó la trampa. Y usted quería que alguien robase las joyas, ¿verdad?

—Bueno, yo pensé que de esa forma podíamos capturar al ladrón.

—Exactamente —dijo Mason—. Entonces, por todo lo que usted cree, Hallock pudo haber ido al joyero y sacar de él el referido objeto.

—No tenía llave.

—Tampoco la acusada la tenía, ¿verdad?

—Supongo que debía tenerla.

—¿Simplemente porque usted supone que ella tomó ese artículo de joyería?

—Bueno, ella tenía que haber abierto el estuche de alguna manera.

—¿Y usted tenía una llave? —dijo Mason.

—Se lo he dicho a usted ya una docena de veces.

—Entonces también usted mismo pudo abrir el joyero y sacar ese artículo.

—No lo hice.

—Estoy sugiriendo que usted pudo hacerlo —dijo Mason—. Simplemente estoy diciendo que usted pudo haberlo hecho. Tuvo usted oportunidad para ello.

—Sí.

—Y —dijo Mason—, ¿usted no puso el polvo fluorescente en el *interior* de ese joyero? ¿Lo puso sólo por el lado de afuera, verdad?

—Así fue.

—Entonces, si la acusada hubiese simplemente movido ese joyero de un lugar a otro con el propósito exclusivo de tomar alguna cosa que pudiera estar detrás de él, o si ella lo hubiese tocado inadvertidamente, sus dedos tenían que impregnarse con ese polvo.

—Bueno, lo tenía en sus dedos, fuese como fuese.

—Ya lo sé —dijo Mason—. Pero puede haberlo recogido en sus dedos simplemente con tocar el joyero por fuera, con la idea de tomar alguna cosa que estuviera detrás de él…, quizá tomar una revista o…

—No había allí revistas.

—Exactamente, ¿dónde estaba puesto? —preguntó Mason.

—Encima del escritorio.

—¿Estaba donde su esposa acostumbraba dejarlo?

—No.

—¿Dónde acostumbraba dejarlo?

—Generalmente lo guardaba dentro del escritorio.

—¿Y el escritorio estaba cerrado con llave?

—Creo que sí, que mi esposa lo guardaba bajo llave. Sí, señor.

—¿Y *usted* tenía la llave de *ese* escritorio?

El testigo dudó.

—¿Sí, o no? —le dijo Mason.

—Sí.

—¿Le regaló usted ese escritorio a su esposa por Navidad?

—No, señor.

—¿Fue comprado ese escritorio hace algún tiempo y formaba parte de los muebles de la casa?

—Así era.

—¿Su esposa tenía un duplicado de la llave?

—Sí.

—¿Y usted tenía un duplicado de la llave?

—Sí.

—¿Sabía su esposa que usted tenía ese duplicado?

—Lo ignoro.

—¿Usted había guardado un duplicado de la llave del escritorio sin decirle a su esposa que lo había hecho así?

—No, nunca he manifestado que no se lo había dicho a mi mujer.

—Usted dijo que ignoraba si ella sabía que usted tenía la llave.

—Bueno, no puedo recordar si se lo dije o no.

—Ya veo —dijo Mason sonriendo—. Usted decidió, como cosa importante, el poseer una llave del escritorio de su esposa, y así, cuando usted quiso, por ejemplo, encontrar algún medio para hacer caer en desgracia a la acusada, tomó el joyero del escritorio y lo colocó encima de éste en una posición tentadora.

—Bueno, lo que quise fue poner las cosas en claro, de una manera o de otra.

—Ese joyero tenía una apariencia más bien poco común, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y cualquier mujer sentiría, naturalmente, el deseo de verlo.

—Bueno… Nellie Conway no tenía derecho alguno para hacerlo.

—¿Una mujer que estaba viviendo en la casa y que se encontraba en presencia de un joyero verdaderamente hermoso, encima de un escritorio, no tenía en verdad razón para examinarlo?

—Bueno, en todo caso no tenía razón alguna para *tocarlo*.

—Pero si lo hubiese tocado, aunque sólo fuera para sentir el tacto de la piel, ¿hubiera sufrido entonces los efectos de ese polvo fluorescente en sus dedos? —preguntó Mason.

—Sí.

—Y ahora, dígame: cuando la acusada fue detenida, ¿acudió usted a la Jefatura de Policía para firmar una denuncia?

—Sí.

—Entonces, la acusada fue detenida por eso y usted salió seguidamente de la misma casa. Con tal motivo, ¿su esposa quedó allí completamente sola?

—No, señor. Llamé al ama de llaves, la señora Ricker, y le pedí que se sentase junto a mi esposa hasta que yo pudiera regresar y conseguir una nueva enfermera.

—¿Le explicó usted a la señora Ricker las razones por las cuales era necesario llamarla a ella?

—Sí.

—¿Le dijo usted que había pedido la detención de la señorita Conway?

—Le dije algo a ese respecto.

—¿Y se mostró dispuesta a hacer ese trabajo extra?

—Ciertamente, así lo hizo. Se mostró satisfecha de que hubiésemos atrapado al ladrón. Me dijo que había estado pensando todo el día sobre la causa de que aquel joyero hubiera sido dejado fuera sobre el escritorio. Dijo que intentó dos veces guardarlo en el cajón del escritorio, pero que éste había sido cerrado con llave.

—Oh, ¿entonces *ella* trató de guardarlo en el cajón?

—Eso dijo.

—Entonces, tuvo que haberlo tomado en sus manos después que el polvo fluorescente había sido puesto en él.

—Protestó —interrumpió Saybrook—, por considerarlo argumentativo y exigir una conclusión por parte del testigo, e igualmente por no ser forma adecuada de interrogar.

—Aceptada la protesta —dijo el juez.

Mason sonrió hacia Bain.

—¿Pero usted no examinó las manos del ama de llaves bajo la luz ultravioleta?

—No.

—En nombre de la razón —dijo Mason—, ¿por qué no puso usted ese polvo fluorescente en el interior del joyero de forma que…?

—No lo sé —replicó Bain—. Todo eso fue idea de Hallock. Él se encargó de toda esa parte del asunto.

—Pero usted lo ayudó, ¿no es así?

—Me limité a presenciarlo.

—¿Usted estaba allí y le vio hacerlo?

—Sí.

—¿Y usted era su patrono? Si usted le hubiese dicho que quería que pusiese ese polvo fluorescente en el interior del joyero, necesariamente hubiera tenido que seguir sus instrucciones.

—No lo sé.

—¿Pero usted le pagaba?

—Sí.

—¿Por días?

—Bueno, yo le ofrecí una recompensa.

—¡Oh! —dijo Mason—. Usted le había ofrecido una recompensa. ¿Y qué clase de recompensa era ésa, señor Bain?

—Bueno, yo llegué a un acuerdo para pagarle un tanto por día, y además, si realizaba el trabajo satisfactoriamente, le pagaría una prima.

—Ah, usted le pagó una prima. ¡Qué interesante! ¿Y de cuánto era esa prima?

—De cien dólares.

—Entonces —dijo Mason sonriendo—, si una pieza de joyería de escaso valor desaparecía de ese joyero y había pruebas que relacionaran a la acusada con esa pieza desaparecida, el señor Hallock recibiría cien dólares. ¿Es eso exacto?

—A mí no me satisface la forma en que usted lo expresa —dijo Bain.

—Bueno, expréselo en su propio estilo.

—Pues se trataba de una prima por completar el trabajo.

—¿Y el trabajo quedaría entonces completado cuando la señorita Conway fuese detenida?

—Quedaría completado cuando atrapásemos al ladrón, quienquiera que éste fuese.

—¿Cuántas personas había en esa casa?

—Mi esposa, la señora Ricker, el señor Hallock, Nellie Conway y yo.

—¿No examinó usted las manos de la señora Ricker a pesar de que usted sabía que ella había andado con el joyero?

—No. Ya lleva con nosotros varios años.

—¿Y todo el mundo en esa casa, excepto su esposa, *tenía* polvo fluorescente en los dedos?

—Sí.

—¿Y sin embargo, usted escogió entre todos, señalándola como el ladrón, a la señorita Conway?

—Sí. Tenía que ser ella y nadie más.

—¿Tenía que ser ella?

—Sí.

—¿Entonces su recompensa al señor Hallock era para conseguir que fuese detenida y convicta esa persona?

—Era para atrapar al ladrón.

—¿Ya ha pagado usted esa prima?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque la acusada no está todavía convicta. La prima era para ser pagada cuando el trabajo estuviese terminado.

—Ya veo, ¿entonces usted *tiene* una duda en su mente respecto a si este Jurado habrá de declarar convicta o no a la acusada?

—Protesto a eso por argumentativo —intervino el fiscal.

—Aceptada la protesta —dijo el juez.

Mason sonrió y dijo:

—No tengo más preguntas que formularle, señor Bain. Muchas gracias.

Saybrook dijo, enfadado:

—¿Usted no le dijo a Hallock que iba a recibir cien dólares en caso de que consiguiese pruebas que proclamasen culpable a esta acusada, verdad? Usted simplemente le dijo que si él descubría quién era el que estaba robando las alhajas, usted le daría cien dólares.

—Un momento, Señoría —dijo Mason—. Esa pregunta es malévolamente insinuadora y sugerente. El abogado está poniendo las palabras exactamente en boca del testigo.

—Bueno, esto es un interrogatorio secundario —dijo Saybrook —. Y yo estoy tratando simplemente de abreviar un interrogatorio que ya se ha prolongado demasiado tiempo.

—Vamos, vamos —dijo Mason—. No vayamos a suponer que unos pocos minutos empleados en preguntar cuestiones vitales vayan a ser…

—Bueno, el tiempo es muy valioso para el Tribunal, como lo es también para el señor Bain, aunque no lo sea para usted —dijo Saybrook.

—Y piense también en la acusada —dijo Mason con tono de reproche—. Si el intento de usted de ahorrarle al señor Bain dos o tres minutos lo considera tiempo valioso y esto va a enturbiar los puntos importantes, la acusada puede ser encarcelada por un período de meses. Su buen nombre quedará manchado y ella…

—Usted no tiene por qué llegar a esos extremos —dijo Saybrook —. Eso es sólo para influir en el Jurado.

—Bueno —replicó Mason sonriendo—. Su intento de justificarse a sí mismo por haber puesto palabras en boca del señor Bain, no fue también más que con el propósito de influir en el Tribunal.

El juez Peabody sonrió:

—El vicio de una pregunta sugeridora, desde luego, consiste en haberla formulado. El términos generales, el testigo ya sabe ahora lo que su abogado tiene en la mente. Sin embargo, señor Saybrook, continúe usted y haga preguntas de manera que éstas sean un poco menos sugeridoras.

—Oh, yo no creo que haya necesidad alguna de insistir en todo eso con mayores detalles —dijo Saybrook.

—¿Tiene usted alguna otra pregunta que hacer? —inquirió el juez.

—Eso es todo.

—¿Alguna otra prueba?

—Estos son los términos de la causa de la acusación pública, Señoría.

Mason sonrió hacia el juez Peabody.

—La defensa solicita que el Tribunal dé instrucciones al Jurado para que pronuncie un veredicto de no culpabilidad.

—Esa solicitud queda denegada.

—Si puedo disponer de un aplazamiento de diez minutos, Señoría —dijo Mason—, desearía hablar con la persona a la cual he citado como testigo de la defensa. La señora Imogene Ricker.

—Muy bien —decidió el juez Peabody.

Al fondo de la sala del Tribunal se encontraba el ama de llaves, ceñuda y desafiante.

—Me niego a hablar con el señor Mason —dijo.

—Esta mujer ha sido citada como testigo de la defensa, Señoría —explicó Mason—, y hasta ahora se ha negado a hacerme ninguna manifestación.

—Yo no tengo por qué hablarle —dijo Imogene Ricker—. Vine al Tribunal y eso es todo lo que tengo que hacer. Cumplí con la citación. Pero eso no quiere decir que tenga que hablarle.

—Muy bien, entonces —dijo Mason sonriendo—. Solamente acérquese usted adelante, levanté su mano derecha para hacer el juramento y pase al estrado de los testigos.

—¿Es que tengo que hacer todo eso? —preguntó al juez Peabody.

—Si usted ha sido citada, tiene que hacer todo eso —dijo el juez.

Avanzó pasando frente a Mason, levantó la mano para hacer el juramento, se volvió y se dejó caer en la silla de los testigos:

—Muy bien —dijo con acritud—. Siga usted.

—¿Es usted el ama de llaves en casa del señor Bain? —preguntó Mason.

—Sí, lo soy —replicó la mujer.

—¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando para él?

—Seis años.

—¿En la noche del día diez, examinó usted sus manos con luz ultravioleta para comprobar si estaban fluorescentes?

—Esa es una cuestión que no le importa a usted.

—Si sus dedos no *hubiesen* estado fluorescentes usted hubiese contestado a mi pregunta, ¿no es así? —dijo Mason sonriendo.

—Tampoco tengo que decirle a usted nada de eso.

Mason volvió a sonreír hacia el simpático Jurado.

—Muchas gracias. Eso es todo. Solamente quería que los miembros del Jurado viesen lo violentamente partidista que es usted.

—Oh, Señoría —dijo Saybrook—. Eso…

—La testigo queda excusada —dijo el juez con tono molesto—. El Jurado no prestará atención a los comentarios del abogado. ¿Quién es su próximo testigo, señor Mason?

—No tengo ninguno más —dijo Mason—. Pienso que quizá el Jurado tiene formado ya un concepto bastante bueno de este caso, Señoría. Un cofre de alhajas muy atrayente, fue puesto de manera deliberada en una posición de prominencia, donde cualquiera se

sentiría inclinado a tomarlo. Insisto en que…

—Ya se ha hecho un fallo en la moción para un veredicto directo —dijo el juez Peabody—. Prosiga usted y ponga en ejecución su defensa. Usted puede argüir ante el Jurado después que haya hecho su defensa.

—No voy ciertamente a llevar a cabo ninguna defensa en el estado presente de este caso —dijo Mason—. No incumbe a la acusada el probar por ella misma que es inocente. Por el contrario, corresponde a la acusación el probar que ella es culpable. Y todo lo que la acusación ha probado hasta ahora, es que está acusada, que estaba en una habitación donde se la obligaba a permanecer por los términos de su empleo, tocó la parte exterior de una atractiva y poco corriente pieza de joyería. La defensa someterá el caso ahora sin argumentación alguna.

—Usted ya ha presentado un argumento —dijo Saybrook.

—Vamos, vamos —le contestó Mason—. Estaba simplemente explicándole al Tribunal el por qué pretendo dar por terminado el caso de la defensa. ¿Desea usted aceptarlo sin argumentación?

—Creo que usted debería argumentarlo —dijo Saybrook.

Mason le sonrió y dijo:

—Bueno, por lo que a mí concierne, creo que este jurado comprende la cuestión fundamental muy claramente. Estoy convencido de que los miembros del Jurado son ciudadanos inteligentes y no veo razón alguna para desperdiciar su tiempo. Usted estaba muy preocupado sobre el valor del tiempo hace unos minutos. Someteré el caso de la defensa al Jurado sin argumentarlo. Si usted quiere hacerlo, continúe y arguya.

Saybrook pensó por unos momentos, y luego dijo bruscamente:

—Bueno, someteré el caso de la acusación sin argumentarlo.

Mason hizo una ligera inclinación ante el juez.

El juez Peabody dijo:

—Ustedes, señoras y señores del Jurado, han oído ya la prueba. Y ahora, el Tribunal tiene el deber de informarles sobre ciertas cuestiones de la ley.

El juez Peabody leyó una amplia lista de términos legales, resaltando el hecho de que era obligación de la acusación el demostrar que un acusado era culpable más allá de toda duda, y que, por el contrario, no era obligación del acusado el probar por sí

mismo, o por sí misma, el ser inocente; que los miembros del Jurado eran los jueces exclusivos de los hechos y que debían interpretar a ley conforme a las instrucciones dadas por el Tribunal.

El Jurado se retiró, y regresó diez minutos después con un veredicto de «No culpable».

Mason y Nellie Conway se levantaron para dirigirse a los jurados y estrecharles la mano.

La mujer del Jurado que le había sonreído a Mason, dijo con exasperación:

—¡Ese individuo, Bain! Le dio usted ciertamente lo que había venido buscando. ¡Qué idea la de guardarse una llave del escritorio de su esposa! ¡Es un granuja, eso es lo que es! ¡Pobre mujer! Mientras ella está tendida enferma en cama, su marido anda por ahí.

—Ya pensé que usted era un buen juez de caracteres —dijo Mason—. Lo creí así tan pronto como la miré a usted a los ojos, y comprendí que no tenía ya necesidad de argumentar el caso.

—Bueno, ciertamente yo les dije a los compañeros del Jurado lo que pensaba de *ese* sujeto —dijo ella—. El único problema fue que no tuve una oportunidad de decirles a todos lo que pensaba, porque se dio el caso de que todos ellos también tenían los mismos sentimientos que yo sobre esto.

La mujer se volvió hacia Nellie Conway:

—Y usted, pobrecita, teniendo que trabajar para un hombre como ése, que no se paró ante nada e hizo que la detuviesen, presentando una denuncia contra usted sobre un robo, y manchó así su reputación. Ciertamente, creo que usted debería hacer algo sobre eso. Debería demandarlo por daños y perjuicios.

—Muchas gracias por su sugestión —dijo Mason—. Ya iba a aconsejarle algo de esa especie; pero el hecho de que la sugestión haya venido precisamente de uno de los miembros del Jurado, será algo para recordar.

—Bueno, puede usted asegurar con firmeza que yo lo he dicho. Tiene usted mi nombre y mi dirección —dijo la mujer, y nuevamente dedicó a Mason una cordial sonrisa y un apretón de manos.

Capítulo 6

De regreso en la oficina de Mason, cuando éste y Della Street estaban ya listos para cerrar, sonó el teléfono.

Della Street atendió a la llamada, puso su mano sobre el receptor y dijo a Mason:

—¿Quieres hablar con Nellie?

—Claro que quiero hablar con ella —dijo Mason—. Y quiero hablar largamente para explicarle que ya no es, en forma alguna, cliente nuestra.

Mason tomó el teléfono y Nellie Conway dijo, con una voz tranquila y normal, que era tan sin expresión como su rostro:

—Señor Mason, quiero darle a usted las gracias por todo cuando hizo hoy.

—Está muy bien —dijo Mason.

—Supongo —se aventuró a decir en cierta forma tímida— que le debo a usted algún dinero más, señor Mason. El dólar que yo le pagué no cubría todo este trabajo extraordinario, ¿verdad?

—Bueno, desde luego —dijo Mason—, si yo me pusiese a defender procesos ante el Jurado a un dólar cada uno, iba a resultarme bastante difícil el pagar el alquiler de mi oficina, el sueldo de mi secretaria y mis taxis para ir y venir al Palacio de Justicia.

—Oh, señor Mason, es usted sarcástico, ¿no es así?

—Estaba solamente señalando unos cuantos hechos económicos.

—¿Puede usted decirme exactamente cuánto le debo? ¿Quizá unos diez o quince dólares más estaría bien?

—¿Cuánto dinero tiene usted, Nellie? —preguntó Mason.

—¿Es necesario entrar en esos pormenores?

—Puede ser que tenga alguna necesidad de hacerlo así.

—Mejor es no discutir eso, señor Mason. Es mejor que usted me

diga exactamente lo que le adeudo.

Mason se puso serio al decirle:

—¿Me llamó usted para eso?

—Sí.

Mason sentía curiosidad ahora.

—No me dijo usted nada de alguna compensación adicional después que el asunto se terminó, Nellie. Simplemente se limitó usted a darme la mano y agradecerme lo que había hecho. ¿Por qué se ha vuelto usted ahora tan preocupada sobre ese asunto?

—Bueno, yo… Yo estaba exactamente pensando que quizá…

—Vamos a ver —preguntó Mason—. ¿Se ha puesto Bain en contacto con usted?

Ella dudó por unos momentos y después dijo:

—Sí.

—¿Y Bain le ha ofrecido alguna clase de arreglo?

—Bueno… El señor Bain y yo estamos tratando sobre ello.

—¿Quiere usted decir que está usted hablando con Bain en este mismo momento? ¿Es decir, que él está ahí con usted?

—Sí, estoy con él.

—¿En dónde?

—En la casa del señor Bain.

—¿En la casa de Bain? —repitió Mason incrédulo.

—Sí.

—¿Y qué está usted haciendo allí?

—¿Cómo?, recogiendo mis cosas, claro está. Cuando los policías me detuvieron y se me llevaron, no me dieron oportunidad de recoger mis cosas personales.

—Vamos a aclarar esto —dijo Mason—. ¿Estaba usted *viviendo* allí, en la casa de Bain?

—¡Cómo!, sí, desde luego. La enfermera de día y yo compartíamos un departamento del lado del garaje.

—Bueno, maldita sea.

—¿Por qué, qué hay de malo en eso, señor Mason? El señor Bain tiene muchísimas habitaciones libres aquí y…

—Pero usted no me dijo eso antes.

—Bueno, usted no me lo preguntó.

—¿Quién está al cuidado de la enferma ahora? —le preguntó Mason.

—Pues, la misma enfermera.

—Quiero decir como enfermera de noche. ¿Quién la sustituye a usted?

—Provisionalmente tuvieron otra enfermera, pero fue por pocos días, pues se marchó repentinamente. El ama de llaves ha estado ayudándolos, y yo, como un favor, estoy cuidándola el resto de la noche. La señora Ricker me relevará cuando recoja mis cosas.

—¿Usted ha visto a la señora Bain y ha hablado con ella?

—¿Por qué no? Desde luego. Elizabeth y yo somos realmente amigas. Quiere que vuelva a mi antiguo trabajo allí. Pero creo que no volveré… Ya le he dicho todo lo referente a mi detención, y desde luego en la forma que usted repreguntó a los testigos.

—¿Por lo que usted me cuenta, entiendo que le dijo a la señora Bain la forma en que yo ataqué a su esposo al interrogarlo de nuevo?

—Sí.

—¿Y cuál fue su reacción a eso?

—Creo que fue agradable. Me dijo que quería verle a usted. La señora Bain…, bueno, yo…

—¿Quiere usted decirme que no está en libertad para hablarme? —preguntó Mason cuando vio que dudaba y dejaba sin terminar lo que le estaba diciendo.

—Oh, sí. Esto es exacto. Sí, sin duda. El señor Bain está aquí.

—¿Y usted está negociando alguna clase de arreglo con él?

—Espero hacerlo.

—¿Entonces, va usted a volver a trabajar para él?

—Creo que no. Más bien se trata de que algunos de los familiares de la señora Bain deben de llegar aquí hoy, después de medianoche. Vienen en avión, de Honolulú. La señora Bain tendrá así mucha compañía. Ella…, bueno, ya le diré a usted sobre esto en otra ocasión. Ahora quiero preguntarle a usted… lo que le adeudo. El señor Bain quiere saber… si usted va a fijar un precio por sus servicios, así es que…

—Si Nathan Bain es quien va a pagarme la cuenta, usted me debe quinientos dólares y eso nos pone al corriente a los dos. ¿Entendido? —dijo Mason.

—Bueno, creo que pagará —dijo tardíamente.

—Si Bain no paga mi cuenta, entonces usted y yo estamos en paz

—dio Mason—. El dólar que yo le cargué, es todo.

—¡Oh!

—¿Entendió usted eso?

—Sí.

—Y con eso terminan los tratos entre nosotros. Déjeme aclarar una cosa bien, Nellie.

—¿El qué, señor Mason?

—Que yo no la voy a representar a usted en ningún arreglo que haga con Bain. Si usted hace un arreglo con él, eso es cosa suya. Creo que quizá debiera tener usted otro abogado que la represente.

—¿Y tengo que pagarle a él, verdad?

—La mayoría de los abogados quieren que se les pague —le contestó Mason—. Tienen que cubrir sus gastos, sabe usted.

—Bueno —dio ella indignada—. No veo la razón de por qué he de darle el dinero a un abogado si el señor Bain es razonable, y como él ya puntualizó, puede dejar de ser razonable si un abogado va a llevarse el cincuenta por ciento de lo que yo cobre.

—¿Le dijo él eso?

—Sí. Puntualizó y me dijo que perjudicaría mi bolsillo.

—Muy bien —dijo Mason—. Use su propio juicio.

—Ya lo estoy usando —dijo—. Y por favor, señor Mason, no quiero que haya ningún equívoco. Usted no me representa en el arreglo. Estoy únicamente tratando de saber cuánto le debo a usted por su cuenta última como mi abogado, pero no voy a pagarle quinientos dólares.

—*Usted no* va a pagarme, *es Bain* el que me va a pagar.

—Pero yo no voy a permitir que le pague esa cantidad. Creo que es demasiado, señor Mason.

—¿Cuánto cree *usted* que estaría bien?

—Bueno, pues yo diría que no más de cincuenta dólares. Usted solamente tuvo medio día de trabajo.

—Ya le dije lo que hay: que si es usted quien me paga, será solamente un dólar. Y que si me paga Bain, la cuenta serán quinientos dólares.

—Bueno, entonces yo haré que el señor Bain me pague a mí y… bueno, voy a pensar sobre eso, señor Mason. Yo…, yo haré lo que esté bien.

—Estoy satisfecho de que usted lo crea así —dijo Mason—. Y

ahora, déjeme aclararle esto de una vez por todas, Nellie. Usted y yo hemos terminado. El asunto está bien claro. Y no soy más su abogado…

—Desde luego que no lo es usted. ¡A un precio como ése! ¡Quinientos dólares por sólo poco más de medio día de trabajo…! ¿Cómo? ¡Nunca oí cosa semejante…!

La mujer colgó de un golpe el auricular, repercutiendo el ruido de aquél en el oído de Mason.

El abogado se escarbó el oído y volviéndose hacia Della Street comentó:

—Eso es gratitud. Siempre dije, Della, que cuando se debe fijar el precio de un trabajo es antes, cuando el cliente está ansioso por tener la seguridad de nuestros servicios. La señorita Nellie Conway, ahora, cree que con diez o quince dólares más yo quedaría ampliamente compensado, y que cincuenta es más que suficiente.

»Vamos, Della, dejemos el trabajo y vámonos a casa.

Capítulo 7

Cuando Mason entró en su oficina pocos minutos después de las diez de la siguiente mañana, Della Street le dijo:

—Felicitaciones, jefe.

—¿Algún cumpleaños o algo por el estilo? —preguntó Mason.

—Te has perdido de hablar con ella por cinco minutos. De todas formas, mi felicitación está bien.

—¿Perder de hablar con quién?

—De hablar con tu cliente de un dólar.

—Buen Dios, no me digas que anda otra vez detrás de mí.

—Llamó cuatro veces después de las nueve y media. Le dije que esperaba que estuvieses aquí a las diez. Dijo que llamaría exactamente a las diez, y que seguramente era la última llamada que podía hacer.

—¿De qué se trata en todo eso, Della?

—Al parecer necesita un abogado.

—¿Para qué?

—No profundizó en el asunto ni se confió a mí.

—¿Y qué le dijiste, Della?

—Con buenas maneras le dije que estaba envenenada, que tenía viruelas, olía mal, tenía mal aliento, y en una palabra, que estaba podrida. Le dije que tú estabas demasiado ocupado para poder encargarte de ningún asunto de ella. Le sugerí que fuera a ver a otro abogado que estuviera menos ocupado que tú y, por lo tanto, más asequible.

—Y después, ¿qué?

—Dijo que no, que no tenía confianza en ningún otro. Y que tenía que hablar contigo.

—¿Llamo a las diez otra vez?

—En punto. Uno podía haber puesto en hora su reloj por su

puntualidad. Exactamente cuando la manecilla del reloj eléctrico pasó de las nueve cincuenta y nueve a las diez, sonó el teléfono y la llamada era de Nellie. Le dije que aún no habías llegado y me contestó que era una lástima, porque no podía explicarte las cosas que ella quería.

—Probablemente llame otra vez —dijo Mason.

—Tengo entendido que no podía hacerlo.

Mason sonrió:

—¡Con seguridad estamos perdiendo la ocasión de ganar otro dólar! ¿Qué más hay de nuevo? ¿Alguna otra cosa?

—Hay una mujer esperando para verte. Una tal señorita Braxton.

—¿Qué es lo que quiere?

—Ahora sí —dijo Della Street— que me has atrapado. No quiso decirme lo que deseaba, o sobre lo que quería hablarte.

—Dile, entonces, que yo no quiero verla —replicó Mason—. Ve, y no perdamos más tiempo hablando con gentes que desean tratar de alguna rutina sobre un asunto doméstico, y que yo no quisiera tocar ni con un palo de diez pies de largo… Probablemente quiere que le redacte un contrato o que le haga una escritura, o…

—Debieras recibirla —dijo Della Street sutilmente.

—¿Por qué?

Della Street hizo un ademán con sus manos, como si diseñase con ellas la figura femenina que estaba esperando afuera.

—¿Cómo es? —preguntó Mason.

—Un verdadero cebo para un lobo —dijo Della—. Quiero decir que *realmente* es alguien.

—Vamos —dijo sonriéndole Mason—. Tú *haces* que yo sienta interés por ella. Descríbela.

—Y —Della Street continuó— creo que está enfadada por alguna cosa. Dijo que quería verte para un asunto personal y que era demasiado confidencial para confiárselo a nadie más. Ha estado esperándote desde las nueve y cuarto.

—Me gustan las mujeres bonitas cuando están enojadas, Della. ¿Qué edad tiene?

—Creo que unos veintitrés años.

—¿Y bonita?

—Rostro, figura, ropa, ojos, complexión, y hasta como un

vestigio del perfume que hace a los hombres volverse locos. Tenías que ver a Gertie en la mesa de recepción. No puede mantener sus ojos en el conmutador.

—Eso es muy interesante —dijo Mason—. Vamos a recibir a la señorita Braxton, pero si no es conforme la has descrito, te aplicaré un buen castigo.

—Espera hasta que la veas —dijo Della Street—. ¿Quieres echar una mirada al correo primero o…?

—No, nada de correo… La dama… Vamos a verla.

—Prepárate —dijo Della Street—. Toma aliento. Aquí viene.

Y Della Street salió afuera al otro despacho y regresó al de Mason acompañando a la señorita Braxton.

Mason vio entrar a una joven con paso vacilante, la vio dudar, hacer una reverencia cortés y luego caminar con perfecta calma hacia el escritorio de Mason.

—Este es el señor Mason —dijo Della Street—. La señorita Braxton, el señor Mason.

—¿Cómo está usted? —dijo Mason—. ¿Quiere usted sentarse?

—Muchas gracias.

La muchacha cruzó hacia la mullida butaca de los clientes, se acomodó en ella, cruzó las piernas, se estiró el vestido y le dijo a Mason:

—¿Sería usted tan amable de decirme exactamente qué es lo que le está sucediendo a mi hermana?

—Espere un momento —dijo Mason al notar la frialdad de sus ojos al hablarle—. Yo no tengo seguridad de si conozco a su hermana y ciertamente yo no…

—Mi hermana es Elizabeth Bain. Nathan Bain, su esposo, está tratando de envenenarla. Dígame exactamente, ¿qué hay sobre esto?

—Espere un momento —dijo Mason—. Usted está poniendo varios carros delante de un caballo.

La señorita Braxton contestó:

—Creo que nunca en mi vida estuve tan enfadada, señor Mason. Le pido perdón si le parezco un poco fuera de mí misma.

—Continúe —le dijo Mason—. Únicamente, no se enfade conmigo.

—No he venido a verlo con ese propósito, señor Mason. Yo no

estoy enfadada con usted.

—Exactamente, ¿por qué vino usted a verme?

—Quería tener un abogado. Creo que usted es el único que puede manejar la situación.

—¿Qué situación?

—¡Qué situación! —exclamó ella agriamente—. ¡Cielos, señor Mason! ¿Usted tiene el valor de hacerme esa pregunta de buena fe? ¡Buen Dios, mi hermana ha estado viviendo un infierno en la tierra y nadie parece tener el suficiente interés para hacer algo sobre eso!

—¿Está *usted* segura de estar en posesión de los hechos verdaderos? —preguntó Mason.

—Señor Mason, permítame exponerle el asunto de esta manera. Mi hermana se casó con un hombre muy bajo. El hombre con quien ella se casó es inhumano, intrigante, sucio y bastardo. ¿Me expreso con bastante claridad?

—Yo deduzco —dijo Mason— que está usted haciendo lo posible para transmitir a mi mente que a usted no le simpatiza ese hombre.

—Eso —dijo ella— es lo más aproximado de la verdad… Odio la tierra que él pisa.

—Entonces, sí la he entendido.

Continuó agriamente:

—Se casó con mi hermana enteramente por su dinero. Nosotros la advertimos sobre eso, y ahí fue donde nos equivocamos.

—¿Quiénes son esos «nosotros»? —preguntó Mason.

—La familia. Yo soy medio hermana. Y también hay un medio hermano… Bueno, debimos de guardar nuestras narices fuera de tal asunto. Pero no lo hicimos y como consecuencia, eso dio lugar a una cierta tirantez que insensiblemente llegó a formar parte de las relaciones de familia. Antes de eso, siempre estuvimos muy unidos, exactamente como si fuéramos hermanos y hermanas, y ahora…, bien, gracias a Dios, ahora es diferente. Ahora volvemos a estar unidos otra vez.

—Dígame con exactitud, ¿qué quiere usted decirme con eso? —preguntó Mason—. He tenido otro asunto a mi cargo relacionado con la casa de Bain.

Ella echó hacia atrás su cabeza y rio.

Mason frunció el ceño.

—Perdóneme —dijo ella—, pero he oído la descripción de lo que

le sucedió a Nathan en el estrado de los testigos. Y creo que nunca en mi vida oí una cosa que me divirtiera tanto. Ese sapo pomposo, vanidoso y egoísta. Y usted echándole abajo toda su tontería, señor Mason. Realmente, hizo usted un buen trabajo con él. ¡Oh, cuánto hubiera dado yo por estar allí!

—¿Supo usted todo eso por boca de él?

—Por él y por Nellie Conway, la enfermera.

—¿Habló usted con ella?

—Oh, sí.

—Estoy algo sorprendido de que volviera a la casa.

—Creo que Nathan fue el responsable de eso. Nathan, simplemente, estaba con miedo de algo, señor Mason, y yo le diré una cosa sobre Nellie Conway: que ella ciertamente sabía cómo atizarle ese miedo.

—¿Qué quiere usted decir exactamente con eso?

—Que la forma en que ella lo enganchó fue realmente por algo magnífico.

—Déjeme ver si logramos aclarar esto —dijo Mason—. Primero, me gustaría saber exactamente lo que usted quiere que yo haga y…

—¿Por qué no? Yo puedo aclararle esto por mí misma. No es tanto lo que yo quiero que usted haga, como lo que mi hermana quiere que usted haga por ella.

—¿Elizabeth Bain?

—Sí.

—¿Y qué es lo que ella quiere?

—Quiere que usted la represente.

—¿En qué asunto?

—En muchos asuntos.

—Prosiga.

—Bueno, en primer lugar, Elizabeth ha visto ahora a Nathan en sus verdaderos colores. El hombre ha tratado de matarla. Y ha estado tratando deliberadamente de hacerlo durante algún tiempo. Sólo Dios sabe a lo que esa pobre muchacha se ha expuesto y, ¡Dios mío!, y también cuántas veces ella estuvo al borde de la muerte. Todas aquellas enfermedades que ella tuvo, podían ser consecuencia de la comida envenenada, y lo que ella entonces creyó que eran desarreglos del estómago, probablemente fue parte de esa trama, y de que Nathan quiere verse libre de ella.

Los ojos de Mason se entornaron.

—¿Eso ha sucedido hace algún tiempo?

—Ha estado viviendo en un perfecto infierno, señor Mason, y la pobrecilla sin saber hasta ahora que su espina dorsal está herida para siempre. Cree que después que tenga una temporada de reposo y que se reponga del accidente, alguien la va a operar y renovar la presión de la espina dorsal, y que después de eso andará de nuevo.

—¿Y no caminará más?

La señorita Braxton movió la cabeza negativamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas:

—Ya nunca más podrá andar.

—¿Qué es lo que usted sabe sobre el accidente? —preguntó Mason.

Sus ojos brillaron:

—Lo sé todo. Nathan dijo que los frenos habían fallado y que el automóvil quedó así sin defensa alguna. Que trató lo mejor que pudo de detenerlo. Y que cuando vio que no podía hacer nada, le gritó a Elizabeth para que saltase fuera del auto. ¡Vaya una gran oportunidad que tuvo para saltar! Nathan había ingeniado muy cuidadosamente las cosas, de forma que él estaba por el lado de la carretera, mientras que Elizabeth se encontraba en el asiento del lado que iba derecho a un enorme precipicio. Cuando Nathan le gritó que saltara, él ya había abierto la puerta de su lado y había saltado fuera, dejando el auto solo y sin conductor.

»Elizabeth tuvo la suficiente presencia de ánimo para echar mano al volante. Después trató de mantenerlo dentro de la carretera. Pero cuando vio que esto ya no era posible y que el coche adquiría una pavorosa velocidad, intentó lanzarlo contra un parapeto.

—¿Realmente los frenos estaban mal?

—El coche no tenía frenos de ninguna clase —dijo la señorita Braxton—, pero eso pudo haber sido hecho así fácilmente. Todo lo que Nathan tuvo que hacer para ello, fue atarle una cuerda que pasase por el piso del tablero de mandos, y con esto cerrar uno de los tubos de caucho de los frenos hidráulicos, dejándolos fuera de acción. Y él escogió para hacer esto un lugar donde el coche tenía forzosamente que saltar por un precipicio perpendicular. Afortunadamente, los esfuerzos de Elizabeth para mantener el coche

sin salirse de la carretera dieron por resultado que pudiese pasar del punto más peligroso, de forma que cuando el auto se salió de la carretera, solamente rodó por una pendiente de unos doscientos pies. Pero aun así, fue verdaderamente milagroso que no se matase.

—¿Nadie examinó el auto para ver por qué había ocurrido el accidente? —preguntó Mason.

—¿Qué cree *usted*?

—Le estoy preguntando a usted.

—La pobre Elizabeth tenía la espina dorsal destrozada. Recibió un golpe tan fuerte que quedó sin sentido. La llevaron al hospital y el querido Nathan volvió al precipicio para ver lo que se podía hacer con el auto. Consiguieron levantarlo y ponerlo en la carretera, y después llevarlo a la ciudad…, y se lo devolvieron a Nathan. Durante todo el tiempo que ellos estuvieron haciendo todas esas tonterías, Nathan tuvo todas las oportunidades que quiso para borrar cualquier prueba.

—En otras palabras, ¿la policía no fue nunca llamada para investigar el caso?

—La patrulla de carreteras hizo una inspección de rutina y eso fue todo. No creo que nadie entonces fuera abajo, adonde el auto se encontraba, excepto Nathan y los hombres del garaje, quienes engancharon un cable en el auto y lo subieron a la carretera.

—Continúe —dijo Mason.

—No tiene usted que ser tan reservado, señor Mason. Nellie Conway me dijo toda la historia esta mañana. Nunca en toda mi vida me quedé tan completamente asombrada, pues nunca creí que cosas de esta especie pudieran existir. Bueno, ciertamente ya es hora de que nosotros terminemos con esto. Además, eso es todo lo que yo puedo decirle.

—¿Ha hablado usted sobre esto con Nathan Bain?

—No, no le he dicho una sola palabra. Me enteré por Nellie Conway de todo esto, y pensé que usted era el abogado que mi hermana necesita. Quiere hacer testamento y desheredar completamente a Nathan; y quiere presentar una demanda de divorcio también. Odia la tierra que él pisa: así, pues, quiere que él se vaya de la casa.

—¿Ha sido puesto Nathan al corriente de todas estas cosas?

—No, señor Mason. Nosotros queremos que sea usted quien se lo

diga.

—¿Yo?

—Eso es. Quiero que venga usted conmigo y hable con mi hermana. Ella le dirá lo que ha de hacer, y después, quiero que usted vaya a verlo y le diga que recoja sus cosas y se marche de la casa.

—¿Quién es el dueño de la casa? —preguntó Mason.

—Mi hermana es la dueña de todas las cosas.

—¿Los negocios de Nathan no son productivos?

—Yo creo que son más que productivos —contestó ella con acidez—. Pero nunca se sabe nada, porque nada dice y nunca se encuentra ningún libro de contabilidad, pues no lleva ninguno.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que hace los negocios a base de dinero efectivo, y al contado, posiblemente. Por lo tanto, guarda el dinero en su bolsillo y nadie sabe cuánto tiene ni qué negocio hizo. No le importan los impuestos, no tiene fe para confiarse con nadie. Es uno de los hombres más reservados que he conocido.

—¿No cree usted —preguntó Mason— que sería un plan mejor para su hermana llamarlo y decirle todo lo que ella piensa hacer, así como que todo ha terminado entre los dos, que quiere que él abandone la casa, y que se propone pedir el divorcio y…?

—No, señor Mason, no creo que ésa sea la forma de llevar el asunto. Elizabeth, simplemente, detesta verlo delante. Se pone loca cada vez que piensa en él. Recuerda que no está bien, y que tiene que tomar gran cantidad de sedantes para calmar un poco su sistema nervioso. Quiere tener la seguridad que queda fuera de su vida de una vez por todas, y no quiere verlo delante nunca más.

—Muy bien —dijo Mason—. Si ésa es la forma en que lo quiere…

—¿Lo hará?

—No veo razón alguna para no hacerlo.

La señorita Braxton abrió su bolso:

—Yo le dije a Elizabeth que venía aquí a verlo a usted, que le expondría el caso y que si se encargaba de lo que ella quería y, por lo tanto, le decía a Nathan Bain que se fuera de la casa, que podía estar ya tranquila. Elizabeth me dio esto para usted como un anticipo.

Le entregó a Mason un cheque con fecha de ese día, expedido por el «Farmers and Mechanics National Bank» por la cantidad de quinientos dólares, pagaderos a Perry Mason, abogado de Elizabeth, y firmado con mano temblorosa por *Elizabeth Bain*.

—¿Esto es un anticipo? —preguntó Mason.

—Así es.

—¿Y qué es lo que la señora Bain quiere que yo haga?

—Usted ya empezó bien desenmascarando a su marido. Exactamente continúe haciendo esto. Échelo fuera de la casa y vea en qué forma se arreglan las cosas para que él no obtenga ni un solo centavo de la propiedad de ella.

—Su media hermana puede hacerla a usted su agente sólo para entregarme el cheque. Pero yo tengo que recibir esas instrucciones de sus propios labios —dijo Mason.

—Desde luego.

—Cuando esté a solas con ella, entonces comprobaré que no ha habido ninguna…

—¿Ninguna influencia indebida, señor Mason?

—Bueno, si usted quiere, llamémoslo así, sí.

—Venga y hable con ella.

—Sí, iré.

—Y de paso, señor Mason —dijo ella—, yo quiero que me dé usted su opinión sobre este documento que Elizabeth hizo.

La señorita Braxton abrió su bolso y tomó de él una hoja de papel, en la cual la fecha era la misma, y había sido escrita con la misma mano temblorosa que la del cheque y cuyo texto decía así:

> *Yo, Elizabeth Bain, sabiendo que mi esposo ha tratado de matarme en varias ocasiones, y habiendo perdido toda la confianza y cariño que le tenía, expreso mi última voluntad en este testamento dejándoles todo cuanto poseo y que es de mi propiedad, para que lo repartan a partes iguales, a mi querida media hermana, Victoria Braxton, y a mi querido medio hermano, James Braxton, con lo cual queda entendido que ellos tomarán posesión de todas mis propiedades*

Mason observó con extrañeza la hoja de papel, y dijo:

—¿Qué es lo que usted quiere saber exactamente sobre esto?

—Si es válido.

Mason dijo prudentemente:

—Eso depende.

—Bueno, ¡Cielo santo!, usted es abogado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y no puede usted decir si eso es válido o no?

Mason sonrió y movió la cabeza en ademán negativo.

—¿Y por qué no?

—Supongamos —dijo Mason, calculador— que usted me cuenta algo sobre las circunstancias en las cuales fue hecho este testamento.

—Bueno, yo no sé si eso es de una gran importancia, señor Mason. Usted sabe que ésa es la fecha de hoy. Elizabeth durmió tranquilamente la última noche. Una de las pocas buenas noches que pasó. Yo creo que fue así porque sabía que nosotros estábamos arreglándole las cosas según sus deseos.

»Después, señor Mason, cuando se despertó, a eso de las cinco de la mañana, me dijo que viniese a verlo a usted y que le diera ese anticipo. Me dio instrucciones para que usted hiciera un testamento de forma que Nathan Bain no pudiera beneficiarse de nada suyo a su muerte. Y entonces ella…, bueno, yo no sé, supongo que quizá…, en cierta forma, ha estado leyendo muchísimas cosas y…

—¿Adónde va usted a parar? —preguntó Mason.

—Bien, desde luego, en las películas y las novelas detectivescas, una persona que está intentando desheredar a otra…, bien, el intervalo en que el abogado está preparando el nuevo testamento, usted sabe que es siempre el período más peligroso. Entonces, Elizabeth habló conmigo sobre eso, y pensó que si ella escribía un testamento de su propia mano, expresando exactamente lo que ella quería hacer con sus bienes, que podía ser bueno. Ahora, ¿está eso bien?

—Eso está bien —dijo Mason—, excepto en cierto punto.

—¿Qué quiere usted decir?

—En este Estado, y piense usted que le estoy hablando ahora *solamente* de este Estado, un testamento es bueno si el contenido, la fecha y la firma del mismo van escritos por el testador. Necesita esas tres cosas: la fecha, el texto y la firma, todo ello escrito por mano del testador.

La señorita Braxton asintió con la cabeza.

Luego, Mason continuó:

—Usted observará que en el sentido corriente de la palabra, su hermana no firmó este testamento.

—Pero escribió su nombre, puso Elizabeth Bain de su propio puño y letra.

—Escribió su nombre —dijo Mason— al designarse a sí misma. En otras palabras, que allí hay una cuestión de si las palabras *Elizabeth Bain*, conforme aparecen en el testamento, fueron escritas con la intención de figurar como firma, o si fueron escritas con una intención únicamente descriptiva.

—¿Bueno, hay alguna diferencia entre que el nombre aparezca en el testamento en un lado o en otro?

—Como cuestión de ley, no la hay —dijo Mason—. Es al Tribunal a quien incumbe la aclaración de la intención con que el testador escribió su nombre al empezar el testamento, y si fue en forma descriptiva o como firma.

—Bueno, ésa era la intención de Elizabeth.

—Ha habido varios casos muy interesantes en los que se suscitó esta cuestión —repuso Mason, sonriendo—. No puedo citárselos a usted, pero hay casos en que se han presentado para reconocimiento testamentos como éste, en los que la cuestión es siempre si el uso del nombre del testador era descriptivo o era la firma. Y ahora quiero advertirle una cosa muy peculiar sobre este testamento.

—¿Qué?

—Aquí está —dijo Mason—. No puso punto final en él.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que después de la palabra «propiedades» —dijo Mason—, no hay punto final.

—¡Bueno, por Dios santo! ¿Quiere usted decir que un pequeño punto, del tamaño de una décima de la cabeza de un alfiler, puesto sobre el papel significa…?

—Quise decirle de manera definitiva —interrumpió Mason—. Hay un caso…, espere un minuto, quizá pueda mostrárselo.

El abogado se dirigió a una estantería llena de libros, tomó uno, pasó varias páginas de él, y luego, por unos minutos, estudió con detenimiento uno de los párrafos.

La señorita Braxton le interrumpió y dijo:

—Bueno, después de todo, eso no es tan importante, señor Mason. Esto es una cuestión de conveniencia. Elizabeth lo hizo para tranquilizar su mente. Pensó que si Nathan sabía que había sido desheredado, quizá esto le disuadiría de realizar en último extremo cualquier intento desesperado.

—¿Quiere usted decir que así no trataría de matar a su hermana?

—Exactamente.

Mason colocó de nuevo el libro en su sitio, y después dijo:

—Desde un punto de vista legal, la cuestión es más interesante.

—Bueno, yo he oído muchísimo sobre tecnicismos —dijo la señorita Braxton—. Pero si usted está tratando de decirme que esa insignificante motita de un punto, puesta sobre un pedazo de papel, puede ser causa de diferencias, es decir, de que un testamento sea válido o no, yo les digo a ustedes los abogados que todos se están volviendo demasiado técnicos.

—La cosa es —dijo Mason— que lo que vale es la intención del testador. En otras palabras, cuando su hermana terminó de escribir este documento, ¿consideró que estaba completo y terminado, o bien empezó a hacerlo y fue interrumpida por alguien y por lo tanto nunca terminó de hacerlo?

—Oh, ya veo ahora lo que usted quiere aclarar.

—Por ejemplo —dijo Mason—, si usted está interesada en razones legales, aquí, en el distrito de Kinney, fue fallado que la existencia solamente del nombre del testador, puesto en el principio de la declaración, es suficiente para considerar el documento como firmado y ser admitido el testamento como legal.

»Luego, en un reciente caso, en el distrito de Kamiski, fue considerado que el nombre del testador escrito al principio de la declaración ológrafa es suficiente para considerarse como la propia firma del documento, por parecer estar *completo* y expresar sus deseos testamentarios.

»También en el distrito de Bauman fue acordado que en todos los casos de esa clase, la escritura completa necesitaba ser examinada para determinar si la intención del testador había sido completar el testamento. La expresión final, o la precipitación en terminarlo, y *hasta el punto final*, deben ser considerados a los fines

de determinar si el que lo escribió intentó, al poner el nombre al principio de la cláusula, que se considerase ésta como firma, o simplemente como palabras de designación personal.

»Ahora dése usted cuenta de que en el testamento de su hermana existe una forma de terminación algo extraña con aquellas palabras «con lo cual queda entendido que ellos tomarán posesión de todas mis propiedades…». El testador pudo muy bien haber tenido la intención de añadir: «Sujeto a la siguiente cláusula», o «para ser usado a los fines de…».

—Pero Elizabeth no quiso decir nada de eso —interrumpió la señorita Braxton—. Simplemente quiso dar a entender que por medio de este testamento nosotros pasaríamos a tomar posesión de toda su fortuna, de forma que Nathan Bain no podría tener ninguna oportunidad…

—Yo comprendí así el contenido —dijo Mason—. Pero, por otra parte…, usted me entrega una hoja de papel y me pregunta una cuestión legal, y estoy tratando de darle a usted la mejor contestación que puedo.

La señorita Braxton sonrió.

—Bueno, creo que eso no importa un comino, señor Mason, porque usted puede redactar un testamento notarial y darle legalidad con testigos y todos los requisitos. ¿Cuánto tardará usted en ir allí?

—¿Cuándo será conveniente?

—Cuanto más pronto, mejor. Todo lo que usted tiene que hacer es preparar un testamento, hacerlo de conformidad con este texto y tenerlo listo para que sea firmado por Elizabeth y…

—Eso puede no ser aconsejable —interrumpió Mason.

—¿Por qué no?

—Yo no he hablado aún con su hermana.

—Bueno, yo soy su agente. Me envió aquí a decirle a usted lo que tenía que hacer, y me dio este cheque como un anticipo.

Mason meneó la cabeza y sonrió:

—Nathan Bain puede pleitear contra ese testamento. Puede alegar que hubo indebidas influencias de su parte.

—Pero, ¡santo Dios!, ¿no estamos ya cruzando una gran cantidad de puentes antes de llegar a ellos? Después de todo, un testamento no puede ser…, bueno, no puede haber ninguna

posibilidad de testamento a menos que Elizabeth muriese, y ahora que Jim y yo estamos aquí, no va a morir, y si usted puede lograr que Nathan Bain se vaya de la casa, no existirá una oportunidad entre un millón de que…

—A un abogado no se le paga por estudiar *probabilidades* —le dijo Mason—. Se le paga por considerar *posibilidades*.

—Pero ese testamento significa un atraso, ¿verdad, señor Mason?

Mason movió la cabeza en forma negativa.

—¿Por qué no?

—Porque yo llevo a Della Street, mi secretaria, conmigo. Ella lleva la máquina de escribir portátil, y exactamente tan pronto como su hermana me diga que el testamento sea preparado, mi secretaria lo escribe a máquina, llamo a dos testigos completamente desinteresados, y…

—¿Y a cuáles testigos? —interrumpió la señorita Braxton.

—La señorita Street puede ser uno y yo seré el otro.

—Oh, eso es magnífico —dijo ella, y su rostro se puso radiante —. Esa es la forma de hacerlo. ¿Cuándo puede usted estar allí, señor Mason?

—Debido a las circunstancias, puedo estar allí a las…, bueno, déjeme ver, ¿a las dos de esta tarde?

—¿No le sería posible ir a las once y media de la mañana, señor Mason? Así tendré tiempo de estar en casa y decirle a Elizabeth que usted va a ir, y le daremos una oportunidad de arreglarse un poco. Después de todo, una mujer quiere siempre aparecer lo mejor posible, compréndalo usted, y su cabello está muy descuidado… Ellos no le han prodigado la atención afectuosa que una hermana puede darle…, usted ya comprende cómo son estos detalles personales.

—A las once y media será buena hora —dijo Mason—. Yo estaré allí…

El teléfono sonó repetidas veces. Della Street tomó el auricular y dijo:

—Hola… ¿Quién es…? ¿Vicky Braxton…? Un momento, por favor.

Della se volvió hacia la señorita Braxton y le dijo:

—Alguien quiere hablar con usted por teléfono y dice que es

muy importante.

—¿Y preguntaron por «Vicky»? —dijo la señorita Braxton.

—Sí.

—Cielo santo, no puedo entenderlo. Nadie sabía que yo había venido aquí, y a mí me llaman Vicky únicamente los íntimos y los miembros de mi familia. Cómo, yo…, yo no puedo entenderlo.

—Bien, supongamos que atiende usted a la llamada —le dijo Della—, y así se informa usted de todo. Esto es, claro está, si usted quiere.

Desde el auricular llegó un irritante chirrido y Della Street dijo:

—Un momento. —Y poniendo el auricular en su oído, preguntó —: ¿Quién está al aparato…? Oh, sí, se lo digo. Es su hermano Jim —le dijo a la señorita Braxton.

Victoria Braxton se dirigió al teléfono:

—Hola, Jim. Aquí, Vicky, ¿Qué pasa…? ¿Qué…? ¡No…! ¡Oh, Dios mío…! ¿Estás seguro…? Estaré allí en seguida.

De un golpe dejó el auricular en su sitio, volvióse y le dijo a Perry Mason:

—¡Dios mío! ¡Al fin sucedió! Elizabeth está muriéndose. Han buscado por todos los sitios tratando de encontrarme. Jim, mi hermano, se acordó… Tengo que irme en seguida.

Y se fue hacia la puerta abierta que daba al otro despacho exterior. Pero después vio la puerta de salida al pasillo, tropezó y después abrió la puerta de un tirón y desapareció.

Mason, mirando a Della Street, movía sus dedos por entre su espeso y ondulado cabello, con un gesto de perplejidad en el rostro.

—¡Este caso de Bain! —dijo él.

—¡Creo que me echarás fuera si menciono alguna cosa sobre la ruina de su vida!

—Te corto en cuatro partes —anunció él cuando Della Street hizo ademán de agacharse para defenderse—. ¿Qué se hizo de ese testamento ológrafo?

—Lo agarró, lo metió en su bolso y se lo llevó.

—Existe una probabilidad, Della, de que ese documento pueda adquirir la más grande importancia.

—¿Quieres decir si la señora Bain está realmente muriéndose?

Mason movió la cabeza y repuso:

—El estilo extraño de ese último párrafo en el testamento

ológrafo y la falta de cierre con un punto…

Della Street rio con cinismo:

—La próxima vez que veas ese testamento, jefe, tendrá un punto final completo al terminar ese párrafo. ¿Quieres apostar algo?

Mason apretó los labios:

—No, no pienso hacerlo, Della. Porque creo que estás en lo cierto. En ese caso, estaré en una posición más extraña todavía. Estaré atado por las confidencias de mi cliente, por un lado, pero por otro, como abogado en ejercicio, autorizado en los Tribunales… Llama a Paul Drake por teléfono. Dile que quiero tener toda la información de lo que está ocurriendo en casa de Bain y que quiero que sea rápido. Dile que no me importa particularmente la forma en que la obtenga… ¿Y la última llamada de Nellie Conway fue a las diez?

—En punto —dijo Della.

—¿Y te dijo que no le sería posible llamarme después de esa hora?

—Sí.

—Eso —dijo Mason— es *extraordinariamente* interesante. También, observa esto, Della, que la señorita Braxton dijo que nadie sabía que ella estaba aquí. Eso significa que su hermano, necesariamente, no sabe nada sobre las intenciones de Elizabeth de contratarme, y nada tampoco sobre ese misterioso testamento ológrafo.

Della meneó la cabeza y dijo:

—¿Procede que digamos que la trama se está espesando, jefe?

—Exactamente, igual que aquella salsa que yo traté de hacer en mi última excursión de caza, Della. Se espesa en masa. «La salsa de las Mil Islas» la llamaron los muchachos.

Capítulo 8

A las once y cincuenta y cinco, Paul Drake telefoneó.

—Hola, Perry. Estoy aquí afuera, en una estación de gasolina, aproximadamente a unas dos esquinas de la casa de Bain. Elizabeth murió hace unos diez minutos, según la información que me fue facilitada a toda prisa por la puerta de atrás de la casa.

—¿Y la causa? —preguntó Mason.

—Parece no haber duda alguna de que es un envenenamiento con arsénico. Consideraron que Elizabeth estaba demasiado grave para llevarla al hospital. Han hecho un diagnóstico de arsénico ya desde un principio; es decir, desde las nueve y media de esta mañana han estado tratándola por eso. Los primeros síntomas aparecieron poco después de las nueve.

—¿Posibilidades de suicidio? —preguntó Mason.

—El sitio está plagado de policías de la Sección de Homicidios. Tu amigo, el sargento Holcomb, está colocado en bastante evidencia.

Mason pensó las cosas y luego le dijo:

—Paul, tengo un trabajo para ti.

—¿Cuál?

—No solamente quiero que me averigües los detalles sobre cada uno allí, en la casa de Bain, sino que quiero también que vayas al aeropuerto y que te enteres de los aviones que salieron esta mañana a las diez y cuarto. Y quiero que hagas todo eso lo más rápido que puedas.

—Muy bien. Esto puedo comprobarlo muy rápidamente —dijo Drake—. Y tú también puedes hacerlo por ti mismo llamando al aeropuerto…

—No es eso sólo —dijo Mason—. Eso no es más que la mitad del asunto, Paul. Cuando sepas qué aviones salieron, quiero que vayas y

te enteres de la descripción de cada mujer que iba en aquellos aviones. Estoy particularmente interesado en una mujer con cara de palo, quien seguramente habrá puesto su nombre en la lista de pasajeros con las iniciales «N. C.». Es decir, su nombre empieza con una «N» y el apellido con una «C» y yo quiero esta información muy rápida, porque esto va a ser muy divertido. ¿Cuánto tiempo te llevará todo esto?

—Quizá una hora.

—Córtalo por la mitad —dijo Mason—. Hazlo en quince minutos, si puedes. Estaré sentado aquí sin moverme de junto al teléfono. Consíguelo y llámame.

Mason colgó el auricular y empezó a pasearse por el cuarto.

—¿Qué sucede? —preguntó Della Street.

—Probablemente, alrededor de las nueve de esta mañana, quizá un poco antes, Elizabeth se encontraba violentamente enferma. A las nueve y media los médicos habían diagnosticado que era un envenenamiento con arsénico. Y quince minutos después, murió.

—¿Y…? —preguntó Della.

—Y —dijo Mason— Nellie Conway estaba frenéticamente tratando de comunicarse conmigo esta mañana; pero tenía una hora fija, las diez, y de esa hora no podía pasar. No podía llamarme después de las diez. Ese fue el último minuto de que disponía para llamarme.

—¿Quieres decir que se fue en avión a alguna parte?

—Se fue en un avión —dijo Mason—. Y esperemos que haya tenido el suficiente sentido de firmar con su nombre como Nellie Conway. En caso que no lo hiciera, su equipaje probablemente tendrá estampadas una «N. C.», y entonces ella usaría un nombre cuyas iniciales fuesen las mismas del equipaje.

—¿Y si Elizabeth murió envenenada con arsénico? —preguntó Della Street.

—Entonces —dijo Mason—, en vista del hecho de que yo tuve ciertas tabletas en mi posesión, las cuales Nellie Conway me entregó con la historia de que Nathan la había estado sobornando para que se las administrara a Elizabeth Bain, y en vista del hecho de que yo le devolví esas tabletas a Nellie…

—Pero aquéllas eran solamente tabletas de aspirina —dijo Della Street.

—*Una* de ellas era una tableta de aspirina, Della. Cuando un abogado empieza a mirar su trabajo como una rutina y piensa en términos corrientes y usuales, entonces puede fallar. La gente no le paga al abogado por pensar lo que es probable que ocurra, sino para que piense y prevenga todo lo que pueda ocurrir. Búscame el número del teléfono de Nathan Bain y llama a su casa. Si el sargento Holcomb está allí, quiero hablar con él.

—Nellie Conway nos dejó un número como tú sabes. Espera un minuto, voy a buscarlo… —repuso Della.

Pasó una media docena de tarjetas y dijo:

—Aquí está West 6-9841.

—Muy bien —dijo Mason—. Ponme en comunicación con Holcomb.

Della Street tomó el teléfono y dijo:

—Gertie, llama al West 6-9841, y di que se ponga el sargento Holcomb al teléfono. Es muy importante. Date prisa.

Della Street permaneció al teléfono por varios segundos, luego le hizo seña a Mason y le dijo:

—Ya viene, jefe.

Mason tomó el auricular y en el mismo momento oyó la voz malhumorada del sargento diciéndole:

—Hola. Aquí el sargento Holcomb. ¿Quién está ahí?

—Perry Mason.

—Oh, sí, Mason. ¿Cómo supo usted que yo estaba aquí?

—He estado tratando de hablarle.

—Muy bien, ¿qué pasa?

—¿Recuerda usted, sargento, esa Nellie Conway que le habló a usted hace unos pocos días para denunciar que Nathan Bain le había pedido a ella que le administrara ciertas tabletas de cinco gramos a su esposa? Yo le hablé a usted sobre todo esto.

—Sí, continúe —dijo el sargento Holcomb.

—Y —dijo Mason— con idea de comprobar su historia, yo dejé una de esas tabletas para analizarlas. Contenía aspirina. Y creo que usted lo sabía.

Hubo un largo silencio.

—¿Está usted ahí? —preguntó impaciente Mason.

—Aquí estoy —dijo el sargento Holcomb.

—¿Bueno, y qué? —preguntó Mason.

—No recuerdo la conversación en esa forma —dijo el sargento Holcomb, y colgó.

Mason llamó dos veces, sin resultado, y después puso el auricular en su sitio.

—¿Colgó él? —preguntó Della.

Mason movió la cabeza. Su rostro estaba pálido y enojado.

—Descarga, jefe —dijo ella—. Desahógate. Yo ya he oído todas esas cosas antes y ésta es una ocasión en que me gustaría oírlas otra vez más.

El abogado movió la cabeza.

—¿Por qué no?

—Maldito sea, Della. Yo no puedo permitirme el lujo de enfurecerme. Tengo que pensar.

—Pero, jefe. Yo estuve escuchando esa conversación. Y sé que le dijiste a él que…

—Tu testimonio será algo menos que conclusivo —dijo secamente Mason—. De todas formas, tú no oíste lo que Holcomb me dijo cuando me contestó.

—¿Y qué es lo que él afirma que dijo? —preguntó ella.

Mason hizo un gesto de amargura con los labios y dijo:

—No ha tenido tiempo de pensar algo sobre eso todavía. ¿Por qué diablos crees que colgó?

—Desearía que me permitieras que fuese allí para insultarlo. Entonces él oiría una voz nada femenina, si yo le expresase mis pensamientos en nombre de esta casa.

Mason sacudió la cabeza:

—Un buen abogado necesita recordar siempre una cosa: que nunca puede enojarse a menos que le paguen para eso.

—¿Puedes imaginarte a ese endemoniado policía mintiendo deliberadamente? —preguntó indignada Della Street.

—Puedo imaginármelo haciendo cualquier cosa —dijo Mason—. El teniente Tragg es duro, pero es un hombre cabal. Debí haber insistido para ver a Tragg; pero estas cosas suenan completamente como una historia increíble… Todavía no lo comprendo. Todo lo que yo sé, es que tengo un presentimiento de que estoy metido en agua caliente, y que ésta vez se está calentando más y más.

Y empezó a pasear de un extremo al otro del cuarto. Della Street se levantó para decir algo, pero cambió de idea y se detuvo. Lo

observó con ojos disgustados al ver como se paseaba de un lado a otro, sin cesar.

A las doce y veinticinco, el teléfono sonó.

Della Street tomó el auricular y Paul Drake dijo:

—Hola, Della. Tengo ya la información que Perry quería, sobre los pasajeros del avión.

Mason dio un salto y vivamente preguntó:

—¿Es Drake?

Della Street asintió con la cabeza.

—Dile que te pase todo lo que él tenga, si en efecto tiene algo —dijo Mason.

—Descarga —dijo al teléfono Della.

Y Drake dijo:

—Un avión salió a las diez y cuarto para Nueva Orleáns, Della. Y una mujer que coincide con la descripción que de ella hizo Mason dio el nombre de Nora Carson.

Della Street le leyó la información a Perry Mason. Este cruzó en tres zancadas la oficina, tomó el teléfono y dijo:

—Paul, ponte en comunicación con la sucursal de tu «Agencia» en Nueva Orleáns. Quiero que contrates a cuatro hombres para trabajar en este asunto. Y quiero que ellos sigan a Nora Carson, apenas baje del avión. Quiero que uno de ellos la vigile minuto a minuto, no importa lo que todo esto cueste. Quiero saber adónde va, a quién ve, qué está haciendo y cuándo lo hace. Después, cablegrafía al Hotel Roosevelt y dile que reserven un cuarto para dos a nombre tuyo. Regístralo así: Paul Drake y un compañero.

»Della Street nos conseguirá los pasajes para el primer avión que salga para Nueva Orleáns. Dile a tus hombres que nos informen de todo en el Hotel Roosevelt. Y ahora, métete en tu auto y ven aquí lo más rápido posible, porque vamos a salir en el primer avión que parta para Nueva Orleáns, y yo no sé exactamente aún las horas de salida que hay.

—Hay uno, a la una y quince —dijo Paul Drake—. Pero no podemos tomar ése. Nosotros…

—¿Quién diablos te dijo que no podemos? —preguntó Mason—. Ve al aeropuerto. Yo salgo para allí.

Capítulo 9

No habían transcurrido dos horas aún, cuando ya Mason y Paul Drake estaban acomodados en el Hotel Roosevelt, en Nueva Orleáns, y un detective afiliado de la Agencia de Paul Drake se encontraba en el cuarto haciéndoles el informe de los sucesos.

—Hemos localizado a la persona que les interesaba —dijo él—. Tomó un departamento en el viejo barrio francés. Estaba ya reservado para ella. El contrato del alquiler, fue firmado por un hombre de la ciudad de ustedes, un individuo con el nombre de Nathan Bain. ¿Lo conocen?

Mason y Drake cambiaron entre ellos miradas significativas.

—Prosiga —repuso Mason.

—Este departamento fue alquilado hace unos treinta días, y Bain lo contrató por seis meses.

—¿Qué clase de sitio es? —preguntó Mason.

—Bueno, ustedes ya saben como son estos departamentos del barrio francés. Son muy antiguos, pero el sitio tiene cierto aire familiar, y los turistas y algunos de los residentes locales, quieren los techos altos y los precios bajos. Parte del edificio está alquilada a personas fijas.

—¿Cuándo Bain hizo el contrato para alquilar ese departamento, dijo algo sobre quien iba a venir a ocuparlo?

—No, simplemente lo arrendó.

—¿Cómo paga la renta? —preguntó Mason—. ¿Por cheque?

—No. Es curiosa la forma en que la paga. Lo hace por giro postal.

Mason movió la cabeza y dijo:

—¿Esa muchacha está viviendo allí?

—Sí, está viviendo allí. Vive con el nombre de Nora Carson, y viene forrada de dinero.

—¿Cuánto? —preguntó Mason.

—No lo sé. Pero tenía un buen fajo de billetes en su bolsillo, y eran billetes grandes. Apenas llegó, se fue a la Casa Bourbon para cenar y trató de cambiar un billete de cien dólares. Esto causó un poco de extrañeza. Dijo que era el más pequeño que tenía. Por casualidad el gerente vio el interior del bolso de ella y observó que había un gran fajo de billetes. Pensó que le mentía y que trataba de cambiar ese billete grande, porque podía ser falso. Esto lo hizo sospechar. Insistió en que le diera otro más pequeño. Finalmente, ella dejó el billete de cien dólares como garantía, se marchó y regresó antes de veinte minutos con un montón de billetes más pequeños.

Mason asimiló bien esta información.

—¿Alguna cosa más? —preguntó.

—Sí. Hemos seguido sus instrucciones y vigilamos todos los sitios adonde ella va.

—¿Tiene alguna sospecha de que es seguida?

—Aparentemente, no. Va a sus asuntos, exactamente igual que si esto formara parte de una rutina regular. No parece prestar atención a la gente de la calle.

—Muy bien, ¿y qué es lo que hace aquí?

—Bueno, claro es que lleva aquí únicamente unas tres o cuatro horas, y…

—Y en ese período de tiempo, ¿qué ha hecho que nos indique el objeto de su viaje aquí?

—Nada.

—¿Es grande ese edificio del barrio francés donde están esos departamentos? —preguntó Mason.

—No es muy grande. Tiene dos departamentos en los pisos primero y segundo. Es una casa estrecha de tres pisos, con una tienda de comestibles en la planta baja. Su cliente y una o dos mujeres más, tienen los departamentos en el segundo piso; un muchacho ocupa uno de los departamentos del tercer piso, y el otro está vacío.

—¿Quién tiene el otro departamento del segundo piso? —preguntó Mason.

—Una tal señorita Charlotte Moray. Ustedes ya saben cómo son estos edificios en el barrio francés. Están construidos…, es decir,

¿les estoy hablando en la creencia de que ustedes los conocen? —La pregunta invitó a las confidencias.

—El señor está familiarizado con ellos —dijo Drake brevemente.

El detective de Nueva Orleáns, miró a Perry Mason pensativo. Era evidente que estaba interesado en identificar al misterioso cliente de Drake, pero su curiosidad se abstuvo de formular preguntas.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo allí esa mujer Moray? —preguntó Mason.

—Aproximadamente una semana.

—¿Sabe usted de dónde viene, o algo sobre ella?

—Nada en absoluto. Nos hemos estado ocupando en este otro trabajo…

—Sí, ya sé. ¿Puede usted describírnosla?

El detective, sacó un librito de notas del bolsillo de su chaqueta, y dijo:

—Tiene unos veinticuatro o veinticinco años, es muy morena, buena figura, ojos negros y grandes, pelo negro, mucha personalidad y atractivo, viste buenas ropas, y sabe llevarlas. No hemos tenido mucho tiempo de averiguar sobre ella, pero sabemos que recibe telegramas todos los días, y algunas veces dos y tres al día. No sabemos de dónde vienen o quién se los envía, ni ninguna cosa sobre ellos. Solamente sabemos que los recibe.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Mason.

—Esto es todo por ahora. Esa muchacha Moray, es un plato exquisito. Mide aproximadamente un metro cincuenta, pesa unos cincuenta y cinco kilos, buenas curvas y colocadas en el sitio exacto, ardiente, y sin duda muy reservada, y cuidadosa de todos los detalles. No tiene muchachos amigos, no revela interés por el paisaje, parece estar muy familiarizada con Nueva Orleáns, conoce las tiendas donde comprar, cocina algo en su departamento, come algunas veces fuera, y sin ser comunicativa, le sonríe con gracia a las camareras. Exactamente, una mujer muy reservada para sí misma.

—Una pregunta más —dijo Mason—. ¿Cuándo alquiló esa Charlotte Moray el departamento?

—Lo tomó subarrendado antes de venir aquí, y todo estaba preparado ya cuando ella se apeó del avión.

—¿Lo subarrendó? ¿A quién?

—¿Cómo? A ese individuo llamado Bain. Creo que usted comprende. El arrendó todo el piso segundo, y…

—¡Que arrendó todo el segundo piso! —exclamó Mason.

—Sí, señor. Ve usted, él…

—¿Por qué diablos no dijo usted eso antes?

—Usted no me lo preguntó. Quiero decir, que usted parecía estar sólo interesado en la información de esa muchacha Conway. Y desde luego, nosotros hemos estado trabajando muy rápido y… Lo siento, señor. Yo creo que usted lo comprende.

—El tercer piso, ¿lo alquiló Bain también?

—No, solamente el segundo piso, con los dos departamentos que tiene ese piso.

Mason se volvió hacia Paul Drake y le dijo:

—Págales, Paul, y que suspendan el trabajo.

Drake arqueó las cejas sorprendido.

—Nosotros hemos terminado —dijo Mason—. ¿Son estos muchachos suficientemente buenos para olvidarse de las cosas que conviene que se olviden?

—Deben serlo —dijo Drake.

—Lo somos, en efecto —le aseguró el detective de Nueva Orleáns, mientras sus ojos, sin embargo, miraban con curiosidad, observando a Mason.

—Muy bien —dijo Mason—. No necesitamos ninguna información más en este caso. Despida a los hombres y asegúrese de que todos han cesado en el trabajo.

—Tan pronto como seamos pagados, dejaremos el trabajo —dijo el detective de Nueva Orleáns—. No estamos para trabajar gratis.

Drake saco un billetero de su bolsillo y dijo.

—Esta es una clase de trabajo que se paga en dinero efectivo. Vamos al otro cuarto y arreglaremos eso.

Cinco minutos después, cuando Drake regresó, dijo:

—No quisiera ser rudo, Perry; pero si no hubiera insistido en hacerle el pago en privado, él podría haber sospechado algo. Podía haber creído que nosotros estamos asociados. Y yo quiero que él crea que eres exactamente un cliente mío ordinario.

Mason movió la cabeza asintiendo y dijo:

—¿Cuánto tiempo te llevará arreglar las cosas para que sus

hombres cesen en el trabajo, Paul?

Drake dijo:

—Dales quince minutos, Perry. Le dije que llamara a sus hombres y les dijera que el trabajo estaba terminado. Él dijo que iba a comunicárselo en seguida. Démosle quince minutos.

—Magnífico —repuso Mason.

—Pero lo que me intriga a mí —le dijo Drake—, es por qué estabas tan loco por conseguir esto, y después de dar órdenes de vigilarla cada minuto de día y de noche, y cuando los hombres ya la han estado siguiendo durante cuatro horas, dices de pronto que dejen el trabajo, que todo está terminado. No lo comprendo.

—Porque nosotros ya tenemos la información que queríamos —le contestó Mason.

—Bueno, entonces, ¿por qué esa prisa en que los hombres cesen en el trabajo?

Mason encendió un cigarrillo y le dijo:

—Nellie Conway va a tener una visita, Paul. Y más tarde, la policía puede interesarse en Nellie Conway. La policía puede sorprender a estos detectives realizando ese trabajo, y por ellos enterarse de la persona que fue a visitarla. Pero si ellos no lo saben, entonces no podrán decírselo.

—Pareces estar muy seguro de los hechos —dijo Drake.

—Y lo estoy.

—¿Entonces, probablemente conoces a la persona que va a visitar a Nellie…, ese visitante que no quieres que la policía sepa quién es?

—Lo conozco.

—¿Y quién es? ¿Nathan Bain?

—No.

—¿Quién, entonces?

—Perry Mason —dijo el abogado.

Capítulo 10

Después de medianoche el barrio francés de Nueva Orleáns adquiere una personalidad propia.

Dos acompañantes de las damas que han ido «a buscar el coche» regresan por las estrechas calles, únicamente para encontrarse con que su compañera a quien iban a recoger, en vez de estar esperando ya en la acera, se ha demorado bebiendo una última copa.

El chófer entonces, toca el claxon con indignación.

En el entretanto, su auto está interrumpiendo el paso de la calle, otro auto se halla detrás de él y quien lo conduce, suelta un par de bocinazos como un cortés aviso. El conductor del auto estancado, muestra su buena fe, tocando el claxon en señal de protesta.

Dos o tres autos más se encuentran ahora detrás de él. Y cada uno de esos coches, lanza de vez en cuando cortos y corteses avisos con el claxon, hasta que la paciencia se acaba y todos ellos salen de los autos a exigirle al conductor que se halla delante de todos que deje la calle libre.

En tales ocasiones, los exasperados bocinazos de una docena de coches quiebran en pedazos el silencio de la noche.

Las parejas que salen del interior de los ruidosos cabarets nocturnos, se despiden de los nuevos amigos a quienes acaban de conocer allí. Algún número de teléfono es dado a gritos, porque los oídos ni las voces no están habituados al relativo silencio del aire exterior, y así la información dada a gritos, se oye casi desde la otra esquina.

Después, hay las almas exuberantes que se aprovechan de la costumbre del barrio, de sacar de noche los barriles de la basura a la acera, para que aquélla sea recogida. Y esos trasnochadores dan suelta a sus instintos animales, andando a patadas con las tapas de los barriles por las aceras.

Poco antes del amanecer, cuando todos los demás ruidos disminuyen, el camión de la basura, la barre y recoge toda, echándola dentro de sus depósitos, con gran estrépito.

Y todas aquellas personas que anhelaron quietud en el barrio, no intentan dormir antes de las seis de la mañana, porque no podrán lograrlo.

Mason pasó de largo por este sitio, entre los trasnochadores, regresó, dio una vuelta a la manzana del barrio, cerciorándose primero de que no había nadie observando a la entrada de los departamentos, y entonces entró. Por un estrecho pasaje se iba a un patio, y a un lado había unas escaleras, cuya característica baranda de hierro daba vuelta para el segundo piso, construido el edificio hacia unos ciento cincuenta años, las reparaciones de los azulejos del piso eran desiguales, formando un conjunto que le daba un aspecto típico, y que si bien al ciudadano acostumbrado a lo moderno le resultaría de un efecto desastroso, sin duda alguna a un ebrio le parecería magnifico.

La puerta que estaba encima de las escaleras se hallaba marcada con un «1-A». Estaba abierta ligeramente, y Mason pudo ver el interior del departamento iluminado.

Una silla se hallaba junto a una mesa, encima de la cual había una cantidad de revistas y periódicos, así como una lámpara de leer, que estaba encendida. En las sombras a donde no alcanzaba la luz de la lámpara, había pesadas cortinas que estaban corridas tapando así un estrecho balcón que daba a la calle.

Una puerta al final del pasillo hizo ruido y Mason oyó unos pasos cautos, y casi instantáneamente se escuchó un grito.

—¿Cómo es que está usted aquí? —preguntó Nellie Conway.

—Tenemos unas cuantas cosas que arreglar, Nellie —dijo Mason, sonriendo.

Entraron en el departamento. Mason se sentó sin esperar a más y le indico una silla a Nellie Conway.

—No voy a estar mucho tiempo —dijo el abogado.

Ella se detuvo y por un momento dudo; después, palpó el dinero que tenía dentro del bolso y que llevaba apretado debajo del brazo.

—Honradamente, señor Mason —dijo ella—, usted no *necesitaba* hacer esto. Yo habría procurado enviarle su dinero.

Se sentó, abrió el bolso, sacó de él dos billetes de cien dólares,

dudó un momento, y después añadió otro billete de cien dólares y se los tendió a Mason a través de la mesa.

Mason observó detenidamente el último billete de cien dólares que ella había tomado y le preguntó:

—¿Donde consiguió usted esto?

—Fue parte del arreglo.

—¿De qué arreglo?

—El que yo hice con Nathan Bain.

—Muy bien —dijo Mason, todavía con el dinero en su mano—. Dígame algo sobre ese arreglo.

—Bueno, fue más o menos en la forma que yo le dije a usted, señor Mason. El señor Bain estaba disgustado y… Bien, cuando yo fui a la casa para recoger mis cosas, el señor Bain estaba un poco turbado, al principio. Yo le pregunté a él por la enfermera sustituta que había cuidado a su esposa y que se había ido de repente, al parecer por una razón u otra. El ama de llaves era la que ahora estaba ayudando. El señor Bain dijo que esperaba llegase cerca de medianoche la familia de su esposa.

—¿Y entonces, qué hizo usted?

—Fui a hablar con Elizabeth…, la señora Bain, y a ayudar en algo al ama de llaves. Hicimos todo lo que pudimos para conseguir que la enferma estuviese tranquila. Así, durmió toda la noche y fue ésta la mejor que pasó desde el accidente.

—¿Tuvo usted alguna conversación con ella?

—Oh, sí. Me preguntó un montón de cosas.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo lo ocurrido. Donde había estado yo, lo mucho que sintió que me fuera y lo que me había sucedido para irme.

—¿Le dijo usted toda la verdad?

—Desde luego, ¿por qué no?

—Estoy sólo preguntándole —dijo Mason—. Continúe. ¿Nathan Bain fue allí mientras usted estaba con la señora Bain?

—El señor Bain nunca entraba en el cuarto de su esposa. La presencia de él, producía un mal efecto en Elizabeth. El doctor lo sabía perfectamente y lo mismo el señor Bain. Es lamentable, pero es así; eso…

—No me importa nada de todo eso —dijo Mason—. Yo solamente quería saber si él había entrado en el cuarto.

—No, él no entró.

—¿Y le dijo a la señora Bain como había tratado Bain de seducirla a usted para que diera a ella esa medicina?

—Oh, no.

—¿Por qué no?

—Eso podía haber causado un mal efecto en la enferma. Una nunca debe decir o hacer cualquier cosa que pueda excitar a su paciente.

Mason la observó con detenimiento.

—Muy bien. Y ahora dígame algo sobre la forma en que obtuvo usted ese dinero.

—Pues verá. Era cerca de la noche, antes de que yo fuese a ver a la señora Bain. Cuando llegué a la casa, vi al señor Bain y éste me pidió que le dijera lo que yo intentaba hacer…, usted ya sabe, sobre el arresto, y todo lo demás. Es decir, cuando yo le telefoneé a usted.

—Continúe —dijo Mason.

—Yo le dije a él, que en cuanto a lo que se refería a nuestras relaciones, es decir, las del señor Bain y yo, el asunto tendría que ser discutido por medio de abogados y que a mí no me interesaba discutir esa fase del asunto con él. Le dije que había ido a la casa a recoger mis cosas y no a hablar.

—¿Y entonces qué hizo él?

—Bueno, entonces, el señor Bain insistió en que nosotros deberíamos hacer alguna clase de arreglo. Él quería llevar las cosas en forma que nosotros…, bien, como él dijo, que nosotros podíamos obrar como personas civilizadas en todo ello.

—¿E hizo usted un arreglo con él?

—Bueno, él me explicó que si intervenía un abogado representándome en el arreglo, se llevaría el cincuenta por ciento de lo que yo fuese a recibir, o por lo menos el treinta por ciento, o la tercera parte. Que él no veía razón alguna para que yo no pudiera recibir ese dinero sin recurrir a un abogado. Dijo que él reconocía que había cometido un error y que estaba arrepentido por haber llamado a ese detective al que creía un muchacho inteligente y que resultó que no sabía nada de nada.

—¿Y qué clase de arreglo hizo usted finalmente con él?

—No creo necesario que eso entre en *nuestras* discusiones, señor Mason.

—¿Qué clase de arreglo hizo usted finalmente con él?

—Bien, él dijo que me pagaría el mismo dinero que le costaría el pleitear conmigo en los Tribunales y en esa forma, los abogados no se lo llevarían todo. Dijo que si yo buscaba otro abogado para demandarlo, él tendría que pagarle a otro también para que lo defendiese, y que entonces los abogados de ambas partes sugerirían un acuerdo y él tendría que pagarme a mí una cantidad, la mitad de la cual iría a parar al bolsillo de mi abogado, y que a su vez el abogado de él le haría pagar…

—¿Qué clase de arreglo hizo usted con él?

—Un arreglo adecuado.

—¿Qué clase de arreglo hizo usted con él?

—Yo creo que debido a las circunstancias recibí una buena compensación.

—¿Cuánto fue?

—El señor Bain me pidió que no hablase de este asunto con nadie, y por consiguiente yo no tengo libertad para hacerlo, señor Mason. Yo…, yo tengo dinero suficiente para pagarle su cuenta. Lo primero que yo intenté esta mañana, fue enviarle a usted el dinero por giro. Realmente lo pensé así.

—¿Cuánto le pagó él a usted?

—Lo siento, señor Mason; yo no estoy en libertad para discutir eso. Yo le acabo de pagar a usted su cuenta y me gustaría que me diese un recibo, por favor.

—¿Este dinero viene de Nathan Bain? —preguntó Mason.

—Desde luego, ¿de dónde si no podría yo obtenerlo?

—Quiero decir, si él le dio a usted un cheque y usted fue a un Banco a cambiar el cheque por dinero efectivo y entonces…

—No, no. El me dio el dinero en efectivo.

—¿Usted firmó alguna cosa?

—Yo firme un escrito de conformidad absoluta.

—¿Fue escrito ese documento por un abogado?

—No lo sé.

—¿Estaba escrito a máquina?

—Sí.

—¿En papel legal, o en una hoja de papel corriente?

—En una hoja de papel corriente.

—¿No sabe usted si él había visto antes a un abogado?

—No creo que lo viera. Yo creo que fue él quien lo escribió.

—¿Usted tomó el dinero?

—Sí.

—¿Por qué vino usted aquí?

—Siempre deseaba venir a Nueva Orleáns, exactamente para descansar y conocer la ciudad. Esto me fascinó siempre. Es una ciudad muy romántica, y dicen que los restaurantes de aquí son…

—¿Por qué vino usted aquí?

—Simplemente, por impulso propio, señor Mason.

—¿Le sugirió Bain algo para que usted viniera aquí?

—¿El señor Bain? Cielo santo, no.

—¿Cómo es que consiguió usted este departamento?

Ella bajó los ojos por un momento y después dijo:

—Realmente, señor Mason, no creo que a mí me interese discutir más mis asuntos privados con usted. Le estoy ciertamente muy agradecida, pero hay algunas cosas que no puedo permitirle. Por favor, recuerde que usted actuó como abogado mío, solamente para un caso. Usted ya no es mi abogado ahora. Me defendió y yo le pagué. Eso dio por terminados todos nuestros tratos. Yo no quiero que me juzgue descortés, pero…

—¿Usted conoce a alguien aquí en Nueva Orleáns?

—Ni a una sola alma.

—¿No hay alguien aquí a quien usted haya venido a ver?

—No.

Mason miró hacia la puerta y dijo:

—¿Dónde estaba usted cuando yo llegué?

—Yo… Precisamente había salido; fui a echar una carta en el buzón de la esquina próxima.

—¿Para quién era esa carta?

—Para usted. Yo quería que usted supiese dónde me encontraba y quería comunicarle que le enviaba el dinero de su cuenta.

—¿Tiene usted alguna de las tabletas de aquel pequeño tubo?

—¿Quiere usted decir, las que nosotros pusimos dentro del sobre?

—Sí. ¿Qué hizo usted con ellas?

Ella dudó por un momento y después dijo:

—Las tiré; tiré todas las cosas a la basura.

—¿Qué quiere usted decir por todas las cosas?

—El sobre con todas las cosas.

—¿Quiere usted decir el sobre con nuestros nombres escritos encima del cierre?

—Sí.

—¿No abrió usted el sobre?

—No.

—¿Y por qué hizo usted eso?

—Porque… bueno… Yo no sé. Quizá yo no debí hacerlo, señor Mason, pero después de haber realizado el arreglo con el señor Bain y de haber reconocido él su error y ser…, bien, después de tratar él de arreglar las cosas, digamos, con un *olvidemos todo*…

—¿Le dijo usted que iba a tirar esas tabletas?

—Prefiero no contestar a eso.

—Pongamos algunas cartas boca arriba, para cambiar. ¿Le dijo usted a él lo que usted había hecho?

—Sí. El me vio hacerlo.

—¿Vio él cómo tiró usted el sobre a la basura?

—Sí.

—¿Y qué le dijo usted?

—Yo le dije a él que no estaba dispuesta a hacer aquello que él me había pedido y que yo se lo había dicho a usted cuando fui a verlo; que usted hubiera podido comprometerlo con ese sobre en el juicio, cuando le repreguntó, poniéndolo en una posición en la que él aparecería como habiendo intentado que le fuesen administradas esas drogas a su esposa.

—¿Y qué dijo él?

—Dijo que él había previsto todo eso y que estaba preparado.

—¿Le dijo él en qué forma estaba preparado?

—No.

—¿Pero dijo que lo había previsto?

—Dijo que él creía que yo podía tratar de sacar partido o que quizá pudiera intentarlo usted.

—¿Y usted qué le dijo?

—Yo le dije que yo no tenía necesidad de hacer nada semejante, y que desde el momento en que él trataba de hacer conmigo lo que procedía, yo también procedería bien con él, y tomé el sobre con aquel tubo y lo tiré a la basura, detrás de la cocina.

—¿Le dijo usted a él que iba a hacer eso antes de pagarle, o

después?

—Yo… no puedo recordarlo.

—¿Le dijo a Nathan Bain que iba usted a venir a Nueva Orleáns?

—Ciertamente no. Esto es cosa que no le incumbía.

—Usted salió del avión y se vino derecha a este apartamento. No fue antes a un hotel para orientarse, sino que vino exactamente derecha aquí.

—Bueno, ¿y qué hay de malo en eso?

—Que no es fácil encontrar un departamento en Nueva Orleáns.

—Bien, ¿y qué si no es fácil encontrarlo? Yo encontré este.

—Usted ya tenía este reservado antes de venir a Nueva Orleáns.

—Bien, ¿y qué si lo tenía reservado? Yo no voy a decirle a usted todo lo que hago.

—¿Cómo se encontraba la señora Bain cuando usted la dejó?

—Espléndida. Desde luego ella nunca volverá a andar, pero está muy bien. Durmió como un tronco, quizá por saber que sus familiares estaban para llegar…, y ¡qué personas tan simpáticas son!

—¿Las conoció usted?

—Desde luego. Yo estaba ayudándole a la enfermera cuanto podía, después que el señor Bain hizo ese arreglo conmigo; yo también traté de hacer lo que pudiese, ya usted comprende.

—¿Tiene usted idea de cuánto tiempo podría vivir ella desde que usted salió?

—Oh, ella vivirá años.

—Ahora, volvamos adonde empezamos. ¿Cuánto fue lo que le dio a usted el señor Bain por el arreglo?

—No voy a decírselo a usted.

—¿Usted recogió dinero del señor Bain para mis honorarios de abogado?

—Hablamos, desde luego, sobre los gastos que yo había tenido. Era por eso por lo que él iba a hacer un arreglo conmigo.

—Yo le dije a usted por teléfono que si el señor Bain pagaba mi cuenta, que entonces ésta eran quinientos dólares.

—Bueno, él no paga su cuenta. Yo soy la única que se la paga.

—¿Nathan Bain estaba allí cerca del teléfono cuando usted me habló?

—Sí.

—¿Y yo le dije a usted que mi cuenta eran quinientos dólares?

—Algo parecido a eso.

Mason levantó una mano, tendiéndola.

Ella dudó largo rato y después, con reluctancia, abrió el bolso otra vez, sacó dos billetes de cien dólares y literalmente se los tiró sobre la mesa.

Mason los recogió, los colocó en su billetera y se marchó.

Apenas él hubo salido del departamento, ella cerró dando un portazo, y Mason oyó el ruido de un pasador echado a la puerta.

Mason caminó por el pasillo, esperó un momento, y después llamó suavemente a la puerta del departamento B-l.

El suelo había cedido lo suficiente para dejar media pulgada de espacio en la parte inferior de la puerta. Mason vio una franja de luz filtrándose por esa hendidura, y una sombra que se movía, como si una persona en el interior se hubiese deslizado de puntillas para ponerse sigilosamente a escuchar con atención extrema detrás de la puerta.

Mason llamó una vez más con las puntas de los dedos, en forma que el ruido de esos golpecitos rebasaba apenas las maderas de la puerta.

La sombra al otro lado de la puerta, se movió unas pulgadas.

Se oyó apenas el ruido de un cerrojo que se corría, y la puerta se abrió.

La atractiva mujer que se encontraba de pie en el umbral, iba vestida únicamente con una bata fina. El brillo de la luz, iluminaba su silueta a través de la fina bata, revelando un cuerpo de líneas bien formadas.

—¡Oh! —exclamó ella. Era una exclamación más bien de sorpresa que de espanto, y la mujer hizo ademán de cerrar la puerta.

Mason echó el pie adelante para evitarlo.

La mujer se escondió detrás de la puerta por unos momentos, y después volvió a salir.

—Voy a gritar— le advirtió ella.

—No le servirá de nada.

—Y esto no le servirá a *usted* tampoco de nada —replicó ella con acritud.

—Vamos a procurar que esto resulte lo más suave posible —dijo

Mason—. Yo quiero hablarle sobre la mujer que estuvo aquí hace poco, la que está ocupando el departamento A-l.

—Yo no sé nada sobre ella, excepto que vi a una mujer que llegó anoche trayendo dos maletas. No he sido presentada a ella todavía.

—Tendrá usted que fingir un poco mejor que eso. Hablemos sobre Nathan Bain. ¿Acaso ese nombre significa algo para usted?

—Ciertamente no.

—Pues en el caso de que usted aún no lo sepa —dijo Mason—, Nathan Bain se va a retrasar bastante en venir a Nueva Orleáns. Y ahora, si usted quiere…

Ella levantó la barbilla con expresión burlona:

—¿Está usted tratando de insinuar alguna cosa?

—Únicamente que los planes de Nathan Bain van a cambiar completamente.

—Yo no conozco a ningún Nathan Brame…

—Bain —rectificó Mason.

—Muy bien, Bain o Brame, como quiera llamarle usted. Yo no lo conozco y…

—¿Usted no se ha reunido nunca con él?

—Desde luego que no. Y ahora, si usted no se marcha de aquí, voy a empezar a dar gritos llamando a la policía.

Esperó unos segundos y después se dirigió hacia la ventana que daba al patio.

—¿No tiene teléfono? —preguntó Mason.

—No lo necesito. Y voy a demostrarle lo rápida que es la policía de aquí.

Mason esperó hasta que ella estuvo a unas pulgadas de la ventana y entonces le dijo:

—La muerte de Elizabeth Bain va a causarle a Nathan Bain…

Ella se volvió:

—¿Qué está usted diciendo?

—Le estaba diciendo sobre la muerte de Elizabeth Bain.

Ella se detuvo extrañada mirándolo, rígida como si fuera una estatua:

—¿*Qué* me está usted diciendo?

—Estoy tratando de darle alguna información que puede serle valiosa.

Ella reaccionó y repuso:

—¿Quién es esa Elizabeth Bain?

—Es la esposa de Nathan Bain, o mejor dicho, era.

—¿Podría decirme exactamente quién es usted?

—Mi nombre es Mason.

—¿Tiene usted alguna relación con la policía?

—No. Yo soy abogado.

—Y exactamente, ¿por qué vino usted aquí y me dijo eso, señor Mason?

—Porque —dijo él— yo quería saber si usted sabía algo sobre la muerte de la señora Bain.

—Señor Mason, usted ciertamente debe haberme confundido con otra persona.

Ella se dirigió hacia una mullida butaca, se quedó de pie apoyándose en el brazo de la misma, sin importarle su bata tan fina:

—¿Cómo sucedió… esa muerte de la señora Brame?

—Llamarle Brame la primera vez fue una buena ficción —dijo Mason—. Pero la segunda ya resulta una tontería. Envenenada.

—¡Oh, buen Dios! —dijo ella, y sus rodillas se doblaron hacia la butaca—. ¿Usted dijo que… envenenada?

—Sí.

—¿Fue con… píldoras de dormir… el suicidio?

—No.

—¡Oh!

—Sin embargo —continuó Mason caminando hacia la puerta— desde el momento que usted no conoce a los Bain, la cosa no puede tener, posiblemente ningún interés para usted.

—Espere —suplicó ella.

Mason se detuvo.

—¿Quién le dio a ella… cómo fue que eso sucedió?

—¿Qué puede importarle a usted? Se trata de gentes extrañas a usted…, ¿recuerda?

—Yo… Yo quiero…, oh, muy bien, usted ganó. ¿Qué quiere usted?

—Parece usted asombrada. Creo que usted podía ser una buena actriz —dijo Mason.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí?

—Información.

—¿Qué clase de información?

—Toda la que usted posea.

—¿Y supóngase que yo no se la doy?

—Eso es cosa suya.

—¿Es usted abogado?

—Sí.

—Muy bien siéntese. Voy a preparar una bebida para usted.

Mason se sentó. Ella fue a un aparador, agarró una botella de whisky, preparó dos bebidas con soda, y dijo:

—Espero que le guste el whisky. Es todo lo que tengo.

—Está muy bien así —dijo Mason.

Le trajo la bebida, se sentó en la butaca, la bata se abrió algo dejando vislumbrar una figura que hubiera ganado el premio en cualquier concurso de belleza.

—Cuanto más pronto empiece usted —dijo Mason— más pronto terminaremos.

—Muy bien —dijo ella—. No tengo nada que ocultar. ¡Ese gran tirano!

Mason bebió un sorbo de su vaso.

—Lo conocí en una convención hace seis meses. Una convención para exhibir productos. Desde luego tenía un buen negocio y es un tipo espléndido y gastador.

—En realidad, ¿qué iba usted buscando? —preguntó Mason.

—Conforme. También le voy a contar eso —repuso ella.

Tomó unos sorbos de su vaso y después sus ojos se encontraron con los de Mason:

—Yo era una muchacha inexperta. Y encontré que ese hombre tenía un buen negocio. Y me enamoré de él. Eso no me produjo nada. Pero ahora es cuando he empezado a ser inteligente.

»He trabajado muchísimo, desde que tenía diecisiete años. Y veía a otras mujeres, que no tenían ninguno de los encantos que yo poseo, paseándose en autos caros, con chóferes, envueltas en pieles y algún gran *sapo* sosteniendo todo eso, pagando las cuentas y pensando que era un *dulce*, cuando no era en realidad más que un tonto.

Mason sonrió y dijo:

—Esto va bien.

—Muy bien —dijo ella—. Conocí a Nathan Bain. Es posible que en algún tiempo haya sido un regalo de Dios para las mujeres. Pero

él no puede darse cuenta de lo que los años y la gordura hacen en los hombres. Empezó ayudándome un poco y luego, cuando vio que tenía que soltar más dinero, ya me hizo regalos más frecuentes.

—¿Dinero? —preguntó Mason.

—Alhajas preciosas. Cosas magníficas.

Mason estaba pensativo:

—¿Le enviaba eso por algún mensajero?

—No sea tonto. El mismo las traía en persona —dijo ella—. Sacaba un pequeño collar de diamantes, o alguna cosa así de su bolsillo, lo sostenía en sus manos por un rato, y después me lo ponía al cuello. Yo quedaba tonta, extasiada.

—Un agradable trabajo cuando puede conseguirse —comentó Perry Mason.

—No se equivoque conmigo, hermano. Yo lo conseguí…

—¿Y luego, qué?

—Luego, Nathan alquiló estos departamentos aquí en Nueva Orleáns. Yo iba a tomar unas vacaciones aquí. Él tenía alquilado el otro departamento solamente para guardar las apariencias. Hacía como que no me conocía. Y fingía que estaba aquí por negocios, proyectando celebrar una o dos conferencias de negocios en su departamento, pues así él podía probar que si se encontraba aquí era porque tenía necesidad de hacerlo.

—¿Y después, qué?

—Después —continuó ella—, el maldito tonto dejó que su esposa se apoderase de mis cartas. Las descubrió en la oficina de él.

—¿Y usted le escribía cartas apasionadas? —preguntó Mason.

—Seguro. ¿Qué tenía yo que perder? Yo tomaba la pluma y escribía todo lo que se me ocurría. Después de todo, yo pensaba que esa muchacha tendría *algún* sentido.

—¿Le molestó a usted saber que su esposa tenía esas cartas?

—Nada de eso —admitió ella—. Le disgustaba a él y después, de repente, me molestó a mí también. Hasta entonces yo no me había dado cuenta de cuán firmemente estaba él sujeto. El esperaba poder encontrar el medio de conseguir divorciarse de su esposa y obtener un buen arreglo con ella en la cuestión de intereses, y después casarse conmigo. Bueno, decidí terminar con todo y poner fin al juego de una vez.

—¿Y después, qué?

—Después —dijo ella— él logró recuperar las cartas otra vez. No sé cómo pudo hacerlo, pero lo consiguió y me las envió por esta muchacha.

—¿Quiere usted decir, la muchacha que vive en el departamento A-l?

—Sí. Nora Carson.

—¿Qué piensa usted de ella?

—Muy bien, en una forma negativa. Es muy reservada hasta que se encuentra con que no sabe qué hacer. No tiene ningún atractivo. Y ella quisiera jugar en la forma que yo lo hago, pero no sabe cómo ha de hacerlo, ni nunca lo sabrá no tiene nada que dar ni que ofrecer. Pero le gusta intentarlo. Desde que ella me trajo las cartas, con ese pretexto vino dos o tres veces aquí. De forma en que ella me mira, es la de la persona que está molesta por no tener el atractivo que yo tengo…, y lo más patético de todo esto, es que ella nunca lo tendrá.

—¿Ella fue enviada exactamente para traerle esas cartas?

—Sí, Nathan la envió aquí para traerme mis cartas. ¿Verdad que fue una cosa muy estimable por parte de él? Mi «buen nombre» está a salvo ahora. Y pienso en ello y me alegro de no ser una cómplice del demandado en un lío de divorcio, después de todo. Eso sería… como si yo pensase en darme al diablo. ¿Verdad?

—Usted me está dando mucha información. ¿Por qué?

—Porque me gusta su apariencia.

Mason sonrió y movió la cabeza.

—Sí, y lo hago también, porque usted parece un hombre sincero. Usted parece un hombre que sabe su camino. Y. parece un hombre que jugará limpio conmigo si yo juego limpio con usted.

—¿Y qué es lo que usted desea?

—Yo he puesto todas mis cartas boca arriba, sobre la mesa.

—¿Y qué quiere usted a cambio de eso?

—Si hay un asesinato, yo no quiero verme mezclada en él. Nathan Bain es un muchacho con el que una puede divertirse mucho, y el cual sabe darle brillo a la caoba, pero eso no puede durar. Usted sabe eso tan bien como yo. Casándome con él, mi carrera sería la cocina. Una tiene que sacar de él lo que pueda, y después, dejarlo. A él le gusta el pasto mientras está verde y mientras se encuentra del otro lado de la valla. Pero, dele usted la

llave de la puerta de entrada a ese campo y ya no tendría ningún valor para él.

—Continúe —dijo Mason.

—Yo tengo un buen muchacho. No tiene tanto dinero como Nathan Bain, pero ahí exactamente pienso que hay una oportunidad en la que yo pueda prosperar y prosperar. He estado pensándolo.

—¿Y qué quiere usted que haga yo?

—Que me diga lo que he de hacer para defenderme, en el caso de verme envuelta en un caso de asesinato.

—Recoja sus cosas, váyase de este departamento antes de veinte minutos y salga de esta ciudad antes de treinta. Usted tiene sus cartas nuevamente. Quémelas. El viento va a desencadenarse. Váyase usted a buscar un refugio contra ciclones en un sótano.

—Ya pensé que usted era un buen sujeto. Usted comprende, señor Mason, a mí me gusta ese otro muchacho. Pienso…, diablos, no se supondrá usted que voy buscando otra cosa, ¿verdad?

—No puedo saberlo —dijo Mason—. Solamente hay un camino para averiguarlo.

—Tiene usted razón en eso —le dijo ella.

Mason terminó su bebida.

Ella lo acompañó hasta la puerta puso su mano sobre el brazo de él y dijo:

—Lo recordaré siempre.

—Voy a irme despacio para que esa muchacha del departamento de al lado, no sepa que usted se marcha.

Los negros ojos mostraron súbitamente amargura:

—No *me* dice nada con eso —dijo—. Escuche: he descubierto que esa muchacha no confía en *ningún* hombre, ni tampoco confía en *ninguna* mujer.

—Que tenga usted suerte —le dijo Mason, y caminó hacia las estrechas escaleras que daban al patio, saliendo, a envolverse en los ruidos de la noche, en la calle de San Pedro.

Capítulo 11

De regresó al Hotel Roosevelt, Mason encontró a Paul Drake con el oído pegado al auricular del teléfono, obteniendo alguna información.

Cuando Drake hubo terminado y colgó, Mason dijo:

—Paul, quiero que consigas las copias de los telegramas de la colección local de la Compañía de Telégrafos Western Union.

Drake movió la cabeza:

—Eso no es solamente casi imposible, sino que también es ilegal.

—Charlotte Moray, que tiene su departamento al lado de donde vive Nellie Conway, ha estado recibiendo telegramas. Y yo creo que son de Nathan Bain.

—Puedo darte el último de esos telegramas, Perry.

—¿Cuándo llegó?

—Quizá ella aun no lo haya recibido. Aquí está. —Tomó una hoja de papel que estaba escrita a lápiz y leyó:

> *Inesperados y enteramente imprevistos acontecimientos, los cuales pueden causar complicaciones, requieren inmediata conferencia. Llegaré avión nueve quince mañana, y tomaré avión que parte para Nueva Orleáns una y media tarde, con lo cual estaré de regreso aquí antes que mi ausencia sea notada o comentada.*

—Y —añadió Drake— el mensaje está firmado por «Tu Falstaff».

—¿Y fue enviado por…?

—Nathan Bain.

—¿Cómo lo conseguiste, Paul?

—Nathan Bain estaba fingiendo hallarse muy afligido. Buscó la ayuda de un médico amigo suyo, quien le administró un sedante

para que se calmara, y ordenó encamarlo en un sanatorio privado, insistiendo en que permaneciese allí sin ser molestado. Algo grave del corazón, ¿comprendes?

—Continúa —dijo Mason.

—La policía, aparentemente, se creyó esto, y también los reporteros de la Prensa, y éstos publicaron algunos informes, aunque parecían desconfiarse algo. El asunto le olió mal a mi agente y descubrió que en el sanatorio había una salida a una callejuela a través de un garaje. Observó bien, y Nathan Bain, que con toda claridad no mostraba ninguna evidencia de que le hubiera sido aplicada inyección alguna, salió corriendo por la parte de atrás, se metió en un auto cerrado y desapareció.

»Mi hombre lo siguió hasta donde pudo, pero creo que él lo hubiera perdido de vista, si Bain no hubiese estado tan endemoniadamente ansioso de enviar este mensaje. Unas diez calles más allá, se encontraba una oficina telegráfica de la «Western Union», y allí paró el auto de Bain. Este se apeó y corrió presuroso a escribir este mensaje.

—¿Cómo consiguió tu agente obtener la copia? —preguntó Mason.

—Eso es un truco de nuestro negocio, Perry.

—Continúa, —le replicó Mason—. Si hay algún medio de obtener copias de mensajes enviados por la «Western Union», yo quiero saberlo.

—Es muy fácil, Perry.

—¿Cuánto te costó?

—Un dólar y diez centavos.

—¿Cómo fue eso?

—Bain tomó un lápiz y escribió este mensaje encima de un cuaderno de impresos para telegramas, que estaba encima del mostrador de la agencia telegráfica. Mi hombre se fue allí tan pronto como Bain terminó y tomó del mismo cuaderno uno o dos de los impresos para telegramas, y después escribió un mensaje para su madre, diciéndole que estaba demasiado ocupado para escribirle, pero que quería que supiese que se acordaba mucho de ella. El telegrama costó un dólar y diez centavos. Naturalmente, él no escribió en la hoja de papel que estaba debajo de la que Bain había utilizado para su mensaje. De forma que mi hombre, sólo precisó

tomar esa hoja de papel, iluminarla con luz transversal, fotografiarla y descifrar el mensaje que se había grabado por la presión de la escritura a lápiz de Bain en la hoja que estaba debajo. Bain escribe con una mano muy dura.

—Buen trabajo, Paul.

—Y aquí tienes otra cosa que no te va a gustar tanto. La policía buscó en el cubo de la basura detrás de la casa de Bain. Encontraron allí un sobre que había sido cerrado y en el cual tu nombre y el nombre de Nellie Conway habían sido escritos al dorso encima del cierre. Después, el sobre había sido abierto de nuevo y…

—¿Había un tubo allí dentro? —preguntó Mason.

—Aparentemente, no; pero a un lado del sobre había un hueco que revelaba que el sobre había guardado un pequeño tubo.

Mason pensó sobre eso:

—¿Puede decir la policía con exactitud cuándo fue administrado el veneno, Paul? Ella tuvo que haberlo tomado con alguna comida.

—No, no lo tomó con comida —interpuso Drake.

—¿Con qué lo tomó entonces?

—Lo tomó en forma de tabletas de tres o cinco gramos, tragadas con un poco de agua, seguido de café, y todo administrado por la hermana de la señora Bain, Victoria Braxton.

—¿Estás seguro?

—La policía si lo está —dijo Drake.

—¿Cómo lo saben ellos?

—Elizabeth Bain se lo dijo. Su media hermana le dio las tabletas.

—¿Qué dice Victoria Braxton a eso? —preguntó Mason.

—Aparentemente, nada —dijo Drake—. Porque la policía no puede encontrarla.

—¡Oh, oh!

—Tu amigo el sargento Holcomb, parece que ha tomado empeño en el asunto. Por alguna razón, sintió súbitamente el deseo de buscar en toda la casa de Bain, desde el sótano al desván. Ordenó que todos salieran de la casa tan pronto como Elizabeth murió. Les dijo a todos que se fueran a hoteles y que lo comunicasen a la policía.

—¿Y luego, qué pasó?

—Luego, ellos lo hicieron así —dijo sonriendo Drake—. Nathan Bain se fue a su club y comunicó a la policía que estaba allí. James

Braxton y su esposa, Georgina, fueron a un hotel de la ciudad, se registraron y allí están. Victoria Braxton fue a otro hotel, se registró y lo notificó a la policía. Pero ahora la policía se encuentra en dificultades para averiguar dónde se halla exactamente. Quieren interrogarla. Todo lo que saben es que está completamente desconsolada por la muerte de su hermana, y que quizá estará en casa de algunos amigos, o en alguna otra parte, pero donde no está es en su cuarto.

—¿Qué más sabes, Paul?

—Bain consiguió una nueva enfermera de noche, después que Nellie Conway fue arrestada. Evidentemente, él le hizo alguna proposición a esa nueva enfermera y ésta se fue sin decir nada.

»La señora Ricker, el ama de llaves, ha estado trabajando todo el día, y dice que trató de hacer todo lo posible para que la enferma estuviera satisfecha. Entonces, Nellie Conway regresó. Nathan Bain hizo un arreglo con ella, y esto dio por terminadas las diferencias existentes entre ambos, y Nellie volvió a trabajar.

»La señora Bain, pasó la noche muy tranquila; una noche espléndida. Durmió desde temprano como un tronco, cosa que ella no había vuelto a hacer desde algún tiempo. Poco después de medianoche, el avión trajo a su medio hermano James Braxton y a su media hermana Victoria Braxton, y a la esposa de Jim Braxton, Georgiana. Apenas aterrizaron, los tres se fueron directamente a la casa.

»Como Elizabeth estaba durmiendo, decidieron no despertarla y esperar a que ella se despertase, para saludarla.

»Se despertó a eso de las tres de la madrugada y preguntó si sus hermanos habían llegado ya. Cuando le aseguraron que ya habían llegado, quiso verlos. Se encontraba más descansada y tranquila y muchísimo menos nerviosa de lo que había estado. Los saludó cariñosamente y se volvió a quedar dormida.

»Y ahora, fíjate en esto, Perry: Nellie Conway no estaba realmente trabajando. Ella había ido para recoger sus cosas. Hizo alguna clase de arreglo con Nathan Bain y se puso a ayudar al ama de llaves, pues ésta había estado trabajando todo el día. Nellie les dijo que se quedaría ayudarlos hasta que la familia llegara, y que después ellos se podían arreglar con la otra enfermera.

Mason movió la cabeza asintiendo.

—Pero —continuó Drake— los viajeros, que venían desde Honolulú, se encontraban algo cansados. Decidieron dormir un poco, y Nellie Conway, voluntariamente, dijo que ella se quedaba cuidando a la señora Bain, mientras tanto.

»Después de haber dormido una hora, Victoria Braxton entró en el cuarto y le dijo a Nellie Conway que ella estaba completamente descansada y que Nellie podía irse. El ama de llaves ya se había ido a la cama. Te estoy contando todas estas cosas porque creo que son importantes.

—Prosigue.

—Después, todo lo que nosotros podemos decir es que el doctor, un muchacho llamado Keener, había dejado tres tabletas de cinco gramos para dárselas a la señora Bain cuando ella se despertase, a cualquier hora, después de las seis de la mañana, pero ordenando que no le fueran dadas antes de esa hora. Aquellas tabletas le habían sido dejadas a Nellie Conway, como enfermera encargada.

—Y después, ¿qué sucedió cuando Nellie Conway dejó el trabajo?

—Ella puso las tabletas en un plato pequeño, lo dejó encima de la mesa y le dijo a Victoria Braxton que se las diera ella cuando Elizabeth se despertase, a cualquier hora después de las seis de la mañana, pero que no la despertase para dárselas, sino que esperase a que ella se despertara por sí misma.

—Continúa —dijo Mason.

—La señora Bain se despertó alrededor de las cinco de la mañana, creo yo, y estuvo despierta un rato hablando con su media hermana. Entonces, volvió a quedarse dormida y a eso de las siete de la mañana, se despertó otra vez.

»Se sentía muy bien y completamente descansada. No quiso ningún desayuno, pero dijo que quería un poco de café. Tomó una taza de café y las tres tabletas. Algo parecido a esto fue lo que ella le dijo al doctor. Y fíjate en esto, Perry: ese café y las tres tabletas fue todo lo que ella tenía en el estómago, desde las ocho y media de la noche anterior. Entonces, el arsénico tenía que estar en las tabletas.

—O en el café —dijo Mason.

—Puedes dar por descontado el café, porque éste fue sacado de una cafetera y bebieron del mismo varias personas.

—¿Quizá en el azúcar?

—Ella no tomó ni azúcar ni leche. Tomó el café natural.

—¿Y después qué, Paul?

—La enfermera de día, entró de servicio a las ocho en punto y encontró a Victoria Braxton atendiendo a la paciente. Victoria dijo que ella quería tomar un baño, arreglarlo todo y que después iba a ir a la ciudad por un rato. La enfermera de día se encargó de todo. Yo tengo entendido que en este caso había solamente dos enfermeras. La enfermera de noche trabajaba de las seis de la tarde a las ocho de la mañana, y no era tan duro para ella el trabajo; y la enfermera de día, trabajaba de las ocho de la mañana a las seis de la tarde.

—Continúa, Paul.

—La enfermera de día encontró a la señora Bain durmiendo, pero estaba lanzando quejidos cual si se hallara bajo los efectos de alguna clase de dolor, pero en vista de que estaba profundamente dormida la enfermera no la molestó.

»La señora Bain había estado muy inquieta, sabes, y se consideraba muy importante para ella el que consiguiese dormir todo cuanto fuera posible, y así, cual ocurrió, la enfermera de día no hizo ni lo más mínimo para arreglar el cuarto ni nada. Se limitó a sentarse y lo dejó todo en la misma forma en que estaba, con el fin de no molestar a la señora Bain. Esto es importante, porque quiere decir que las pruebas fueron dejadas allí sin tocar.

—Continúa, Paul. Y después, ¿qué?

—Bueno, un poco antes de las nueve, la señora Bain despertó y en seguida se puso violentamente enferma, sufriendo síntomas tan típicos de envenenamiento con arsénico, que la enfermera de día, que al parecer es una muchacha muy competente y que ha recibido amplia instrucción como enfermera, notificó al doctor que sospechaba que había envenenamiento con arsénico. El doctor se entregó a su tarea rápidamente y a las nueve y media ya tenía un diagnóstico definido de que, efectivamente, se trataba de arsénico. Pero en vista del estado de debilidad de la señora Bain y del hecho de que había estado durmiendo tan profundamente y con esto había absorbido tanta cantidad de arsénico antes de que su estómago comenzara a devolverlo, ya no pudo resistir a los efectos del veneno. Y así murió poco antes de las once y media.

»Victoria Braxton llegó a su casa a eso de las once menos cuarto. Yo creo que a esa hora Elizabeth Bain se dio cuenta de que se moría. De todas formas, la señorita Braxton le dijo a todo el mundo que saliese de la habitación; dijo que quería quedarse a solas unos minutos con su hermana, pero, puesto que estaban muy alarmados por el estado nervioso de la señora Bain, el doctor dijo que Victoria Braxton podía permanecer con ella solamente cinco minutos. Nadie sabe nada sobre lo que ellas hablaron en ese tiempo.

—¿Y no hay duda de que se trata de un envenenamiento con arsénico?

—Absolutamente, no hay duda alguna. Están realizando la autopsia y haciendo un análisis de los órganos vitales, pero el doctor logró preservar una parte del contenido del estómago.

—¿Y qué hay respecto al elemento tiempo? —preguntó Mason —. ¿Concuerda éste verdaderamente?

—Todo concuerda, Perry.

—¿Y dijeron eso mismo los doctores?

—Los doctores no han dicho lo más mínimo, excepto al fiscal del Distrito, pero yo hice que mis ayudantes efectuasen una investigación.

—¿Y qué fue lo que descubrieron?

—Bueno, toma la obra *Jurisprudencia médica y toxicología*, del profesor Glaister. Este dice que los síntomas de envenenamiento con arsénico acostumbran presentarse en el plazo de una hora. En un caso en que el estómago estaba vacío, los síntomas no aparecieron hasta pasadas dos horas. Luego, claro está, ha habido casos en que los síntomas no se desarrollaron hasta transcurridas de siete a diez horas.

—¿Y quince gramos es una dosis fatal? —preguntó Mason.

—Oh, seguramente. Se ha registrado un caso fatal en el que la cantidad de arsénico eran sólo dos gramos, según asegura el profesor Glaister.

»González, Vance y Helpern, en su libro titulado *Medicina legal y toxicología*, establecen que tres gramos de arsénico absorbidos en el sistema, matán a un hombre de peso medio. Desde luego, ha habido casos en que han sido tomadas por una persona grandes dosis sin que se produjesen resultados fatales, pero en general, en esos casos, el veneno fue expulsado por el estómago antes de que pasase al

sistema.

El teléfono sonó agudamente.

Drake respondió y dijo:

—Sí, hola… Sí, seguro, está… Muy bien, le pongo.

—Della Street pregunta por ti, Perry.

Mason miró a su reloj y dijo:

—Caramba, tiene que ser algo muy importante para llamarme Della a estas horas. —Y cogiendo el teléfono dijo—: Hola —y se oyó la voz de Della, aguda de excitación, diciendo:

—Jefe, no quiero mencionar nombres por teléfono, pero ¿recuerdas a la cliente que te consultó respecto a un testamento?

—¿Aquella que el testamento no tenía un punto al final?

—Esa misma.

—Sí, la recuerdo. ¿Y qué le ocurre?

—Se encuentra conmigo. Hay gente que la anda buscando, mucha gente, y no quiere ver a nadie hasta que haya hablado contigo. ¿Puede ponerse en contacto contigo ahí, sí, ella…?

—No muy fácilmente —dijo Mason—. Voy para allá. ¿Hay alguna cosa que está tratando de ocultar?

—Cree que alguien trata de envolverla en una calumnia y…

—Muy bien —dijo Mason—. Dile que no diga nada a nadie. ¿Puedes mantenerla aislada, Della?

—Creo que sí.

—Muy bien. Hay un avión que sale de aquí a la una y treinta y cinco de esta tarde. Me iré en él.

El rostro de Drake mostró sorpresa.

—Ese es el avión en que Bain…

Mason hizo un movimiento de cabeza hacia Paul Drake, y dijo hablando por el teléfono:

—Trataré de tomar ese avión que sale de aquí a la una y treinta y cinco, Della.

—Muy bien.

—No dejes que ocurra nada hasta que yo llegue ahí… Ya sabes lo que quiero decir.

—Procuraré que así sea.

—Muy bien, Della. Hasta la vista.

Mason colgó el teléfono, y tan pronto hizo esto, la campanilla comenzó a sonar otra vez rápida e insistentemente.

Drake tomó el auricular y dijo:

—Hola.

Y luego esperó hasta que por el receptor llegó una voz que estaba vertiendo palabras en él con rápida insistencia.

Después de haber transcurrido dos minutos, Drake dijo:

—Gracias. Le debo a usted un punto por todo eso. Nosotros lo recordaremos así.

Drake colgó.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Mason.

—Era la «Agencia de Detectives» que nosotros contratamos para seguir a Nellie Conway —dijo Drake—. Estaban simplemente comunicándome una pista. Sabes, tienen buenas relaciones aquí.

—Prosigue.

—Parece ser que la policía de California se mostró interesada por Nellie Conway; descubrieron que había tomado el avión con el nombre de Nora Carson, y telefonearon a la policía de aquí. Estos interrogaron a los chóferes de taxi que hacen el servicio al aeropuerto. El resultado es que descubrieron el paradero de Nellie Conway en ese departamento y emprendieron su tarea tan pronto como saliste de aquel lugar.

»En principio, descubrieron tu presencia allí. Y después detuvieron a Nellie. ¿En qué situación te coloca esto?

Mason miró su reloj.

—Muy bien, Paul. Quiero irme en ese avión de la una y treinta y cinco. Y no quiero que nadie sepa que voy a tomarlo. Toma un billete a tu nombre. Págalo, después vas al aeropuerto, alquilas una de esas cabinas que hay allí para guardar equipajes, depositas los veinticinco centavos, que es el precio del servicio por esa cabina durante cuatro horas, ciérrala, saca la llave y déjala a la muchacha del puesto de periódicos. Dile que cuando yo llegue allí y le pida la llave de esa cabina, deberá entregármela sin preguntar nada. Descríbeme, si es necesario.

—¿Y tendrás que saber cuál es la cabina? —preguntó Drake.

—Seguro —dijo Mason—. El número de la cabina está grabado en la llave.

Drake preguntó:

—¿Y por qué no tomas el billete a nombre tuyo? Pueden haber seguido tu pista aquí, Perry, pero tú no cometiste delito alguno.

Puedes decir que…

Mason sacudió la cabeza.

—Tengo cinco billetes de cien dólares que pueden estar calientes como un horno. Aquí están, Paul; ponlos en un sobre. Ponle el nombre y la dirección en el sobre. Y échalo en el buzón del correo, con los correspondientes sellos de franqueo.

»No quiero llevar en el bolsillo el billete para ese avión; porque no quiero que nadie sepa que me voy en ese avión cuando éste llegue.

»No *tengo* tiempo para explicar todo eso, pero ésta es una ocasión en que me encuentro patinando sobre hielo muy delgado…

Se calló al oír sonar golpes de nudillos en la puerta. Después de dirigir una significativa mirada a Paul Drake, arrojó, muy doblados, los cinco billetes de cien dólares atrás, debajo de una de las dos camas, y abrió la puerta.

En el umbral aparecieron dos hombres.

—¿Es uno de estos dos hombres el sujeto? —preguntó uno de los dos policías vestidos de paisano, que se hallaba de pie más atrás en el pasillo.

—Este que está aquí en la puerta es el sujeto.

El detective abrió a un lado su chaqueta y mostró una placa.

—Vamos, tiene usted que venir con nosotros, señor —Alguien de importancia quiere hablar con usted.

Capítulo 12

El taxi se dirigió a la Jefatura de Policía. Mason fue escoltado al interior de una oficina en donde el aire cargado y de encierro, producía ese olor peculiar de las habitaciones que acostumbran estar ocupadas durante las veinticuatro horas del día.

Un sargento sentado a una mesa, dijo:

—A nosotros no nos agradan los sujetos forasteros que vienen aquí a realizar malas faenas. ¿Cómo se llama usted?

—¿Supóngase que yo le digo que me llamo Juan Nadie?

—Muchos se llaman así. Pero nosotros vamos a inscribirlo a usted con ese nombre, si así lo quiere. Después, vamos a arrojarlo dentro del *tanque*, sacaremos todas las cosas de sus bolsillos y quizá así encontremos algún documento, como un permiso de conducir, o cualquier otra cosa, que nos revelará quién es usted. Pero, a pesar de ello, será usted inscrito como Juan Nadie.

—¿Y de qué se me acusa?

—Todavía no hemos decidido ninguna acusación concreta, pero creo que va a ser la de vagancia. Usted ha estado realizando visitas sin acompañamiento a muchachas solteras, a las dos de la madrugada, y…

—¿Y eso es un crimen en esta ciudad? —preguntó Mason.

El sargento rio:

—Pudiera serlo, particularmente si la policía de California está interesada en ello. Será, pues, vagancia. Y después que nosotros hayamos visto su licencia de conducir, señor Nadie, ya sabremos mucho más, y quizá a usted le agrade cooperar un poco con la autoridad.

Mason sacó su cartera del bolsillo, entregó una tarjeta al sargento y dijo:

—Mi nombre es Perry Mason. Soy abogado. Vine aquí para

entrevistar a un testigo.

El sargento lanzó un silbido de sorpresa, tomó la tarjeta de Mason, salió de la oficina, caminó a lo largo de un pasillo, y ya estaba de regreso dos minutos más tarde.

—El capitán tiene interés en verlo a usted —dijo el sargento.

Los policías escoltaron a Mason a lo largo del pasillo hasta una puerta que decía «Capitán», abrieron aquélla y empujaron adentro a Mason.

Un hombre corpulento, de media edad, con bolsas debajo de los ojos y un mostacho grisáceo muy recortado, estaba sentado a la mesa. En otra mesa al lado, había un taquígrafo tomando notas. Al otro lado de la habitación estaba Nellie Conway sentada en una silla enteramente de madera, con las manos enguantadas puestas sobre su regazo, el rostro sin expresión y los ojos mirando fijamente al frente.

Nellie no dio señales de haber reconocido a Mason cuando éste fue empujado dentro de la habitación.

El capitán de la policía miró hacia ella y dijo:

—¿Es éste el hombre?

—Sí.

—¿Es éste Perry Mason, el abogado de quien usted ha hablado?

—Sí.

El capitán hizo una seña a Mason y le dijo:

—Siéntese.

Mason permaneció de pie.

El capitán dijo fríamente:

—Está usted tratando por todos los medios de salir adelante. Pero esto no va a llevarlo a ninguna parte; no en esta ciudad. Ya no está usted en California. No trate de echar el peso de su influencia en torno a sí, porque en esta ciudad usted no tiene ningún peso ni influencia que echar. ¿Quiere sentarse o quiere permanecer de pie?

—Gracias —dijo Mason fríamente—. Me quedaré de pie.

—¿Quiere usted hacer alguna declaración? —pregunto el capitán.

—No.

El capitán se volvió hacia Nellie Conway.

—Muy bien —dijo—. Usted ha manifestado que hizo todo, hasta las cosas más simples, siguiendo los consejos de su abogado. Dijo

que el nombre del abogado era Perry Mason. Y ahora, éste es Perry Mason. Siga usted, continúe hablando.

—Yo le aconsejo a usted, Nellie, que no diga una sola palabra. Usted… —dijo Mason.

—Cállese —dijo el capitán.

—¿Va usted a continuar siendo mi abogado? —preguntó Nellie Conway con ansiedad.

—No.

—Entonces, haré mejor en hacer caso la estas personas —replicó ella.

El capitán sonrió.

Mason sacó una pitillera del bolsillo y encendió un cigarrillo.

—Continúe usted hablando —dijo el capitán a Nellie Conway.

—Nathan Bain me dio esas tabletas. Me ofreció pagarme quinientos dólares en dinero si yo se las daba a su mujer. Yo creía que eran un veneno. Fui a ver a un abogado.

—¿A qué abogado? —preguntó el capitán.

—A Perry Mason.

—¿Es este caballero que está aquí?

—Sí.

—¿Y qué dijo él?

—Había cuatro tabletas —dijo Nellie—. Sacó una de ellas del tubo. Después la colocó en un sobre y escribió su nombre en él. Volvió a poner las otras tres tabletas en el tubo, le colocó el tapón, puso todo en un sobre, cerró éste e hizo que yo escribiese mi nombre encima del borde del cierre, él escribió también el suyo lo mismo y me dijo que guardase ese sobre, porque iba a averiguar qué es lo que había en las tabletas, y que iba a ponerse en comunicación con la policía.

—Y después, ¿qué? —preguntó el capitán.

—Después, Nathan Bain hizo que me detuviesen.

—¿Y luego?

—Luego volví de nuevo a la residencia de Bain para recoger mis cosas, y Nathan Bain habló conmigo. Estaba muy preocupado porque tenía miedo de que yo fuese a demandarlo y exigirle indemnización por haberme acusado falsamente. Dijo que no había razón alguna para que no pudiésemos marchar de acuerdo y añadió que podíamos proceder en esto como personas civilizadas, y dijo

también que quería realizar un arreglo.

—¿Y qué ocurrió?

—Hablamos durante un rato, y luego me dijo que me daría dos mil dólares, un billete de avión para Nueva Orleáns y una llave para un departamento en el cual yo podía permanecer durante dos semanas y disfrutar unas vacaciones. Me dijo que todo lo que yo tenía que hacer era firmar una renuncia y darle las tres tabletas a su mujer.

»Yo creí que esas tres tabletas no contenían nada, sino que eran aspirinas, pues eso es lo que el señor Mason me había dicho que eran, y yo no vi razón alguna para no hacerlo. Traté de hacer lo mejor que podía en beneficio mío en tales circunstancias. Si una muchacha no mira por sí misma, es seguro que nadie más lo va a hacer.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Firmé una renuncia que el señor Bain había escrito. Recibí veinte billetes de cien dólares. Estuve ayudando a cuidar esa noche a su esposa. Le di las tres tabletas a eso de las ocho y media o nueve.

—¿Le dijo usted al señor Bain que había hecho eso?

—Sí.

—¿Tuvo usted alguna dificultad con la enferma para dárselas?

—Desde luego que no. Yo era la enfermera. Y le dije que ésa era la medicina que el doctor había dejado para que ella tomara.

—¿Que dijo?

—Dijo que ya había tomado la medicina que el doctor había dejado para ella. Y entonces le indiqué que ésa era otra clase de medicina especial y que el doctor quería que ella la tomase adicionalmente a la medicina corriente.

—Y entonces, ¿qué sucedió?

—La medicina no le hizo ningún daño a la señora Bain. Después de tomarla se durmió. Pensé que realmente debía de ser aspirina, pues la calmó mucho y pasó una noche muy buena. Me marché sobre las siete de la mañana, una hora antes de que la enfermera de día entrase de servicio. Traté de ver al señor Mason para decirle lo que había sucedido, pero no pude ponerme en comunicación con él. No llegó a la oficina hasta las diez. Y ése fue el último minuto de que yo disponía para llamarlo. Mi avión salía a las diez y quince y

estaban llamando a los pasajeros para que subiesen a él a las diez. Lo llamé a las diez en punto. Y su secretaria me dijo que aún no había llegado.

—¿Dejó usted algún recado para él?

—No —dijo dudando.

—¿Le dejó dicho adónde iba usted?

De nuevo Nellie dudó.

—Vamos, continúe —dijo el capitán—. Dejemos esto resuelto.

—No —dijo—. No le dejé dicho adónde iba.

—¿Cuándo volvió usted a verlo otra vez?

—Sobre las dos y media de esta madrugada.

—¿Y qué hizo?

—Fue a mi departamento.

—¿Qué es lo que quería?

—Quería quinientos dólares.

—¿Le pagó usted esa cantidad?

—Sí.

—¿Y fue con ese dinero que usted recibió de Nathan Bain?

—Sí.

—¿Y usted le dijo de dónde procedía el dinero?

—Sí.

—¿Le dio un recibo?

—No.

El capitán se volvió hacia Perry Mason:

—Usted ya ha oído la declaración que ha sido hecha en su presencia, señor Mason. ¿Desea desmentirla?

Mason replicó:

—No me gusta la forma en que ustedes llevan aquí las cosas. No pienso decir una sola palabra.

—Quédese usted por aquí —dijo el capitán—, intente meterse en lo que no debe, y entonces aún va a gustarle mucho menos la forma en que nosotros llevamos las cosas. La acusación que ha sido formulada contra usted es de que esta mujer dice que ella le dio aquellas tres píldoras a la señora Bain porque usted le dijo que lo hiciera. ¿Desmiente usted esto?

—No voy a formular ninguna declaración. Sin embargo, le diré a usted que no estoy conforme con la declaración que hizo esta mujer y que me parece completamente inexacta.

—Tampoco lo estoy yo, señor Mason —dijo Nellie Conway con cierta vehemencia—. Usted me dijo que aquellas tabletas no contenían otra cosa que aspirina.

—La tableta que yo tomé del frasco contenía solamente aspirina —dijo Mason.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó el capitán.

—Esa es una cuestión que discutiré a su debido tiempo y en el sitio adecuado.

—Muy bien, todas estas declaraciones han sido hechas en su presencia. Tiene oportunidad de desmentirlas ahora y de dar una explicación si quiere.

—No tengo nada que decir.

El capitán dijo a Mason:

—Eso es todo. Puede usted irse ahora. Pero no trate de poner obstáculos, porque nosotros no gustamos de muchachos inteligentes. En California puede ser que lo quieran a usted. Regrese a su hotel y no intente abandonar la ciudad hasta que nosotros le digamos que puede hacerlo. Puede usted ser acusado como cómplice en un asesinato. ¡Quinientos dólares por darle a su esposa tres tabletas! Usted es un abogado de todos los diablos.

Mason volvióse hacia Nellie Conway:

—Nellie, ¿a qué hora se las dio usted?

—Le dije que podía irse —interpuso el capitán.

Hizo después seña a los policías.

Los agentes cogieron a Mason cada uno por un brazo y lo empujaron afuera.

La puerta se cerró de un tremendo golpe.

Capítulo 13

El taxi que había llevado a Mason y los policías desde el hotel estaba esperando estacionado enfrente de la Jefatura de Policía.

Mason le dijo con voz cansada:

—Lléveme al Hotel Roosevelt.

—Sí, señor. ¿Tuvo algún pequeño disgusto, señor?

—Solamente perdí un poco de sueño, eso es todo.

—Oh, bien, eso puede recuperarlo siempre.

—Así lo espero —le dijo Mason, y se acomodó en el asiento posterior.

En el Hotel Roosevelt, Mason le pagó al chófer, y entró en el edificio, caminó hacia la mesa de recepción y pidió la llave de su cuarto; la recogió, entró en el ascensor y dijo:

—Quinto piso.

Mason salió en el quinto piso y regresó lo más de prisa que pudo, bajando por las escaleras al entresuelo.

Desde el entresuelo pudo observar y ver que el detective del hotel estaba esperando hasta que el ascensor volvió abajo; después fue a la mesa de recepción e hizo una llamada telefónica. Mason aprovechó esta oportunidad para irse escaleras abajo hacia la otra puerta del hotel, y encontró un taxi allí estacionado.

—Lléveme por esta calle abajo —le dijo al chófer—. Tengo que buscar una dirección que quiero encontrar en ella.

—Vamos a tener un día muy agradable hoy —le dijo el chófer—. Y usted madruga.

—¿Hasta qué hora estará usted de servicio?

—¿Yo? Hace exactamente unos veinte minutos que entré a trabajar y estaré de servicio hasta las cuatro de la tarde.

—Me parece un horario muy bueno.

—Lo es mientras dura. Tengo que cambiarlo a veces.

—Eso ya no suena tan bien.

—Es verdad.

—¿Conoce usted muy bien esta ciudad? —preguntó Mason.

—Seguro que la conozco.

—Hoy es un día en el que maldito lo que tengo que hacer. ¿Cuánto me costará este auto por una hora?

—Bueno —dijo el chófer—, eso depende de dónde quiera usted ir, si es por la ciudad o…

Mason tomó un billete de cincuenta dólares de su billetero y dijo:

—Voy a decirle lo que quiero hacer, conductor. Le doy cincuenta dólares por todo el día. ¿Conforme?

—¿Qué quiere usted decir por todo el día?

—Hasta que usted termine su servicio, a eso de las cuatro de la tarde.

—Trato hecho.

—Muy bien, cierre su radio porque ese maldito aparato me pone nervioso. Dígale a su oficina principal que usted está de servicio todo el día.

—Tengo que telefonear y obtener el permiso primero, pero estoy convencido de que estarán conformes.

—Muy bien. Dígales que va a ir a Biloxi.

—Creía que usted decía que quería ver la ciudad.

—Demonios, yo no sé lo que en realidad quiero hacer —dijo Mason—. Conocí a una muchacha en Biloxi.

—Es un largo camino para ir a buscar a una muchacha —dijo el chófer—. Hay muchísimas mujeres guapas más cerca que Biloxi.

—¿De veras?

—Eso es lo que me han dicho.

—Bueno —dijo Mason—. Dígale a su oficina que tiene usted un pasajero para Biloxi. Pregúnteles si cincuenta dólares está bien por ese viaje.

—Muy bien. Espere mientras yo llamo.

El chófer entró en un restaurante, telefoneó, regresó y dijo:

—Lo siento. Dicen que tienen que ser setenta y cinco dólares por todo el día en unas circunstancias como éstas. Pienso que es demasiado, pero…

—¿Qué importa eso? —dijo Mason—. Exactamente lo que hace

falta es que pasemos un día agradable. Aquí hay cien dólares. Ahora, ya está usted pagado por todo el día y podemos ir a Biloxi o no, exactamente como queramos. Los veinticinco dólares sobrantes son para usted.

—¡No me diga! —exclamó el chófer—. Usted es verdaderamente espléndido.

—No, no lo soy —dijo Mason—. Pero estoy cansado de tanta rutina y quiero hacerme un poco más agradable la vida por un día, sin tener que oír infinidad de llamadas telefónicas y aguantar tanta radio. Y un poco más tarde puede usted llevarme a un buen sitio para desayunarme y estar sentado un poco disfrutando de la vida sin prisas.

El chófer dijo:

—Puedo llevarlo a un sitio muy bueno. Odio el cobrarle todo este dinero por unas millas a Biloxi y dejar que la compañía se haga rica si hemos de rodar sólo por la ciudad. Si hemos de ir a Biloxi deberíamos salir ya ahora…

—He cambiado de parecer —dijo Mason—. Yo…

—Entonces puedo llamar por teléfono y obtenerle una tarifa más barata, exactamente la que le corresponde para la ciudad.

—No, deje que la compañía de taxis se haga rica —dijo Mason —. Le diré a usted lo que ha de hacer. Ponga a funcionar su taxímetro y nos guiaremos por él. Ni las millas que rodemos ni el tiempo de espera ascenderán al precio que fijaron, y así, más tarde, usted les dice que su cliente cambió de parecer.

—Muy bien, jefe. Lo que usted diga. Yo podría emplear bien ese dinero, pero no sabe usted cómo nos vigilan. Muchas veces mandan a alguien para averiguar si les engañamos en algo…

—¿No hay ningún reglamento que prohíba el rodar paseando por las afueras usando el taxímetro? —preguntó Mason.

—Nada de eso.

—Entonces, vamos a rodar.

Fueron despacio por toda la ciudad. El chófer señalaba los puntos de interés y después de haberle enseñado una docena de sitios, le dijo a Mason:

—¿Qué tal si fuéramos a este sitio a desayunarnos ahora?

—Es una buena idea —le dijo Mason.

—Muy bien. Yo sé de un sitio que es de una mujer amiga mía.

No tiene un verdadero restaurante, pero estará contenta de atender a un buen amigo mío. Allí nos darán una comida muchísimo mejor que en cualquier restaurante.

—Eso es lo que yo quiero —dijo Mason—. Tener una oportunidad de descansar y sentirme como si no tuviera que hacer cosa alguna.

—Magnífico. Esta mujer tiene dos hijas que son preciosas.

—No quiero quedarme sin sentido al verlas a hora tan temprana de la mañana.

El chófer rio.

—De todas formas, le gustará la comida, y le digo que aquí dan el café más maravilloso de Luisiana que usted jamás probó, hecho con leche caliente. Señor, va usted a disfrutar de una buena comida y se va a acordar de ella toda su vida.

El chófer se dirigió hacia las afueras de la ciudad, se detuvo una vez a telefonear avisando de la llegada y continuó; después llevó a Mason a la limpia casa, donde un negro los condujo a un espacioso comedor. El sol de la mañana empezaba a brillar en las ventanas cubiertas con blancas cortinas, que según la opinión del chófer eran legítimamente antiguas.

Hora y media más tarde, Mason, en el taxi otra vez, sugirió que fueran al aeropuerto. Dijo que le gustaba observar los aviones ir y venir y que sería una buena oportunidad para ver la ciudad.

El conductor hubiera querido que Mason aprovechase su tiempo en algo más provechoso, pero llevó al abogado al aeropuerto.

Mason, sentado en el interior del coche, observaba todo.

El avión de las nueve y quince llegaba con un retraso de veinte minutos.

Nathan Bain salió corriendo del avión hacia un taxi. Dos hombres lo agarraron por los hombros y colocándose uno a cada lado, marcharon con él. El rostro de Bain mostró gran sorpresa. Los hombres lo llevaron al otro lado de la calle a un sedán negro. Entraron todos en el coche y partieron.

—¿No quiere apearse y ver algo por aquí? —le preguntó el chófer.

Mason se estiró y dijo:

—No. Más bien me gustaría encontrar un sitio donde apearme y pasear a pie… Diga, ¿no tienen un parque aquí.

—¡Un parque! —exclamó el chófer—. Nosotros tenemos algunos de los mejores parques del mundo. Tenemos aquí parques con encinas tan grandes como usted nunca los vio en su vida. Tenemos praderas y paseos, y un zoológico con toda clase de animales, lagos, canales…

—Eso es lo que yo quiero —dijo con entusiasmo Mason—. Vamos al parque, a un sitio donde podamos sentarnos en el césped y tomar el sol, y luego podemos ir a ver el zoológico y llevar algunos cacahuetes para echarles a los animales, y después de eso…, bueno, después de eso ya veremos exactamente qué diablos hacemos.

—Si yo tuviera un cliente parecido a usted —dijo el chófer—, aunque sólo fuera una vez cada diez años, esto me compensaría de todos los refunfuñones y los viejos ásperos que me gritan porque tengo que dar la vuelta alrededor de una manzana para poder seguir por una calle de tráfico en una sola dirección. Vamos, señor piense lo que ha de hacer. Diga, ¿le gustaría a usted pescar? Yo sé dónde podemos conseguir cañas y buena pesca…

—Excelente —exclamó Mason—. Vamos allá.

Alrededor de las once, Mason decidió que tenía hambre. El chófer encontró un lugar solitario, donde Mason tomó un cóctel de ostras, sopa de pescado, ostras a la Rockefeller y un tierno pescado blanco que parecía deshacerse en la boca. Una muchacha de tez aceitunada con grandes y negros ojos y pestañas extraordinariamente largas, le sirvió la comida, y de vez en cuando miraba a Perry Mason, el cual parecía estar dormido para todo menos para la comida.

Poco antes de la una, Mason manifestó que le gustaría ir una vez más al aeropuerto y ver llegar los aviones.

Esta vez, en el aeropuerto se apeó del taxi y dijo al chofer:

—Voy a dar un paseo por aquí mientras tanto.

—¿Cuánto tiempo tardará usted? —le preguntó el chófer.

—Oh, no sé —dijo Mason—. Obro siempre por impulsos. Venga usted conmigo si quiere.

Acompañado por el chófer, Mason se encaminó despacio hasta el terminal, y entonces dijo:

—Voy a comprar un periódico.

Caminó hacia el puesto de periódicos, mientras el chófer se

quedaba de pie, fuera de la vista. Mason compró un periódico y le dijo a la muchacha encargada del puesto:

—Creo que tiene usted una llave para mí.

La muchacha lo miró pensativamente y dijo:

—Sí, su amigo dijo que su equipaje estaba dentro de la cabina.

Y seguidamente le entregó la llave.

Mason le dio las gracias y dos dólares de propina. Después regresó junto al chófer y le dijo:

—Vaya afuera y espere en el taxi, ¿quiere usted? En caso que yo no apareciese allí dentro de media hora, puede irse y quedarse el resto del dinero, y comunique a su oficina que está nuevamente en servicio.

Mason fue a la cabina y comprobó que Paul Drake le había dejado allí su maletín de viaje y en la cerradura de éste un sobre blanco.

Mason abrió el sobre y encontró el billete de avión, con una nota, en la cual leyó:

> *Della sabe que vas en este avión. Las cosas están desarrollándose demasiado de prisa para mí. Estoy metido en un agujero y tratando de salir de él. Esto es lo que he podido comprobar. He tenido la policía encima a intervalos toda la mañana y he recibido un aviso de que no abandone la ciudad si no quiero ir a la cárcel. No me gusta la forma en que estas gentes actúan.*

La nota estaba sin firmar.

Mason recogió el maletín y cruzó para ir a hacer su registro del pasaje.

—Tiene que darse prisa —le dijo el encargado—. Llamarán para subir al avión dentro de pocos minutos.

Pesó el maletín de Mason, lo marcó, y después el abogado se acercó a la puerta de entrada del campo, la cual fue abierta en el mismo instante que él llegaba. Dio su billete de pasaje al encargado de la puerta, subió al avión, se acomodó, sacó la almohada del respaldo de la butaca y se mantuvo con los ojos cerrados hasta que el aparato levantó el vuelo. Cuando el avión estaba ya a buena altura, Mason se situó para mirar por la ventanilla y observar el

lago Pontchartrain, que brillaba abajo. El avión hizo un medió círculo y voló dejando atrás Nueva Orleáns, cuyos edificios, sus espaciosos parques, sus bulliciosos muelles y la famosa media luna del río Misisipí, formaban un bello panorama. Mason descansó otra vez y dormitó hasta que el avión aterrizó en El Paso.

Le llamó la atención observar a dos personas que subieron al avión: un hombre de unos treinta años, que tenía ojos soñolientos, y una mujer que lo acompañaba, unos cuatro o cinco años más joven que él, y cuyo nerviosismo alerta indicaba que había tomado a su cargo todas los deberes de su esposo, al igual que el perro de un ciego toma a su cargo todas las responsabilidades de su amo.

Mason miró por la ventanilla el aeropuerto. Comprendió que hacía frío y corrían ráfagas de viento helado, cerro sus ojos y estaba dormido cuando el avión partió de nuevo. Medio dormido aún, oyó el motor del gran avión tomando altura, y entonces se despertó lo suficiente para observar el panorama que iba quedando atrás. El Paso, el Río Grande y, al otro lado, la urbe mejicana de Ciudad Juárez.

Alguien le toco levemente en la espalda. Mason miró.

Era la mujer que había subido al avión con el individuo de los ojos soñolientos.

—Quisiéramos hablar con usted —dijo ella.

Mason la miró pensativo, después sonrió y movió la cabeza negativamente, diciéndole:

—No estoy en condiciones de hablar con nadie, por el momento.

—La señorita Street nos sugirió que tomáramos el avión aquí.

—Eso —dijo Mason— es diferente.

Caminó hacia el salón de fumar, donde ya el hombre estaba sentado esperándole.

«Es muy corriente —pensó Mason— que el hombre haya enviado a la mujer a hacer el contacto».

—¿La señorita Street les dio a ustedes alguna carta o alguna otra cosa? —preguntó Mason, tanteando el camino con precaución.

—No. Nosotros hablamos con ella por teléfono. Quizá será mejor que nos presentemos a usted. Yo soy la señora James Braxton y éste es James Braxton.

—¿Ustedes son los otros miembros de la familia de Bain?

—Así es. Jim es, o mejor dicho era, el medio hermano de

Elizabeth, y yo soy su esposa. Vicky Braxton es la hermana de Jim.

La mujer se volvió hacia él.

—Bueno —dijo Mason, acomodándose confortablemente y sacando una pitillera de su bolsillo—, eso es muy interesante. ¿Quieren ustedes fumar?

El hombre y la mujer aceptaron los cigarrillos, y los tres los encendieron con la misma cerilla.

—¿Supongo que usted ya sabe todo lo que sucedió? —dijo la mujer.

—Exactamente, ¿qué sucedió? —preguntó Mason.

—¡Esa enfermera, esa Nellie Conway! —dijo ella.

—¿Qué pasa con ella?

—Le dio el veneno, al fin. Nathan la sobornó para que lo hiciera.

Mason arqueó las cejas en un silencio interrogador y después fumó sin decir palabra.

La mujer, mirándolo, repuso:

—Usted no dice nada a esto, señor Mason.

—Su esposo tampoco dice una palabra —observó Mason.

Ella rio con nerviosismo:

—Es un gran escuchador. Yo soy la parlanchina de la familia. Habló y habló sin descanso.

Mason asintió con la cabeza.

—Quisiéramos saber lo que usted piensa de esto y cuáles son sus ideas relacionadas con el caso.

—Muchas gentes quisieran saber eso también —aclaró Mason.

—Me temo que no le entiendo.

—Usted me dice que ustedes son el señor y la señora Jim Braxton. Hasta ahora yo nunca los había visto a ustedes en mi vida, ¿cómo puedo saber si ustedes no son reporteros de algún periódico, tratando de obtener de mí una entrevista exclusiva?

—Pero, ¡Cielo santo!, señor Mason, su propia secretaria nos dijo donde le encontraríamos a usted. Tomamos el avión para El Paso y llegamos allí exactamente media hora antes que este avión llegase. Ciertamente, estábamos ansiosos y preocupados por todo, queríamos verle a usted lo más pronto posible y deseábamos que usted nos aconsejara.

—Gracias.

—Señor Mason, tiene usted que creer que nosotros somos

quienes somos. Nosotros… Jim, ¿no tienes alguna cosa…, algo, quiero decir, que nos identifique?

—Seguro —dijo Jim con prontitud y aprovechando la ocasión—. Tengo la licencia de conducir.

—Déjeme echarle un vistazo.

Mason examinó la licencia que el hombre le había dado y después dijo:

—Quizá yo pueda aclarar el asunto haciéndoles unas cuantas preguntas. ¿Dónde vivían ustedes hace pocos días?

—En Honolulú.

—¿Quién estaba con ustedes?

—Exactamente los tres juntos. Se trataba de una verdadera reunión de familia. Mi hermana Vicky y yo siempre hemos estado muy unidos, y ella y Georgiana se llevan muy bien.

—¿Tiene usted algo más, quiero decir, alguna tarjeta de negocios o de algún club?

—Ciertamente, tengo muchas tarjetas, tarjetas de negocios y de asociación a clubs…

—Déjeme verlas —dijo Mason.

Mason miró la colección de tarjetas que el hombre le presentó y finalmente dijo:

—Muy bien, creo que esto es suficiente. Ahora supónganse que ustedes me dicen qué es lo que la señorita Street quería que ustedes me dijesen. No los había hecho volar hasta aquí solamente para hacerme preguntas.

—Bueno —dijo la mujer con risa nerviosa—, yo estaba tratando de tomar primero confianza.

—Ahora ya la tenemos. ¿Qué le dijeron ustedes a la señorita Street para que ella los enviara hasta aquí?

—Suena como una cosa horrible, dicha así —dijo ella, después de unos momentos—. Cuando hay que decirlo así, sin preámbulos.

—Pero, querida mía —interpuso Jim Braxton—. El señor Mason es nuestro abogado y tú tienes que decirle todas las cosas tal cual son. Debes decírselas. ¿No es así, señor Mason?

—Si usted tiene alguna información, alguna luz, algo que esté relacionado con la muerte de su cuñada, yo le sugiero, por todo lo que esto significa, que me lo diga —dijo Mason.

Ella se volvió hacia su esposo:

—Jim, por mi vida te juro que no te entiendo. Durante el año pasado cada vez que he mencionado esto, tú me dijiste que nunca abriese mi boca, porque podía ocasionar serios disgustos, y ahora tú me dices que le diga toda la historia a este hombre, al que apenas hace sólo unos pocos minutos que conozco.

—Pero, querida, la situación es enteramente diferente ahora. Esto puede ser que… Bueno, la ley te protege en esto.

Mason miró su reloj de pulsera.

—No tenemos demasiado tiempo para permanecer aquí, ustedes lo saben. Habrá reporteros que vendrán al avión de Tucson.

—Bueno —dijo ella—. Creo que debo decirlo ya sin rodeos, señor Mason: Nathan Bain envenenó a su primera esposa.

—Se creyó que había comido alguna cosa que la intoxicó —intercaló James Braxton a media voz.

—Los síntomas eran los de envenenamiento por arsénico —añadió la señora Braxton.

—¿Cómo lo sabe *usted*? —preguntó Mason.

—Porque —dijo ella— yo sospechaba de Nathan Bain. Sospeché desde el primer día que puso los pies en casa y empezó a cortejar a Elizabeth.

—Continúe —dijo Mason.

—Bueno, esto fue así, señor Mason. Siempre decía que no quería tocar ese punto; pero una vez nos habló sobre ello. Parece ser que ella había comido alguna cosa que la intoxicó, y por la manera de describir los síntomas…, bueno, empecé a meditar sobre eso.

—¿Qué síntomas hubo?

—Los síntomas típicos de un envenenamiento por arsénico. No son muy agradables de describir, señor Mason, pero puedo asegurarle a usted que ella tuvo todos los síntomas típicos.

—¿Y cómo sabe usted cuáles son esos síntomas?

—Porque he leído sobre ellos.

—¿Por qué?

—Porque yo sospeché de Nathan Bain desde el primer momento en que le puse los ojos encima. Sentí ciertamente eso que él… Creo que es un sapo.

—Volvamos sobre la muerte de su primera esposa. Eso podría ser una de las cosas más importantes en este caso.

—Su secretaria lo piensa así también —dijo Jim Braxton—.

Quería que nosotros nos pusiéramos al habla con usted y que le dijéramos todo lo que sabemos sobre eso.

—Entonces, díganmelo —dijo Mason—. Y díganme también cómo ocurrió que Nathan Bain lograra casarse con su hermana. Deduzco que su hermana era una joven atractiva.

—Lo era.

—Hace dos años y medio, Nathan Bain era más atractivo de lo que lo es ahora —interpuso Jim Braxton—. Y ciertamente era más agradable también.

—Pero incluso entonces ya estaba muy gordo —rectificó la esposa—. ¿No recuerdas cómo se lamentaba de que sus trajes le quedasen estrechos? Siempre decía que iba a tratar de adelgazar. Primero decía que adelgazaría dos kilos en la semana próxima, después que diez dentro de seis meses.

»Siempre estaba diciendo eso. Pero sus trajes resultaban siempre seis meses atrasados con relación a su figura. Creía que él los iba a hacer estallar cada vez que se los ponía. Lo que le pasaba era que no podía frenar su apetito. Y comía de todas las cosas. Alimentos ricos en grasas… presumiendo, además, de tener buen estómago. Y comía…

—Eso no es decir nada relacionado con su primera esposa —dijo con impaciencia Mason—. Y no disponemos de toda la noche para esto.

—Bueno —contestó ella—. Su primera esposa murió unos tres años antes de que se casara con Elizabeth.

—¿Obtuvo él beneficios de esa muerte? —preguntó Mason.

—¡Claro que obtuvo beneficios con la muerte de ella! Recogió como unos cincuenta mil dólares. Empleó ese dinero en jugar a la Bolsa y se estableció en negocios productivos. Después, cuando realizó algunas malas operaciones y el zapato financiero le apretaba demasiado, se puso a cazar una mujer rica.

»Le digo a usted, señor Mason, que eso era todo lo que él quería de Elizabeth: su dinero y nada más que su dinero. Así lo comprendí desde el primer momento que vi a ese hombre. Podía asegurarlo ya apenas lo vi y decirlo entonces lo mismo que ahora.

»Siempre he tenido muy buena vista para juzgar a las gentes de esa clase. No tengo más que ver a una persona, y a los diez minutos puedo decirle a usted lo que está pensando.

»Y es más, nunca me equivoco y nunca cambio de opinión. Mi primera impresión es la que vale, y nunca la cambio.

—Es hábil para eso —dijo Jim Braxton.

La señora Braxton trató de aparentar modestia y se calló.

—Continúe —dijo Mason.

—Bueno, eso es todo lo que hay sobre ese asunto, señor Mason. Hay una cosa más que yo le diré a usted sobre Nathan Bain: que es un maravilloso conversador. Dele una oportunidad para empezar y es capaz de hablar hasta convencer a los pájaros de que bajen de los árboles.

»Y cuando él puso sus ojos en Elizabeth, realmente hizo un buen trabajo. Se mostraba, exactamente, como el más agradable y considerado de los hombres que usted jamás haya visto. Pero, como yo estaba interesada en el asunto, lo observé y pude ver lo hipócrita que era en todo cuanto hacía. Pero nunca me engañó ni por un minuto, y él lo sabía.

—¿Usted le dijo a Elizabeth la impresión que le producía a usted?

—Ciertamente que lo hice. Le dije a ella exactamente lo que yo creía y sentía hacia ese hombre. Y le advertí que se cuidara de él y… Bueno, no me quiso escuchar.

—Y entonces, ¿qué?

—Bien, desde luego, eso hizo que las relaciones entre la familia se enfriasen un poco, porqué estaba completamente hipnotizada por él. Nadie lo diría, pero ella fue en seguida a comunicarle a Nathan cuáles eran mis sentimientos hacia él.

—Espera un minuto, querida —interpuso Jim—. Tú no *sabes* si ella se lo dijo a Nathan y…

—Métete en tus cosas —le interrumpió agriamente Georgiana—. Creo saber lo que ella hizo y lo que no hizo. Pude asegurarlo desde el momento en que habló con Nathan, pues noté el cambio que se produjo en él hacia mí. Antes de eso trataba de hipnotizarme también a mí como miembro de la familia, pero en el momento que supo que yo lo conocía, se metió dentro de sí mismo y se puso a la defensiva.

—Continúe —dijo Mason—. Vamos a ver si logramos obtener algún dato que podamos utilizar como prueba, si es que tenemos que hacerlo así.

—Bueno, estaba precisamente diciéndole a usted, señor Mason, que después que se casó con Elizabeth, de momento siguió siendo el más atento de los esposos. Siempre tenía para ella palabras suaves y andaba de cabeza por atenderla en todo. Se dejó engordar en una forma terrible. Comía, comía y comía…

—Eso no importa —dijo Mason—. Volvamos a los puntos principales.

—Como le decía, era al principio muy agradable, y siempre que podía trataba de saber cuánto dinero tenía Elizabeth, y quería convencerla para que fuese él quien manejase el dinero de ella. Pero Elizabeth era demasiado inteligente para consentir semejante cosa. Era una mujer muy enterada en cuestiones de negocios y llevaba personalmente todas las cosas relacionadas con su dinero; es decir, todo se hallaba en sus propias manos, y quería conservarlo siempre en esa forma.

»Pero cualquiera podía darse cuenta del cambio que experimentó Nathan cuando se dio exacta cuenta de que estaba unido para toda su vida a una mujer que no le dejaría manejar su dinero, y que sería ella únicamente la que lo haría.

»Pronto comprendí que algo iba a ocurrir. Se lo dije a Jim una docena de veces. Con frecuencia le repetía: «Jim, observa a ese hombre; va a…».

—Nosotros estábamos hablando de su primera esposa —interrumpió Mason.

—Bueno, un día en que había estado bebiendo y se encontraba muy comunicativo, nos habló sobre su juventud, y entonces mencionó a su primera esposa. Era cosa que rara vez hacía.

—¿Cuál era su nombre?

—Marta.

—¿Y qué fue lo que ocurrió?

—Se habían casado hacía dos años, o poco más, y entonces fueron a Méjico y se creyó que ella había comido algún pescado y que se había intoxicado y se encontró terriblemente enferma. Nathan describió como una pesadilla para él aquel viaje de regreso a la frontera, guiando él el auto, para ver de llegar a un punto donde pudieran recibir la atención médica necesaria. Cuando llegaron a la casa de Marta y acudió el médico de la familia, éste dijo que estaba muy grave. Dijo que sin duda alguna era un caso de

intoxicación de pescado en malas condiciones. Bueno, murió y eso fue todo.

—¿Cómo sabe usted que los síntomas que ella tuvo eran los de envenenamiento por arsénico?

—Le estoy diciendo a usted que el hombre nos contó con todo detalle lo que pasó, señor Mason. Resultó quizá indigno, pero estaba borracho y en esa ocasión nos dijo todo sobre las dificultades por las que había pasado conduciendo a su mujer tan enferma cruzando millas y millas en un país desierto. Y entonces fue cuando mencionó los bombones.

»Aunque Nathan Bain es un goloso, hay una cosa que no prueba: los bombones de chocolate.

»Nos dijo referente a Marta que ésta había llevado una caja de bombones con crema para el viaje en auto, y en el instante en que dijo eso, créame usted que ya sabía lo que había sucedido.

»Me fije en los síntomas, y sin duda alguna en eso estaba todo. Marta se había envenenado con el arsénico que había sido puesto en los bombones de la caja, los cuales ella había empezado a tomar poco después de una comida a base de pescado.

—¿Dónde compró los bombones? —preguntó Mason.

—¡Cielo santo! ¿Cómo puedo yo saberlo? Pero lo que sí puedo asegurarle, es que él puso el arsénico en los bombones.

—¿No fueron a ver a un médico del lugar?

—No. Marta no quiso y él pensó que no sería aconsejable. Según la forma en que Nathan cuenta la historia ahora, ellos creyeron que ella estaba sufriendo un envenenamiento por la comida en malas condiciones y que tan pronto como expulsara lo que tenía dentro quedaría completamente bien. Entonces procuraron llegar a su casa lo más rápido posible.

»Y si usted me preguntase la razón por la que él quería llegar a la casa de ella, le diré que era porque tenían un amigo doctor que acostumbraba jugar al golf con él y sabía que ese médico firmaría un certificado de defunción sin hacer ninguna pregunta comprometedora. El médico amigo aceptó el diagnóstico de ellos, es decir, que el pescado estaba en malas condiciones. Y cuando ella murió, dos días después, extendió el certificado de defunción con todas las facilidades.

—¿En dónde vivían en ese tiempo? —preguntó Mason.

—En San Diego.

—¿Y que se hizo del cadáver de Marta? ¿Acaso fue incinerado o…?

—Esa es una cosa importante —dijo ella—. *Él* quería hacer incinerar el cadáver, pero la madre y el padre de Marta insistieron en que fuera enterrado, y así se hizo. No había dejado escrito nada referente a lo que habían de hacer con su cadáver, y entonces fue enterrada.

—¿En dónde?

—En San Diego, en el cementerio local.

—Muy bien —dijo Mason—. Eso está muy bien. Estoy muy satisfecho de que ustedes me hayan dicho eso. *Ahora* ya tenemos algo nos permitirá trabajar en este asunto.

—¿Lo viste? —le dijo a su esposa Jim Braxton—. Ya te dije que eso era importante.

—Ahora es preciso que ustedes se enteren bien de esto: no quiero que ninguno de ustedes diga una sola palabra de esto a nadie hasta que yo se lo autorice. ¿Me entendieron?

Ambos hicieron un gesto afirmativo.

—Esto es de una importancia tremenda —continuó Mason—. Los hechos en el caso de la señora Bain están todos confusos. Nellie Conway dice que Nathan Bain quería pagarle a ella para que le diese a su esposa esa medicina que la hizo descansar toda la noche y le tranquilizó los nervios. Nellie me trajo la medicina para que yo la viese. Recogí una de las tabletas y la mandé analizar. Era aspirina… En fin, las cosas en esa forma no tienen sentido alguno.

»Luego, Elizabeth murió. Nathan Bain estaba tratando de hacer una labor de zapa y subterránea. Y para eso trata de embrollarlo todo cada vez más. Al propio tiempo, quiero golpearlo con esto, en forma que sea como una bomba. Pero no quiero que sepa nadie una sola palabra ni que se filtre lo más mínimo de esto. ¿Me entienden ustedes?

—Conforme usted dice se hará —dijo Braxton.

—Bueno, está bien —dijo Mason—. Y quiero igualmente que ustedes sigan mis instrucciones al pie de la letra. Puede ser de mucha más importancia de lo que ustedes crean en estos momentos.

—Bien, creo que sé cuándo debo de guardar mi boca cerrada —dijo la señora Braxton—. Y en cuanto a Jim, nunca habla, ¿verdad,

Jim?

—No, querida.

—Y tú seguirás las instrucciones del señor Mason, ¿verdad, Jim?

—Sí, querida.

—Entonces, usted no tendrá ninguna dificultad con nosotros; —afirmó ella a Perry Mason.

Mason hizo una mueca maliciosa y comentó:

—Eso revela que ustedes saben lo que tienen que hacer.

Capítulo 14

Era una noche tranquila y clara. Las estrellas brillaban rítmicamente, pero empalidecían hasta resultar insignificantes bajo el torrente de luz que inundaba el aeropuerto.

Mason se unió a los demás pasajeros, que se dirigían a la puerta de salida del aparato.

Siguiendo las instrucciones que Mason les había dado, Jim y Georgiana fueron de los primeros en salir del aparato. Y Mason fue el último de la comitiva.

Cuando el abogado llegó al terminal, echó una mirada en torno, buscando a Della Street.

No estaba.

Preocupado, salió cruzando el gran terminal aéreo y súbitamente vio al teniente Tragg, llevando un maletín y paseándose inquieto arriba y abajo y con los ojos fijos en el gran reloj del salón.

Mason caminó de prisa hacia la salida, aunque procurando conservarse de espaldas al teniente Tragg. Ya estaba cruzando la pesada puerta de cristal, cuando Tragg lo llamó por su nombre gritándole en tono perentorio.

Mason se volvió con evidente sorpresa.

Tragg venía corriendo hacia él.

—Hola Tragg —dijo Mason. Y se detuvo con notoria impaciencia, como quien tiene prisa.

Tragg, alto, inteligente, alerta y peligroso antagonista, le dio la mano a Mason.

—¿Cómo está usted, señor abogado?

—Muy bien. ¿Cómo van las cosas?

—Tengo entendido que estuvo usted en Nueva Orleáns.

Mason movió la cabeza afirmando.

—La policía de allí nos informó sobre eso y nos dijeron que no

tenía usted permiso para salir de Nueva Orleáns —dijo Tragg, riendo.

—La policía de Nueva Orleáns —dijo Mason— es precipitada, arbitraria, con poco temple y desagradable.

Tragg rio, y luego le preguntó más seriamente:

—¿Tiene usted permiso para abandonar la ciudad?

—No estoy acostumbrado a pedir *ningún* permiso de *ningún* policía a menos que yo haya hecho *alguna cosa* —dijo Mason.

Tragg sonrió bonachonamente.

—Bueno, esperemos que no ocurra nada que le haga cambiar sus hábitos.

—Creo que nada sucederá.

—Usted siempre tan optimista.

—¿Está usted aquí para esperarme? —preguntó Mason.

—No tengo ningún interés oficial por usted, por el momento, Mason. Mi interés está en los aviones que parten para Nueva Orleáns en los veinte minutos próximos. Soy uno de tantos pasajeros nerviosos. No puedo sentarme y esperar hasta que alguien me llame. Tengo que pasear y mirar continuamente el reloj, pensando que mis ojos pueden hacer que cada minuto pase más rápido.

—¿Va usted a Nueva Orleáns para hablar con Nellie Conway? —preguntó Mason.

—Oficialmente —dijo Tragg— no puedo hacer ninguna declaración, pero fuera de eso, Mason, le diré que hay otros acontecimientos mejores y más interesantes en Nueva Orleáns.

—¿De qué clase?

Tragg movió la cabeza negativamente.

—Usted no necesita ser tan endemoniadamente reservado. Creo que todo el mundo sabe que Nathan Bain fue a Nueva Orleáns y que fue detenido por la policía apenas abandonó el avión.

Tragg trató de disimular su sorpresa.

—¿Fue así?

Mason arqueó las cejas.

—¿Usted no suponía que yo sabía eso, eh?

—Usted sabe muchas cosas, Mason. Y algunas veces me asombra, sobre todo cuando veo lo que sabe. Otras, en cambio, me temo que nunca averiguaré lo que usted sabe, por lo tanto, tengo

que librarme de que usted trate de saber lo que yo sé.

—Desde luego —dijo Mason—. El hecho de que Nathan Bain fuese detenido por la policía y de que Nellie Conway fuese detenida por la policía y que usted esté aquí impaciente paseándose por el terminal esperando el avión que parte para Nueva Orleáns, es la mejor señal de que Nathan Bain ha hecho alguna declaración que es de la mayor importancia. ¿O es que usted esperaba que él estuviese aquí a estas horas?

—Realmente, debería usted tener un turbante y una bola de cristal, Mason. Entonces podría usted hacer grandes negocios adivinando las cosas, leyendo las mentes, prediciendo el futuro. Es una pena que se pierda ese talento en algo sin utilidad, en cosas de aficionados.

—¿Confesó Bain el crimen? —preguntó Mason.

—¿Por qué no mira usted en su bola de cristal? —le preguntó Tragg.

—¿No me dará ninguna información, teniente?

Tragg movió la cabeza en forma negativa.

—Voy a tener problemas con su sargento Holcomb, Tragg.

—Usted ya ha tenido problemas con él antes. Eso no es ninguna novedad.

—Quiero decir que voy a tener un verdadero disgusto con él. Voy a ponerlo en la picota.

—¿De veras…?

—Puede usted estar completamente seguro de ello.

—¿Qué es lo que hizo ahora?

—Es por lo que no hizo. Tiene que recordar muy convenientemente una conversación que tuve con él, en la cual le dije todo sobre Nellie Conway.

Tragg estaba serio y pensativo.

—El sargento Holcomb conoce a Nathan Bain. Han hablado varias veces.

—¿De qué?

—Es solamente una cuestión de amistad, desde luego. Holcomb se matriculó en una clase de oratoria que se dedicaba a agentes de policía y auxiliares de Sheriff, y que era dada bajo los auspicios de uno de los clubs del servicio. Nathan Bain era uno de los profesores en esa clase. Y produjo muy buena impresión en Holcomb.

»Bain es un orador suave y convincente. Tiene mucha personalidad cuando quiere. Holcomb quedó muy impresionado. Se decidió a ir a felicitar a Bain, y entonces tuvieron una larga conversación.

»Dos meses más tarde, Bain llamó por teléfono a Holcomb y le dijo que sospechaba que esa enfermera llamada Nellie Conway, la que cuidaba de su esposa, le había robado algunas alhajas, y le preguntó a Holcomb que debía hacer. Entonces Holcomb le dijo que eso no era cosa de él y que no le incumbía nada sobre robos, pero después que ambos tuvieron una larga conversación sobre el asunto, Holcomb le sugirió a Bain que buscase un detective privado y le recomendó a James Hallock.

»¿Es esto suficiente para contestar a su pregunta?

—Eso explica muchas cosas —dijo Mason—. Pero no responde a mi pregunta, porque yo no estaba haciendo ninguna pregunta. Estaba haciendo una declaración.

—Bueno —dijo Tragg—. Creo que a usted le gustará saber el final del asunto. Naturalmente, cuando usted le comunicó a Holcomb la historia sobre el asunto de la medicina, Holcomb pensó que usted estaba eslabonando una defensa para Nellie Conway, y de esa forma usted podía usar esa trampa para Nathan Bain cuando en el Tribunal lo interrogase y dejar así libre a su cliente.

Una voz femenina anunció por los micrófonos que los pasajeros del avión en que iba Tragg se dirigiesen a la puerta número 15. Tragg dio por bienvenida la interrupción y sonriendo dijo:

—Mucha suerte, abogado.

Gracias, y lo mismo digo. Espero que traerá usted la confesión de Nathan Bain y se la arrojará sobre la mesa de Holcomb.

—¿Algún mensaje para la policía de Nueva Orleáns?

—Cariñosos saludos —dijo Mason.

—Puede que quieran que usted regrese allí.

—Si la policía de Nueva Orleáns quiere que regrese allí, entonces ya pueden telegrafiar una orden de detención para mi arresto y después que procuren encontrar alguna ley que yo haya violado en el Estado de Luisiana. Entonces ya podrán conseguir mi extradicción. Puede usted explicarles de paso alguno de los fundamentos de la vida legal, Tragg.

Tragg sonrió, levantó su mano en señal de despedida y caminó

hacia la puerta que les habían indicado.

Mason lo observó hasta que se perdió de vista, y cuando ya se estaba volviendo, oyó el taconeo de unos rápidos pasos a sus espaldas y vio a Della Street corriendo hacia él.

—Hola, jefe.

—Hola. ¿Dónde has estado, Della?

—Puedes imaginártelo. Cuando vi al teniente Tragg esperando por aquí, no sabía a quién andaba buscando, si sería a ti o a mí, o bien si simplemente estaba esperando para tomar un avión. Entonces me fui a un sitio donde ni él ni sus esbirros pudieran seguirme.

—Y después, ¿qué? —preguntó Mason.

—Después —dijo Della— estuve observando la situación y creí que Tragg venía para tomar un avión para Nueva Orleáns, y estuve vigilándolo desde un buen lugar, esperando una oportunidad para poder comunicártelo cuando vinieses. Pero él es uno de esos hombres nerviosos que pasea y vuelve a pasear con los ojos siempre fijos en el reloj, como corresponde a un viajero nervioso.

—¿Dónde está Victoria Braxton?

—Estamos en un hotel para automovilistas.

—¿Debidamente registradas?

—Sí, con nuestros propios nombres. Es así como tú querías, ¿verdad?

—Muy bien. Me hubiera resultado odioso el que ella apareciese como una fugitiva de la Justicia.

—¿Y no lo es?

—¿Anda alguien en su busca?

—Los periodistas, pero por lo que yo puedo apreciar, eso es todo. Fue citada para estar mañana a las diez de la mañana en la oficina del fiscal del Distrito para ser interrogada.

—¿Se lo notificaron a ella? —preguntó Mason.

—No, únicamente lo supo por la Prensa. Notificaron a su hermano Jim y a Georgiana. Ya veo que hicieron bien el empalme con el avión. ¿Qué piensas de ellos, jefe?

—Me parece buena gente —dijo Mason—, excepto que algunas veces esa mujer se desata a hablar a su antojo.

—¿Te dijo sobre…?

Mason movió la cabeza con ademán afirmativo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quieres informar a la Prensa de que nosotros podemos…?

—No —dijo Mason—. Quiero que esa información quede guardada en la refrigeradora para ser usada a su debido tiempo, en propia forma y en el lugar adecuado. Si Nathan Bain confiesa el asesinato de su mujer, nosotros le pasamos esta información al teniente Tragg…, porque espero que Tragg probablemente lo sabrá todo antes que nosotros tengamos la menor oportunidad de decírselo.

»Por otro lado, si la policía trata de darle a Nathan Bain un baño de inocencia, entonces nosotros le pegaremos con esto en la cara.

—¿Y por qué han de tratar de darle a Nathan Bain un baño de inocencia?

—Porque —dijo Mason— nuestro amigo el sargento Holcomb ha estado tomando lecciones de orador público de Nathan Bain. ¿Y no es eso exactamente demasiado sospechoso?

—Qué coincidencia, ¿verdad?

—Es una coincidencia, si quieres juzgarlo de esa forma.

—Y si uno quiere verlo de otra forma, ¿qué es?

—Supongamos que tú estuvieras planeando cometer un crimen. Y supongamos que tú fueras socio de un club del servicio que estaba dando clases para oradores públicos destinadas a voluntarios y que esas clases estuvieran compuestas de detectives y auxiliares de Sheriff. Y supongamos que tú fueras un orador suave y convincente, y supieses la buena impresión que podías causar en las gentes. Esa era una agradable manera de adquirir buenos amigos que estaban en posición para echarte una mano en un caso dado, y hacer algo favorable por ti, o de buscar una forma de tener la espalda resguardada.

Della Street movió la cabeza.

—Bueno —dijo Mason—. Aparentemente, el sargento Holcomb y Nathan Bain son exactamente eso —y Mason cruzó dos dedos en alto.

—¿Y puede eso complicar la situación? —preguntó Della Street.

—Eso puede provocar un infierno. ¿Dónde está el auto, Della?

—En el parque de estacionamiento.

—Muy bien, voy a recoger mi maletín y tú vete a buscar el coche. Te espero frente a la puerta. ¿Ningún repórter de los

periódicos esperándome?

—Aparentemente, no. Han estado tratando de ponerse al habla contigo, pero llamaron a la policía de Nueva Orleáns, y allí les dijeron que no podías abandonar Luisiana sin permiso de la policía y hasta que ésta terminara de completar sus investigaciones.

—¡Bueno, eso es una gran cosa! —dijo Mason.

—¿Qué hiciste? ¿Dejaste fianza para poder salir?

—Me marché. ¿De dónde sacaron esa idea de que podían prohibirme abandonar la ciudad sin su permiso? La situación hubiera sido diferente si el crimen se hubiera cometido en Luisiana. Pero están investigando sobre un crimen que fue cometido en California. ¡Al diablo con ellos!

—Al diablo con ellos, así me gusta —dijo riendo Della Street—. No pienses más en eso, jefe. Tú estás ahora a mil quinientas millas de Nueva Orleáns. Ye por tu maletín y yo voy por el coche.

La muchacha le dedicó una rápida sonrisa y se fue hacia el parque de estacionamiento.

Mason recogió el maletín que le traía un mozo y estaba de pie a la puerta cuando Della apareció junto a la acera. Puso el maletín en la parte de atrás del coche, se deslizó hacia el asiento al lado de ella y dijo:

—Vamos a asegurarnos de que no nos vienen siguiendo, Della.

—Muy bien. Observa atrás y yo doblaré por alguna de estas calles laterales.

Perry Mason se volvió para observar el camino detrás de él.

—¿Cómo está Vicky, Della?

—Me preocupa, jefe.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero hay algo que no puedo descifrar.

—¿Alguna cosa sobre el testamento?

Della Street dijo:

—Sí, ese testamento no es el mismo ahora que cuando tú lo vistes.

—¿No?

—No.

—¿Cuál es la diferencia?

—En el final del párrafo —dijo Della Street— hay ahora una forma perfecta de puntuación, un hermoso punto redondo, hecho

con tinta.

—¡Qué magnífico!

—Jefe, ¿qué podría resultar de una situación como esta?

—¿Qué podría resultar cómo?

—¿Sería esto una falsificación?

—Cualquier marca que se ponga en un documento con el propósito de perjudicar a otro y que sea hecha después que el documento fuese firmado, constituye una alteración de ese documento.

—¿Incluso un insignificante punto, no mayor que el aguijón de una mosca?

—Incluso un punto que sea la mitad de eso, a condición de que resulte una parte significante en el documento y que haya sido hecho con la intención de que sea tal.

—Bueno, así está ahora.

—¿Le has preguntado sobre eso?

—*Dice* que su hermana fue quien lo puso.

Se produjo un intervalo de silencio.

Después, Della Street dijo:

—¿Qué tal marchamos, jefe?

—Nadie parece tomar el más mínimo interés en nuestra ruta, Della.

—¿Y qué me dices de esto? ¿Nos metemos por el bulevar principal?

—Dobla una vez más y luego empieza a acelerar. Quiero oírle a Vicky Braxton su historia sobre ese punto al final del testamento.

Capítulo 15

Victoria Braxton, ataviada con un elegante traje sastre, daba la impresión de una eficiente mujer de negocios. Estaba esperando a Perry Mason y Della Street en el bien amueblado vestíbulo del hotel de lujo para automovilistas, donde Della Street se había registrado.

Mason no perdió tiempo en detalles.

—No sé de cuánto tiempo dispondremos —dijo—, pero puede ser bastante menos del que esperamos, así que permítame usted tratar los puntos principales.

—¿Puede usted decirme qué sucedió en Nueva Orleáns? —preguntó ella.

Mason movió la cabeza negativamente.

—Es demasiado largo para contarlo ahora.

—Me gustaría saberlo. Estoy muy interesada en cualquier cosa que haga Nathan —dijo ella.

—También la policía lo está —dijo Mason—. Bueno, hablaremos de ello ampliamente después, si tenemos tiempo. Ahora quiero saber ciertas cosas.

—¿Cuáles?

—Exactamente lo que sucedió en relación con la muerte de la señora Bain.

—Señor Mason, *yo* le di el veneno.

—¿Está usted segura?

—Sí.

—¿Cómo sucedió eso?

—Nellie Conway puso aquellas tabletas en el plato. Me dijo: «Tan pronto como Elizabeth despierte después de las seis de la mañana, tomará esta medicina. No se la dé antes de las seis, sino que désela exactamente cuando despierte después de las seis».

—¿Había allí tres tabletas?

—Sí.

—Y entonces, ¿qué sucedió?

—Bien, verá usted, señor Mason. Se despertó y yo le di la medicina. Tienen que haber sido aquellas tabletas.

—¿A quién le ha dicho usted esto?

—A la señorita Street y a usted.

—¿Se lo dijo usted a los policías?

—No, señor Mason. No se lo dije, por causa de que en ese momento… Bien, cuando los policías fueron allí e investigaron, todos estábamos tan excitados, que en ese momento no se me ocurrió pensar que por alguna extrema posibilidad pudiera haber sido yo la que le administrara el veneno.

—Está muy bien.

—¿El qué?

—El que usted no se lo haya dicho a nadie. No se lo diga a nadie ni lo mencione siquiera. No le diga nada a la policía. No diga nada a nadie.

—Pero, señor Mason, no lo entiendo. Esa es la única prueba con la cual pueden relacionar a Nellie Conway con la muerte de mi hermana, y Nellie Conway, desde luego, es el eslabón de enlace en el juego de Nathan Bain.

—Por el momento —dijo Mason— deje que la policía se preocupe sobre los eslabones de enlace.

—Señor Mason, pienso que eso no es acertado. Y pensaba decírselo a ellos. Aquellas tabletas que Nellie dejó en el plato estaban envenenadas.

—No se lo diga.

—Por favor, ¿quiere usted decirme por qué?

—No —dijo Mason—, no hay tiempo. Ahora, dígame sobre ese testamento.

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo relacionado con eso. No creo que su hermano o su cuñada supiesen nada de ese testamento…

—¿Y eso es causa de alguna diferencia?

—Puede ser.

—Elizabeth no quería que Georgiana, es decir, la esposa de Jim, supiese nada sobre eso.

—¿Y por qué no?

—Porque eso la hubiera hecho aún más extravagante, bajo los efectos de la idea de que ella podía algún día poseer parte del dinero de Elizabeth.

—¿Es así Georgiana?

—Es terrible, y ella siempre saca las más disparatadas conclusiones de las cosas más insignificantes. Así, por ejemplo, ahora siempre tiene arruinado a Jim a causa de débitos. Sólo Dios sabe lo que deben. Si se enterase de este testamento…, quiero decir, si hubiese tenido conocimiento sobre él…, sobre la forma en que Elizabeth fue herida y todo lo demás…, bien, se hubiera lanzado a alguna otra nueva francachela de despilfarro.

Mason digirió esa información con reserva.

—¿Tuvieron usted y Elizabeth discusiones sobre eso?

—Sí.

—Esto puede o no explicar algunas cosas.

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Hay algo sobre su historia que no me gusta.

—¿El qué?

—En principio, cuando usted vino a mi oficina y me dijo que su hermana la había enviado a usted allí, que usted iba a contratar mis servicios y que yo tenía que redactar un testamento.

—Bien, ¿qué hay de malo en todo eso?

—Después, cuando alguien telefoneó y preguntó por «Vicky», usted se sorprendió. Dijo que solamente sus íntimos la llamaban Vicky, y ninguno de ellos sabía que estaba usted allí.

—Oh, ¿usted quiere decir mi hermano y mi hermana?

—Sí.

—Bueno, no sabían que yo estaba allí. Solamente Elizabeth sabía dónde estaba, y yo estaba segura de que Elizabeth no me telefonearía. Pero Jim sabía que yo le pregunté a Nellie Conway dónde estaba la oficina de usted, y él pensó, creo, que yo había ido allí a preguntarle a usted algo sobre el caso de ella o el arreglo.

»Estaban, desde luego, tratando frenéticamente de encontrarme. Probó media docena de sitios y después llamó a su oficina, exactamente al azar.

—Muy bien, déjeme poner las cartas sobre la mesa. ¿Por qué no sabían su hermano y su hermana que usted estaba allí?

—Por la misma razón que le he dicho a usted, señor Mason. Que

no sabían nada sobre el testamento. Elizabeth discutió eso sólo conmigo.

—¿Cuándo?

—Cuando se despertó sobre las…, oh, creo que era sobre las cinco de la mañana.

—Muy bien. Dígame lo que sucedió.

—Bueno, usted comprende, se despertó, primero a eso de las tres de la madrugada. Todos fuimos a su habitación entonces y hablamos con ella. No se habló mucho. Solamente hubo saludos y se habló de generalidades. Nos besó y nos dijo cuán contenta estaba de vernos.

—Y después, ¿qué?

—Después volvió a dormirse. Dejamos a Nellie Conway a su cuidado y nos fuimos a otro cuarto a acostarnos un rato. Dormí una hora u hora y media, y después volví a la habitación y le dije a Nellie que estaba ya descansada y que podía relevarla.

—Y después, ¿qué?

—Fue entonces cuando puso las tabletas en el plato y me dijo que se las diese a Elizabeth, a cualquier hora que se despertara un poco después de las seis de la mañana.

—¿En dónde estaban las tabletas antes de dárselas a usted Nellie?

—En una pequeña caja, en el bolsillo de su uniforme. De ahí fue de donde ella las sacó cuando yo las vi por primera vez.

—¿Por qué Nellie Conway no las dejó dentro de la caja y simplemente le dijo a usted eso?

—Aparentemente, tenía temor de olvidarlo. Sacó el plato de debajo del vaso que tenía el agua y puso las tabletas en él, a la vista, al lado de la cama.

—¿A qué distancia de Elizabeth?

—Pues exactamente al lado de la cama. A un par de pies de distancia, quizá.

—¿A qué distancia de usted?

—Yo estaba sentada cerca. Las tabletas no podían estar a más de tres o cuatro pies de distancia de mí.

—¿A qué distancia de la puerta de la habitación?

—La puerta de la habitación estaba junto a la mesita. Y ésta estaba a unas…, oh, a unas dieciocho pulgadas o a dos pies de la

puerta de la habitación.

—Exactamente; quería darme cuenta bien de las cosas —dijo Mason—. Y después, ¿qué sucedió después de eso?

—Bueno, Elizabeth estaba durmiendo. Se despertó aproximadamente a las cinco de la mañana y empezó a hablarme. Entonces fue cuando me habló del testamento.

—Y después, ¿qué?

—Yo estaba pensando en darle la medicina…, serían sobre las seis menos veinte…, pero se volvió a quedar dormida y no se despertó hasta cerca de las siete menos cuarto. Entonces le di la medicina con un poco de café.

—Dígame algo más sobre lo que sucedió cuando ustedes estaban hablando.

—Habló conmigo durante cerca de una media hora, creo yo, señor Mason, diciéndome lo que intentaba hacer respecto al hecho de que Nathan había tratado de matarla; que ella había hablado con Nellie Conway sobre usted y que quería que usted fuese su abogado para que le comunicase a Nathan Bain que todo había terminado entre ellos; que iba a pedir el divorcio y que quería hacer un testamento desheredando a Nathan.

—¿Dijo alguna cosa sobre las bases en que se fundaba para pedir el divorcio, sobre alguna prueba que ella tuviese?

—No entró en detalles, pero me dijo que tenía pruebas documentales.

—¿Pruebas *documentales*? —preguntó Mason cortante.

—Exacto.

—Iba a obtener un divorcio porque él había intentado matarla, ¿verdad?

—No lo sé…, pero supongo que así era.

—¿Y tenía pruebas *documentales*?

—Eso es lo que me dijo. Pienso que serían relativas a infidelidad.

—¿Dónde las guardaba?

—No me lo dijo.

—Muy bien —dijo Mason—, continúe. ¿Qué sucedió?

—Bueno, —dijo que esperaba que usted fuese allí y preparase un testamento para que ella lo firmara, y me rogó que fuese a verlo a usted. Pidió el talonario de cheques y me dijo que estaba en su

bolso dentro de un cajón del escritorio. Se lo llevé y ella llenó el cheque para usted.

—Y después, ¿qué?

—Después hablamos sobre el hecho de que estaba realmente temerosa de Nathan, y presentía que antes de que usted pudiese escribir el testamento y ella firmarlo, sucedería alguna cosa.

—Lo cual resulta algo melodramático, ¿verdad? —preguntó Mason.

—No, si usted analiza los acontecimientos posteriores —respondió cortante la señorita Braxton.

—Muy bien, continúe.

—Bien, yo le dije que no creía que fuese necesario. Le dije también que iría a verlo a usted y le diría lo que ella quería, y que usted podía probablemente estar allí antes del mediodía con un testamento ya redactado y listo para firmarlo ella. Pero insistió en que pensaba que sería mejor hacer de su puño y letra un testamento primero y después hacerle saber a Nathan que, sucediera lo que sucediese, él no obtendría un centavo del dinero de ella. Dijo que había estado pensando sobre esto, que había llegado a esa conclusión y que eso era lo que había que hacer.

—¿De forma que lo hizo así?

—Tomó un pedazo de papel y escribió ese testamento.

—Permítame echarle otra ojeada a ese testamento.

—Pero usted ya lo ha visto, señor Mason.

—¿Lo trae usted consigo?

—Sí, desde luego.

Con manifiesta reluctancia, abrió su bolso y le entregó el testamento al abogado.

Mason lo examinó cuidadosamente y después volvió a examinarlo bajo la luz.

—Ahora hay un punto final después de la última palabra —dijo Mason.

Victoria nada contestó.

—Cuando usted vino a mi oficina —dijo Mason— no había punto al final del testamento. Yo le recalqué eso a usted.

—Ya sé que usted lo hizo.

—Así, pues tomó una pluma y añadió ese punto —dijo Mason—. Con idea de dorar la píldora, usted probablemente metió su cuello

dentro de un lazo. Harán realizar un análisis espectroscópico de la tinta con que fue trazado ese punto, si tienen alguna sospecha de que…

—¿Usted cree que demostrarían así que fue hecho con una tinta y pluma diferentes? —preguntó ella—. Bueno, no necesita usted preocuparse por eso, señor Mason. Este punto fue hecho con la pluma de Elizabeth y fue la misma pluma con la que escribió el testamento.

—¿Cuándo lo hizo usted? —preguntó Mason.

—Yo no lo hice.

—¿Quién lo hizo?

—Elizabeth.

—Lo hizo usted —dijo Mason—. ¿Sabe usted algún cuento más divertido que éste?

—Le estoy diciendo la verdad, señor Mason. Estaba muy turbada sobre ese punto que faltaba al final del párrafo último. Después de hacérmelo ver usted, comprendí que si alguna cosa sucediese…, en efecto sucedió… Elizabeth había sido envenenada. Tan pronto como pude, tomé un taxi para llegar allí, y fui derecha a la habitación. Elizabeth estaba muy, muy enferma. Estaba sufriendo una penosísima agonía, pero estaba consciente. Les pedí a todos que me dejaran sola con ella por unos momentos, y entonces le dije: «Elizabeth: el señor Mason dice que descuidaste poner un punto final en este testamento». Al mismo tiempo tomé la pluma y se la puse entre los dedos.

—¿Y ella se dio cuenta de eso?

—Bueno, yo… Ella estaba muy mal entonces.

—¿Ella tomó la pluma cuando usted se la dio?

—Yo se la puse en la mano.

—Y después, ¿qué hizo usted?

—Le acerqué el testamento para que así pudiera poner un punto final en el lugar apropiado.

—¿Levantó la cabeza de la almohada?

—No.

—¿Cómo vio dónde ponía el punto final?

—Yo guié su mano.

—Ya veo —dijo Mason secamente.

—Pero ella sabía lo que se estaba haciendo.

—Me gusta la forma en que usted dice eso —dijo Mason irónico —. En lugar de decir que ella sabía lo que *estaba haciendo,* usted dice que ella sabía lo que *se estaba haciendo*.

—Bueno, ella sabía lo que estaba haciendo entonces.

—Usted no me está diciendo la verdad sobre ese testamento — insistió Mason.

—¿Qué quiere usted significar?

—Yo quiero decir que esa historia que usted me contó no es la verdadera historia.

—¿Por qué no, señor Mason? ¿Cómo puede usted decirme eso?

—Le está usted hablando a un abogado. Dejemos todas esas tonterías y tratemos la verdad para cambiar un poco.

—No entiendo lo que quiere usted decir.

—Que ese testamento no estaba terminado cuando usted lo llevó a mi oficina. Y usted lo sabe.

—Bueno, ciertamente… Pero, ciertamente también, está terminado ahora.

—¿Por qué dejó Elizabeth Bain a la mitad ese testamento?

Victoria Braxton dudó. Sus ojos miraron en torno a la habitación como buscando una salida.

—Continúe —dijo Mason implacable.

—Si usted *necesita* saberlo —dijo ella bruscamente—, Elizabeth estaba escribiendo el testamento cuando Georgiana abrió la puerta y miró adentro para ver lo que podía hacer…, es decir, para ver si había algo en que ella pudiera ayudar.

—Eso ya suena mejor —dijo Mason—. ¿Y qué sucedió?

—Elizabeth no quería que Georgiana supiese que estaba haciendo un testamento, y entonces escondió el pedazo de papel debajo de las sábanas. Georgiana preguntó cómo iban las cosas y si estábamos bien. Le dije que sí y ella se volvió a su habitación, a dormir.

—Y luego, ¿qué?

—Luego que ella se fue a su habitación, Elizabeth esperó unos minutos, tendida, con los ojos cerrados, y entonces, de pronto, me di cuenta de que se había dormido. Entonces tomé la pluma de entre sus dedos, pero el testamento estaba debajo de las sábanas y no podía sacarlo sin despertarla. Decidí esperar hasta darle la medicina, y entonces saqué el testamento. Creí que ella lo había

terminado del todo, en vista de algo que hizo: que había dejado de escribir ya un minuto o dos antes de que Georgiana abriera la puerta.

—¿Y cuándo tomó usted el testamento?

—Bien, cuando le di a ella la medicina, la tomó sin agua, pero quería un poco de café; entonces toqué el timbre y le pedí al ama de llaves que trajese un poco de café.

»Sobre esa hora del día, vino la enfermera y dijo que ella le daría el café. Yo solamente tuve tiempo de sacar el testamento de debajo de las sábanas. Elizabeth vio lo que yo estaba haciendo, sonrió, y moviendo la cabeza, dijo: «Muy bien, Vicky». Así, yo supuse que ella pensaba que había terminado. Esta es la real y honesta verdad de Dios, señor Mason.

—¿Y por qué no me dijo usted eso antes?

—Porque yo tenía temor de que usted pensase que eso…, bien, que usted pensase que el testamento, realmente, no había sido terminado.

—¿Y no estaba nadie más en el cuarto en el momento en que Nellie Conway puso aquellas tabletas en el plato?

—No.

—Bueno, ahora vamos a llevarla a usted al aeropuerto. Quiero que tome el primer avión que salga para Honolulú. Y quiero que le envíe un cable desde el avión al fiscal del Distrito diciéndole que ciertos asuntos relacionados con los negocios de su hermana hicieron necesario para usted ir a Honolulú; que usted estará en contacto continuo con él, y que puede contar con su colaboración; pero que existen asuntos de naturaleza importante y que su abogado le aconseja que haga ese viaje, personalmente y en seguida, a Honolulú.

—¿Pero qué asuntos serían esos?

—¿Su hermana tenía propiedades en Honolulú, verdad?

—Sí. Muchísimas. Nosotros fuimos a uno de sus chalets allí. Ella tenía montones de ellos.

—No tiene usted necesidad de decirle a nadie qué clase de asuntos son esos.

—Pero, Dios santo, ¿qué haré yo allí cuando llegue?

—No tiene usted que ir allí.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que será usted llamada para regresar.

—¿Entonces, por qué voy?

—Porque ese es un buen medio para sacarla a usted de la circulación —replicó Mason—. Usted no va huyendo, puesto que le envía un telegrama al fiscal del Distrito firmado con su nombre. Usted adquiere su billete también con su nombre, y yo tomo la responsabilidad como abogado suyo, al enviarla a usted allí.

—Eso suena a algo insensato —dijo ella.

—Eso —dijo Mason—, está lejos de ser ninguna locura; es una cosa acertada. Y ahora le advierto a usted que no discuta el caso con ninguna persona. En ningunas circunstancias, no le diga a nadie que usted le dio a Elizabeth aquellas tabletas. Y en ninguna circunstancia, discuta el caso con la policía o con el fiscal del Distrito, a menos que yo esté presente. ¿Me entendió?

—Yo todavía no veo…

—¿Seguirá usted mis instrucciones?

—Sí.

—¿Al pie de la letra?

—Sí.

Mason se volvió hacia Della Street y le dijo:

—*Okay*, Della. Llévala al aeropuerto.

Capítulo 16

Cerca del mediodía, Paul Drake se detuvo para ver a Perry Mason. Mason no hizo intento alguno por disimular su ansiedad.

—Paul, ¿qué sucede en Nueva Orleáns? ¿Hizo Bain alguna confesión?

—La policía no ha dado una sola información, Perry… Bueno, rectifico lo dicho. Ha dado una.

—¿Cuál es?

—Una orden de arresto para ti.

—¿De qué me acusa?

—De vagancia.

—¿De alguna cosa más?

—¿Quieres decir alguna acusación más?

—Sí.

—No. ¿Y no es ya suficiente la orden de arresto?

Mason sonrió y dijo:

—No pueden conseguir mi extradición por vagancia. Y ellos lo saben. Únicamente dicen eso por decir.

—Están terriblemente disgustados contigo.

—Déjalos estar. Pero no has venido aquí solamente para decirme eso.

—El teniente Tragg ha descubierto alguna cosa allí.

—¿Qué es?

—Algo grande.

—¿La prueba de que Nathan Bain asesinó a su esposa?

—Aparentemente —dijo Drake— es la prueba de que él no lo hizo.

—Me gustaría ver *esa* prueba.

—Puedo decirte una cosa, Perry —repuso Drake—. Ellos tienen alguna prueba secreta en este caso, alguna prueba que están

guardando con toda reserva para que nadie sepa lo que es.

—¿Qué clase de prueba?

—No pude saberlo.

—¿Apunta eso a Nathan Bain, apunta acaso a que ella se suicidó…?

—Todo lo que yo sé es que existe una prueba supersecreta.

—¿Y tienes alguna probabilidad de averiguarla?

—El Gran Jurado se reúne en sesión hoy. Van a tratar de algo relacionado con este caso. Tengo un ayudante allí que tiene un hilo de conexión con el Gran Jurado. Él puede darnos alguna luz sobré el asunto.

»Y también he sabido que el fiscal del Distrito está furioso porque Victoria Braxton no se presentó para *ser* interrogada.

—Salió de viaje —dijo Mason—. Tiene intereses que atender en Honolulú, y precisaba forzosamente marcharse.

—Eso me dijiste —replicó Drake con sequedad.

—Ella procedió —dijo Mason—, en lo que a sus negocios concierne, siguiendo las instrucciones de su abogado.

—Bueno, eso está muy bien. Únicamente que el fiscal del Distrito no piensa lo mismo.

—No puede hacerlo, en efecto. ¿Alguna cosa más, Paul?

—La policía de aquí ha estado consultando con el teniente Tragg en Nueva Orleáns. Algo ocurrió esta mañana que ellos lo consideraron de gran importancia…

El teléfono sonó repetidas veces. Della Street contestó y dijo:

—Es para ti, Paul.

Drake tomó el auricular y dijo:

—Hola… Sí… Muy bien, dígamelo… ¿Quién más sabe esto…? Muy bien, gracias. Adiós.

Colgó el receptor y volviéndose a Mason, le dijo:

—Aquí tiene su respuesta. El Gran Jurado ha formulado una acusación secreta contra Victoria Braxton, acusándola de asesinato en primer grado.

Mason abrió desmesuradamente los ojos:

—¿Y cuál es la prueba, Paul?

—La prueba es secreta.

—No puede ser secreta si ellos han presentado esa prueba ante el Gran Jurado.

—No te preocupes, Perry. Ellos no presentaron ninguna prueba ante el Gran Jurado que no estén dispuestos a lanzarla a los cuatro vientos…, es decir, oficialmente. Con seguridad que ellos le dijeron cualquier cosa al oído del Gran Jurado.

—Yo tenía el presentimiento de que algo de eso andaba en la atmósfera.

Se volvió hacia Della Street y le dijo:

—Della, vamos a enviarle un cable a Victoria Braxton, al avión en ruta para Honolulú, diciéndole que regrese. Ya pensé que tendríamos que hacer esto, pero creí que sería sólo por una citación del Gran Jurado, en lugar de un procesamiento.

—¿Un telegrama diciéndole lo que está pasando? —preguntó Della Street.

—No. No, porque tenemos que encubrir al agente de Paul Drake que nos facilitó esa información. No podemos dejar que nadie sepa que nosotros estamos al tanto de lo que el Gran Jurado hizo. No, al menos por ahora.

—¿Qué quieres decirle? —preguntó Della, tomando su lápiz y su cuaderno de notas.

Mason pensó un momento, después sonrió y dijo:

—Ponle este cable: REGRESE AL INSTANTE. TODO ESTA DIFÍCIL.

Capítulo 17

El proceso del Estado de California contra Victoria Braxton, se abrió con toda esa eléctrica tensión que acompaña a una pelea por ganar el campeonato, entre dos boxeadores que nunca han sido derrotados.

El gran oso pardo, Hamilton Burger, fiscal del Distrito, fieramente triunfal, con la seguridad de que al fin tenía en sus manos un caso de acusación perfecta, sin falla alguna posible, estaba haciendo los movimientos preliminares, como el jugador que sabe que tiene en su poder todos los triunfos.

Perry Mason, el veterano estratega de los Tribunales, operaba con precaución, tomando ventaja de cada tecnicismo del que creía que podía sacar algún beneficio, tanteando el camino con tacto y percibiendo demasiado claro que el acusador tenía preparada una trampa para él, y que en cualquier instante el pavimento legal podía hundirse debajo de sus pies.

Además, Mason tenía informaciones confidenciales de que el acusador había guardado cuidadosamente como una sorpresa, una prueba que podía resultar devastadora una vez presentada, y Perry Mason, no obstante haber usado cada truco legal tratando de hacer que la acusación descubriera su juego, había sido finalmente forzado a ir al juicio sin ningún conocimiento del plan de operaciones de su adversario ni los verdaderos elementos de la acusación, excepto los que habían sido utilizados por el fiscal para formular aquélla ante el Gran Jurado y conseguir el procesamiento.

Entre los bien enterados en las cuestiones judiciales, las apuestas eran de cinco a uno contra Mason.

Poco tiempo se había perdido en seleccionar a un Jurado. Mason había indicado que él sólo quería un Jurado imparcial y recto para su cliente, y Hamilton Burger había mostrado la mejor voluntad

aceptando a doce individuos sin más condiciones que el que estuviesen guiados por las pruebas presentadas en el caso.

Los periodistas esperaban ávidamente a que Hamilton Burger iniciase el juicio con una declaración especificando el delito que él se proponía probar, pero los abogados veteranos sabían de antemano que Burger no dejaría translucir en las primeras fases del juego, el más leve indicio de la clase de triunfos que poseía.

Después de subrayar el hecho de que esperaba probar que Victoria Braxton había envenenado a su hermana administrándole tres tabletas de cinco gramos de arsénico, sabiendo por anticipado que la hermana había hecho un testamento dejándole la mitad de su fortuna a la acusada y que esa fortuna estaba valorada en medio millón de dólares, el acusador Burger anunció:

—Les expongo a ustedes, señoras y caballeros del Jurado, que en este caso a acusación no tiene el propósito de tomarse ninguna ventaja técnica sobre la acusada. La acusación se limitará a presentar la prueba de varios testigos, lo cual hará que ustedes se familiaricen con la cadena de acontecimientos que llevaron a la muerte de Elizabeth Bain.

»Esta prueba no seguirá el modelo legal corriente, sino que se desenvolverá dentro de la forma de desentrañar una historia. Nosotros pintaremos un cuadro, señoras y caballeros, un extenso retrato de todo, con pinceladas seguras de hechos evidentes. Queremos que ustedes vean el fondo entero del asunto y quizá encuentren en este caso que la prueba es poco corriente, comparada con el proceder ordinario, pero si siguen ustedes de cerca el asunto, llegarán a la conclusión inevitable de que la acusada es culpable de asesinato en primer grado y de que cuidadosa y deliberadamente planeó el ejecutarlo en la forma más cruel y en tales circunstancias, que será necesario para ustedes el pronunciar un veredicto de culpable de asesinato en primer grado, sin recomendaciones de clemencia y haciendo preceptiva la pena de muerte.

Hamilton Burger, con ostentoria solemnidad, se dirigió a su mesa, se sentó y miró significativamente al juez.

—¿El defensor desea hacer alguna declaración ahora? —preguntó el juez Howison.

—No ahora, Su Señoría. La defensa prefiere hacer su declaración cuando presente su propio caso —replicó Mason.

—Muy bien. Llame a su primer testigo, señor fiscal del Distrito.

Hamilton Burger, acomodado en la gran butaca destinada al fiscal, inició los procedimientos preliminares dirigiéndose a sus agentes, David Gresham, auxiliar del acusador, y Harry Saybrook, el lugarteniente que había sido ignominiosamente trasteado por Mason en el juicio de Nellie Conway, y que se encontraba sediento de venganza y había hecho de forma que lo nombrasen auxiliar también en este caso.

En rápida sucesión, los testigos fueron llamados al estrado, probando con sus declaraciones: que Elizabeth Bain había muerto; que antes de morir, había mostrado síntomas de envenenamiento con arsénico; y que después de su muerte, la autopsia había revelado gran cantidad de arsénico en sus órganos vitales, lo que demostró con plena seguridad que su muerte había sido causada únicamente por envenenamiento con arsénico.

Una copia certificada del registro legal, mostraba que había sido hecho un testamento ológrafo, de puño y letra de Elizabeth Bain, de fecha del mismo día de su muerte, y que le dejaba toda su fortuna, a partes iguales, a su medio hermano James Braxton y a su media hermana Victoria Braxton, la acusada en el caso presente.

Después de estos preliminares, Hamilton Burger se encargó personalmente del caso.

—Que comparezca el doctor Harvey Keener —dijo Burger.

El doctor Keener era un sutil profesional, con el aire de un doctor, con una bien cortada barba a lo Van Dyck, ojos fríos y analíticos y lentes de armazón negra.

Ya en el estrado de los testigos, se apresuró a declararse médico cirujano, en pleno ejercicio profesional el diecisiete de septiembre último.

—Dígame: ¿a una hora temprana de la mañana del diecisiete de septiembre —preguntó Hamilton Burger— fue usted llamado para atender a uno de sus enfermos y esa llamada era de urgencia?

—Sí, señor.

—¿A qué hora fue usted llamado, doctor?

—Aproximadamente a las ocho y cuarenta y cinco.

—¿Y fue usted inmediatamente a ver a la enferma?

—Fui, sí, señor.

—¿Quién era la paciente?

—Elizabeth Bain.

—Ahora, doctor, ¿quiere usted decirnos específicamente los síntomas que usted personalmente encontró cuando llegó, no aquellos que la enfermera le dijo?

—Encontré unos síntomas típicos de envenenamiento por arsénico, manifestados en una desordenada gastroenteritis en una gran sed, en dolorosos calambres, en vómitos típicos, en pujos en un pulso irregular y débil, en un rostro lleno de ansiedad y dolor y en la piel fría y pegajosa. Estos síntomas son progresivos y me estoy refiriendo a ellos en un período de tiempo que abarcó aproximadamente, desde mi llegada, hasta la muerte de la paciente, la cual ocurrió alrededor de las once y cuarenta de esa mañana.

—¿Estaba la enferma consciente?

—La enferma estuvo consciente hasta cerca de las once.

—¿Hizo usted algunos análisis químicos para comprobar su diagnóstico?

—Guardé las substancias que fueron expulsadas, para hacer un análisis químico más detenido, pero un rápido análisis químico previo, indicó la presencia del arsénico en el vómito, y los síntomas eran tan típicos que yo estaba ya seguro de mi diagnóstico, a los pocos minutos de llegar.

—Ahora, díganos: ¿tuvo usted alguna conversación con la enferma para saber en qué forma el veneno le había sido administrado?

—La tuve, sí, señor.

—¿Le hizo ella a usted alguna declaración a esas horas, es decir, le dijo quien le había administrado el veneno?

—Así lo hizo.

—¿Quiere usted, por favor, declarar lo que ella dijo sobre la forma en que le fue administrado el veneno o por quién?

—Espere un momento, Señoría —dijo Mason—. Me opongo a esa pregunta por considerarla inadmisible, fuera de lugar y sin importancia, y que claramente suena a rumor.

—Eso no es un rumor —replicó Hamilton Burger—. La enferma estaba entonces muriéndose a causa de envenenamiento con arsénico.

—Ese es el punto, Señoría —dijo Mason—. ¿Sabía la enferma que se estaba muriendo?

—Sí —determinó el juez Howison—. Creo que ése es un requisito previo muy esencial para una pseudo declaración *in articulo mortis*, señor fiscal del Distrito.

—Muy bien. Si el defensor desea que seamos más técnicos, dejaré al margen ese ángulo del caso.

»¿La enferma sabía que se estaba muriendo, doctor?

—Me opongo a esa pregunta, por tratarse de una insinuante sugerencia —interpuso Mason.

—La pregunta es insinuante, señor Burger —dictó el juez.

—Bueno, Señoría —dijo Burger con exasperación—. El doctor Keener es un experto profesional. Él ha oído esta discusión y ciertamente ha comprendido la intención de la pregunta. Sin embargo, si el defensor desea gastar tiempo en tecnicismos, la haré en una forma más larga. ¿Cuál era la condición mental de la señora Bain en esos momentos? Me refiero a las esperanzas de ponerse bien que ella tenía, doctor.

—Me opongo a la pregunta por la forma impropia en que ha sido desviada —atajó Mason.

—¿Seguramente —dijo el juez Howison— que usted no va a poner en duda ahora los títulos del doctor Keener, señor Mason?

—No como médico, Señoría, sino solamente como adivinador —dijo Mason—. La prueba de una declaración *in articulo mortis*, consiste en si la propia enferma declara, como parte de esa prueba, que ella estaba agonizando y qué sabía que su muerte estaba para producirse de un momento a otro, y entonces, con la solemnidad impuesta por el sello de la muerte, la enferma abre sus labios y procede a hacer una declaración que pueda *ser* usada como prueba.

—Su Señoría —dijo irritado Hamilton Burger—, yo me propongo mostrar como parte de mi caso, que la acusada fue dejada sola con Elizabeth Bain: que una medicina fue puesta en un platillo y le fue dada a Elizabeth Bain; que la acusada, subrepticiamente sustituyó esa medicina por tres tabletas de cinco gramos de arsénico; y por último, que cuando la finada se despertó, aproximadamente a las seis y cuarenta y cinco minutos, la acusada le dijo a la fallecida: «Aquí está la medicina», y le dio las tres píldoras, las cuales habían sustituido la medicina que anteriormente había sido dejada por el doctor Keener.

—Entonces, continúe y pruébelo —dijo Mason—. Pero pruébelo

por medio de una prueba que sea atinada y pertinente al caso.

—Creo que para que una declaración sea válida como hecha *in articulo mortis*, usted tiene que demostrarnos que la paciente sabía que la muerte estaba para sobrevenir —dijo el juez Howison.

—Eso es exactamente lo que quiero hacer —dijo Hamilton Burger—. Le pregunté al doctor sobre el estado mental de la paciente.

—Y esa pregunta —dijo Mason— no puede ser contestada con un intento del doctor de leer el pensamiento de la enferma, sino y solamente con lo que la propia enferma pueda haberle dicho.

—Muy bien —concedió Hamilton Burger—. Limítese a este punto, doctor, a lo que la enferma le dijo.

—Ella me dijo que se estaba muriendo.

Hamilton Burger sonrió triunfante hacia Mason.

—¿Puede decirme exactamente las palabras que ella pronunció, doctor?

—Sí puedo —dijo el doctor Keener—. Las anoté en el momento, pensando que eso podría ser importante. Si me permiten consultar mi libro de notas entonces podré refrescar mi memoria.

El doctor, dijo esto en voz alta y con la seguridad del que quiere demostrar que las salas de justicia no le son extrañas y que sabe muy bien defenderse a sí mismo.

Sacó un librito para apuntes, de piel, de su bolsillo.

—Espere un momento —dijo Mason—. Me gustaría consultar las anotaciones de ese librito y desearía hacerlo antes de que el testigo lo emplee para refrescar su memoria.

—Tómelo —dijo con sarcasmo Hamilton Burger.

Mason fue hasta el estrado de los testigos y examinó el librito de anotaciones.

—Antes de que él doctor usase esto para refrescar su memoria, me gustaría hacerle unas cuantas preguntas con el propósito de identificarlo propiamente.

—Muy bien —dijo el juez Howison—. Puede usted formular las preguntas.

—Doctor, ¿esta anotación que aparece aquí fue hecha de su puño y letra?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo fue hecha, doctor?

—Fue hecha aproximadamente cuando la declaración me fue formulada por la paciente.

—¿Y por la paciente usted quiere decir Elizabeth Bain?

—Sí, señor.

—¿Están escritas con pluma y tinta?

—Sí, señor.

—¿Con qué pluma y con qué tinta?

—Con mi propia pluma, llena con la tinta de un frasco que guardo en mi oficina. Y puedo asegurarle, señor Mason, que no hay nada siniestro respecto a la tinta.

Hubo un desbordamiento de regocijo en la sala y el juez Howison lo acalló inmediatamente.

—Muy bien, doctor —dijo Mason—. ¿Y a qué hora fue hecha esa declaración?

—Fue hecha poco antes de que la paciente perdiera el sentido.

—Poco antes, es un término muy relativo, doctor. ¿Puede usted definir eso algo mejor?

—Bueno, yo diría que fue quizá media hora antes.

—¿La enferma perdió el conocimiento media hora después de haber sido hecha esa declaración?

—Sí, señor. Estaba en estado comatoso.

—Permítame ver ese libro de apuntes, por favor, doctor.

Y sin esperar su permiso, empezó a pasar algunas hojas.

—Espere un momento —interpuso Hamilton Burger—. Me opongo a que el defensor curiosee en los documentos privados del doctor Keener.

—Esto no es un documento privado —dijo Mason—. Esto no es más que un librito de anotaciones, que él pretende identificar como tal con el propósito de refrescar su memoria. Tengo derecho a ver lo que hay en las páginas de este libro de notas y de interrogar al doctor sobre ello.

Y antes de que Burger pudiese responder, Mason, con el librito de anotaciones en la mano, se volvió al doctor Keener, diciéndole:

—¿Es su costumbre, doctor, hacer anotaciones en este libro por orden consecutivo, o usted simplemente abre el libro y hace el apunte en la primera hoja que encuentra en blanco?

—Ciertamente no. Escribo las anotaciones dentro de un orden. Voy escribiendo y llenando hoja tras hoja en forma ordenada.

—Ya veo —dijo Mason—. Entonces, esta anotación que usted hizo aquí, esa que usted quería ver hace poco para refrescar su memoria, como siendo las palabras que Elizabeth empleó para decir que se estaba muriendo, ¿es lo último que usted escribió en este libro?

—Sí señor.

—Y esto fue hace algún tiempo. ¿Desde entonces supongo que usted atendió a más enfermos?

—Sí, señor.

—¿Entonces por qué no hizo usted ninguna anotación en este libro después de haberle hecho Elizabeth esa declaración?

—Porque yo le leí esa declaración a la policía cuando apareció en la casa, y la policía en seguida me quitó el libro como prueba, y ha estado en su poder desde esa fecha.

—¿Hasta cuándo, doctor?

—Hasta esta mañana, que me lo devolvieron.

—¿Y por quién le fue devuelto?

—Por el fiscal del Distrito.

—Ya veo —dijo, sonriendo, Mason—. La idea fue que el fiscal del Distrito le preguntaría a usted si sabía las palabras exactas de la finada y usted sacaría entonces su libro de notas del bolsillo y…

—Objeto a eso —gritó Hamilton Burger—. Esa no es una manera propia de repreguntar.

—Creo que eso indica la predisposición del testigo, Señoría.

—Y yo creo que lo que indica es la habilidad del acusador —dijo sonriendo el juez Howison—. Creo, señor Mason, que está usted en lo cierto, pero no veo razón alguna para permitir que la pregunta sea contestada en la presente forma en que fue hecha. El testigo ya declaró que ese libro de apuntes lo tenía la policía hasta esta mañana, en que se lo entregaron de nuevo.

—¿Y es ésa la razón de no haber hecho nuevas anotaciones, después de la relativa a la declaración hecha por Elizabeth Bain de que se estaba muriendo y de que había sido envenenada, verdad?

—Sí, señor.

—Y *ahora*, quizá usted permitirá al testigo continuar con su testimonio —dijo con sarcasmo Hamilton Burger.

—No ahora —dijo sonriendo Mason—. Tengo aún algunas preguntas más que formularle al testigo, relativas a la identificación

de lo escrito en estas anotaciones. ¿Fueron hechas estas anotaciones de su puño y letra, doctor?

—Sí, señor.

—¿Y fueron anotadas poco minutos después de ser hecha la declaración?

—Sí, señor.

—¿Y qué entiende usted por pocos minutos?

—Entiendo que fue cuatro o cinco minutos más tarde.

—¿Y usted anotó la declaración porque la consideraba de importancia?

—Así fue.

—¿Sabía usted que podía ser de importancia tener las palabras exactas de la paciente?

—Sí, señor, lo sabía.

—¿En otras palabras, usted ya ha sido testigo ante los tribunales antes de ahora, usted ya sabía los requisitos legales de una declaración *in articulo mortis*, y usted ya sabía que para que sea aceptada una declaración *in articulo mortis* es necesario probar que la paciente sabía que se estaba muriendo?

—Sí, señor.

—¿Y usted hizo esas anotaciones porque tuvo miedo de que su memoria le fallase?

—Yo no diría eso. No, señor.

—¿Por qué lo *hizo* usted entonces?

—Porque sabía que un abogado inteligente iba a pedirme que le dijera las palabras exactas de la paciente y decidí estar preparado para repetírselas.

Otra vez hubo gran jolgorio entre el público de la sala del Tribunal.

—Ya veo —dijo Mason—. ¿Usted sabía que iba a ser interrogado en este caso y quería estar en posición de poder competir con el defensor al ser repreguntado por éste?

—Si usted quiere plantearlo así, está bien. Sí, señor.

—Ahora, vamos a ver —dijo Mason—. Sin decir las palabras exactas de la paciente. ¿Acaso ésta le declaró a usted quién le había administrado el veneno?

—Sí, señor. Lo hizo.

—¿Y sin embargo, usted no consideraba esa declaración de

particular importancia, doctor?

—Ciertamente, sí la consideré. Esa fue la parte más importante de todo el asunto.

—Entonces, ¿por qué no hizo usted una anotación de eso en su libro de notas, de forma que si algún inteligente abogado le repreguntaba por las palabras exactas de la paciente moribunda, pudiera usted mostrárselas?

—Hice una anotación —replicó agriamente el doctor Keener—. Y si usted quiere tomarse la molestia de mirar la última página de ese libro, allí encontrará las palabras exactas de la paciente.

—¿Y cuándo fue hecha esa anotación?

—Unos minutos después que la paciente hizo la declaración.

—¿Unos minutos después?

—Sí, cinco minutos después. Probablemente, menos aún.

—Cuatro minutos después, quizá.

—Yo diría que en el primer minuto.

—¿Y cuántos minutos pasaron desde esa declaración que hizo la paciente de que ella se estaba muriendo hasta que usted la anotó? Lo que usted recuerde con más precisión. ¿Cuándo fue anotado en su libro de notas?

—Yo diría que también fue anotado un minuto después.

—Pero —dijo sonriendo Mason—, la declaración de la paciente sobre quién le había administrado la medicina, fue hecha en la página precedente a la en que aparece su declaración de que se estaba muriendo.

—Naturalmente —dijo sarcásticamente el doctor Keener—. Usted ya me ha preguntado sobre eso. Y yo le he dicho que hago mis anotaciones en ese libró por orden cronológico.

—¡Oh, ¿entonces la declaración sobre quién le había administrado la medicina fue hecha *antes* de saber la paciente que se estaba muriendo?

—Yo no dije eso.

—Bueno, estoy preguntándoselo.

—Francamente —dijo el doctor Keener, dándose cuenta de repente de la trampa que Mason le había preparado—, no puedo recordar el orden exacto de esas declaraciones.

—Pero usted sí recuerda que hizo esas anotaciones en su libro por orden cronológico. Usted lo ha dicho enfáticamente en dos

ocasiones.

—Bueno, sí.

—¿Entonces, a la hora que la paciente le hizo a usted esa declaración sobre quién le había administrado la medicina, no le había hecho a usted ninguna declaración indicando que sabía que se estaba muriendo?

—No puedo responder a eso.

—Usted no tiene que hacerlo —dijo Mason—. Su libro de anotaciones lo responde por usted.

—Bueno, no es eso exactamente lo que yo recuerdo.

—Pero su recuerdo es confuso, ¿verdad, doctor?

—No, señor.

—¿No tiene razón para dudarlo?

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que usted temía que no pudiese recordar exactamente lo que había sucedido y la secuencia exacta en que había sucedido, y entonces usted, como no confiaba en su memoria, hizo esas anotaciones en su libro por si un abogado inteligente pudiera atraparlo a usted al repreguntarle.

El doctor Keener cambió de posición, molesto.

—Oh, Señoría —exclamó Hamilton Burger—. Creo que ese interrogatorio está siendo prolongado sin necesidad, y yo estoy seguro…

—Pues yo no —dijo el juez Howison—. Según entiende el Tribunal la ley, se necesita un prerrequisito para que una declaración *in articulo mortis* sea válida como prueba, y ese prerrequisito es el de que la persona que está haciendo la declaración debe saber que la muerte está a punto de sobrevenirle, de forma que lo que está en la mente de la paciente pueda ser comunicado a otras personas.

—Bueno —dijo el doctor Keener—. No puedo contestar a esa pregunta mejor de lo que ya lo he hecho.

—Muchas gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—. Aparentemente, el defensor ha terminado. Continúe, doctor, y declare lo que Elizabeth Bain le dijo, y mire su libro de notas para refrescar su memoria.

—Ahora soy yo el que se opone a esa pregunta —dijo Mason— por ser inadmisible, no hacer al caso y no ser importante. Parece así

que el doctor va ahora a testificar sobre una declaración de la paciente, hecha con un intervalo considerable de tiempo *después* de la otra declaración donde se refería a quién le había administrado la medicina, lo cual el fiscal del Distrito está tratando de imponer como prueba.

—La objeción queda sostenida —dijo prontamente el juez Howison.

El rostro de Hamilton Burger adquirió el color de púrpura.

—Señoría, yo…

—Creo que la situación está clara en todo lo que al testimonio concierne, al presente. Ahora, si usted desea hacerle un nuevo interrogatorio al doctor Keener, con el propósito de que explique el tiempo transcurrido entre esas dos declaraciones, entonces esas preguntas serán permitidas.

»De lo contrario, en el estado presente de la prueba, la objeción tiene que ser sostenida.

—Bueno, retiraré temporalmente al doctor Keener del estrado de los testigos y llamaré al próximo —dijo sin gracia alguna Hamilton Burger—. Lograré eso de otra forma.

—Muy bien —dijo el juez Howison—. Llame a su próximo testigo. Eso es todo, doctor. Puede usted retirarse de momento.

—Que Nellie Conway sea llamada a comparecer —dijo Hamilton Burger en el tono del hombre que se dispone a jugar su triunfo mayor.

Nellie Conway caminó hacia el estrado de los testigos, hizo el juramento y después de las usuales preguntas preliminares, como el nombre, la dirección y ocupación, fue interrogada por Hamilton Burger.

—¿Tiene usted relación con Nathan Bain, el esposo de Elizabeth Bain?

—Sí, señor.

—¿Y fue él quien la empleó a usted para enfermera de Elizabeth Bain?

—Sí, señor.

—¿Y en la noche del dieciséis y la mañana del diecisiete del último setiembre estaba usted empleada allí como tal enfermera?

—Sí, señor.

—Y ahora, dígame: ¿a alguna hora de la noche del dieciséis o la

mañana del diecisiete, le comunicó usted instrucciones a la acusada sobre una medicina que debía dársele a Elizabeth Bain?

—Así lo hice. Sí, señor.

—¿Y esas instrucciones le fueron comunicadas a la acusada?

—Sí, señor.

—¿Dónde fue puesta la medicina?

—La medicina fue puesta en un plato sobre una mesilla de noche, a uno o dos pies de distancia de Elizabeth Bain.

—¿Y en qué consistía la medicina?

—En tres tabletas de cinco gramos.

—¿Y quién le dio a usted esa medicina?

—El doctor Keener me la dejó para dársela a la señora Bain.

—¿Y dónde fue dejada esa medicina?

—Me fue dada a mí personalmente por el doctor Keener.

—¿Cuándo?

—A eso de las siete de la noche del día dieciséis de setiembre último, la hora en que el doctor Keener hizo su visita nocturna.

—¿Quién estaba presente en la habitación cuando usted tuvo esa conversación con la acusada?

—Solamente Elizabeth Bain, que estaba durmiendo, y Victoria Braxton.

—¿Y qué le dijo usted a ella?

—Le dije que si la señora Bain se despertaba después de las seis de la mañana, debía tomar esa medicina, pero que no se la diera antes de las seis.

—¿Y era la misma medicina que usted recibió directamente del doctor?

—Sí, señor.

—Puede repreguntar la defensa —disparó Hamilton Burger.

Perry Mason, en un tono de conversación, le pregunto:

—¡*Usted* no sabía lo que era esa medicina?

—Yo sólo sabía que eran tres tabletas, y nada más.

—¿Y era parte de sus deberes el darle a la señora Bain medicinas que habían sido dejadas por el doctor?

—Sí, señor.

—¿Y lo hizo usted así?

—Sí, señor.

—¿Y le pagaban a usted por hacer eso?

—Sí, señor. Aunque no fui pagada por mis servicios de la noche del dieciséis a la mañana del diecisiete, es decir, no específicamente.

—¿Quiere usted decir que fue pagada por alguien para que le diera una medicina a la señora Bain la noche del dieciséis a la mañana del diecisiete de septiembre último?

—Ya sé lo que usted está tratando de lograr —interrumpió Hamilton Burger—. Y no necesita dar todo ese rodeo, señor Mason. El acusador no tiene objeciones. La puerta está abierta y puede usted entrar directamente.

Y Hamilton Burger sonrió con afectación.

Nellie Conway dijo:

—Me fue entregado algún dinero por Nathan Bain la noche del dieciséis. Pero no era un pago por los servicios que estaba prestando, sino que fui pagada por un arreglo que había hecho con él y que consistía en darle a la señora Bain una medicina que el señor Bain quería que ella tomase.

—¿Medicina? —preguntó Mason.

—Bueno, unas píldoras o tabletas.

—¿Cuantas?

—Tres.

—¿De qué tamaño?

—De cinco gramos.

—¿Y esas tabletas le fueron dadas a usted por el señor Bain para que usted se las administrara a su espesa?

—Sí, señor. Eran cuatro primero, pero yo tomé una de ellas para dársela a usted, y las otras tres las guardé, y cuando el señor Bain me pidió de nuevo que se las diera a su esposa, así lo hice.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Poco después que el doctor se había ido, yo le di a la señora Bain esas tres píldoras o tabletas.

—¿Las mismas que le había dado a usted Nathan Bain, el esposo de Elizabeth Bain?

—Sí, señor.

Hamilton Burger, sentado, sonreía complacido.

—¿Dónde consiguió usted las tabletas que le dio a la señora Bain?

—Me las dio su esposo.

—Quiero decir, ¿dónde estaban esas tabletas antes de que usted se las administrase?

Dijo, como si recordase cuidadosamente sus palabras:

—Llevé esas tres tabletas a la oficina de usted. Fui allí para contarle la conversación que habíamos tenido el señor Bain y yo, y pedirle consejo. Usted me dijo que esa medicina era inofensiva, que solamente contenía aspirina. Y por aconsejarme me cargó una cuenta de un dólar. Después usted me devolvió las tres tabletas restantes en un tubo lo suficientemente grande para tabletas de cinco gramos. Ese tubo había sido puesto en un sobre y éste cerrado, habiendo sido escritos el nombre de usted y el mío al borde del cierre del sobre.

»Después, cuando el señor Bain me pidió una vez más que le diese esas tabletas a su esposa, yo decidí hacerlo, en vista de que usted me había dicho que solamente contenían aspirina.

—¿Yo le dije a usted eso? —preguntó Mason.

—Sí, y usted me cargó una cuenta por decírmelo. Tengo el recibo.

—¿Yo le dije a usted que las píldoras contenían solamente aspirina?

—Bueno, usted tomó una de las píldoras para ser analizada y me dijo que sólo contenía aspirina.

—Pero ésa era sólo una de las cuatro —dijo Mason—. Usted no sabía lo que las otras tres contenían.

—No. Únicamente que supuse que si hubieran sido peligrosas, usted no me las hubiera devuelto, y pensé que podía, por lo tanto, dárselas a la señora Bain. Le pedí a usted consejo y le pagué su cuenta.

Hamilton Burger tosió ostensiblemente.

—¿Entonces debo entender que usted, en la noche del dieciséis de setiembre último, abrió ese sobre y tomó de él las tres tabletas restantes del tubo y se las dio a la señora Bain? —preguntó Mason.

—Sí, señor, así lo hice.

—¿Y qué efecto le causaron?

—Ninguno, mejor dicho, pasó la noche mucho más tranquila que había pasado desde que yo la estaba cuidando.

—¿Y hasta donde usted puede saber —dijo Mason—, esas píldoras podían contener arsénico o algún otro veneno?

—Todo lo que yo sé es que el señor Bain me dijo que esas píldoras eran para que su esposa durmiese bien, y lo que usted también me dijo, que eran sólo aspirina —dijo con la rapidez de quien está enseñada para dar la contestación precisa a una pregunta ya prevista.

Hamilton Burger sonreía ampliamente.

—Entonces —dijo Mason—, ¿por cuanto usted sabe, pudo haberle dado a Elizabeth Bain tres píldoras de arsénico de cinco gramos en la tarde del dieciséis, poco después de las siete?

—Yo le di las píldoras después de las ocho de la noche.

—Eso es todo —dijo Mason.

—No hay más preguntas —dijo Hamilton Burger—. Ahora vamos a volver a llamar al estrado al doctor Keener, si el Tribunal lo permite.

—Muy bien. Que vuelva al estrado el doctor.

El doctor regresó al estrado de los testigos.

—Doctor —dijo Hamilton Burger—. Quisiera que me diera usted su opinión como médico en esto: si esas tabletas de cinco gramos de arsénico hubieran sido dadas a Elizabeth Bain aproximadamente a las ocho de la noche del día dieciséis de setiembre, ¿cuándo se hubieran manifestado los primeros síntomas del veneno?

—Según mi opinión y porque conozco el estado en que se hallaba la paciente —dijo el doctor Keener—, creo que los síntomas tendrían que haberse manifestado en un período de una a dos horas después de haber sido ingeridas; como máximo en un período de dos horas, y ciertamente no más tarde de eso.

—Y ahora, pues —continuó Hamilton Burger—, ¿usted ha oído la declaración del último testigo, de que usted recetó esas tres tabletas de cinco gramos para serle administradas a Elizabeth Bain a la mañana?

—Así fue. Sí, señor. A cualquier hora que ella despertase, después de las seis de la mañana.

—¿Y cuál era el contenido de aquellas píldoras o tabletas, doctor?

—El contenido era: sodio luminal y ácido salicílico.

—¿No había arsénico en ellas?

—En absoluto.

—¿Y aquellas píldoras o tabletas fueron preparadas bajo su

dirección, doctor?

—Fueron preparadas de acuerdo con las instrucciones que yo había dado. Las proporciones eran ciertamente muy definidas. Puedo declarar que el problema por entonces era administrar a la paciente sedativos apropiados, los cuales en un período de tiempo, no sólo no le estropearan el estómago, sino que lograsen ir controlándole los nervios, que fue lo que más afectó a la paciente cuando resultó herida en aquellas circunstancias.

—Y, ahora dígame —dijo triunfalmente Hamilton Burger—. Después de haberle dado aquellas tres tabletas a la enfermera Nellie Conway en la noche del dieciséis, ¿las volvió a ver usted otra vez?

—Sí, las volví a ver.

—¿A qué hora?

—A eso de las tres de la tarde del día diecisiete de setiembre.

—¿Aquellas *mismas* tabletas?

—Sí, señor. Aquellas *mismas* tabletas.

—Muy bien —dijo sonriendo Hamilton Burger—. Puede usted repreguntar, señor Mason.

—¿Cómo sabía usted que eran las mismas tabletas? —preguntó Mason.

—Porque las analicé.

—¿Las analizó usted personalmente?

—Fue hecho el análisis bajo mi dirección y en mi presencia.

—¿Y qué fue lo que descubrió?

—Comprobé que eran las tres tabletas que yo había prescrito. Contenían idénticas proporciones de sodio, luminal y ácido salicílico.

—¿Y en dónde encontró usted esas tabletas? —preguntó Mason.

—Las encontré en un cesto para papeles que se hallaba en la habitación para echar en él vendas que habían sido usadas, pedazos de algodón y demás cosas que se tiraban después de las curas que se hacían a la paciente. Cosas empleadas al curarla, en una palabra.

—¿A qué hora fueron encontradas esas píldoras o tabletas?

—Fueron encontradas…

—Espere un momento —le interrumpió Mason—. Antes de contestarme a esa pregunta, permítame hacerle otra. ¿Las encontró usted personalmente?

—Sí, señor, así fue. Sugerí que se realizase una busca y revisión

de todo lo que había en la habitación. Francamente, estaba buscando…

—No importa lo que usted estaba buscando —dijo Mason—. Solamente conteste a la pregunta, doctor. Usted sabe bien lo que procede contestar… porque usted ya ha sido testigo anteriormente. Sólo le pregunto si usted las encontró personalmente.

—Sí, señor; las encontré personalmente al mirar el contenido del cesto de los papeles; encontré primero una tableta y después las otras dos.

—Y entonces, ¿qué hizo usted?

—Entonces las puse en un recipiente, llamé la atención de la policía sobre esto y fue hecho el análisis.

—¿Puede usted describir la naturaleza de ese análisis?

—Espere un momento, Señoría, espere un momento —objetó Hamilton Burger—. Esa no es manera adecuada de repreguntar. Yo le pregunté al testigo, en el interrogatorio directo, si él había visto anteriormente esas mismas tabletas o píldoras. No me opongo a que el testigo, al ser repreguntado, declare sobre el análisis que se hizo para determinar la *identidad* de las tabletas, pero me opongo a cualesquiera otras cuestiones.

—Pero, ¿puede haber sido hecho el análisis con otro fin distinto al de determinar la identidad de las píldoras? —preguntó el juez Howison.

—No necesariamente, Señoría.

—Bueno, creo que la objeción es oportuna si la pregunta es hecha para requerir respuesta sobre análisis que fueron hechos con otros propósitos y con los cuales el testigo está familiarizado. Sin embargo, no veo…

—Eso será explicado a su debido tiempo —dijo Hamilton Burger —, pero deseo tener el privilegio de exponer mi propio caso en mi propio estilo, Señoría.

—Muy bien. El testigo comprenderá, pues, que la pregunta se limita sólo a los análisis que se hicieron únicamente con el propósito de identificar las tabletas.

—Aquellos análisis fueron hechos por mí, por un químico de la policía y un químico de una farmacia, en la presencia de dos policías. Los análisis revelaron, sin duda alguna, que aquellas tabletas eran las que yo había prescrito. Eran las tres tabletas que

yo había dejado para dárselas a la señora Bain cuando ésta despertase después de las seis de la mañana. No había duda de que una sustitución había sido… hecha…

—Un momento, doctor —reprochó Mason con agudeza—. Usted está tratando de salir adelante a su capricho, interponiendo sus propios argumentos y conjeturas en el caso. Por favor, limítese a contestar lo que se le pregunta y nada más.

—Muy bien —replicó el doctor Keener—. No hay duda de que ésas eran las mismas tabletas.

—En otras palabras, ¿esas tabletas contenían idéntica fórmula a las que usted había prescrito?

—Exacto.

—Y de paso, doctor, dígame: ¿emplea usted el término píldoras y tabletas indiferentemente?

—Hablando con vaguedad en los términos que nosotros lo hemos estado haciendo, sí. Generalmente me refiero o prefiero referirme a píldoras cuando el medicamento tiene la forma de una bola con una capa de envoltura por fuera, mientras que las tabletas tienen la forma más parecida al rombo, y son una substancia comprimida y plana. Sin embargo, en el lenguaje que nosotros hemos estado hablando, acostumbro usar indiferentemente uno y otro término.

—Pero, técnicamente, ¿cuál es el nombre?

—Técnicamente, eran tabletas. Era una mezcla compuesta y comprimida después en una tableta parecida a un rombo.

—¿Cuánto tiempo hacía que padecía de los nervios la paciente?

—Desde el accidente…, desde que resultó herida.

—¿Y usted utilizó varios métodos sedativos?

—Primero empleé inyecciones hasta que el dolor hubo menguado; después, como se trataba de un estado nervioso grande que amenazaba hacerse crónico, empecé un tratamiento que fuera paliativo, pero sin contener demasiado medicamento para que no fuera a formarse un hábito en el organismo.

—Entonces, ¿ese medicamento de sodio, ácido salicílico y luminal formaba parte de un tratamiento continuo?

—Sí, ya se lo había dado seguido por algún tiempo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Una semana de esta fórmula especial.

—¿Y respondía la paciente a ese tratamiento?

—Pues sí, es decir, todo lo que podía esperarse. Sin embargo, yo estaba observando que había que disminuir la dosis. Porque, después de todo, la paciente no podía estar definitivamente bajo medicamentos para controlar sus nervios. La paciente tenía que cooperar y necesitaba ajustarse a las circunstancias. No obstante, estaba rebajando la dosis continuamente, y la paciente, desde luego, se encontraba mejorada, aunque los resultados no fueran completamente satisfactorios desde el punto de vista médico. Pero yo, como médico de cabecera, había observado cuidadosamente la situación y creía que esos progresos eran todo lo buenos que cabía esperar.

—Lo que yo precisamente quería preguntarle —dijo Mason—, es si usted no mezcló esas píldoras tres de cada vez. ¿Las píldoras eran mezcladas en cantidades?

—Oh, ya veo lo que usted quiere —dijo con una sonrisita el doctor—. Sin embargo, debo declarar que yo tenía mucho cuidado y nunca dejaba más de tres píldoras de aquéllas cada vez, de forma que esas tres necesariamente tenían que ser las tres píldoras que yo había dejado esa noche al irme. Anteriormente, la enferma ya había tomado tres píldoras similares, y fui yo personalmente quien se las dio.

—Muchas gracias, doctor, por sus conclusiones —dijo Mason—. Pero, todo lo que usted sabe es que esas tres tabletas contenían el mismo preparado que las que usted había recetado, ¿verdad? Pero usted no sabe si ésas eran las mismas tres tabletas que usted había dejado para ella esa noche, o el día siguiente, o la semana pasada. ¿Acaso lo sabe usted?

—Ciertamente que lo sé.

—¿Cómo?

—Lo sé porque esas tabletas fueron encontradas en el cesto de los papeles y el cesto de los papeles fue vaciado… La enfermera me dijo que había sido vaciado. Esas eran las instrucciones que yo había dado.

—¿No lo vació usted mismo?

—No.

—Entonces usted está tratando de testimoniar con elementos de oídas, doctor. Usted sabe perfectamente que yo estoy preguntándole

sólo cosas de su propio conocimiento. Por lo que a usted se refiere, ésas lo mismo pueden haber sido las tabletas para la enferma que usted pudo haber dejado, ya fuese la víspera, el día antes o el otro.

—Bueno, si no las hubiera tomado la enferma, ésta me lo hubiera dicho y la enfermera también me hubiera informado.

—Estoy diciéndole que me diga su conocimiento personal del caso, doctor. Vamos, no se entregue a declaraciones sobre probabilidades, aténgase y declare únicamente lo que usted personalmente sepa; es decir: ¿existe alguna forma de que usted supiese por su composición química que esas tabletas sí eran las mismas que usted había dejado esa mañana?

—No; por el contenido químico, no. Pero existen otros factores que…

—Creo que ya he puntualizado, doctor, que nosotros no vamos a tocar otros factores por ahora —interrumpió con violencia Perry Mason—. Las preguntas que le hagan a usted ahora deberán referirse únicamente a la fórmula del compuesto químico de las píldoras o tabletas, y al sitio y hora en donde éstas fueron encontradas.

—Muy bien —dijo el doctor Keener.

—Y lo que yo le voy a preguntar —dijo Mason— es si durante los últimos cuatro días le dejó usted igual medicamento a la paciente.

—Los últimos cinco días anteriores a su muerte le dejé la misma medicina. Antes de ese tiempo, la dosis era un poco más fuerte. Y quiero declarar también que yo temía que en la paciente pudiese desenvolverse una tendencia al suicidio, y por eso tenía mucho cuidado de no dejar ninguna píldora o tableta sobrante a mano, pues de esa forma la paciente no podía acumular una dosis mortal. ¿Está bien contestada su pregunta, señor Mason?

—Eso la contesta muy bien —dijo Mason—. Muchísimas gracias, doctor.

El juez Howison dijo sonriéndole a Hamilton Burger:

—Son las cuatro y media, señor Burger. ¿Tiene usted algún testigo que pueda citar y que sea…?

—Me temo que no, Señoría. El próximo testigo va a extenderse algo en su declaración, pero creo que de todas formas podemos llamarlo porque espero que al ser repreguntado no empleará un

tiempo considerable.

—Muy bien. Llámelo.

—Que comparezca Nathan Bain.

Nathan Bain se dirigió al estrado de los testigos y prestó juramento.

Era evidente desde el momento en que éste pisó el estrado de los testigos, que era otro hombre por completo distinto del Nathan Bain que Mason había hecho aparecer en una forma tan desventajosa durante el juicio de Nellie Conway.

Era claro que Nathan Bain había sido cuidadosamente preparado por medio de alguien entendido, y era además demasiado buen orador, muy acostumbrado a hablar en público, para que no tomara ventaja plena de la situación.

Hamilton Burger se puso de pie ante el hombre, de forma a dar la impresión de una simple dignidad y honrada sinceridad.

—Señor Bain —dijo el fiscal— ¿Es usted el esposo de la finada Elizabeth Bain?

—Sí, señor.

—¿Y según los términos del testamento que ha sido presentado al registro, usted no hereda ninguna parte de la fortuna de su esposa?

—No, señor. Ni un centavo.

—¿Oyó usted el testimonio de Nellie Conway, de que usted le dio a ella cierta medicina para que se la administrara a su esposa?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted decirme y decirle al Jurado, francamente, bajo qué circunstancias hizo usted eso, señor Bain?

Nathan respiró y volvió su rostro hacia el Jurado.

—Yo me había colocado —dijo— en la más desafortunada y lamentable de las situaciones por mi propia y mal meditada estupidez. Lo lamento muchísimo, pero debo declarar los hechos…

—Continúe y declárelos —interrumpió Mason—. Pero yo objeto, Señoría, a que este hombre le presente argumentos al Jurado. Que conteste a las preguntas declarando los hechos.

—Continúe y *declare* los hechos —dijo Hamilton Burger con una sonrisa burlona.

Las maneras de Nathan Bain eran las del hombre que abre su pecho ante sus acusadores. Dijo en voz que sonaba dolorida y

humilde:

—En los pasados meses, las relaciones con mi esposa han sido todo menos felices. Le di a Nellie Conway cuatro tabletas y le pedí que se las administrara a mi esposa, sin que se enterasen de ello el médico ni ninguna otra persona.

—¿Y cuál era la naturaleza de esas tabletas? —preguntó Hamilton Burger.

—Esas tabletas —dijo Nathan Bain— eran cuatro. Dos de ellas contenían cinco gramos de aspirina y las otras dos de barbitúricos.

Hamilton Burger, veterano abogado y estratega de los Tribunales, manejó las cosas en forma de atraer las simpatías de todos, diciendo que sentía tener que someter a Nathan Bain a este interrogatorio, pero que en honor a la justicia era necesario.

—Por favor, dígale al Jurado la causa o las diferencias entre usted y su esposa en la época en que ella murió.

Una vez más, Nathan Bain volvió sus ojos hacia el Jurado, luego los bajó y con voz y gesto lleno de humildad, dijo:

—He sido infiel a mi esposa, falté a mis deberes de casado y ella supo de mi infidelidad.

—¿Y fue ésa la única causa? —preguntó Hamilton Burger.

—Hemos estado separados —admitió Nathan Bain, después levantó la mirada hacia el Jurado, llena de ingenuidad, y continuó como pensando en su deshonrosa situación—: Si no hubiera sido por eso, yo no hubiera buscado afecto en nadie más, pero…

Calló, hizo un gesto fútil y una vez más bajó los ojos.

—Comprenda usted, señor Bain, que a mí me disgusta tanto como a usted el tener que preguntarle más sobre esto —dijo Hamilton Burger—. Pero creo que es necesario para presentarle al Jurado un cuadro completo de la situación. ¿Por *qué* quería usted que su esposa tomara esas dosis tan fuertes de barbitúricos?

Nathan Bain mantuvo sus ojos fijos en el suelo:

—Mi esposa se había apoderado de ciertas cartas, de ciertos documentos que probaban mi infidelidad. Ella estaba proyectando el pedir el divorcio. Y yo no quería que eso sucediese. La amaba. Lo otro fue simplemente una de esas aventuras que el hombre corre imprudentemente cuando la tentación se presenta y sin considerar en debida forma las horribles consecuencias que necesariamente tienen que sobrevenir. No quería que mi esposa pidiera el divorcio.

—¿Y *por qué* decidió usted darle las píldoras?

—Porque no permitía que yo entrara en su habitación, aunque la puerta estaba siempre sin cerrar con llave, pues las enfermeras no permanecían allí todo el día. Entraban y salían con frecuencia. Y cuando mi esposa se encontraba durmiendo, la enfermera bajaba a la cocina y tomaba leche caliente, algún café o algo por el estilo. Yo quería tener una oportunidad de poder entrar en la habitación para buscar las cartas y recuperarlas.

—¿Y no pudo usted haberlo hecho sin necesidad de drogarla?

—Se encontraba muy nerviosa y dormía muy sobresaltada desde que había ocurrido el accidente. La pobre tenía la espina dorsal rota y esa lesión le ocasionaba gran trastorno en su sistema nervioso, contribuyendo además a ponerla más nerviosa el temor que ella albergaba de que nunca más pudiese andar. Tenía el sueño muy ligero y se despertaba al menor ruido. Sabía muy bien que si se despertaba y me encontraba en su habitación tratando de apoderarme de esos documentos, sería desastroso. Mi presencia la irritaría y el doctor Keener me había advertido que no la excitase. Me dijo contundentemente que no entrase nunca en la habitación.

—¿Desde cuándo existía esa situación?

—Desde el día que regresó del hospital.

—Entonces, ¿qué pasó la noche del día dieciséis?

—Esa noche le fue dada a mi esposa la dosis de barbitúricos unida a la de luminal que el doctor Keener había recetado, y esto hizo que durmiese como un tronco, con un sueño profundo. Estaba drogada lo suficiente para no despertar en toda la noche. Esperé, entonces, a que el ama de llaves, Imogene Ricker, y la enfermera, Nellie Conway, hubieran salido del cuarto. Se fueron a la cocina a preparar un poco de café y conversar, y me figuré que estarían allí algún tiempo, pues esa noche mi esposa dormía profundamente y ellas sabían que por alguna causa ella disfrutaría de una noche tranquila y de sueño profundo. Entonces entré en el cuarto y busqué por todas partes, hasta encontrar los documentos que al fin nuevamente volvía a tener en mi poder.

Nathan Bain, mirando a sus zapatos, suspiró hondo y miró a hurtadillas al Jurado. Su actitud era la de quien se condena a sí mismo de la manera más dura y reconoce que ha actuado en una forma únicamente perdonable considerando la flaqueza humana

que es parte integrante de cada hombre. Desde luego, estaba realizando una representación magistral.

El silencio en el Tribunal era tan completo, que se hubiera oído un alfiler que cayese.

Hamilton Burger se las compuso para dar la impresión de estar muy apenado por tener aún que hablar de algún otro asunto bochornoso, y así con voz más bien baja, preguntó:

—¿Y qué hizo usted de esos documentos después que los hubo recuperado, señor Bain?

Bain dijo:

—Hice de forma que esas cartas fuesen entregadas a la mujer que las había escrito, pues de esa manera ella podía destruirlas.

—Creo que usted fue a Nueva Orleáns después de la muerte de su esposa, ¿verdad?

El juez Howison miró a Mason y le dijo:

—Desde luego, procedería una objeción de la parte contraria, pero estimo que parte de esta cuestión es puramente accesoria.

—No lo creo así, Señoría —dijo Hamilton Burger, con gran dignidad—. *Yo* quiero que el Jurado obtenga un retrato total y completo del asunto. La acusación quiere poner sus cartas boca arriba mostrando así las que son buenas y las que son malas. Quiere que los miembros del Jurado vean el interior de la casa de este hombre. Y quiere que vean también su mente y el interior de su alma…

Mason interrumpió con sequedad:

—Una de las razones por las que yo no había hecho objeciones, Señoría, fue porque sabía que Hamilton Burger había preparado un discurso emocional y no quería darle oportunidad de pronunciarlo.

Hubo gran jolgorio en la sala y el juez Howison no pudo menos que sonreír. Burger se contrarió cuando se dio cuenta de que su oratoria no había producido el efecto que él esperaba que produjese.

Se puso en pie y dijo con simple y austera solemnidad:

—Si el Tribunal y el defensor quisieran escucharme, creo que podría convencerlos de la sinceridad de este hombre y de su arrepentimiento.

Y sin esperar respuesta, se volvió a Nathan Bain y le dijo:

—¿Por qué fue usted a Nueva Orleáns, señor Bain?

—Fui allí —dijo Bain— porque la mujer que había entrado en mi vida residía allí, y yo deseaba decirle personalmente que no quería verla más, que todo lo ocurrido había sido el resultado de una aventura impensada y que me había dejado sumido emocionalmente en bancarrota.

En las palabras y maneras de Nathan Bain había gran convicción. Pero un orador veterano se hubiera dado cuenta de que no eran más que trucos y que deliberadamente había sido preparado y estudiado todo con el fin de causar gran efecto. Pero el oyente medio, sólo escuchaba allí a un marido desolado al que las exigencias de la situación obligaban a hacer pública una confesión de sus errores y que realizaba los mayores esfuerzos para ocultar un corazón destrozado bajo una apariencia externa rígida y un espartano dominio de sí mismo.

—Y ahora, dígame —continuó Hamilton Burger—. Antes habló usted de un arreglo que había hecho con Nellie Conway y aquí se ha hablado ya algo de ese arreglo. ¿Querría usted describírnoslo y decirnos de qué se trataba?

—Eso —dijo Nathan Bain— fue un arreglo que yo personalmente preparé para compensar a Nellie Conway de un error por mí cometido.

—Díganos sobre eso, por favor.

—Bueno, pues: yo había preparado todo para hacer detener a Nellie Conway por ladrona. Ahora comprendo que eso no solamente fue una acción impulsiva por mi parte, sino también mal aconsejada. Después, ella fue representada por el señor Mason, el abogado que ahora está representando a la acusada en este caso, Victoria Braxton. Y temo que el señor Mason me hizo realizar entonces un papel muy triste ante el Tribunal. Quizá fue así porque yo desconocía otras ramificaciones de la situación. Sin embargo, actué con precipitación…, con demasiada precipitación.

—Exactamente, especifíquenos lo que hizo usted.

—Apelé a la policía y me aconsejaron que utilizase a un detective privado. Desde hacía algún tiempo venían desapareciendo objetos diversos de mi casa y tenía razones, o creía tenerlas, para sospechar de Nellie Conway. Entonces tomé el joyero que mi esposa tenía bajo llave en su escritorio y lo dejé encima de éste a la vista. Coloqué en el interior del cofrecito unas piezas de imitación,

después hice un inventario del contenido del mismo y cubrí de un polvo fluorescente todo el joyero.

—Descríbanos con toda exactitud todo eso, señor Bain.

—Bueno, ese polvo me fue facilitado por el detective privado al que había contratado para ese servicio. Creo que eso es una cosa muy generalizada y que la emplean mucho los detectives privados con el objeto de cazar a los autores de robos de prendas guardadas bajo llave y particularmente en casos de robos en casas cometidos por aprendices de ladrones.

—¿Puede usted describirnos ese polvo?

—Virtualmente es…, bueno, es una substancia neutra y suave, y cuando se la aplica encima de objetos de piel como este joyero, que pertenecía a mi esposa, entonces resulta prácticamente invisible. Tiene la cualidad de adherirse a los dedos y está preparada de forma que resulta completamente inofensiva.

—Usted ha descrito antes ese polvo como fluorescente.

—Sí, señor. A los rayos de luz ultravioleta el polvo adquiere un color vivido y es fluorescente.

—Quisiera, si fuera posible, que usted le dijese al Jurado alguna cosa más sobre el caso contra Nellie Conway. En otras palabras, yo quiero que el Jurado sepa por qué le pagó usted todo ese dinero.

—Se lo pagué para reparar en algo la falsa acusación y arresto.

—¿Y está usted ahora convencido de que fue un arresto indebido?

—Después de lo que el señor Mason hizo conmigo entonces —dijo Nathan Bain con una sonrisita—, creo que nadie podría dudarlo, inclusive yo.

Alguno de los miembros del Jurado le sonrió con simpatía.

—¿Y cuánto le pagó usted por eso?

—Dos mil dólares para ella y quinientos dólares para que saldase la cuenta de su abogado.

—Bueno, díganos algo más sobre el arresto, por favor.

—Nosotros pusimos el polvo fluorescente esparcido por toda la parte exterior del joyero.

—¿Y ese polvo fue puesto en alguna parte más?

—No, señor. Únicamente se puso en el joyero.

—Y después, ¿qué ocurrió?

—De vez en cuando el detective y yo examinábamos el interior

del joyero y hacíamos una comprobación del contenido del mismo con el inventario. Todo estaba igual, hasta poco después que Nellie Conway entró de servicio. Entonces descubrimos que un colgante de diamantes había desaparecido. Quiero decir una imitación de un colgante de diamantes. Con una excusa, apagamos la luz ordinaria y encendimos la ultravioleta, y entonces, con los rayos de esa luz, la punta de los dedos de *Nellie* Conway adquirieron un color vivido y fluorescente. Esa fue la prueba circunstancial que nosotros teníamos y de la que sacamos la equivocada conclusión de que Nellie era culpable, hasta que el señor Mason demostró lo contrario en el juicio.

—¿Qué sucedió en ese caso?

—Que Nellie Conway resultó declarada inocente, por cierto, según recuerdo, en un tiempo récord.

—¿Por un Jurado?

—Sí, señor.

—Y ahora —dijo Hamilton Burger, con referencia a esas tres tabletas que fueron halladas en el cesto de los papeles, según el testimonio del doctor Keener, ¿estaba usted allí cuando se buscó dentro del cesto?

—Sí, señor. Allí estaba.

—¿Y qué se hizo con esas tabletas?

—Bueno, las tabletas fueron examinadas y colocadas en una pequeña caja y…, bien, cuando empezó a hacerse patente que dentro de todas las humanas posibilidades tenían que haber sido sustituidas por la acusada en este caso, yo le sugerí a la policía que cuando yo le había dicho a la acusada algo referente al caso contra Nellie Conway, y de cómo había ocurrido, la acusada sintió curiosidad por ver el joyero. Entonces abrí el escritorio, puse el joyero encima del mismo y dejé que la acusada lo viese.

—¿Lo tocó ella?

—Sí, lo tuvo en sus manos.

—¿Lo tocó alguien más?

—No, señor. En esos momentos más o menos el hermano de la acusada, que estaba subiendo las escaleras, la llamó y aquélla me devolvió el joyero. Entonces, de prisa, lo agarré y lo dejé encima del escritorio y la seguí a ella escaleras arriba.

—¿Más tarde le habló usted sobre esto a la policía?

—Sí, señor. Les dije que quizá algo del polvo fluorescente que todavía estaba adherido al joyero podía… Bueno, le sugerí que fuesen expuestas a la luz ultravioleta aquellas tres tabletas.

—¿Y lo hicieron entonces y en su presencia?

—Sí, señor.

—¿Y qué sucedió?

—Que había una fluorescencia, aunque muy desvanecida, en las tabletas.

Hubo un rumor de asombro entre los espectadores de la sala y después un vasto murmullo.

Fue en ese momento cuando Hamilton Burger, que hasta entonces había permanecido ajeno al tiempo, pareció súbitamente darse cuenta de la hora y miró preocupado al reloj en la pared de la sala, diciendo:

—Señoría: creo que me he excedido diez minutos de la hora señalada para el aplazamiento.

—Desde luego que se excedió —dijo el juez Howison.

Y su voz indicaba que también él había estado tan interesado en esta dramática fase del interrogatorio, que no se había dado cuenta del tiempo transcurrido.

—Lo siento —añadió simplemente Hamilton Burger.

El juez Howison dijo:

—Parece que el examen y el reexamen de este testigo ocuparon más tiempo del debido, y habiendo pasado la hora usual del aplazamiento, el Tribunal levanta esta sesión hasta mañana a las diez de la mañana. Durante este tiempo los miembros del Jurado están obligados a no discutir el caso ni entre ellos mismos ni con otras personas, ni permitir que éste sea discutido en su presencia. Ustedes, señoras y señores del Jurado, no formen o expresen su opinión de si la acusada es culpable o inocente, hasta que el caso sea finalizado y entregado a ustedes. La acusada permanecerá en custodia. El Tribunal se reunirá de nuevo mañana a las diez de la mañana.

El juez Howison abandonó la sala e inmediatamente se produjo en aquélla gran alboroto de voces.

Mason volvióse hacia Victoria Braxton y le preguntó:

—¿Tomó usted el joyero?

—Sí. Tenía curiosidad. Y al preguntarle a Nathan sobre eso, me

llevó abajo, abrió el escritorio y sacó el joyero. Cuando regresamos arriba, lo dejó encima del escritorio. Pero aunque entonces fui yo la única que lo tocó, los otros lo hicieron también más tarde.

—¿Qué otros?

—Pues Jim y Georgiana.

—¿Vio usted que ellos lo tocaran?

—No, pero fueron abajo y Georgiana me preguntó, cuando volvió arriba, por qué estaba fuera del escritorio el joyero de Elizabeth… Entonces, si lo vieron, necesariamente tienen que haberlo tocado; Georgiana tuvo que sentir curiosidad.

—Y Nathan Bain lo tomó cuando se lo dio a usted, ¿verdad?

—Ah, pues sí. No había pensado en eso.

—¿Y quién lo guardó de nuevo en el escritorio? ¿Fue él?

—Creo que fue el ama de llaves.

—Esta es la misma vieja historia —dijo Mason—. Todos lo tocaron ahora, para preparar este desenlace exactamente a la hora del aplazamiento, el fiscal del Distrito deja flotando la impresión de que ha probado que usted es culpable.

»Los casos de ese polvo fluorescente son siempre igual. La cosa resulta tan dramática. La punta de los dedos fluorescentes aparece como prueba tan demoledora, que todo el mundo pierde su perspectiva mental.

»Bueno, ¿y no pudo Nathan Bain haber abierto la puerta de la habitación de su esposa, recoger las tabletas del plato y sustituirlas por las tabletas envenenadas?

—No… creo que no hubiera podido hacerlo, al menos mientras yo estuve allí.

—¿La puerta estaba cerrada?

—Sí. Y si él la abría y entraba podía hacer todo eso. Pero no la abrió. Y pienso, ¿no pudo haberlas sustituido mientras Nellie Conway las llevaba con ella en esa cajita?

—No se preocupe de eso —interpuso Mason—. Ya trataré de aclararlo al repreguntarle. ¿Lo que yo me pregunto ahora, es si él pudo haber hecho la sustitución *después* que Nellie Conway las hubo puesto en el plato y habérselas dejado a usted?

—No. Eso es imposible.

—¿Y qué hora era cuando usted tomó el joyero y se le adhirió ese polvo fluorescente en los dedos?

—Poco antes de las tres de la mañana. Nosotros llegamos al aeropuerto a la una y cuarenta y cinco, y cuando llegamos a la casa tenían que ser las dos y media de la madrugada.

—¿Y sobre las tres de la madrugada fueron ustedes a ver a Elizabeth?

—Sí.

—¿Los tres?

—Sí.

—Mantenga el pico cerrado —le dijo Mason cuando el auxiliar del Sheriff la llamó tocándole un brazo.

—No tenga cuidado —le respondió ella, y siguió al oficial hacia la puerta de salida de los presos.

Jim Braxton y su esposa estaban esperando a Mason al otro lado de la barra que dividía el espacio reservado para los abogados y oficiales del Tribunal del destinado al público, y ambos agarraron al abogado, cada uno por un brazo.

Fue Georgiana quien habló.

—¡Ese sucio hipócrita! —dijo—. Está sentado en el estrado en una forma tan suave y delicada que la mayoría están de su parte. Es lo que le dije a usted, señor Mason, él es… un sapo…, el sapo más grande y más gordo. ¡Eso es todo lo que es, señor Mason, un sapo!

—Cálmese —dijo Mason—. Eso no le hará a usted ningún bien para la presión arterial.

—Se sienta allí tratando sólo de mentir para verse libre de todo. Entre él y Nellie Conway arreglaron el asunto, y los dos están ahora contándole una gran historia al Jurado y tratando por todos los medios de hacer que sea Vicky quien resulte que le dio la medicina envenenada, señor Mason. Usted tiene que hacer algo, alguna cosa. No puede usted permitir que se salga con la suya.

—Estoy haciendo todo lo que puedo —dijo Mason.

—Nosotros sabemos quién es el asesino de Elizabeth. Fue Nathan Bain. El y esa mujer llamada Conway han cocinado una historia para que parezca real y quieren adormecer con ella al Jurado. Al verdadero Nathan lo conocemos nosotros, señor Mason, y no se parece en nada a ese que se sienta en el estrado de los testigos. Él es un individuo astuto, egoísta y un ladino, un increíble ladino, pero tiene la maña de plantarse allí y hablar en una forma que las gentes creen que él es un bendito que deja transparentar el

interior de su alma. Y la verdad es que el interior de ese hombre es tan negro e impenetrable como…, como… un pozo lleno de tinta.

—Ya lo desenmascaré una vez. Y puede ser que logre volver a hacerlo otra, aunque ahora está cuidadosamente adiestrado —dijo Mason.

—¡Humm! —dijo ella—. Probablemente uno de los que lo adiestraron fuese ese fiscal del Distrito. Entre los dos llevan el asunto maravillosamente.

—¿Cómo? —preguntó Mason.

—Dígame, señor Mason. ¿No pudo usted haberse opuesto a varias de esas cosas? —interpuso con timidez Jim.

—Seguro que pude —dijo Mason—. ¿Pero no quise. Déjelos. Cuantas más cosas digan, más puedo, yo repreguntar. Lo que traté fue de evitar que la mayoría de los miembros del Jurado creyesen que nosotros teníamos miedo de que ellos supiesen los hechos.

—No creo que saque usted mucho al repreguntar —repuso Georgiana—. Está preparado para eso. Entre él y ese fiscal del Distrito, han ensayado esta comedia hasta congestionarse. Son dos pájaros de la misma especie…, quiero decir del mismo plumaje. Y una pareja de actores tratando de deslumbrarnos. Si usted conociera a Nathan *realmente* como es, entonces se daría cuenta de la diferencia que existe con el Nathan que se sienta en el estrado de los testigos, y así apreciaría usted algo mejor las cosas que le estoy diciendo.

—Bueno —dijo Mason resumiendo—. Quizá logremos encontrar alguna forma para conseguir que el Jurado lo vea en la forma que realmente es.

Capítulo 18

A medianoche Mason, paseando por su despacho, conferenciaba con Paul Drake y Della Street.

—¡Demonio de Burger! —dijo—. Desde luego, tiene una bomba devastadora preparada y la va a lanzar.

—¿Acaso se trata de ese polvo fluorescente? ¿Puede ser eso? —preguntó Paul Drake.

—No. Eso no prueba en realidad tanto como ellos tratan de aparentar. Cualquier otro en la casa puede haber tocado el cofre. Nathan Bain vio a la acusada tocarlo, pero…, y esa endiablada ama de llaves, Paul. ¿Has logrado enterarte de algo sobre ella?

—Solamente lo que nuestros informes te comunicaron, Perry. Es muy reservada y no tiene amigos íntimos. Aparentemente, sentía afecto por la primera mujer de Bain, y también por Elizabeth. Pero en cuanto a saber lo que ella siente por Nathan Bain, eso es un interrogante.

—Si creyera que Nathan Bain había envenenado a Elizabeth…

—Pero no lo cree así, Perry. Cree positivamente que lo hizo Victoria Braxton. Dice que sabe lo que es Vicky: muy suave, pero… Y que sabe otras pruebas del caso. Asegura que Elizabeth y Vicky tuvieron una discusión al estar haciendo aquélla el testamento, y que cuando Elizabeth sospechó de Vicky, se negó a terminar el testamento, y entonces Vicky la envenenó.

Mason meditó breves momentos sobre esto, y después dijo:

—Si pudiéramos *hacerle* creer que fue Nathan Bain quien envenenó a Elizabeth y que también envenenó a su primera esposa, Marta, ¿no te parece que entonces nos diría alguna cosa que pudiera ayudarnos?

—No lo sé —replicó Drake—. Encargué a una de mis ayudantes femeninas más hábiles del trabajo de entablar relación con ella

mediante un encuentro casual; así lo hizo y logró lo que nadie había logrado. El ama de llaves le dijo que el doctor le había dado aquellas tres píldoras a Nellie y que ésta las tenía guardadas en una pequeña cajita. Que las vio encima de la mesa de la cocina cuando ella y Nellie habían ido a tomar un poco de café, exactamente antes de medianoche, y que sabía que eran las mismas píldoras. Dijo que Hamilton Burger puede demostrar que ésas eran las mismas píldoras. Y que tuvieron que ser Nellie Conway o Victoria quienes cometieron el crimen. La policía tiene pruebas positivas. Y desde luego afirma que Nellie no tenía razón alguna para hacerlo.

Mason, paseándose impaciente por el despacho, dijo:

—¿Cómo podemos saber si ella no tenía una razón? Eso es solamente lo que dice el ama de llaves.

—Nosotros tampoco pudimos encontrar razón alguna, Perry. En cambio, Vicky tenía una muy poderosa.

—Y Nellie tenía demasiadas razones para darle esas tres píldoras o tabletas, Paul.

—Desde luego: el dinero.

—Bueno, ¿y por qué no habría de ser más que el dinero el motivo para haberle dado esas tabletas envenenadas? Aquellas tres tabletas *extras* después de aquel cuento sobre las otras tres primeras… Es un asunto para meditar… ¡Dios santo, Paul! Nosotros tenemos aquí todos y cada uno de los elementos de la prueba. Bain le dio dinero a Nellie para que le administrara a la enferma esas píldoras para dormir. Ambos lo admiten en el interrogatorio. Después, le dio más dinero por cambiar las que el doctor había puesto por esas tres envenenadas. Tanto Nellie como Nathan Bain, sabían que si éste le daba a ella demasiado dinero, este detalle podía resultar sospechoso, y entonces él hizo de forma de arreglarlo todo ante nuestras propias narices.

»Hizo detener a Nellie bajo una acusación sin tener realmente la prueba de ella. Nellie tuvo contacto provisional conmigo, y sabía que yo me lanzaría a libertarla. Después, vuelve a amistarse con Nathan Bain y éste le paga buen dinero porque ella vuelva al cuarto donde tenía las últimas tres tabletas recetadas por el médico, y que Elizabeth nunca llegó a tomar.

—Caramba, Perry. Cuando enfocas el asunto de esa manera parece realmente claro como la luz del sol —repuso Drake.

—Y seguro que es así, Paul. Es esa la comedia que forjaron, y lo que confunde los fundamentos de la cuestión.

—Perry, has de poner al desnudo los hechos en esa forma y quizá logres convencer al Jurado…, a menos que Burger aparezca con algo nuevo. Ni siquiera yo me di cuenta de cuán importantes son los hechos al desnudo. Es sólo cuando los presentan adornados con todas esas tretas, que parecen hacerse inocuos. Nellie y Bain pueden muy bien haber forjado toda esa comedia con el polvo fluorescente y todo lo demás…

»Cuando uno piensa en ese polvo fluorescente en las tabletas y en los dedos de Victoria Braxton, resulta en efecto una terrible y endemoniada prueba circunstancial…, y es claro que fue deliberadamente planeada por Bain. Usando el caso contra Nellie como un elemento de disimulo… Demonios, Perry, ahora sí que creo que tienes razón.

Mason continuaba paseando de un lado a otro del despacho y dijo:

—De lo único que tengo que asegurarme es de saber si Hamilton Burger abrirá ampliamente la puerta.

—¿Qué quieres decir?

—Que abra la puerta lo suficiente para que yo pueda repreguntarle a Nathan Bain sobre la muerte de su primera esposa sin tener a Burger en posición de estarme interrumpiendo a gritos e impidiéndome hacerlo con eso de «Me opongo, por ser inadmisible, sin importancia y fuera de lugar», y precisamente es por eso por lo que él no tocó nada relacionado con la primera esposa en el interrogatorio directo, y así yo no pude repreguntarle.

—Desde luego —dijo Drake— no hiciste ninguna gestión para lograr que fuera exhumado el cadáver.

—¿Y por qué iba a hacerla? Voy a plantearle eso a la acusación. Los desafiaré a que lo hagan.

—No se atreverán a exhumar ese cadáver ni en mil años. Si resultase de ahí que ella había muerto envenenada con arsénico, eso lanzaría por las nubes el caso contra Victoria Braxton. Lo saben.

—Está muy bien —dijo Mason—. Dejaremos el cadáver en la sepultura, pero vamos a arrastrar su fantasma colocándolo ante ese Jurado…, a condición solamente de que yo halle una forma de hacer que «sea pertinente e importante». ¡Dime todo lo que hayas

descubierto sobre ella, Paul.

—Pertenecía a una familia más bien rica. Sus padres se opusieron a ese casamiento. Son gentes del Este. Esta muchacha, Marta, evidentemente tenía mucho espíritu. Pero se enamoró de Nathan Bain perdidamente. Entre tú y yo, Perry, Nathan Bain, con esa habilidad que tiene para impresionar a las gentes y su locuacidad, debe haber sido el hombre ideal para muchas damas, antes de comenzar a ponerse tan gordo.

—Aparentemente, así es. Continúa, Paul. Dime todo lo que sepas sobre Marta.

—Bueno, Marta era independiente y de temperamento fuerte. Tenía algún dinero de su propiedad, bastante dinero, que le había venido de un tío y que estaba depositado en un Banco para serle entregado a ella cuando cumpliera veintiún años. Antes de ese tiempo, recibía los intereses de ese dinero.

—¿Cuánto era?

—Algo así como cincuenta mil dólares.

—Continúa. ¿Y qué sucedió?

—Bueno, o Nathan Bain la convenció a ella de que sus padres le estaban persiguiendo, o ella tuvo esa idea en alguna forma. El caso fue que después del casamiento hubo una muy notoria frialdad hacia los padres…, y aunque ella trataba de ser una hija delicada, sin embargo había entregado por entero su cariño a Nathan y quería que sus padres lo entendieran así. Los viejos pensaron que eso era simplemente consecuencia del temperamento fuerte e impetuoso de la muchacha, y que pasado algún tiempo volvería a ser la misma hija de antes.

—Dime algo más sobre los cincuenta mil dólares.

—Cumplió veintiún años el diecisiete de junio, y entonces ya puso el dinero a su nombre. Y el primero de agosto del mismo año, ya estaba muerta. Nathan Bain se apoderó del dinero. Era un gran figurón por aquel entonces, pero pasados los primeros momentos, las apuestas en las carreras de caballos y los malos negocios lo arruinaron, y entonces encontró otra muchacha con dinero. Una verdadera mina. Elizabeth Bain tenía más de medio millón y puede ser que hasta más. Creyó que iba a conseguir manejar el dinero de ella, pero como resultó que la esposa tenía otras ideas muy diferentes, entonces, Elizabeth también murió. Lo malo es que él

cometió antes dos grandes errores y ella sospechó de él, y entonces lo desheredó con ese testamento. Dios santo, cuando haces un resumen de los hechos, éstos hacen aparecer a Nathan Bain como una fiera; pero cuando uno lo ve sentado en el estrado de los testigos con ese aire de humildad y arrepentimiento y tan endiabladamente humano en todas las cosas… Demonios, Perry. Te apuesto que no hay hombre en ese Jurado que no se haya encontrado alguna vez en la misma situación de Bain, en una forma u otra. Y también te digo que Bain se ha ganado la simpatía de todos.

»Perry, no quiero meterme en tus asuntos, cuando no son también asuntos míos, pero, ¿no crees que existe algo raro y sin sentido en ese testamento?

—¿En qué sentido, Paul?

—Bueno, sobre eso de que fue hecho de puño y letra de la finada en la mañana de su muerte; pero la forma en que está escrito resulta extraña, pareciendo como que lo interrumpió por alguna causa a la mitad. El ama de llaves le dijo a la muchacha ayudante que está a mi servicio que ella cree que Vicky estaba tratando de presionar a Elizabeth para hacer el testamento, y que cansada de esa presión, Elizabeth la rechazó y no quiso terminarlo ni firmarlo.

—Eso es algo que los abogados de Nathan Bain tienen que probar en el Tribunal de Registros Testamentarios —dijo Mason.

—Yo me preguntaba si habías observado que ese testamento parece que fue interrumpido por la mitad.

La respuesta de Mason fue el más completo silencio.

—Bueno —dijo Drake—. Esa es la historia, Perry. Yo *puedo* hacer que alguien vaya a contarles algo a los padres de Marta…

Mason movió la cabeza y dijo:

—No, porque entonces no resultaría ninguna sorpresa para Hamilton Burger, y mantendría la puerta cerrada para que yo no pudiera repreguntarle a Bain. No, Paul, voy a ir al Tribunal mañana, y cuando Hamilton Burger abra la puerta, entonces yo le repreguntaré a Nathan Bain y trataré de tenderle una trampa. Y tan pronto como yo toque ese punto, quiero que llames por teléfono a los padres de Marta y les digas lo que sucedió, y adviérteles que no vayan a poner el grito en el cielo si hay necesidad de exhumar el cadáver o de hacerle una autopsia… Recuérdalo bien, Paul, y haz

eso en el mismo *minuto* que yo toque ese punto. Prepárate el número de teléfono y así podrás conseguir la llamada en seguida.

—Deja eso de mi cuenta —dijo Drake—. Creo que si juegas eso con habilidad, puedes darle un buen golpe a Bain y quitarle todo ese aire de humilde y arrepentido pecador. Pero si no logras jugar bien, Perry, ese Jurado se pondrá contra ti.

—Ya lo sé —dijo sonriendo Mason—. No me dices nada nuevo con eso, Paul.

Capítulo 19

Cuando el Tribunal abrió la sesión al siguiente día, las maneras de Hamilton Burger no dejaban lugar a dudas de que iba a lanzarse para dar el golpe mortal.

Una o dos veces miró de soslayo a Perry Mason, con una mirada de mofa y triunfo al mismo tiempo.

—Señoría —dijo Burger—, Nathan Bain estaba en el estrado y le ruego que reanude su testimonio, si así lo desea.

Nathan caminando como un elefante sobre huevos se dirigió al estrado de los testigos, se acomodó en la silla y miró a Hamilton Burger con la contrita expresión de un perro fiel. Realmente era un hombre que había desnudado por completo su conciencia en interés de la justicia y estaba dispuesto, si era necesario, a hacer aún nuevos sacrificios.

—Señor Bain, llamo la atención de usted a los hechos que tuvieron lugar inmediatamente después de la muerte de su esposa.

—Sí, señor.

—¿Ayudó usted a los agentes a investigar en el lugar de los hechos?

—Sí, señor. Así lo hice.

—Bien, ¿querría usted describirnos el lugar, en términos generales?

—Bueno, la casa es de dos pisos y semisótano. Hay un garaje por la parte de atrás y un patio.

—¿Y hay plantío de árboles en el patio?

—En los contornos del patio, sí. Árboles y un cercado de setos.

—Y buscando en ese cercado de setos, ¿encontró usted alguna cosa, o estaba usted presente cuando los policías la encontraron?

—Sí, señor.

—¿Y qué fue?

—Una botella envuelta en un papel.

—¿Estaba usted presente cuando los policías desenvolvieron ese papel?

—Sí, señor. Estaba.

—¿Y qué había en el papel?

—Una botella con una etiqueta de una farmacia de Honolulú, e impresa en aquélla la palabra «arsénico».

Perry Mason oyó una gran conmoción detrás de él.

Victoria Braxton se levantó para decir algo, pero no logró articular palabra.

El auxiliar del Sheriff, que tenía a su cargo la custodia de ella, se precipitó a su lado, y entonces, súbitamente, se oyó dentro de la sala el sonido de una risa histérica, cuando Victoria Braxton reía y gritaba al mismo tiempo en forma enloquecida.

—Perdóneme —dijo Hamilton Burger a Mason con cortesía—. Su cliente debe encontrarse muy turbada emocionalmente. Creo, Señoría, que deberíamos tener una tregua hasta que la acusada esté en condiciones para continuar con el juicio.

—Se suspende la sesión hasta las once de la mañana —dijo el juez Howison, dando con el mazo en la mesa —¿Hay un médico en la sala?

—El doctor Keener está aquí.

—Es mejor que vea a la acusada —dijo el juez Howison, y seguidamente abandonó la sala, retirándose a su despacho.

Un completo tumulto se formó dentro de la sala de Justicia, en el curso del cual los espectadores se echaban adelante, los auxiliares del Sheriff sujetaban a Victoria Braxton, los periodistas luchaban por conseguir sitios para obtener fotografías y los jurados, olvidados de la advertencia del juez, estiraban el cuello para ver lo que estaba ocurriendo.

Pasaron cerca de cuarenta y cinco minutos antes de que la pálida, estremecida y temblorosa Victoria Braxton pudiera hablar a Perry Mason en el cuarto de los testigos.

—¿Y bien? —preguntó fríamente Mason.

—No me culpe a mí, o perderé mi dominio otra vez. Me arriesgué para desprenderme de ese arsénico y perdí la partida, eso es todo.

—¿Querrá decirme lo que es todo eso?

—Muy simple —dijo ella—. Compré ese arsénico en Honolulú para un gato que me había estado haciendo imposible la vida en el chalet. La botella estaba ahora en mi equipaje. Cuando regresé a casa y oí que Elizabeth había muerto envenenada con arsénico, recordé repentinamente que tenía esa botella y pensé que el hallarse en mi poder podría ser interpretado en forma adversa para mí. Yo había firmado en Honolulú el oportuno registro declaratorio de posesión de arsénico y…, bueno, yo sabía que la policía estaba investigando y tenía por cierto que inspeccionarían mi equipaje; así, pues, subí a mi habitación y tiré por la ventana esa botella a los setos. Alguien debió de verme, pues de lo contrario no puedo imaginarme por qué fueron a buscar allí. Y ésa es toda la historia.

Mason estaba callado.

—¿Es muy grave? —preguntó ella.

—Salvo un verdadero milagro judicial, eso es lo suficientemente grave para que sea declarada culpable de asesinato en primer grado y probablemente con pena de muerte.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo ella.

Mason se incorporó y empezó a pasear.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella—. O mejor dicho, ¿hay alguna cosa que *podamos* hacer?

—Podría, probablemente, obtener un aplazamiento del juicio por un par de días con el pretexto de que usted se encuentra emocionalmente muy turbada. Pero si hago eso, arruinaré las últimas oportunidades que nos quedan. Si usted está diciendo la verdad y puede decirle eso mismo al Jurado en forma que logre convencer siquiera a uno de sus miembros, entonces es posible que consigamos un Jurado en desacuerdo. Nuestra única esperanza ahora es continuar lo más aprisa que se pueda con el juicio, para que la conclusión sea tan rápida que la opinión del público no tenga oportunidad de cristalizar en un sentimiento de completa hostilidad. ¿Cree usted que puede regresar a la sala del Tribunal y seguir adelante?

—Ahora puedo hacer cualquier cosa, creo. Estoy temblando como una hoja seca de otoño; sin embargo, estoy decidida.

—*Pudo* usted haberme dicho eso antes; comprenda que…

—Sí, y si se lo hubiera dicho, usted seguramente no se hubiera encargado de mi caso. Ya soy mayorcita, señor Mason. Soy una

muchacha mayor ahora. Jugué y perdí. Pero no le importe. Al fin y al cabo, es a mí a quien van a ejecutar, no a usted.

—Vamos, regresaremos a la sala —dijo tensamente Mason.

—¿Le dará usted al Jurado —preguntó ella— alguna explicación por mi ataque de nervios?

—Seguro.

—¿Cuando?

—Cuando pueda pensar una explicación que no provoque más fuego con su caso —replicó Mason.

Hubo una repentina esperanza en los ojos de ella.

—¿Cree usted que puede hacer ahora…, antes de que la mala impresión que yo causé haya surtido efecto?

—No —dijo Mason—. No podemos dar ninguna explicación hasta no habernos conquistado algún amigo en ese Jurado. Vamos, tenemos que hacer frente a la situación.

Regresaron hacia la sala de Justicia, que le pareció a Mason que ahora los encaraba con manifiesta tétrica hostilidad.

El juez Howison golpeó con el mazo llamando al orden a los espectadores de la sala. Hamilton Burger, con innecesaria solicitud, inquirió de Mason:

—¿Podrá su cliente continuar?

—Ya lo creo —le replicó Mason.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—. Pero me doy cuenta del tremendo choque que recibió. La acusación desea ser justa, pero también quiere ser humana. Si este trastorno emocional de su pálida y temblorosa acusada es tan grave como parece, nosotros…

—Nada de eso —interrumpió Mason—. Continúe con el caso y guárdese usted todas sus simpatías para su testigo.

—Entiendo y perdono su mal humor —dijo Hamilton Burger con una sonrisita—. Señor Nathan Bain, ¿quiere usted volver al estrado? Y ahora, señor Bain, voy a pedirle a usted que nos diga si reconocería la botella, caso de volver a verla.

—Sí, señor. Mis iniciales están escritas en la etiqueta, así como las de aquellos policías que estaban presentes cuando fue encontrada.

—¿Es ésta la botella?

Hamilton Burger tomó una caja y puso el contenido encima. Era una botella pequeña.

—Esa es. Sí, señor.

—Pedimos que sea aceptada como prueba, Señoría —dijo Hamilton Burger.

Mason dijo en seguida:

—Me opongo a eso por ser inadmisible, fuera de lugar y sin importancia. No ha sido demostrada ninguna relación entre la botella y la acusada y el Tribunal observará que esta botella contenía un polvo blanco. Evidentemente y sin lugar a dudas, si Elizabeth fue envenenada, lo fue con tres tabletas de cinco gramos.

—Espere un momento —dijo Hamilton Burger—. Nosotros demostraremos eso si el Tribunal lo desea y lo cree necesario, llamando a dos testigos que lo hagan. En vista de la objeción del señor Mason, preguntaré esto: Señor Bain, ¿quiere ponerse por un momento a un lado y dejar el sitio a los dos testigos que tenía preparados para este punto, por si surgía alguna objeción?

—En ese caso —dijo el juez Howison—; yo sugeriría que usted simplemente los señalara para identificarlos y llamarlos después que haya terminado el interrogatorio de este testigo.

A Burger no le gustó la sugerencia del juez y su rostro así lo expresaba.

—Señoría —dijo—, uno de esos testigos viene desde Honolulú y es muy importante para él regresar inmediatamente. Si pudiera llamarlo aunque sólo fuera por un minuto…

—¿Y qué es lo que va a testimoniar? —preguntó Mason.

Hamilton Burger dio por bienvenida la oportunidad que Mason le brindaba de poder dirigirse a él y le replicó:

—Ese testigo es un empleado de la farmacia en el Hotel Street, en Honolulú. Y va a identificar a la acusada como la mujer que entró en la farmacia y le pidió una receta de arsénico para envenenar a un gato que había sido el terror de la vecindad, matando pollos, llevándose pájaros y en general ocasionando toda clase de molestias. Él despacho del veneno fue registrado y en él aparecen la fecha y la firma de la acusada.

Mason dijo con naturalidad:

—¿Y qué necesidad hay de *llamarlo*? Nosotros declararemos eso.

—¿Qué ustedes lo declararán?

—¡Cielo santo! Sí —dijo Mason—. Nosotros declararemos, desde luego. Es la verdad.

—Oh, ya veo —dijo Burger a hurtadillas—. En vista del nerviosismo de la acusada…

—Así se hará —dijo agriamente el juez Howison—. Limite sus observaciones para el Tribunal, señor fiscal del Distrito. En vista de la afirmación del defensor, la declaración de prueba que acaba de hacer el fiscal del Distrito, será considerada como admitida en este caso.

—Y —continuó Hamilton Burger notoriamente desconcertado— él identificará esta botella y la etiqueta de la misma como la botella que le despachó a la acusada y presentará muestras de escritura, hechas en la máquina de la farmacia, que nosotros esperamos demostrar por medio de un perito que son iguales a las de esta etiqueta…

—No hay cuestión sobre eso —dijo Mason—. Podemos aceptarlo. Y lo admitimos así.

—Y por esa aceptación, eso será también considerado como prueba —dijo el juez Howison—. Y en vista de la manifestación del señor Mason, ¿queda sin lugar la objeción de la defensa de que la botella no tenía relación con la acusada?

—Muy bien, Señoría —dijo sonriendo cortésmente Mason—. Yo quería solamente estar seguro de que la prueba estaba ahí. Ese fue mi único objeto al oponerme: asegurarme de que la prueba existía. Y ahora me gustaría preguntar si hay alguna *otra* prueba relacionando a esa botella con la acusada. Si la hay, que sea presentado todo ahora, y después nosotros admitiremos que la botella puede ser aceptada como prueba.

Hamilton Burger dijo:

—Hay otra prueba.

—Preséntela ya.

—Prefiero presentarla más tarde.

—Entonces —dijo Mason— renuevo mi objeción por el hecho de que esa botella no es aceptable como prueba, por ser eso inadmisible, fuera de lugar y sin importancia. No hay pruebas que establezcan una relación entre esa botella y la acusada.

—Oh, muy bien —dijo Hamilton Burger—. El papel en que estaba envuelta contiene huellas dactilares de la acusada con el mismo polvo fluorescente que estaba puesto en ese joyero. La fluorescencia se produje bajo los rayos ultravioleta y pueden verse y

ser identificadas como huellas dactilares de la acusada.

—¿Está usted seguro de eso? —preguntó ahora Mason con interés.

—Ciertamente lo estoy, y tengo un perito en huellas dactilares sentado aquí en la sala que puede jurarlo así.

—Entonces yo especificaré eso —dijo sonriendo Mason.

El juez Howison dijo:

—No estoy muy seguro de si en un caso de esta gravedad puedo aceptar que el defensor haga aclaraciones en un objeto de prueba de la importancia de ése, señor fiscal del Distrito, y por lo tanto le ruego que llame al testigo al estrado.

—Muy bien —dijo el fiscal del Distrito—. Si el Tribunal permitiera que Nathan Bain se retirase, entonces llamaría al sargento Holcomb.

—Muy bien —dijo el juez—. Con este exclusivo objeto de identificar la botella, que comparezca el sargento Holcomb.

Nathan Bain dejó el estrado. El sargento Holcomb levantó su mano derecha, juró y después se dirigió al estrado de los testigos.

No pudo resistir la tentación de echarle una mirada triunfal a Perry Mason.

Hamilton Burger dijo:

—Le muestro a usted una botella y le pregunto: ¿La vio usted antes de ahora?

—Sí, señor.

—¿Y en dónde?

—Fue encontrada el día diecisiete de septiembre en la casa de Nathan Bain, en un cercado de setos en el patio.

—Y ahora le entrego a usted un pedazo de papel y le pregunto: ¿Qué es este papel?

—Este es el papel que envolvía la botella; el papel en el cual estaba envuelta la botella.

—¿Hizo usted algún análisis del papel?

—Sí, señor, lo hice.

—¿Y qué fue lo que encontró en él?

—Encontré la huella dactilar correspondiente al dedo medio de la mano derecha de la acusada. Esa huella, incidentalmente, tenía claros rastros de fluorescencia. En otras palabras, bajo una luz ultravioleta revelaría sin duda alguna el mismo característico polvo

que había sido puesto en el joyero que Nathan Bain tenía en el vestíbulo.

—Puede usted repreguntar —dijo Hamilton Burger a Mason.

—¿El papel estaba en el *lado de afuera* de la botella? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Y la huella estaba sobre él?

—Sí, señor.

—¿Había algunas otras huellas?

—No precisamente huellas, pero sí había numerosas manchas que eran claramente fluorescentes. En otras palabras, que fueron hechas con los dedos de una mano que había tocado el polvo fluorescente, pero estaban borrosas.

—¿La fluorescencia era clara?

—Sí, señor.

—¿Cómo era esa fluorescencia, comparada con la de las tabletas que fueron encontradas en el cesto de los papeles?

—La fluorescencia de las tabletas era mucho más fuerte.

—¿No había huellas fluorescentes, o manchas, o trazas de algo similar en la botella, o en la etiqueta de la botella, o al lado del papel con el cual estaba envuelta la botella, o, en fin, algo en el lado interior de ese papel?

—Bueno, no.

—Entonces, si la acusada con más cantidad de ese polvo fluorescente en sus dedos dejó manchas o huellas en el papel que cubría la botella, creo yo que tuvo que desenvolver el papel para sacar la botella y abrir ésta para sacar el contenido de la misma, y por lo tanto tendría que haber dejado en todos esos sitios muchos más rastros de fluorescencia, ¿no lo cree usted así?

—No estoy preparado para contestar a eso.

—¿Cómo no? Usted ha estado testimoniando como si fuera un perito.

—Bueno… Yo no sé cuándo sacó el arsénico de la botella. Pudo haber sido antes…, no lo sé, señor Mason. Y no puedo contestar a su pregunta. Son demasiados los factores inciertos en los que se envuelve esa pregunta.

—Sabía que usted no podía contestarla —dijo con exagerada cortesía Mason—. Muchísimas gracias, sargento. Eso es todo.

—Nathan Bain, ¿quiere usted volver al estrado, por favor? —dijo Hamilton Burger—. Y ahora, Señoría, renuevo mi propuesta de que esta botella y el papel que la envolvía sean aceptados como pruebas de la acusación.

—Serán aceptadas con ese fin —dijo el juez—. Ahora, vamos a clasificarlas de esta forma: las tres tabletas serán marcadas como «Prueba A de la Acusación Pública». La botella, como «Prueba B de la Acusación Pública», y el papel que la envolvía será marcado como «Prueba C de la Acusación Pública».

—Puede usted repreguntar al testigo Bain —dijo a Mason, con violencia, Hamilton Burger.

Mason miró ansioso al reloj. Tenía escasamente el tiempo justo para hacer unas cuantas preguntas antes del aplazamiento de la tarde. Y cualquier impresión qué quisiera hacer en el jurado tendría que ser hecha antes del aplazamiento y de prisa.

—¿Estaba usted separado de su esposa, señor Bain?

—Sí. Sí, señor. Desgraciadamente…, y como ya he sido obligado a confesar, la culpa fue toda mía.

Era aparente que cualquier nuevo intento de Mason para acosar a aquel pecador arrepentido, solamente podría dar por resultado un mayor distanciamiento de los miembros del Jurado de la defensa.

—¿Vio usted a su esposa durante su última enfermedad?

—Únicamente al final, sí, cuando ella estaba casi inconsciente.

—¿Había estado usted casado otra vez antes?

—Sí.

—¿Su primera esposa murió?

—Sí, señor.

—¿No vio usted a su esposa Elizabeth, durante la primera parte de su enfermedad?

—No, debido al hecho, que ya he mencionado, de que ella no quería que yo entrara en su cuarto.

—¿Se interesaba usted en saber los síntomas del mal que ella sufría?

—Desde luego que estaba interesado. Me paseaba por mi cuarto de un lado a otro en una agonía que me torturaba, señor Mason. Pedí que me comunicasen el estado de salud de mi esposa todos los días. Y le pedí al doctor que me describiera los síntomas de ella. Quería estar seguro de que todas las cosas que la ciencia médica

podía hacer, fueran hechas.

—¿Sabía usted si esos síntomas, según se los describían, pudieran ser como los de envenenamiento con arsénico?

—Sí.

—Entonces, ¿estaba usted muy familiarizado con ellos?

—No.

—¿No lo estaba usted?

—No.

—¿Nunca los había visto antes?

—¿Cómo? Seguro que no, señor Mason.

Mason, al fin, pisaba firme.

—¿Quiero preguntarle a usted, señor Bain, si su primera esposa, Marta, al final de su fatal enfermedad no mostró los mismos síntomas que fueron mostrados por su segunda esposa, Elizabeth Bain?

—Oh, Señoría —gritó Hamilton Burger—. Esto está yendo, ciertamente, demasiado lejos. Esto es un atentado por medio de la insinuación. Esto es inhumano, ilegal…

—No lo creo yo así —dijo el juez Howison observando sagazmente el rostro de Nathan Bain—. La acusación abrió las puertas ampliamente con este testigo. Y en estas circunstancias, voy a darle al defensor amplitud para que repregunte. La objeción es rechazada.

—Conteste la pregunta —dijo Mason.

—Eso era diferente —dijo Nathan Bain, despojado súbitamente de toda pose. En su propio estilo resultó tan malamente sorprendido como lo había sido Victoria Braxton, y quedó tan maltrecho como ella.

—¿Cuál era la diferencia?

—Que era diferente la causa. Ella murió de una intoxicación de comida en malas condiciones. Los médicos así lo dijeron. Y el certificado de defunción así lo prueba…

—¿Le *hicieron* la autopsia?

—No. Le dije a usted ya que había un certificado de defunción.

—Pero sí le *fue* hecha la autopsia a su esposa Elizabeth, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Fue hecha con el propósito de *probar* que había sido muerta

por envenenamiento de arsénico?

—Creo que el fiscal del Distrito fue quien ordenó que se hiciera la autopsia.

—Pero no le fue hecha la autopsia a su esposa Marta, ¿verdad?

—No. —Nathan Bain parecía sumirse en su ropa.

—¿Y usted heredará medio millón de dólares de su esposa Elizabeth?

—Al parecer, no. Parece ser que ella hizo un testamento y…

—Va usted a disputar ese testamento oponiéndose a él, ¿verdad?

—Bueno, Señoría —interpuso Hamilton Burger—. Quiero objetar sobre la forma de repreguntar, porque se hace sobre algo que está todavía lejano…

—Eso mostrará el estado de ánimo del testigo —dijo Mason—. Ha testimoniado demasiado tiempo con tonos de tímido arrepentimiento. Veamos ahora cuán hondo es ese arrepentimiento.

—Creo que su lenguaje es sin duda algo fuerte, señor Mason —dijo el juez Howison—. Pero permitiré que el testigo conteste a esa pregunta.

—Conteste la pregunta —dijo Mason—. ¿Va usted a disputar ese testamento oponiéndose a él?

—Sí —replico Nathan Bain—. Ese testamento es una completa falsedad. Es…

—¿Usted espera impedir que sea reconocido, verdad?

—Así lo espero.

—¿Y entonces, usted heredará medio millón de dólares?

—Posiblemente —dijo Bain con salvaje acritud.

—Entonces, —dijo Mason— dígale ahora al Jurado cuánto heredó usted de su primera esposa, muerta en tan desgraciadas circunstancias, pero con síntomas tan similares a los de Elizabeth Bain durante *su* última enfermedad.

—Su Señoría —gritó airadamente Hamilton Burger—. Esto es una insinuación y no está permitida para que pueda tomarse como prueba. Esta no es forma de repreguntar…

—Creo que aceptaré la objeción, por la forma en que la pregunta fue formulada —dijo el Juez Howison.

—¿Puede usted —dijo Mason— puntualizar ante el Jurado cuáles fueron los síntomas revelados por su esposa Marta que no presentó su esposa Elizabeth Bain, en su última enfermedad?

Nathan Bain guardaba un incómodo silencio.

—¿Puede usted? —preguntó de nuevo Mason.

—Yo no vi los síntomas de la enfermedad de Elizabeth —dijo al fin Nathan Bain.

—¿Cuánto dinero heredó usted de su primera esposa, hablando con crudeza?

—Me opongo —dijo Hamilton Burger—. Eso es…

—Rechazada la objeción —replicó el juez Howison.

—Cincuenta mil dólares.

—¿Cuánto tiempo llevaban ustedes casados antes de que ella muriese?

—Unos dos años.

—¿Y cuánto tiempo estuvo usted casado con Elizabeth Bain antes de su muerte?

—Dos años aproximadamente.

El juez Howison miró al reloj y dijo:

—Lamento interrumpir al defensor ahora que está repreguntando, pero este interrogatorio ha continuado unos minutos de más, pasando de la hora usual en que el Tribunal acostumbra suspender la sesión.

—Lo comprendo, Señoría —dijo Mason.

—La sesión será aplazada hasta las dos de esta tarde —dijo el juez Howison—. La acusada permanecerá en custodia y los jurados deberán recordar las advertencias del Tribunal.

Nathan Bain aprovechó el momento para salirse del estrado de los testigos, mientras los jurados estaban empezando a abandonar la sala.

Bain se acercó a Mason y le gritó fuera de sí:

—¿Por qué usted…, usted…, usted, sucio y despreciable trapisondista…? ¡Yo podría matarlo!

Mason alzó la voz para decirle:

—¡No, no! ¡No *me* mate, señor Bain! No heredaría de mí ni diez centavos.

Un reportero de Prensa bramaba con la risa.

Los encargados de guardar el orden en la sala, acudieron a separar a los dos hombres, mientras el Jurado salía despacio y pensativo de la tribuna a él destinada.

Capítulo 20

Perry Mason, Della Street y Paul Drake, conferenciaban, sentados en grupo, en el pequeño restaurante que estaba situado cruzando la calle del Tribunal de Justicia. El dueño —un viejo amigo— les había preparado uno de los reservados del restaurante, y llevó allí una extensión del teléfono.

Mason, comiendo distraído un bocadillo de jamón y bebiendo a sorbos un vaso de leche, dijo:

—Pues créeme, Paul, aún no puedo ver clara la situación.

—Bueno, pero el Jurado tiene ahora una clara visión de ella —dijo Drake—. Desde luego, hiciste un trabajo maestro con Nathan Bain. Y podrías con seguridad ganarte la simpatía de todo el Jurado si tu cliente, al ir al estrado, pudiera contar una historia digna de crédito. Pero tú sabes bien que no puede hacerlo, Perry.

—¿Y por qué no?

—Son demasiadas cosas las que hay en contra de ella. Su huella dactilar en el papel, el hecho de que ella hubiera tirado la botella por la ventana… Desde luego, es preciso que alguien la haya visto, y sin duda alguna fue uno de los testigos. Porque no puede uno creer que esos hombres, en una investigación de tipo general, hubieran ido a buscar precisamente entre esos setos, si alguien no se lo hubiera indicado así. Holcomb no tiene cerebro suficiente para eso.

—No —concedió Mason—. Cualquiera de los testigos, sin duda alguna, la vio a ella tirar la botella, o bien vio a alguien tirarla por la ventana, eso es seguro.

—Bueno —dijo Drake—. Aquí estamos. Ella va al estrado y trata de decir su historia, y entonces Hamilton Burger se le echa encima y empieza a repreguntarle, y hace de ella la más grande envenenadora, desde Lucrecia Borgia.

Mason movió la cabeza malhumorado.

—He estado observando a los espectadores de la sala —añadió Drake—. He hablado con gentes que han escuchado la prueba, y aunque tú ciertamente hiciste un magnífico trabajo tratando de desenmascarar a Nathan Bain, no obstante eso, tu cliente se encuentra en un conflicto. Ese ataque de nervios, puso un lazo corredizo en su cuello.

—Sí que lo puso —dijo Mason cansado—. Esto de representar a una mujer ante el Tribunal y encontrarse con que ella empieza a gritar y pierde su temple…

—Bueno, a cualquiera le hubiera ocurrido en circunstancias parecidas —dijo Della Street—. Ella creía que su secreto estaba bien guardado. Sabía que si te lo decía a ti o a otro buen abogado, éstos no se encargarían de su caso.

—Me supongo que así fue —agregó de mala gana Mason—. Pero, todavía no tengo idea clara del asunto. ¿Te has fijado, Paul, como cambió el rostro de Nathan Bain cuando le pregunté sobre la muerte de su primera esposa?

Drake dijo:

—Seguro. Además, le hiciste perder la serenidad.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Había sido bien adiestrado para hacer frente a tu interrogatorio; pero eso fue tan inesperado y en un punto tan vulnerable…

—¿Entonces estás de acuerdo conmigo en que lo golpeé duro? —preguntó Mason.

—Caramba, que si fue duro. Por poco se desmaya —dijo Paul.

Mason se quedó pensando unos momentos y después le preguntó:

—¿Llamaste a los padres de Marta?

—En el mismo momento que se tocó ese punto.

—¿Y qué les pareció, Paul?

—Tomarán el primer avión y vendrán a pedir que el cadáver sea exhumado, y están armando todo un infierno.

Mason sonrió.

—Según veo —advirtió Drake—, si el cadáver es exhumado y Marta murió envenenada con arsénico, puedes obtener un Jurado en desacuerdo, *siempre* que la acusada pueda convencerlos con su

historia. Pero si el cadáver es exhumado y no murió de envenenamiento con arsénico, Perry, entonces eres hombre al agua. Harás un mártir de Nathan Bain y un trapisondista de ti mismo.

Mason sacudió la cabeza.

—Este no es un juego que a mí me guste, pero no me queda otro remedio que jugarlo. Un abogado tiene que echar todas sus fichas de juego sobre la mesa cuando se encuentra en una situación parecida a ésta.

—Si tu cliente pudiera solamente explicar lo de esa botella de arsénico —dijo Drake.

—Puede hacerlo. Lo quería para matar a un gato.

Drake movió la cabeza:

—El Jurado no se lo creerá, Perry. Y espera a oír los argumentos de Burger al Jurado.

—Sí —dijo Mason sarcástico—. Ya me imagino a Hamilton Burger diciéndoles: «La criminal pensaba que ya había puesto una venda sobre los ojos de todos, y luego, cuando este endemoniado rastro de prueba, al que ahora su defensor está tratando de no darle importancia, fue presentado ante el Tribunal, ¿qué hizo ella…? Señoras y señores del jurado: no les pido a ustedes que acepten mi valoración de esta destructora parte de prueba. Les pido a ustedes solamente que acepten la valoración que la propia acusada le otorgó…». Y así seguirá hasta el infinito…

—Haces que eso suene completamente convincente —dijo Drake.

—Y también Hamilton Burger lo hará —replicó Mason—. Llama a tu oficina, Paul, y pregunta si hay algo nuevo.

Drake llamó a su oficina y dijo:

—Estoy almorzando. ¿Algo nuevo en el caso de Bain…? ¿Qué…? Dígame eso otra vez… Espere, no cuelgue.

—Se volvió hacia Mason y le dijo:

—Un nuevo y extraño acontecimiento. Ya sabes que hemos estado siguiendo a Nathan Bain.

Mason asintió con la cabeza.

—Aparentemente, Bain no tenía idea de que era seguido. Bain, como todos esos hombres que han explotado a las mujeres valiéndose de su irresistible encanto, tiene una debilidad fatal. Cuando estos individuos se hacen viejos, invariablemente acaban

perdiendo la cabeza por mujeres que son mucho más jóvenes que ellos, y estas mujeres los hacen perderse.

—Continúa, Paul —dijo Mason—, ¿qué asunto es ése?

—Bueno, pues a pesar de la actitud que él mostró ante el Tribunal, cuando estaba en el estrado de los testigos, Nathan Bain está absolutamente loco por Charlotte Moray. Ella está aquí ahora, viviendo en los «Departamentos Rapidex».

—¿Registrada con qué nombre?

—Con el suyo propio. Ha estado viviendo allí desde hace meses. Nathan Bain fue a verla esta mañana, poco antes de ir al Tribunal.

Mason, paseándose por el reservado, se puso a meditar cuidadosamente sobre esto.

—¿Podrá eso suponer algo cuando le repreguntes? —preguntó Drake.

Mason meneó la cabeza negativamente.

—¿Algunas instrucciones? —preguntó Drake.

Súbitamente, Mason dijo:

—Paul, tengo una idea.

—Ya era tiempo —comentó Drake.

—¿Quién estará en la casa de Nathan Bain esta tarde? ¿Nadie?

—Déjame pensar, Perry. Adivino que nadie, porque Bain y el ama de llaves irán al Tribunal, y…

Mason lo interrumpió:

—Paul, quiero que te las compongas para instalar allí un micrófono. Quiero que vayan a la casa de Bain y lo coloquen precisamente en la habitación donde está el teléfono.

El rostro de Drake se ensombreció:

—¡Has de tener corazón, Perry! ¡Tú no puedes hacer eso!

El rostro de Mason estaba duro como el granito.

—Paul, me estoy jugando mi reputación en esto, y tú tienes que jugártela conmigo. Quiero que consigas un micrófono, que lo coloquen en esa habitación y lo preparen de forma que sea un completo aparato registrador.

—Dios mío, Perry, lo encontrará…

—Ponlo en donde no pueda encontrarlo.

—¡Pero si por casualidad lo encuentran, Perry! Cuando hagan la limpieza y…

—A esa hora —dijo Mason— sólo verían dos cables sueltos y con

las puntas sueltas colgando al exterior.

La cara de Drake mostró un rayo de esperanza.

—¿Y cuánto tiempo tendremos que permanecer en ese trabajo, Perry?

—Pon dos hombres vigilando la casa. Quiero saber cuándo llega Bain allí. Quiero saber quién más va allí y cuándo va. Una hora después que Bain llegue, recibirá una llamada telefónica. Después de eso, ya puedes cortar los cables, recoger tu equipo de registro de sonido y marcharte.

—Eso significa la pérdida de mi licencia de detective privado si me cazan —alegó Drake.

—Pues para evitar eso —replicó fríamente Mason— no te dejes cazar.

Capítulo 21

A las dos de la tarde el juez Howison abrió la sesión, con una sala repleta de gente, anunciando:

—Fuera de mi costumbre y criterio —dijo— he permitido que los auxiliares del Sheriff admitieran espectadores que no tenían asiento. Esos espectadores deben permanecer de pie a los extremos y cerca de las paredes, no en grupos y apiñados como están ahora. Deseo que se comporten todos con la dignidad que corresponde al lugar. Y advierto que si alguno no lo hace así, será expulsado de la sala.

»El Señor Nathan Bain estaba en el estrado, empezando a ser repreguntado. ¿Querrá usted volver a ocupar su sitio en el estrado, señor Bain? Señor Mason, ¿quiere usted continuar repreguntándole?

Nathan Bain había perdido parte de la seguridad en sí mismo. Aparentemente, aquellas pocas preguntas que Mason le había formulado poco antes del aplazamiento le habían hecho perder su temple y lo habían llevado a comprender que los aleccionamientos minuciosos de Hamilton Burger no eran armas suficientes de protección contra las verdades de Mason.

Mason reanudó el interrogatorio en un tono de voz como si estuviera conversando.

—Señor Bain —dijo—. ¿Volviendo a su testimonio sobre el uso de ese polvo fluorescente, entiendo que usted había sufrido en su casa repetidos robos en esa época?

—Sí, señor.

—¿Y esos robos coincidieron con el empleo en su casa de Nellie Conway?

—Así fue, exacto. Aunque ya he declarado que eso fue una pura coincidencia, según se demostró.

—¿Hubo desaparición de alhajas?

—Sí, señor.

—¿Y no habían desaparecido alhajas anteriormente a que Nellie Conway empezara a trabajar?

—No, señor.

—¿No pensó usted en ninguna otra persona de la casa cuando esas cosas desaparecieron?

—No, señor.

—Bueno, ¿y su esposa guardaba ese joyero en un escritorio que estaba en el vestíbulo y lo tenía cerrado con llave, verdad?

—Sí, señor.

—¿Y Nellie Conway, desde luego, fue empleada por usted como enfermera para cuidar a su esposa después del infortunado accidente en el cual se había roto la columna vertebral?

—Sí, señor.

—¿E inmediatamente después de ese accidente y de todas esas otras cosas, en su esposa se produjo un sentimiento de acritud hacia usted y no le permitió entrar en la habitación?

—Sí, señor.

—¿Entonces, usted no tuvo comunicación oral directa con su esposa, desde el accidente hasta la muerte de ella?

—Desgraciadamente, así fue.

—¿Entonces, usted necesariamente debía haber sabido antes del accidente que ella tenía esos documentos secretos en su habitación?

—Sí, señor. Lo sabía.

—¿Mucho antes del accidente?

—No puedo recordarlo.

—Procure recordarlo.

—Bueno, yo…

—¿Fue inmediatamente antes del accidente, verdad?

—Bueno, puede ser que sí. Ella me habló sobre esos papeles…, déjeme pensar…, el recuerdo del accidente, desde luego…, ha desfigurado tantas cosas…, fue un golpe demasiado fuerte…

—En realidad, ella le dijo el día antes del accidente que tenía las cartas, que tenía la prueba de su infidelidad y que iba a pedir el divorcio, ¿verdad?

—Yo…

Mason abrió su cartera de mano y sacó una carta, la cual había sido enviada a Victoria Braxton.

—¿Sí o no, señor Bain? —le preguntó sacando la carta del sobre y haciéndolo en forma dramática.

—Sí —admitió Nathan Bain, desfallecido.

—Ahora —dijo Mason, ¿está usted seguro de que las alhajas habían estado desapareciendo de la casa en el período de tiempo en que Nellie Conway estaba trabajando allí?

—Sí. Pero repetidas veces lo he dicho, y deseo decirlo una vez más, que mientras usted está usando el empleo de Nellie Conway refiriéndose a él como una medida de tiempo, eso es todo a lo que puede referirse. Y yo estoy satisfecho de que la señorita Conway nada tuviera que ver con la desaparición de las alhajas.

—Pero, ¿desaparecieron?

—Sí, señor.

Mason levantó su rostro con un ademán dramático y se quedó mirando al testigo hasta que todas las personas de la sala se encontraban ya bajo una gran tensión; entonces le preguntó en voz baja y muy despacio:

—¿Cómo… lo… sabe… usted?

—¿Que cómo sé qué?

—¿Que las alhajas de su esposa habían desaparecido?

—Porque yo sabía de manera general lo que ella tenía y…

—¿Usted no se comunicaba con su esposa?

—No.

—Entonces, su esposa no pudo habérselo dicho a usted, ¿verdad?

—No.

—¿El joyero estaba guardado en el escritorio?

—Sí.

—¿Su esposa podía andar?

—No.

—Entonces, ¿cómo supo usted que las alhajas habían desaparecido?

Bain cambió de postura, intranquilo, en el estrado de los testigos.

—¿Cómo lo supo usted? —repitió Mason.

—Bueno —Nathan Bain empezó a decir—. Yo…, ocurrió que yo me di cuenta de eso…

—Ese escritorio era el escritorio privado de su esposa, ¿verdad?

—Sí.

—Pero usted se había quedado con un duplicado de la llave de él, sin conocimiento de su esposa, ¿verdad?

—Yo tenía una llave.

—¿Y el joyero estaba cerrado con llave?

—Sí.

—Y usted tenía un duplicado de la llave de ese joyero sin conocimiento de su esposa, ¿verdad?

—Ya le he explicado a usted eso en otra ocasión, señor Mason.

—No le pido ninguna explicación, solamente le estoy preguntando y quiero que me conteste. ¿Tenía usted o no la llave de ese joyero sin que su esposa lo supiera ni le hubiera dado su consentimiento para ello?

—Bueno, en cierta forma, sí.

—¿Sí o no?

—Me opongo a la pregunta por haber sido ya hecha y contestada —intervino Hamilton Burger.

—Rechazada la objeción —replicó el juez Howison.

—¿Sí o no? —preguntó Mason.

—Sí —dijo Nathan Bain.

—Entonces —dijo Mason— la única forma en que usted pudo lograr saber que las alhajas de su esposa estaban desapareciendo, *después* del accidente en que su esposa resultó herida, fue porque usted subrepticiamente abrió el escritorio e hizo un subrepticio inventario del contenido del joyero, sin ella saberlo ni haberle dado su consentimiento ni permiso específico alguno. ¿Fue así?

—Lo hice para comprobar.

—Bien —dijo Mason—, entonces, ¿*qué* alhajas habían desaparecido del joyero de su esposa?

—Un colgante de diamantes. Bueno, una imitación…

—No le estoy hablando ahora sobre las imitaciones que usted puso allí, sino de las auténticas alhajas.

—No podría decirlo.

—¿Pero, no tenía usted un inventario de los artículos que contenía el joyero?

—No, señor; no del joyero de mi esposa. No era un inventario específico…

—Entonces, ¿por qué fue usted al joyero e hizo la inspección?

—Solamente para comprobar.

—Pero si usted no sabía lo que allí había, no podía decir con verdad si había desaparecido alguna cosa, ¿verdad?

—Bueno, yo…, yo fui sólo para ver…

—¿Y usted puede decirnos de una sola pieza que hubiera desaparecido o se hubiera perdido?

—No, señor.

Una vez más, Mason miró a Bain con ojos acusadores.

—A esa muchacha amiga suya…, con quien usted tuvo ese asunto amoroso, ¿no le regaló usted alguna alhaja?

—Señor, ¿qué quiere usted insinuar…?

—¿Le obsequió usted con alguna alhaja? Conteste a la pregunta.

Bain se pasó la mano por la cabeza.

—¿Sí o no? —repitió Mason.

—Sí.

—Gracias —dijo con sarcasmo Mason—. ¿Y esos regalos de alhajas le eran entregados en los estuches en que venían, o tomaba usted de su bolsillo esas alhajas y se los ponía a ella?

—No puedo recordarlo.

—¿Puede usted recordar algún establecimiento de joyería donde usted comprase una sola de esas alhajas con que la obsequiaba?

—Yo… La mayoría las compré en subastas públicas.

—¿Y tiene usted un solo recibo de la compra de alguno de esos artículos que usted afirma fueron comprados en subastas públicas?

—No, señor, los rompí todos.

—He sido advertido de que los padres de Marta Bain, su primera esposa, van a hacer una petición para poder exhumar el cadáver. ¿Acaso se opondrá usted? —le preguntó Mason.

—¡Señoría, Señoría! —gritó Hamilton Burger—. Me opongo a esa pregunta por ser argumentativa. Y no es manera propia de repreguntar. Eso es completamente ajeno a este caso. Y es además inadmisible, no hace al caso y carece de valor, y…

—Pienso que tengo que aceptar la objeción por ser argumentativa —dijo el juez Howison—. Sin embargo, estoy dispuesto a permitirle al defensor un amplio margen para repreguntar, particularmente en vista de la naturaleza peculiar del interrogatorio directo y del amplio espacio exploratorio que usted empleó.

—¿Permitirá usted que el cadáver de Marta Bain sea exhumado? —preguntó Mason.

—Reitero la objeción.

—Y yo reitero el mismo acuerdo —dictó el juez.

—Señoría, pido ahora que este caso sea prolongado hasta que se pueda proceder a exhumar el cadáver de la fallecida Marta Bain. Creo que es vital en este caso el determinar si murió de envenenamiento con arsénico —dijo Mason.

—Oh, Señoría —gritó Hamilton Burger, y en su voz había tal exasperación, que demostraba claramente que había pasado ya del límite de la paciencia humana—. Eso es una artimaña para desorientar y apartar la atención de un juego que resulta demasiado caliente para el defensor.

»Si éste hubiera estado tan interesado sobre la muerte de Marta Bain, pudo haber hecho la petición para una prolongación del proceso, antes de ser éste puesto a juicio. Y ahora, nosotros tenemos constituido el Jurado y…

—No obstante —interrumpió el juez Howison— el Tribunal se inclina a pensar que puede haber alguna cosa interesante en la proposición. No voy a decidir inmediatamente sobre ello. Lo estudiaré, y mañana por la mañana dictaré la decisión. En el intervalo, ustedes, señores letrados, ¿están dispuestos para continuar con el juicio?

Perry Mason movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—Señoría: la cuestión de que sea o no aceptada mi moción, afectará por entero a mi estrategia en este juicio. No me interesa, pues, el continuarlo, hasta que haya sido dictada una decisión definitiva.

—Muy bien —dijo el juez Howison—. Me reservaré la decisión hasta mañana a las diez de la mañana y entre tanto el Tribunal suspende la sesión. La acusada permanecerá en custodia del Sheriff, y los miembros del Jurado recordarán la advertencia del Tribunal de no hablar ni comentar con nadie ni entre ellos o con otra persona cualquiera el caso, ni permitir tampoco que se discuta en su presencia; el Jurado no debe formarse ninguna opinión, tanto de culpa como de inocencia, de la acusada, hasta que la prueba de todo el caso esté terminada, sometiéndosela después a su decisión.

»La sesión será aplazada hasta mañana a las diez de la mañana.

Y en ese intervalo le pido al defensor que cite a alguna persona que tenga autoridad suficiente para justificar la pertinencia de la prolongación del caso para proceder a la exhumación.

La sesión queda aplazada.

Capítulo 22

Paul Drake, desde el pequeño agujero de su oficina, se encontraba conectado con el centro de las operaciones.

Mason y Della Street, estaban sentados en torno al revuelto escritorio de Drake. El detective, con cuatro o cinco teléfonos enfrente de sí, recibía informes de la marcha de las operaciones, de tiempo en tiempo y cuando se producían nuevos hechos.

—Ese aplazamiento tan rápido de la sesión, por poco nos lo estropea todo —dijo—. Si Nathan Bain se hubiera ido derecho a casa, quizá nos hubiera encontrado allí, y todo se hubiera echado a perder. Ciertamente, no me gusta esto, Perry. Esta es una acción de último momento, una jugada desesperada…

—Serán cogidos ahora —preguntó Mason—. No te preocupes por eso. ¿Dónde supones que esté Nathan Bain?

—Dejó la oficina de Hamilton Burger hace media hora —dijo Drake—. Mi agente no ha tenido oportunidad de informar todavía.

—Si Nathan va a los «Departamentos Rapidex», estamos en un aprieto —dijo Mason.

—¿Por qué?

—Después te lo diré todo.

—Estás realizando un juego desesperado. Y yo estoy demasiado metido en el riesgo para no saber de qué se trata. Tienes miedo de que yo me niegue a continuar con esto.

—No es eso, no. Es que tú trabajarás mucho mejor si tu mente no está ocupada con otras cosas. Demonio, Paul, ¿por qué no consigues una oficina mucho más espaciosa, por la cual se pueda pasear?

—No puedo pagarla.

—Uno nunca lo creería por las cuentas que envías. Deja de preocuparte, Paul. Un abogado y un detective que no son capaces

de arriesgarse por un cliente, no valen la sal que comen. Instalar clandestinamente un aparato de ésos no es un delito tan grande.

—No es eso —dijo Drake—. Son los riesgos que uno tiene que correr para instalar el aparato.

—Ya lo sé, Paul —dijo con simpatía Mason—. Pero nosotros no podemos escoger. Tenemos que obtener cierta información. Y como no podemos conseguirla por un camino fácil, tenemos que hacerlo por el difícil. ¿Cómo consiguió entrar allí tu agente? ¿Con una llave falsa?

—Seguro.

—¿Sabe alguien algo sobre esto? ¿No lo vería nadie allí?

—Creo que no. Algún vecino *puede* haberlo visto, pero mi agente entró en la casa llevando un cesto de comestibles, como si fuera un mandadero de una tienda que llevase un pedido.

—¿En dónde colocó su equipo?

—En un garaje que alquilamos. Y no me siento muy feliz por eso.

—¿Por qué?

—Porque tuvimos que alquilarlo con mucha prisa y muy caro. Y creo que la mujer que es dueña de ese local, sospecha que estamos planeando esconder allí coches robados. Y tengo un presentimiento de que pueda avisar a la policía.

Mason miró su reloj:

—Bueno, estaremos fuera de todo esto antes de una hora.

Sonó uno de los teléfonos. Drake cogió el auricular, después sacudió la cabeza y dijo:

—Eso es muchísimo mejor. Deje conectada mi línea. Quiero saber minuto a minuto lo que suceda.

Colgó el auricular y volviéndose para dirigirse a Mason, le dijo:

—Todo va muy bien, Perry. La trampa funciona. Nathan Bain y el ama de llaves llegaron a la casa hace cinco minutos. Mi agente los siguió hasta allí. Esta fue la primera oportunidad y agarró el teléfono y me informó.

—¿Hay alguien más entregado a ese trabajo?

—Seguro, seguro —dijo Drake—. No te preocupes por eso. Eso forma parte de la rutina del trabajo. Nosotros tenemos suficientes hombres trabajando y así podemos estar constantemente informados de los acontecimientos que ocurran.

Mason se volvió hacia Della y le dijo:

—Muy bien, Della. Prepara tus cosas.

Della Street tomó un pedazo de papel de su libro de notas, lo puso encima de la mesa y dijo:

—Quiero una línea, Paul.

Drake conectó una clavija:

—Muy bien. Ese teléfono ya está conectado. Marca su número.

Los hábiles dedos de Della Street se posaron rápidamente sobre el disco del teléfono.

—¿Qué número es? —preguntó con curiosidad Drake.

—El de Nathan Bain —dijo concisamente Mason.

Della Street, sentada y con el auricular al oído, esperaba por la respuesta.

—¿Está sonando? —preguntó Mason.

Della Street movió la cabeza afirmativamente.

Drake dijo en voz baja:

—Tú, Perry, haces las cosas más endemoniadas. ¿Esa carta que sacaste de tu cartera y pusiste delante de Nathan Bain, era realmente una carta que Elizabeth le había escrito a su hermana, o era simplemente un…?

—Era solamente un recibo de un pastel de frutas —dijo Mason —. Demonio, Paul, ¿supones acaso que no van a contestar? ¿No pueden tus hombres, quizá…?

Se calló cuando Della Street le hizo señas de que guardase silencio. Con la boca pegada al micrófono del teléfono, dijo con una voz sin tono:

—¿El señor Nathan Bain…? Muy bien, por favor, llámelo al instante. Es un asunto de mucha urgencia… Hola. ¿Es el señor Nathan Bain? Muy bien. Aquí es el Hospital Receiving. Una paciente que dice llamarse señorita Charlotte Moray, residente en los «Departamentos Rapidex», ha llegado exactamente ahora, en una ambulancia, y está siendo tratada por envenenamiento con arsénico. Dice que únicamente pudieron haber sido unos chocolates rellenos de crema que recibió por correo. Nos pidió que se lo notificáramos a usted y que le dijéramos que estaba siendo tratada con gran urgencia, pero sugirió que si fuera posible, fuese usted a verla en seguida.

Della Street esperó medio segundo, y después, en el mismo y

eficiente tono profesional de voz, dijo:

—Está bien. El nombre es Charlotte Moray. La dirección «Departamentos Rapidex». Adiós.

Colgó.

Drake miró a Mason con los ojos desorbitados por la sorpresa y llenos de incredulidad.

—¡Qué cosa tan descabellada y tonta hiciste!

Mason hizo un gesto de impaciencia.

—Es lo único que podemos hacer, Paul. Tengo una teoría. Y tengo que averiguar si ésta realmente contiene algo sólido.

—Pero eso no lo va a engañar a él —dijo Drake—. Simplemente será…

Mason le interrumpió diciéndole:

—Mantén a tus hombres en el trabajo, registrando en el aparato cualquier conversación que oigan por el micrófono.

—¡Pero, Cielo santo, Perry! No vas a conseguir nada por ese camino.

—Uno nunca sabe —le dijo Mason.

Esperaron con ansiedad durante un rato, y después de diez minutos, dijo Mason:

—Decídete de una vez, Paul, porque me vuelvo loco si no puedo estar en acción. ¿Cuánto tiempo supones que pasará aún, antes de obtener algún informe de tus hombres?

—Lo harán cuando terminen de registrar cuanto haya a ese efecto. Están haciendo informes ordinarios de hora en hora, pero informarán también en seguida de cualquier acontecimiento que no sea ordinario.

—Esto no será ordinario —dijo Mason—. Es igual que poner una máquina de retratar en un bosque, con un cable unido a un disparador de magnesio, y volver a la mañana siguiente para ver lo que aparece registrado en la película. Puede resultar lo mismo que sea un venado o una zorrilla. Uno solamente tiene que esperar hasta que la película sea revelada para saber lo que fue registrado por la máquina. Y eso mismo es lo que ocurre con este aparato.

—Quizá no sea el venado o la zorrilla quien caiga en la trampa —dijo Drake—. Puede que sea un abogado.

—Quizá sea así —confesó Mason.

—Pero, caramba —dijo Drake—. Lo primero que Nathan hará,

será llamar a Charlotte Moray.

—Si lo hace así resultará interesante saber qué es lo que él le dice.

Mason miró su reloj de pulsera y empezó a tamborilear con la punta de los dedos sobre la mesa.

Drake empezó a decir algo, pero luego, después de observar la expresión en el rostro del abogado, cambió de idea y guardó silencio.

Al cabo de otros cinco minutos, Mason dijo con ansiedad:

—¿Qué distancia tienen que recorrer tus hombres para encontrar un teléfono, Paul?

—¿Quieres decir los hombres que están vigilando el frente de la casa de Bain?

—No, los que están con ese aparato.

—No tienen que ir muy lejos, Perry. Precisamente hay una estación de gasolina en la esquina.

—¿Qué distancia, en términos de minutos o segundos?

—Dos minutos a lo sumo.

Mason miró nuevamente su reloj de pulsera, después tomó un lápiz de su bolsillo, deslizándolo nerviosamente entre las puntas de sus dedos, preparado para cualquier operación.

—Vamos a ver, ¿qué estás esperando, Perry? —pregunto Drake.

Mason sacudió la cabeza y dijo:

—Cada minuto que pasa ahora, espero cada vez menos. Deberíamos haber sabido esto antes.

Pasaron otros cinco minutos.

Mason encendió un cigarrillo, se recostó en el respaldo de la butaca y dijo:

—Bueno, Paul. Creo que hemos perdido nuestra partida.

—Ahora, ánimo —dijo Drake—. Sí, desde luego, yo sabía lo que esto era, lo que exponíamos y también exactamente lo que íbamos a perder.

Mason replicó, impaciente:

—Nathan Bain debe haber tenido alguna conversación con Charlotte Moray y sin duda sabe que la llamada del teléfono era una trampa.

—Nathan no salía de allí —dijo Drake. El y el ama de llaves estuvieron en la oficina de Hamilton Burger conferenciando. Y

cuando salieron de allí se fueron directamente a casa.

—¿No llamaría por teléfono a alguna parte? —pregunto Mason.

—No lo creo —dijo Drake—. De ser así, creo que mi agente me hubiera informado, pues le dije que me tuviera al corriente de todo lo que ocurriese allí, y comunicó ese informe hace quince o veinte minutos.

Mason, aburrido y sentado en la butaca, dijo:

—Si por algún motivo llamaron a Charlotte Moray a la oficina del fiscal del Distrito, entonces vamos a necesitar pensar alguna cosa más. Diles a tus hombres que en la primera oportunidad que tengan corten los cables, lo recojan todo y se vayan a casa. Que saquen fuera ese equipo y así la policía no podrá encontrar ninguna cosa aunque siga el rastro de los cables.

—Cortaremos los cables muy cerca de la casa —dijo Drake—. Haremos todo eso tan pronto oscurezca.

—¿Cuándo volverás a tener comunicación con tus agentes?

—Antes de veinte minutos. Informan de hora en hora si no hay nada nuevo.

—Muy bien —dijo Mason—. Creo que lo ocurrido ha sido que él, probablemente, sospechó.

El teléfono sonó y cortó el silencio que imperaba, y Della Street, con los nervios en tensión, saltó en el asiento cuando lo oyó.

—Puede que sean ellos —dijo Drake, y cogió el auricular.

Mason se levantó, esperando de pie, lleno de ansiedad.

Drake dijo:

—Hola… Sí, continúe… ¿Qué es…? Bueno, haga lo mejor que pueda. Déme más detalles. Tiene usted que hablar más alto, no le oigo nada. Acérquese más al teléfono…

Súbitamente, el rostro de Drake se iluminó. Miró a Mason moviendo significativamente la cabeza y dijo al teléfono:

—Continúe comunicando. Así. Y déme toda la información que tenga.

Finalmente, Drake dijo:

—Espere en el teléfono un minuto. No cuelgue. Le daré instrucciones.

Drake puso la palma de la mano sobre el micrófono del teléfono y le dijo a Mason:

—Bain y su ama de llaves tuvieron una pelea infernal, estando

cerca del teléfono. Bain la acusa de haberle enviado bombones con arsénico a Charlotte Moray. Y el ama de llaves le llamó mentiroso y chapucero, echándole en cara que había tratado de matar a su esposa en aquel accidente de automóvil…, y después, Bain, evidentemente, le echó en cara todo lo que ella hizo antes y empezaron a arrojarse puñados de fango el uno al otro. Se percibe perfectamente.

—¿Tu agente recogió todo eso en los discos de registro de sonido?

—Seguro que lo registró.

Mason sonrió.

—Dile que continúe allí algún tiempo más y después que nos informe otra vez, cuando oscurezca, y también si hubiera algo nuevo.

Mason, volviéndose hacia Della Street, dijo:

—Llama al teniente Tragg a la Brigada de Homicidios, Della.

Della empezó a marcar el número en el teléfono, mientras Drake le comunicaba al agente las instrucciones que Mason le había dado.

Poco después, Della Street le indicó a Mason que el teniente Tragg estaba al habla, y Mason tomó el auricular y dijo:

—Hola, teniente. Aquí le habla Perry Mason.

—¿Qué diablos quiere usted ahora? —preguntó Tragg.

—¿Y qué es lo que le hace a usted suponer que yo quiero algo, Tragg?

—El tono de voz. Y su manera tan fina de actuar.

—¿Cuánto nos agradecería si le diéramos la solución de un par de asesinatos, envueltos juntos, en un paquete muy bien hecho y atados con un lazo color de rosa? —repuso Mason, riéndose.

—¿Qué cuánto se lo agradecería? —preguntó con cautela Tragg.

—Hay un micrófono que tiene que ser propiedad de la policía.

—¿Quiere usted decir que yo lo coloqué?

—Sí.

—¿Hasta dónde son seguras las soluciones?

—Las soluciones están en tan buen estado como guardadas en una refrigeradora.

—Creo que puede hacerse un arreglo —dijo Tragg—, pero no quiero ser un gato caído en una trampa. Quiero tener la seguridad de que estoy jugando a una cosa cierta.

—Y la tendrá —le aseguró Mason—. Venga a la oficina de Paul Drake. Mientras tanto y para cuando usted llegue, nosotros le tendremos todas las cosas preparadas.

—Muy bien. Iré lo más de prisa que pueda —dijo Tragg—. Este muchacho, Bain, no me parece a mí tan bueno como se lo parece a Holcomb y al fiscal del Distrito… Pero, a pesar de eso, tiene usted que demostrármelo.

—Venga y se lo demostraré. —Colgó el auricular y le dijo a Della Street—: Muy bien. Llama a Nathan Bain por teléfono.

—¡Nathan Bain! —exclamó Drake—. ¿Estás loco?

Mason meneó la cabeza negativamente.

Los dedos de Della Street ya estaban ocupados manipulando en el disco del teléfono.

—Hola —dijo—. Hola… ¿El señor Bain? Un momento. No cuelgue, por favor.

Le pasó el auricular a Mason.

Este lo tomó y dijo:

—Buenas tardes, señor Bain. Aquí le habla Perry Mason.

—No tengo nada que decirle a usted, señor Mason. El fiscal del Distrito me ha prometido que va a poner fin a su persecución contra mí. Lo veré a usted en el Tribunal mañana.

—Quizá no me vea usted.

—Puede usted estar seguro de que lo veré —dijo de mala forma Bain—. Y cuando yo…

—Espere un momento —interrumpió Mason—. Antes de comprometerse con una cita definitiva, Bain, mejor es que usted busque por la habitación para encontrar el micrófono. Adiós.

Mason colgó el receptor.

Drake se levantó de la butaca protestando:

—¡Por Dios, Perry! No sabes lo que estás haciendo. ¿No te das cuenta…?

—Creo que sí lo sé —dijo sonriendo Mason—. En seguida vas a ver cómo es una prueba de culpa. Creo que antes de diez minutos, tus hombres, los que están vigilando la casa, te informarán de que Nathan abandonó ésta a toda prisa. Quiero que el teniente Tragg tenga un caso lo suficientemente fuerte para que Hamilton Burger no le salga con pegas.

Capítulo 23

El garaje tenía ese tenso y enmohecido olor que parece ser, en general, característico de los locales que están cerrados demasiado tiempo y donde el sol no penetra.

El aire era frío. El agente de Paul Drake, envuelto en abrigos, regulaba el mecanismo de registro que lo hacía girar.

El teniente Tragg, sentado en medio de Perry Mason y Della Street, se inclinaba hacia adelante para oír mejor los informes del registrador.

Paul Drake, nervioso y aprensivo, estaba sentado al otro lado, hablando con uno de sus agentes.

Las voces que venían del aparato, amplificadas por un pequeño altavoz, eran suficientemente claras y distintas, aunque había algún cambio de tono debido a la amplificación producida por el micrófono.

Pasados diez minutos, Tragg observó que las voces cesaban y los informes se acabaron.

—Bueno, eso es todo —dijo Mason.

—¿Cómo pudo usted figurarse que eso había ocurrido así, Mason? —preguntó el teniente Tragg.

—Estuve observando la cara de Bain cuando lo acusé de haber asesinado a su primera esposa. Vi como eso lo dejó desorientado. Pensé entonces, que al haber ocurrido así, es porque era culpable y más tarde empecé a pensar sobre todo eso y a eslabonar una cosa con otra.

»Desde luego, si la primera esposa había sido envenenada por comer bombones rellenos con crema y en la crema había sido puesto el arsénico, eso era razón para que…

—Espere un minuto —dijo el teniente Tragg—. ¿Por qué Nathan Bain no comió también alguno de esos bombones?

—Porque no le gustan los bombones. Es precisamente una cosa a la que es refractario. El asunto estaba bien claro. O había sido Nathan Bain o bien el ama de llaves quienes pusieron el veneno en los bombones.

»Así pues, empecé a pensar. Y me preguntaba lo que habría ocurrido si el ama de llaves se hubiera enamorado de Nathan; si ella fuese una de esas mujeres calladas que van desarollando una forma posesiva…

—Bien, era eso —dijo Tragg—. No hay duda alguna, después de haber escuchado esa conversación. Ciertamente, son una buena pareja y cuando empiecen a arrojarse los trastos a la cabeza el uno al otro, entonces…

—El ama de llaves mató por envidia a la primera esposa. Después, cuando se dio cuenta que sólo era una mujer más en lo que a Nathan Bain se refería, se quedó en su empleo, sólo por estar cerca de él. Nathan Bain se casó por dinero, y cuando vio que no podía lograr ese dinero, empezó a tratar de matar a su esposa. Ese muchacho tiene éxito con las mujeres y desde luego jugó con esa ventaja.

»Es interesante oír en ese disco al ama de llaves diciéndole que resultó ser un asesino sin habilidad, y como tuvo que intervenir ella para terminar ese trabajo y cambiar las tabletas de arsénico por la medicina que el doctor había dejado, cuando Nellie Conway, colocando la cajita que contenía las tabletas encima de la mesa de la cocina, fue a calentarse un poco de café. Y que entonces fue cuando Bain la hizo callar…

—Son una buena pareja.

Súbitamente, Tragg se volvió a Drake:

—¿Qué es lo que ocurre, Paul? ¿Qué ha sucedido allí? ¿Tiene usted hombres vigilando el lugar?

Drake le dijo:

—Nathan Bain salió de la casa con una prisa infernal. Metió algunas cosas en un maletín y se fue. Mis hombres trataron de seguirlo, pero les fue absolutamente imposible. Iba a una velocidad de cincuenta millas por hora ya antes de llegar a la primera esquina.

—¿Y el ama de llaves salió?

—No, todavía está allí.

Tragg fumaba un cigarrillo pensativamente:

—Creo que ése es el camino más simple, después de todo —dijo —. Cuando uno se pone a pensar que la primera mujer fue envenenada y *no fue* Bain quien lo hizo, tuvo sin duda alguna que ser el ama de llaves. Debió ser alguien que conociese las costumbres íntimas de Bain y su mujer, que pudiera poner el veneno dentro de los bombones y que además supiese que a Nathan Bain no le gustaban y era refractario a ellos. Son una buena pareja. Después, Nathan preparó el accidente que le causó la rotura de la columna vertebral a su esposa, esperando así poder matarla. Lo que no comprendo, Perry, es por qué él no se confió al ama de llaves para que fuera ella la que le diera a su esposa aquellas tabletas envenenadas, puesto que eran tan íntimos.

—¿No ve usted —señaló Mason— que ésa era una cosa que le perjudicaba? Él siempre estaba con temor de que el ama de llaves supiera que lo que él quería era lograr las cartas de Charlotte Moray, porque si ella se enteraba, sería la primera en apoderarse de esas cartas. Desde luego, Bain se había enamorado realmente de esa mujer llamada Moray, y tenía miedo de que la loca y envidiosa ama de llaves le hiciera algo a Charlotte Moray.

—No estoy muy seguro de que así fuera, pero mejor es que vayamos allá y hagamos algo —dijo Tragg— antes, sobre todo, de que a ella se le ocurra alguna idea. Mejor será ir allí y detener a esa Imogene Ricker. Quiero que estos discos sean llevados a la Jefatura de Policía.

—Allí los tendrá —le prometió Drake.

Tragg miró pensativamente a Drake y dijo:

—Corrió usted un montón de riesgos esta vez, Paul.

Drake desvió la vista del teniente.

—Estaba actuando bajo mis órdenes —dijo Mason.

Tragg arqueó las cejas en forma burlona y dijo:

—Muy bien, Perry, usted no tuvo más que estirar su pulgar y agarró la ciruela. Pero cualquier día, la ciruela no va a estar allí. Y entonces se va a quemar el dedo y eso va a resultar demasiado malo.

—Oh, oh, no lo sé —dijo Mason—. Sin embargo, no crea que tomé demasiados riesgos esta vez. Después de todo, fue casi matemático y en el momento que estuvo claro que Nathan Bain se

atemorizó en confiarse al ama de llaves sobre las cartas de Charlotte Moray…

—Muy bien, usted ganó —interrumpió Tragg—. Y cuando uno gana, no tiene que dar explicaciones. Los triunfadores nunca las dan. Siempre lo hacen, en cambio, los que pierden. Bueno, voy a buscar a esa Imogene Ricker. ¿Y ustedes, muchachos, quieren seguirme?

Mason movió la cabeza afirmativamente.

—Yo me quedaré aquí —dijo Drake.

—Usted llevará esos discos a la Jefatura de Policía —dijo Tragg —. *Y asegúrese de que nada les suceda*.

—No necesita decirlo —dijo con temor Drake.

Tragg se metió en el coche de la policía.

—Solamente una vuelta alrededor de la manzana, Perry. Pero quiero que mi coche esté cerca de allí, porque voy a llevar a esa Ricker a la Jefatura. ¿Quiere conducir el suyo hasta allí?

—Sí, en efecto, teniente Tragg. Estacionaré el coche detrás del suyo. Y si ella quisiera hacer alguna declaración, puede usted utilizar a Della Street, para que lo tome en taquigrafía.

—Mucho tendré que desear esa declaración para aceptar ese ofrecimiento de su secretaria —dijo Tragg—. Tendré que eliminar la intervención de Perry Mason en ese asunto todo lo que pueda, porque al fiscal del Distrito no le va a gustar nada.

—Al diablo con el fiscal del Distrito —dijo Mason—. Si usted obtiene una confesión, llame a los periodistas y deje que el fiscal del Distrito lo lea en los titulares de primera plana mañana.

—¿Está usted —preguntó Tragg— enseñándome lo que debo hacer en mi propio oficio?

—Seguro —dijo sonriendo Mason.

—Bueno, pues no lo haré así —confesó Tragg—. Voy a llamar al fiscal del Distrito por teléfono, le voy a explicar todo lo que ha ocurrido y le voy a decir que vaya a la Jefatura de Policía en seguida. Pero antes de que esté allí, un periodista u otro ya habrá recibido un aviso y se encontrará telefoneando su historia, precisamente cuando el fiscal del Distrito esté llegando allí… Déjeme ir delante dos minutos —continuó Tragg. Y súbitamente adoptó la actitud dinámica de un hombre de negocios—. Después, usted conduce hasta la casa y veremos lo que hay allí. Que los

muchachos conserven funcionando el micrófono conforme está, para poder oírlo todo, si ella quiere abrir su pecho y confesar. Haré que hable en la habitación, junto al teléfono. Muy bien, vámonos.

Tragg se fue. Mason esperó dos minutos, y después él y Della Street lo siguieron.

El coche de la policía estaba frente a la casa de Bain. Pero no había rastro del teniente Tragg…

Uno de los hombres de Paul Drake, que estaba vigilando la casa, se acercó al coche de Mason y dijo:

—Tragg acaba de entrar hace exactamente unos minutos.

—Lo sabía —le replicó Mason—. ¿Y quién le abrió? ¿El ama de llaves?

—No. La puerta del frente estaba abierta. Llamó y cuando vio que no respondía nadie, entró.

—¡Oh, oh! —exclamó Mason.

En ese momento, la puerta se abrió y el teniente Tragg apareció.

El abogado subió corriendo los escalones del pórtico.

—Váyase a su coche, recoja a los hombres de Drake y váyanse al infierno, Perry. Ahora mismo acabo de telefonear a la Jefatura de Policía para que envíen un coche en persecución de Bain —dijo Tragg.

—¿Acaso quiere usted decir que ella…? —le preguntó Mason.

—Evidentemente, él la estranguló… Estaba perdidamente enamorado de esa mujer llamada Moray. Y cuando se echaron en cara todo el uno al otro, él la estranguló. Quizá solamente intentaba hacerle perder el conocimiento para poder escapar… De todas formas, esto es un conflicto ahora, y tengo que desempeñar mi papel. Recuerde: ese micrófono ha sido colocado por mí. Llame a todos los hombres de Drake. Dígales que se vayan al infierno, y lo más de prisa que puedan.

—¿Y qué hay de Bain? —preguntó preocupado Mason—. Esa mujer, Charlotte Moray, puede estar en peligro. Y si él llega allí…

—Usted no tiene que decirme lo que debo hacer —dijo Tragg—. Antes de sesenta segundos un coche de la policía será avisado por radio y se encontrará enfrente de los «Departamentos Rapidex». Si Bain aparece por allí, será enganchado. Mueva las piernas, Mason, y sáqueme de aquí esos hombres de la agencia. Déjeme esto libre.

Mason asintió con la cabeza, se volvió hacia Della Street, la

tomó de un brazo y bajó corriendo los escalones del pórtico.

—Bueno —dijo Della Street cuando Tragg cerró con suavidad la puerta del frente—. Quizá, y después de todo, haya sido lo mejor, jefe. Esa pobre ama de llaves tiene que haber estado medio loca. ¿No crees que fue mejor así?

—Muchísimo mejor —dijo sonriendo Mason—. Bueno, voy a ahuyentar de aquí a los hombres de Drake. Después, llama al hotel y pide una buena habitación con aire acondicionado y un baño grande.

Della Street arqueó las cejas y dijo:

—Y ahora, ¿qué es lo que te cocinas?

—Diles —explicó Mason— que es para Victoria Braxton, y que llegará allí en el curso de esta noche.